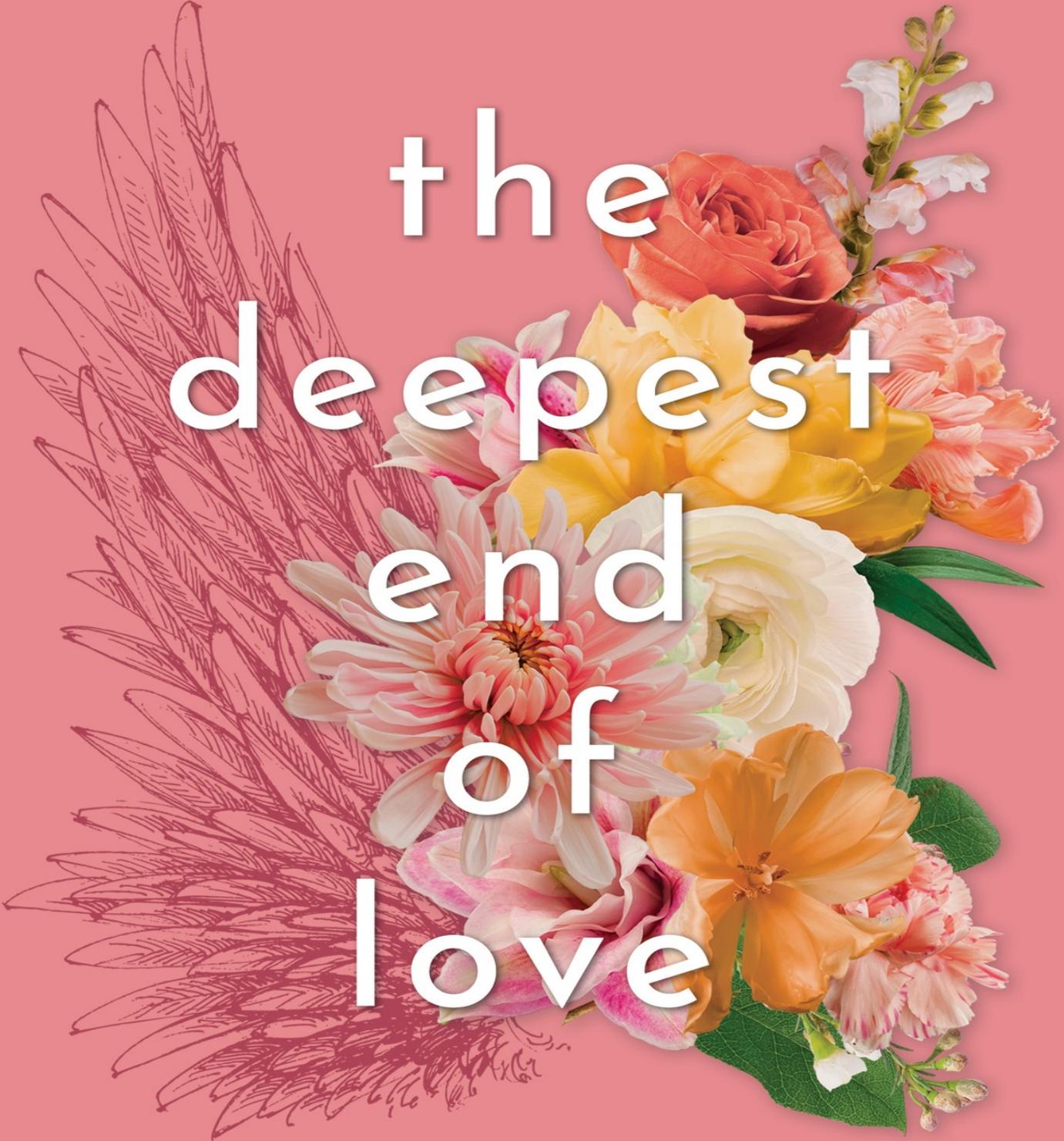


Falling for him means heartbreak.



the
deepest
end
of
love

a romance novel

LISINA CONEY

Tabla de contenido

[Pagina de titulo](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicación](#)

[ADVERTENCIAS SOBRE EL CONTENIDO](#)

[UNA NOTA DEL AUTOR](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[La serie La luz más brillante](#)

[Acerca del autor](#)

EL EXTREMO MÁS PROFUNDO DEL
AMOR

La luz más brillante #3

Conejo Lisina

Derechos de autor © 2024 Lisina Coney

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia. El editor no asume ninguna responsabilidad por los sitios web de terceros o su contenido.

El autor reconoce el estado de marca registrada y los propietarios de marcas registradas de varios productos a los que se hace referencia en esta obra, que se han utilizado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas registradas no está autorizada, asociada con o patrocinada por los propietarios de las marcas registradas.

Diseño de portada de Page & Vine
Editado por Page & Vine y Hot Tree Editing
Corregido por Page & Vine y Hot Tree Editing

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse o distribuirse en ningún formato impreso o electrónico sin permiso. No participe ni fomente la piratería de materiales con derechos de autor en violación de los derechos del autor.
Compre solo ediciones autorizadas.

Para todos aquellos que tienen dudas sobre sí mismos: ustedes merecen toda la felicidad y el éxito que sueñan. No dejen que nadie los convenza de lo contrario, ni siquiera ustedes mismos.

ADVERTENCIAS SOBRE EL CONTENIDO

Tu comodidad es importante para mí. Antes de comenzar la historia de Lila y Reed, ten en cuenta las siguientes advertencias de contenido: blasfemias, escenas sexuales explícitas y menciones de abuso doméstico infantil. Además, la madre de Lila es una sobreviviente de agresión sexual, lo cual también se menciona en este libro. No hay ningún tipo de abuso en la página.

UNA NOTA DEL AUTOR

El final más profundo del amor es el tercer y último libro de la serie La luz más brillante. Se puede leer de forma independiente, pero ten en cuenta que tiene lugar 30 años después de los acontecimientos principales de *La luz más brillante del sol* (libro 1, que sigue a los padres de Lila) y 13 años después de *El rincón más oscuro del corazón* (libro 2, que sigue a la tía y el tío de Lila). Verás spoilers de ambos libros.

Escribir esta historia marcó un momento de cierre increíblemente especial para mí como autora. Espero que *The Deepest End of Love* sea como un cálido abrazo de despedida para Grace, Cal, Maddie, James, Lila y Reed.

Gracias por acompañarme en este hermoso capítulo de mi vida. No veo la hora de mostrarte lo que viene a continuación.

*En amorosa memoria de mi perro de familia.
Donde quiera que estés, espero que puedas jugar con tus amigos perros en el parque, comer
todo el jamón y las golosinas, y dormir junto a la chimenea cuando haga frío (pero no te
caigas del sofá como esa vez).
Te amamos, B. Gracias por quince años de amor incondicional.*

CAPÍTULO 1

Lila - Diciembre

¿Es posible sentirse atraído por el cerebro de alguien?

¿La forma en que articulan sus pensamientos, los unen y crean conceptos nuevos y reveladores?

Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que la sapiosexualidad es algo muy real y muy injusto.

Es cierto, porque nunca, en mis veintitrés años de vida, he pensado que el cambio de la cultura organizacional más allá de la seguridad psicológica fuera un tema de discusión seductor. Interesante, sí. Sexy, no.

Y es injusto, porque Reed Abner, el hombre que capta toda mi atención en este momento, es el último Persona en esta universidad que debería.

“En la cultura de la seguridad infantil se necesita una perspectiva de diseño centrada en el ser humano”. Sus zapatos de vestir hacen un ruido sordo y resonante que se suma a la confianza con la que domina el escenario. “No estoy aquí para señalar con el dedo y decir quién es el culpable de los kits de herramientas de salud mental que no son ideales en los hogares de acogida, aunque me muero de ganas de hacerlo”.

La multitud se ríe a pesar de que su voz no suena juguetona. Y cuando se arremanga la camisa azul claro con naturalidad, estoy bastante segura de que la chica que está a mi lado suspira.

¿Mencioné que todos los estudiantes del campus están enamorados de este hombre?

Justo en ese momento, la chica que está a mi lado susurra: “Dios, es tan sexy”, mientras se retuerce en su asiento.

La reconozco de mi programa de maestría, aunque no somos muy cercanas. No soy la persona más sociable de todas, pero me gustaría pensar que nunca soy grosero con nadie, por eso le sonrío con los labios apretados; que me callen por hablar durante una conferencia abierta nunca está en mis planes.

—No puedo creer que todavía no esté casado. ¿Quién no querría atar a un hombre así? — continúa, ajena a mi preferencia por el silencio. Para ser justos, ni siquiera me está mirando. El hombre en el escenario capta la atención de todos como si hubiera lanzado un hechizo sobre todo el auditorio antes de entrar. No estoy segura de que no lo haya hecho—. No me importaría si me pusiera un bebé o dos, ¿sabes?

Ante eso, no puedo evitar arrugar la nariz. Claro, el Dr. Abner es atractivo. Objetivamente. Lo que yo piense de su apariencia arreglada pero también algo ruda no es relevante. Aun así, eso no hace que sea apropiado fantasear *en voz alta sobre tener bebés*.

Ella se hunde en su asiento con otro suspiro de nostalgia. “Tienes mucha suerte de conocerlo. En serio, *mucha suerte*”.

El pulso me salta en la garganta y las palmas de mis manos sudan. Un peso incómodo cae sobre mi pecho ante sus palabras porque, no, no lo *conozco*. En realidad, no.

Pero el hecho de que la gente piense que lo hago podría convertirse en un problema.

Su voz resuena en mi cabeza una vez más, atrayendo mi atención nuevamente hacia él.

“Estoy aquí para hablar sobre por qué es importante preguntarnos qué mejoras del sistema son necesarias y cómo podemos hacer más por los niños y sus familias, no solo en nuestra

comunidad sino a nivel nacional”, concluye el Dr. Abner antes de pasar a la siguiente diapositiva con un clic del pequeño dispositivo que tiene en la mano.

Mi propia mano se mueve furiosamente sobre mi cuaderno, garabateando cada concepto e idea que sale de su boca como si mi futuro dependiera de ello.

Porque, quiera admitirlo o no, Reed Abner es una auténtica bestia.

Doctor en Psicología, reconocido investigador y probablemente uno de los académicos más solicitados —si no el más— *de su generación en el campo del bienestar infantil y la acogida familiar*.

He oído que su investigación actual con el departamento de salud del estado tiene el récord de la subvención más grande de la Costa Este, lo que potencialmente podría cambiar las políticas sobre recursos de salud mental para niños de una manera muy beneficiosa y largamente esperada.

Teniendo en cuenta su impresionante trayectoria, aprovecharía cualquier oportunidad que se me presentara para absorber todo ese conocimiento directamente de la fuente...

Si no fuera colega de mi madre.

Y un buen amigo de mis padres.

Y el hombre que debería fingir que no conozco fuera del campus por el bien de mi carrera.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, distrayéndome de todos los pensamientos sobre el Dr.

Abner.

Oliver: Vic acaba de reservar la casa de la playa. Envíale el dinero lo antes posible, ¿vale, cariño? Te lo devolveré.

“Los talleres pueden desempeñar un papel importante en el fortalecimiento de los vínculos dentro de las familias y las comunidades”, continúa el Dr. Abner, pero mi pluma ya no escribe.

Siento una pesadez incómoda en el estómago que no tenía hace cinco segundos y que no me deja concentrarme ni pensar.

Otro zumbido de mi teléfono dispara mis niveles de incomodidad y me odio por ello.

Este es mi novio.

Oliver: Es barato porque dividimos los gastos entre los seis y no hay otras casas cerca, así que podemos festejar tan fuerte como queramos. Todos ganan.

Odio la arena. Odio las fiestas. Odio el alcohol. Odio la marihuana. Odio a sus amigos.

Pero no odio a Oliver.

“El personal debe poder brindar servicios excelentes con respeto, responsabilidad y transparencia”.

El Dr. Abner cambia su presentación de PowerPoint, pero el hilo de pensamiento que me mantenía conectado a su presentación se ha descarrilado hace tiempo. Dejo mis notas a un lado y escribo una respuesta rápida.

Yo: Todavía vamos a hacer el crucero con cena, ¿verdad?

Hace unos meses, una de mis profesoras en mi programa de maestría en orientación me sugirió una pasantía en un campamento de verano en Maine. Inmediatamente me sumé a la idea. Mencionó que el coordinador del campamento tenía muy buenos contactos con un par de organizaciones juveniles de prestigio y que, si hacía un buen trabajo, me escribiría una carta de recomendación, lo que me abriría muchas puertas.

Pero cuando se lo comenté a Oliver, mi novio desde hace dos años, no parecía muy entusiasmado.

“¿Trabajando durante el verano? ¿ *Otra vez* ? Dios mío, Li. Nunca haces nada divertido. Tienes suerte de que te quiera, porque no eres precisamente el alma de la fiesta”.

Trago saliva al recordar sus palabras. Oliver podría haberlas dicho hace un día o un año y habría tenido razón. Tendría que asistir a fiestas para *ser* el alma de una persona, cosa que hago muy pocas veces. Quiero decir, asistir a ellas. Seguro que nunca soy el alma de una persona.

Yo preferiría quedarme en casa, mientras que él siempre quiere salir. Pero ¿es tan aburrido querer poner mi carrera en primer lugar? ¿Querer seguir los pasos de mi madre y ayudar a los necesitados?

“Claro que no es algo aburrido, nena”, decía cada vez que teníamos esta conversación. “Pero es nuestro último verano antes de que nos convirtamos en adultos de verdad, con trabajos de verdad y esas cosas. Haz algo divertido conmigo por una vez”.

Y cada vez, no me molesté en mencionar que ya tengo un trabajo. Llevo un par de años escribiendo artículos para un conocido sitio web de estudiantes. Sin embargo, para Oliver, escribir sobre consejos de estudio o sobre “Cómo saber si un programa de licenciatura es para ti” desde la comodidad de mi sofá no es un trabajo serio, por lo que no entiende cuando le digo que no, que no puedo faltar al trabajo cuando me apetezca.

“Hay una casa en la playa en Carolina del Sur que hemos estado intentando reservar durante dos años y acaba de quedar disponible por primera vez”, me dijo hace unas semanas. “Mira las fotos. ¿No se ve increíble? Por favor, no seas aburrido y di simplemente que vienes”.

En cuanto vi el jacuzzi al aire libre y la piscina infinita, entendí por qué siempre estaba lleno. Y, claro, era un poco caro, pero podía permitírmelo si escribía algunos artículos más este mes. Estaba a punto de aceptar cuando vi las fechas para las que querían reservarlo.

—Las prácticas del campamento de verano empiezan esa misma semana —murmuré, y mi corazón se hundió con el gemido de Oliver.

—Conseguirás otra pasantía, nena —razonó—. Pero, ¿cuándo tendremos la oportunidad de reservar esta increíble casa de playa otra vez? Piénsalo.

Estaba *pensándolo*, pero no estaba muy convencida hasta que añadió con una sonrisa cómplice: “Además, vamos a hacer un crucero con cena al atardecer. Será romántico. ¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo romántico?”.

Un crucero con cena parecía un sueño del que no querría despertar. Por eso, cuando leo su respuesta ahora, se me cae el alma a los pies.

Oliver: Mis amigos quieren hacer cosas juntos, todos nosotros. Ya veremos lo del crucero con cena.

Durante años, me he esforzado al máximo para obtener las mejores notas y las oportunidades que me llevarían hacia el futuro que siempre he soñado: convertirme en consejero juvenil. Primero con la escuela secundaria, luego con mi licenciatura en psicología y numerosos cursos extracurriculares, y ahora con mi maestría. No se puede mantener un promedio de 4.0 sin trabajo duro y disciplina, pero tal vez me he estado centrando demasiado en los libros de texto.

Ni siquiera recuerdo la última vez que salí con mi mejor amiga, Mariah. O con Oliver, para el caso.

Hace un par de semanas, pensé que pasar unos días en una casa de playa con Oliver y sus amigos no sería tan malo. Tal vez no sea saludable sentirse así, pero tengo miedo de que Oliver y yo nos distanciamos si sigo *sin* ser el alma de la fiesta.

Entonces dije que sí.

Me despedí de una pasantía de verano que me moría de ganas de hacer y puse "salvar mi relación con Oliver" en el primer lugar de mi lista. Solo para que él dijera que la *única* actividad que quería que hiciéramos como pareja podría no suceder.

Algo agudo y pesado, que se parece mucho a una traición, me atraviesa el pecho mientras le respondo a Oliver, pero lo ignoro.

Yo: ¿Qué estás haciendo?

Oliver: Estoy estudiando en la residencia de estudiantes de Kev. ¿Vas a volver a casa después de esa clase?

Yo: No, voy a la biblioteca un par de horas para trabajar en mi tesis. Buena suerte con tu trabajo :)

Me muevo en mi asiento, tratando de convencerme de que no haber solicitado la pasantía en el campamento de verano fue la decisión correcta. Que ir con Oliver y sus amigos a Myrtle Beach en su lugar no significará el fin de mi carrera. *No lo hará*.

Puede que no haya cumplido con el plazo para las prácticas de verano (incluido el campamento), pero la Universidad de Warlington ofrece muchas oportunidades de prácticas para estudiantes de máster. Estaré bien.

Surgirá algo más. Tiene *que surgir*. Veré mis opciones más adelante cuando esté en la biblioteca.

“Desafortunadamente sólo tenemos tiempo para una pregunta más”.

Levanto la cabeza de golpe en dirección al escenario, al hombre que lo domina. Y sé que no estoy imaginando el momento en que nuestras miradas se encuentran, tal como ha sucedido en innumerables ocasiones.

Con esos ojos castaños profundos todavía fijos en mí, pregunta: “¿Alguien tiene alguna pregunta relevante?”

Varias manos que ya estaban alzadas se alzan aún más. Algunas saludan con la mano, intentando llamar su atención.

Preguntarle cómo su modelo abordará la educación sexual podría ayudar con mi tesis.

Esta es una gran oportunidad para obtener una respuesta directa de una de las figuras más destacadas de la psicología.

Pero mi mano no se mueve, mi boca no se abre y el Dr. Abner quita sus ojos de mí y señala a un estudiante en la primera fila.

Esperaba sentir alivio por no estar bajo su presión silenciosa, pero el órgano en mi pecho se hunde.

No. Tomé la decisión correcta.

En la Universidad de Warlington se han enterado de los libros infantiles que el Dr. Abner escribe junto con mi madre. Algunos de ellos han llegado al extremo de preguntarme si les podía dar su número de teléfono, como si lo tuviera.

Ser una mujer joven en el mundo académico es bastante difícil. No quiero lidiar con ningún rumor sobre que me estoy volviendo especial. trato u oportunidades porque un profesor trabaja con mi mamá. Lo último que quiero es llamar la atención sobre mí en lo que a él respecta.

No importa que el Dr. Abner no sea mi profesor, sino solo *un* profesor de aquí. Para algunas personas, eso no supondrá ninguna diferencia.

Puede que sus artículos académicos estén alimentando mi revisión bibliográfica para mi tesis, y puede que haya visto sus charlas en línea una o dos veces o setenta veces, y puede que mis padres lo mencionen en sus conversaciones cada dos días. Pero yo , Lila Callaghan, no tengo nada que ver con él.

Y espero que la gente que me rodea también pueda ver eso.

Después de una ovación de pie al terminar su charla, el auditorio se vacía. Mientras espero a que se vayan las últimas filas, mi mirada traidora se dirige hacia el fondo del escenario, donde el Dr. Abner está siendo abordado por un puñado de profesores y estudiantes.

Es tan ridículamente alto que tengo una visión clara de esa mandíbula cincelada y barbuda y de esos ojos duros que...

Tonterías.

Nuestras miradas se cruzan nuevamente, haciendo que el tiempo se detenga a mi alrededor.

Mi corazón da un vuelco extraño cuando él arquea una ceja inquisitiva, pero eso no me impide arquear la mía también.

Una pregunta silenciosa.

Un desafío.

¿Qué estoy haciendo? Aléjate de él.

Bajo la cabeza y agarro con fuerza el cuaderno en la mano mientras salgo del auditorio, sin mirar atrás.

Escuchar y tomar notas son las únicas cosas que deberían unirme a Reed Abner. Las únicas cosas que ...

Lástima que mi vida tenga otros planes.

CAPÍTULO 2

Lila

Yo Cuando era pequeña, soñaba con encontrar un amor como el de mis padres. Se conocieron cuando mi madre tenía más o menos mi edad, el día que fue al salón de tatuajes de mi padre para tatuarse un importante recordatorio en la piel. En ese momento no se hizo el tatuaje, pero no importó: sin saberlo, habían conocido a su alma gemela. Siempre me ha parecido interesante el concepto de las almas gemelas. Cómo, por casualidad o por destino, conocerás a una persona aparentemente insignificante que acabará convirtiéndose en tu universo entero.

“No sabía que iba a terminar casándome con tu papá”, decía mi madre cada vez que le pedía que me contara la historia de cómo conoció a papá. “Lo único que sabía era que no podía dejar de pensar en él. Siempre parecía que nos encontrábamos y él me resultaba... familiar. Como si lo conociera de toda la vida”.

“¿Cómo supiste que papá era tu alma gemela?”, siempre le preguntaba, conteniendo la respiración hasta que ella me daba la respuesta que todavía hoy me parece mágica. Ella me sonreía, con la adoración escrita en su rostro. “Porque mi corazón se llenó de esa luz intensa y brillante. Y supe que no quería vivir un día más sin él a mi lado”.

Años después, cuando conocí a Oliver, mi primer y único novio, esperé a que mi corazón se llenara de esa luz brillante de la que siempre hablaba mamá. Lo único que sentí fueron mariposas revoloteando en mi estómago, pero pensé que estaba bien. Me *gustaba* Oliver, tal vez incluso podría amarlo con el tiempo, y la luz eventualmente vendría.

Dos años después, finalmente entiendo por qué mi corazón todavía está en la oscuridad. Porque, a diferencia de mis padres, el amor que encontré puede que no sea amor después de todo.

—¿Qué carajo! —murmuro en voz baja mientras detengo el coche.

Cuando llegué a la biblioteca después de la conferencia abierta del Dr. Abner, me di cuenta de que mi computadora portátil estaba muerta y que había olvidado el cargador en casa.

Con mi agenda tan repleta, tengo tanta prisa que casi lo pierdo.

El coche de Oliver.

En nuestra entrada.

Me detengo al otro lado de la calle, a unas pocas casas de nuestro apartamento compartido, y busco mi teléfono dentro de mi bolso. Al examinar nuestro hilo de mensajes de texto, llego a la conclusión de que, de hecho, no estoy imaginando cosas.

Oliver: Estoy estudiando en la residencia de estudiantes de Kev. ¿Vas a volver a casa después de esa clase?

Estudiando.

En el dormitorio de Kev.

Entonces ¿por qué su coche está aparcado delante de nuestro apartamento?

—Tranquila, seguramente terminó temprano —murmuro para mí misma sin ningún resultado, porque mis dedos todavía tiemblan mientras le escribo otro mensaje.

Yo: ¿Cómo va tu sesión de estudio?

Respiro profundamente por la nariz y coloco una mano sobre mi corazón acelerado.

Quizás ese no sea su auto y solo estoy viendo cosas.

¿Pero quién más tiene una calcomanía en el parachoques que diga “Hagamos tacos, no la guerra”?

Además, sé de memoria el número de su matrícula, y eso es todo.

Necesito calmarme. Mis planes cambiaron, así que tal vez los suyos también. No hay razón para que reaccione de forma exagerada, pero al mismo tiempo no puedo ignorar el mal presentimiento que se arremolina en mi estómago y me dice que algo anda muy mal. Me siento mareado cuando leo su respuesta momentos después.

Oliver: Estoy a punto de irme del dormitorio de Kev. Tengo que conducir hasta casa para buscar mi bolso de gimnasia. Logan me recogerá más tarde porque me estoy quedando sin gasolina, pero puedo decirle que me deje en la biblioteca para darme un beso rápido ;)

Todo mi cuerpo comienza a temblar ante el hecho de que Oliver está mintiendo sin razón aparente.

Está ocultando algo. ¿Por qué, si no, mentiría?

Mientras espero que pase algo, *cualquier* cosa, me maldigo a mí misma por haber ignorado a mi padre cuando dijo que no le gustaba Oliver para mí. Hace un mes, él estaba totalmente en contra de que nos mudáramos a un apartamento juntos, pero no le di importancia porque pensé que solo estaba siendo su papá oso sobreprotector y exagerado de siempre. Debería haberlo escuchado.

Todavía estoy temblando cuando la puerta principal del edificio de apartamentos se abre minutos después.

En cierto modo, lo esperaba, pero aún así me sorprende, me parte el corazón y me disgusta ver a Oliver, mi *exnovio*, acompañando a una chica que no reconozco hasta un auto cercano mientras ella se aferra a su brazo.

Y porque debo amar el dolor, no aparto la mirada mientras él la empuja contra el auto y presiona su frente contra su pecho, besando sus labios.

Cierro los ojos cuando sus manos se enredan en sus rizos rubios.

Con cada milisegundo que pasa, me odio mil veces más.

Porque acabo de desperdiciar dos años con esta patética excusa de hombre.

Porque renuncié a mi pasantía de verano por él ya que dijo que no estábamos pasando suficiente tiempo juntos.

Quizás sea mi cerebro tratando de encontrar un lado positivo, pero de una manera extraña y confusa, me siento aliviada de tener ahora una razón válida para romper las cosas.

Oliver nunca ha tenido ambiciones reales aparte de salir de fiesta con sus amigos, lo que nunca ha combinado bien con mi deseo de llegar a lo más alto en mi campo. Pensé que necesitaba tiempo para resolver las cosas porque todavía somos jóvenes, pero han pasado meses y todavía no ha mostrado señales de una dirección real. Realmente me molestó y, en las últimas semanas, comencé a preguntarme si merezco algo mejor. Si merezco un hombre que cuide de sí mismo y de mí. Pero siempre llegué a la conclusión de que estaba siendo demasiado rígida e injusta con Oliver. Que necesitaba ser paciente.

Al diablo con eso.

Me *merezco* algo mejor. Debería haber sido lo suficientemente fuerte para terminar antes, para quitarme las gafas de color rosa y verlo como realmente es.

Sea cual sea la luz que mi madre prefiera cuando la gente conoce a su media naranja, ahora sé que yo nunca la sentiré. Porque nunca me enamoré de Oliver; me enamoré de su potencial que yo mismo imaginé. Y todo eso es culpa mía.

La ira corre por mis venas: hacia él por ser un mentiroso y un tramposo, y hacia mí misma por ser una idiota testaruda.

No me muevo hasta que la chica se aleja y él regresa al edificio, y solo después de haber respirado profundamente y calmado algunas veces salgo del auto.

A pesar de mis ejercicios de respiración, la caminata de cinco minutos hasta nuestro apartamento me resulta nauseabunda. Mis llaves se mueven entre mis manos temblorosas. dedos mientras tomo el ascensor hacia el tercer piso, sin estar segura de cómo quiero enfrentarlo después de haberlo atrapado metiendo su lengua en la garganta de otra persona.

Considero llamar a mi mejor amiga, Mariah (ella me diría que le pateara el trasero), o a mi tía Maddie (me diría que respirara profundo y lo tratara con frialdad), o incluso a mi tío James para pedirle consejo (él directamente lo mataría), pero el ascensor suena y, de repente, sé exactamente qué hacer.

Porque ya he perdido dos años con él, y no voy a perder ni un segundo más.

—¿Cariño? —La voz confusa de Oliver me llega cuando abro la puerta—. Pensé que estabas en la biblioteca.

Sale del baño sin camisa y con una camiseta de gimnasia en la mano. Cuando lo miro, siento un vacío en el corazón.

Si alguien me hubiera preguntado hace un año, habría dicho que me veía casándome con Oliver. Tal vez. Con el tiempo. Si él fuera un poco más maduro y comenzara a tomarse la vida adulta un poco más en serio.

¿Cómo puedes amar a alguien un segundo y no sentir nada por él al siguiente? ¿Así de fácil? *Quizás porque nunca lo he amado verdaderamente.*

Mis padres se enamoraron hace muchos años y yo me convencí de que yo también lo encontraría. Que mi primer novio sería el indicado porque así fue como le pasó a mi madre, a la persona que más admiro.

Ignoré todas las señales de alerta que ondeaban frente a mis ojos porque era más fácil, porque dolía menos. Y ahora estoy pagando el precio.

—Hola, ¿estás ahí? —Oliver frunce el ceño cuando no digo nada—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensé...

—¿Estudiaste mucho hoy? —lo interrumpí, con voz neutra a pesar de que mi corazón latía sin control de la peor manera posible.

—Um, sí. ¿Por qué?

—Porque me mentiste. Tu auto estaba aquí cuando dijiste que estabas en casa de Kev.

Tiene la absoluta audacia de mirarme fijamente a los ojos y decir: "Está bien, sí. No fui a la residencia de estudiantes de Kev. Da igual. En lugar de eso, fui a la casa de Jared a jugar a unos videojuegos y acabo de volver. No te lo dije porque sabes que me estoy quedando atrás en algunas de mis clases. No quería que te enfadaras conmigo. Perdón por haberte mentado, cariño".

Hay una parte de mí que no cree que esto sea real, que toda esta situación de pesadilla es solo una broma desagradable, porque no hay forma de que Oliver piense que nací ayer.

—¿También me engañaste con Jared o me imaginé que estabas besando a esa chica hace cinco minutos?

Su silencio nunca ha sido tan fuerte.

—Lila...

—Te vi besándola, Oliver. —Odio la forma en que me tiembla la voz al decirlo. Odio haberlo soportado tanto tiempo menospreciando mis prioridades por nada—. Ni siquiera intentes negarlo. Hemos terminado.

Maldice en voz baja antes de ponerse rápidamente la camiseta. “¿Podemos hablar de esto más tarde? Logan está a punto de venir”.

—Entonces, ¿lo estás admitiendo? ¿Que me engañaste? —pregunto con la barbilla en alto, porque él no merece verme derrumbarme ahora mismo.

Su pecho se desinfla con un suspiro. No triste, sino molesto.

—Fue solo un beso, mierda. —Se pasa las manos por el pelo—. No significó nada. Si me dejaras explicarte...

—No me interesa saber qué razones crees que justifican una infidelidad —lo interrumpo. La ira que siento en el estómago empieza a arder, consumiendo mi paciencia—. ¿Cuánto tiempo lleva sucediendo esto?

—No lo sé, Lila. ¿Un mes? No tengo ni puta idea.

No soy tan tonta como para creer lo que sea que salga de su boca a partir de ahora, así que rápidamente me doy cuenta de que no importa si ha pasado un mes, tres o seis. Me *engañó* y punto. La infidelidad no es algo que esté dispuesta a perdonar y olvidar.

Su teléfono suena con una notificación: “Logan está abajo. Seguiremos hablando de esto cuando regrese del gimnasio. ¿De acuerdo, cariño?”

“No me llames *nená*. ¿En serio vas a abandonar esta conversación ahora mismo?”

—Lo solucionaremos. —Agarra su bolso de deporte y se inclina para darme un beso, pero doy un paso atrás—. ¿Qué pasa?

—Oliver, ¿me estás tomando el pelo? —levanto la voz en contra de mi buen juicio. Nunca me permito perder los estribos, pero todo mi autocontrol se va por la ventana con cada palabra que sale de su boca—. Besaste a *otra* persona, probablemente hiciste otras cosas también, ya que la trajiste a *nuestro* apartamento. ¡Voy a romper contigo! Y mientras estamos en esto, olvídate de vivir aquí por más tiempo, ya que estoy pagando este apartamento yo sola.

Eso le hace fruncir el ceño. “Vivo aquí. No puedes echarme”.

—Pago el alquiler por los dos —le digo. Me alegro de *haber* escuchado a mi padre cuando me aconsejó que firmara un contrato de alquiler mensual para poder terminarlo cuando quisiera—. Ni siquiera pagas las facturas. Dijiste que lo harías cuando encontraras un trabajo, pero no veo que estés buscando uno. Estoy harta de tu pereza y de tus excusas estúpidas. ¿Qué te hace pensar que te voy a dejar quedarte aquí gratis?

Aunque eso suponga volver a casa de mis padres, no creo que *me* quede aquí. Demasiados recuerdos amargos, muy poca energía para sustituirlos por recuerdos felices.

—A la mierda con esto —grita mientras se tira de la nuca—. Tenía necesidades físicas que tú no satisfacías, eso es todo. Fue algo de una sola vez.

Necesidades físicas.

Él va para allá.

—¿Y qué? ¿Es mi culpa que me hayas engañado porque no quería acostarme contigo cuando tú querías?

-No dije que fuera tu culpa.

“Sí, lo hiciste.”

"¿Cómo es eso?"

¿Es una mente maestra manipuladora o realmente es tan tonto?

—Acabas de decir que tenías que meterte en los pantalones de otra persona porque tenías necesidades físicas que yo no estaba satisfaciendo —le discuto, perdiendo la paciencia—. Eso implica que si hubiera querido acostarme contigo tantas veces como tú quisieras, no habrías sentido la necesidad de ver a otra persona a mis espaldas. ¿Sabes cómo se llama eso, Oliver? Ser un *pedazo de mierda* .

—Eso no es justo —replica—. Me estás pintando como una especie de adicto al sexo. Me tapo el puente de la nariz y respiro profundamente, cansado. —Se necesita mucho talento, Oliver, para engañar a tu novia y hacerte pasar por la víctima.

“Soy *una* víctima.”

“¿De qué? ¿Estupidez?”

Ninguno de los dos dice nada durante los siguientes segundos. El sonido de los coches que pasan fuera del apartamento y nuestra respiración agitada llenan el silencio incómodo. Estoy a punto de ceder y decirle que estoy demasiado cansada para seguir discutiendo cuando Oliver vuelve a hablar.

Sellando su sentencia de muerte.

—Sí, Lila, tenía *necesidades* ... Perdón por querer follar con mi novia, supongo. No es mi problema que siempre tengas mejores cosas que hacer que prestarme atención —gruñe con un repentino tono de voz que me deja perplejo—. Crees que eres una persona importante porque te va bien en la universidad. La estudiante perfecta, la hija malcriada, la buena persona que no puede hacer nada malo. Siempre esforzándote por alcanzar la perfección sin importar lo que cueste. Bueno, ¿adivina qué? Has arruinado esta relación. *Lo hiciste* . Espero que tu pequeño y frágil ego pueda soportarlo”.

¿De dónde viene esto?

—Ve con Logan, Oliver. —Mi voz suena menos segura que antes y me odio por eso—.

Déjame en paz.

—No importa —rechaza el comentario, escribiendo algo en su teléfono mientras habla—. A ti solo te importa tu futuro. Lila, siempre la pequeña salvadora. Siempre he pensado que no tenías derecho a dedicarte a la terapia infantil. Eres una princesa privilegiada: padres cariñosos, una infancia maravillosa, acceso a la educación y lo que sea que te pase. ¿Qué sabes tú de luchas? Sé honesta contigo misma y admite que solo quieres ayudar a los niños para sentirte importante.

El pozo de ira se convierte en un volcán en erupción. Y a pesar de que sus palabras perforan algo frágil dentro de mí, haciendo tambalear mi confianza en mí misma, no le permito verlo. “Buen intento de hacerme sentir mal por querer una carrera más de lo que alguna vez te he querido *a ti* ”. No puedo ocultar la forma en que todo mi cuerpo comienza a temblar, pero ya no me importa.

—A la mierda con esto —espeta, dejándome clavada en el sitio. Nunca me había hablado así —. ¿Y te preguntas por qué te engañé?

No me muevo ni digo nada mientras pasa a mi lado como una exhalación. Y cuando llega a la puerta, lo oigo decir: "Ya terminé con esta mierda", antes de cerrarla de golpe con tanta fuerza que hace temblar las paredes.

El silencio me envuelve, y también las llamas del resentimiento alimentadas por sus crueles palabras.

Siempre he sido una persona pacífica, alguien que evita los conflictos como si fueran la peste. ¿Pero hoy?

Hoy, esa Lila Callaghan ya no está.

Él me *engañó*.

echó la culpa a mí.

mintió en la cara.

insultó.

Mis pies empiezan a moverse antes de darme cuenta de adónde voy o de lo que estoy a punto de hacer. Mi juicio se desvanece por completo y se hunde en un charco de traición y vergüenza.

Ningún hombre jamás me faltará el respeto de esa manera y saldrá impune.

Desenchufo el router de la pared del salón y lo meto en mi mochila. ¿Tanto quiere quedarse aquí? Veamos cuánto aguanta sin wifi.

Y veamos cuántas ganas tiene de quedarse cuando todo huele a mierda.

No lo creo, solo actúo mientras abro la heladera y tomo un poco de pescado que pensaba cocinar para la cena de hoy. *Vale la pena el sacrificio*.

Mi mente está nublada por la ira cuando irrumpo en nuestro antiguo dormitorio. Mi estómago se revuelve de náuseas al ver las sábanas arrugadas, sabiendo perfectamente que hice la cama antes de irme esta mañana.

Concéntrate. No pienses en él ni en esa chica.

Superando el dolor que me punza el corazón, abro de golpe el cajón de su ropa interior y arrojé el pescado maloliente dentro.

Luego tomo mi maleta y empiezo a meter dentro mis cosas del baño. Por suerte, no llevamos mucho tiempo viviendo aquí, así que la mayoría de mis cosas todavía están en casa de mis padres. Sin embargo, con tan poco que empacar, las ideas siguen fluyendo. Su cepillo de dientes termina en el inodoro porque... ¿por qué no?

Vacíó su costosa colonia y sus productos para el cabello en el fregadero porque me da la gana.

Y le corté por la mitad el cable del cargador del móvil con unas tijeras porque *que le jodan*.

Platos, vasos y cubiertos desaparecen de los armarios y van a parar a nuestras cajas de mudanza que Oliver aún no ha tirado, a pesar de que insistió en que lo haría.

Mi mente está en piloto automático mientras preparo toda mi ropa. El apartamento está amueblado, así que no tengo que preocuparme por el televisor, el sofá ni la cama.

Tal vez mi idea de venganza sea demasiado infantil (nunca he sido una persona vengativa, así que estoy un poco oxidada), pero aun así es mejor que dejarlo escapar sin consecuencias. Ojalá pudiera hacer más daño (arrojar otro pescado crudo por el conducto de ventilación no podría sonar más atractivo en este momento), pero no puedo olvidar que mi nombre está en el contrato de alquiler. No vale la pena meterme en problemas con nuestro casero.

Consigo meter todo en mi coche en menos de media hora. Mi pecho todavía arde de traición mientras llevo la última caja con los cubiertos y algunos platos al maletero, lo que explica por qué hago lo que hago a continuación.

Puede que me arrepienta en unos diez segundos, pero ahora mismo, la venganza nunca ha sabido más dulce.

Oliver siempre se queja de no tener suficiente dinero para pagarme el alquiler, pero nunca se pierde una noche de viernes con sus amigos. Siempre me pide que lo lleve en coche porque no puede pagar la gasolina, pero he encontrado marihuana en su mesita de noche un par de veces. Está bastante claro cuáles son sus prioridades, y ya he tenido suficiente.

¿No puede pagar el alquiler ni la gasolina? Agreguemos un neumático a esa lista inventada. El cielo se abre sobre mi cabeza, la lluvia ligera se adhiere a mi largo cabello rubio mientras tomo un cuchillo de cocina de la última caja que puse en mi auto y lo clavo en su neumático derecho. Se desinfla inmediatamente.

—Que te jodan —murmuro en voz baja, temblando con una brutal sensación de impotencia antes de que una lágrima ruede por mi mejilla.

Dios mío, ¿qué he hecho?

Un cóctel de culpa, rabia y frío se infiltra en mis huesos.

Este no soy yo. No hago este tipo de cosas.

No me vengo, no dejo que las decisiones de los demás me afecten hasta el punto de perder el control.

Me criaron mejor que esto, maldita sea.

No oigo el coche detenerse frente a mi complejo de apartamentos hasta que es demasiado tarde.

Y bajo la llovizna, miro a los ojos al último hombre que necesito o quiero ver ahora mismo.

¿Mencioné que todavía sostengo el cuchillo de cocina en mi mano mientras estoy de pie junto al neumático arruinado de Oliver?

Reed Abner, profesor de la Universidad de Warlington y buen amigo de mis padres, me mira de arriba abajo.

Maldita sea.

“Sube a mi auto, Lila.”

CAPÍTULO 3

Caña

yo La primera vez que conocí a Lila Callaghan, en realidad no la conocí.

Grace la había mencionado durante nuestra primera reunión de trabajo, como haría cualquier padre orgulloso, pero yo apenas le presté atención. Me di cuenta de que era estudiante de psicología porque yo también tengo una licenciatura en psicología, pero eso fue todo.

A riesgo de parecer un completo imbécil, para mí es algo natural desconectarme de las conversaciones cuando la gente empieza a hablar de sus familias. He aprendido que cuanto menos interesado parezco y cuantas menos preguntas hago, menos probabilidades hay de que me pregunten a cambio sobre mi vida personal.

Las charlas intrascendentes no son lo mío; menos aún cuando involucran a mi familia.

En realidad no sabía nada sobre Lila Callaghan hasta que me llamó la atención brevemente hace un año. Una tarde, estaba navegando distraídamente por las redes sociales cuando la publicación de Grace me llamó la atención; en concreto, el artículo que contenía el enlace a ella.

Estoy muy orgullosa de mi hija por todos sus grandes logros a sus veintidós años. A riesgo de sonar como una madre molesta y avergonzarla hasta la muerte, quería compartir su último artículo: “Efectos del trauma infantil en la educación tardía”, ganador del premio de investigación Warlington y Publicado en el Warlington Science Journal . ¡Su padre y yo no podríamos estar más orgullosos!

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo, hice clic en el enlace y me redirigieron a uno de los textos académicos más sorprendentes que he leído en mi vida. Recorrí cada línea, sediento de la siguiente palabra, del siguiente concepto, de la siguiente conclusión. No necesitaba llegar a la última página para saber que su comprensión del tema estaba más allá de su edad y de su educación.

El trabajo de Lila avergonzaría a la mayoría de las tesis de maestría.

A pesar de mi momentáneo asombro ante su cerebro, cerré el navegador y lo dejé así. Nunca la mencioné en una conversación con Grace mientras discutíamos nuestro próximo libro. Tampoco me esforcé por buscar información sobre Lila, porque tenía asuntos más urgentes entre manos.

Cuando la conocí en persona por primera vez unos meses después, intercambiamos un total de dos palabras: *hola* y *adiós*, tal como la segunda y tercera vez que estuvimos en la misma habitación.

Siempre ha evitado mi mirada, nunca ha parecido particularmente interesada en mi presencia, a pesar de que la veo en todas y cada una de mis conferencias abiertas. Sin embargo, nunca sentí la suficiente curiosidad como para preguntarle por qué.

Pero ahora yo *Estoy* intrigado.

Porque ¿por qué carajos la hija de Grace y Cal sostiene un cuchillo de cocina al lado de un auto con una rueda pinchada?

—Esto no es lo que parece —espeta, con un brillo ansioso en sus ojos.

Sin impresionarme, levanto una ceja mientras apoyo el brazo en la ventanilla bajada del coche. —¿Me estás diciendo que no acabo de verte clavar un cuchillo en ese neumático? Su garganta se mueve bruscamente. “No. Debe ser una ilusión”.

Mi ceja se arquea aún más.

—Bien —suspiró profundamente y sus hombros se desinflaron—. Es exactamente lo que parece. Pero que conste que ya me siento muy mal por ello. No porque no lo mereciera, sino porque yo no hago este tipo de cosas.

Él . Interesante.

“Es bueno saber que no destrozáis coches con regularidad”.

Cuando ella me lanza una mirada fulminante, me cuesta mucho no sonreír.

—Voy a guardar el cuchillo —dice, caminando lentamente hacia su baúl y colocándolo dentro de una caja de cartón. Mantiene las manos en alto, donde puedo verlas, como si fuera un policía.

Estoy oficialmente divertido.

—Genial. Ahora que mis neumáticos están a salvo de tus impulsos punzantes, ¿te subirás a mi coche?

Entrecierra los ojos con sospecha. “¿Por qué haría eso?”

“Porque está lloviendo.”

—Ya estoy mojada —señala. Mis ojos se desplazan rápidamente hacia su camiseta húmeda durante un milisegundo antes de recordarme a mí misma con *quién* estoy hablando—. Y tengo mi propio coche. Puedo irme sin más. De hecho, probablemente debería hacerlo porque, ya sabes, el neumático.

Me rasco la mandíbula. “¿Sabes qué es gracioso? De hecho, estoy en camino a unirme a una llamada de trabajo con tu madre para editar su próximo libro”.

Su mirada se intensifica. —No lo tomé por un soplón, doctor Abner.

—Soy Reed. —Desbloqueo la puerta del pasajero, una invitación que ella no acepta—. Entra al auto, Lila. Por favor.

"No, gracias."

Lo que pasa con Lila es que no nos *conocemos* . No nos buscamos, no interactuamos, nada de nada. De hecho, no sería la primera vez que tengo la impresión de que ella no es mi mayor fan. No solo porque siempre evita el contacto visual y nunca se une a nosotros cuando sus padres me invitan a cenar, sino también porque asiste a todas mis conferencias abiertas pero aún así se niega. para hablar conmigo sobre mi investigación o hacerme cualquier pregunta, tal como hice hoy.

No me sorprende que ella dude en subirse al auto conmigo. Lo que sí me sorprende es que yo esté el que sale de mi auto, con la tela de mi camisa pegada a mi piel mientras la lluvia cae sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con voz cargada de escepticismo mientras mira mi pecho tan rápido que creo haber imaginado el movimiento.

—Quiero hablar contigo —intento no concentrarme en lo mucho que la llevo por delante o en por qué eso es importante en primer lugar—. En concreto, sobre por qué acabas de pincharle la rueda a alguien.

La culpa brilla en su rostro. “Creo que perdí un poco la cabeza”.

Sigue cayendo una lluvia ligera, pero ninguno de los dos busca refugio.

—Dijiste que se lo merecía. ¿Quién es? —insistí.

La gente normal no va por ahí pinchando los neumáticos de los demás (y menos aún la gente inteligente que tiene una familia que los apoya) y no me iré sin saber por qué.

Lila mira a su alrededor como si esperara que alguien saltara de entre los arbustos en cualquier momento, antes de que sus ojos color avellana se encuentren con los míos otra vez. “Doctor Abner, realmente no creo...”

—Reed —la interrumpí.

Ella me ignora. “No creo que sea apropiado tener esta conversación ahora”.

Eso Me hace fruncir el ceño. “Elabora”.

La impaciencia en sus ojos me dice que debería saber la respuesta sin tener que preguntar. “Porque tú eres profesora y yo soy estudiante. No se supone que debamos interactuar fuera de los asuntos académicos”.

Hay un tono nervioso en su voz que no entiendo muy bien. “Estoy... no es tu Profesor. Y si quieres ponerte técnico, solo doy un par de seminarios de doctorado. Soy principalmente investigador”.

Tengo la sensación de que ella ya lo sabe, pero lo único que hace es encogerse de hombros. Cuando ella tiembla, decido que ya he tenido suficiente.

—Te vas a enfermar. —Considero tomar mi chaqueta del auto hasta que me doy cuenta de que no haría ninguna diferencia. Ella ya está empapada—. Está bien si no quieres contarme todo. Solo avísame si estás en algún tipo de peligro o si alguien te hizo algo.

—Estoy bien. Bueno, no estoy *bien*, pero no estoy en peligro. Yo... —traga saliva, abrazándose a sí misma—. Es mi novio. Mi *exnovio*. Acabo de enterarme de que me engañó y luego dijo algunas cosas bastante desagradables, y no me lo tomé muy bien. De ahí el apuñalamiento del neumático y... otras cosas.

“¿Cosas desagradables?” repito, con el estómago retorcido por una preocupación desconocida.

Ella hace un gesto con la mano para desestimar el asunto. “No es importante”.

“¿Qué otras cosas hiciste?”

“Puede que haya escondido pescado crudo en el cajón de su ropa interior o que haya tirado su cepillo de dientes al inodoro. No me paga el alquiler, así que, técnicamente, cuenta como venganza. ¿Verdad? No es un delito”.

“Aunque puede que lo del neumático sí lo sea”.

Ella palidece. “¿Vas a denunciarme?”

De ninguna manera. Cruzo los brazos y abro los ojos. —Si dices que se lo merecía, lo creo. No he visto nada.

Sus hombros se hunden con alivio. “¿En serio?”

—Siempre y cuando me prometas que no volverás a pincharme los neumáticos —digo con voz seria—, estoy segura de que no necesito recordarte lo importante que es controlar tus emociones en momentos de estrés.

Grace mencionó que Lila actualmente está haciendo su maestría en consejería. Por supuesto que no necesita que se lo recuerden, aunque hoy pueda parecer diferente.

La lluvia se intensifica y casi ahoga el suave sonido de su voz. “Espera. ¿Esto me convierte en una *criminal*?”

Decido ser sincera con ella. “Lo que hiciste podría considerarse vandalismo, pero no eres una criminal. Él podría presentar cargos si hay algún tipo de evidencia en tu contra. ¿Dijiste que no te estaba pagando el alquiler? Algo me dice que definitivamente no recuperarás ese dinero si se entera de lo del neumático”.

—Y yo que pensaba que me ibas a mandar directamente a la comisaría. —Hay un dejo de picardía en su voz.

“Soy un hombre ocupado, pero estoy seguro de que puedes lograrlo por ti mismo”.

“Seguro. Me voy para allá.”

Ella se muerde el labio, intentando reprimir una sonrisa, y me encuentro incapaz de apartar la mirada.

Sólo cuando se aclara la garganta y su expresión se vuelve más seria, vuelvo a la realidad.

—¿Puedo pedirte que no...?

—No se lo diré a nadie —le aseguro, sabiendo exactamente a dónde quiere llegar con esto

—. No eres una niña y tampoco eres asunto mío. Como dije, no vi nada.

Su gesto es breve, rígido y, de alguna manera, parece más nerviosa que antes. Estoy a punto de preguntarle si realmente está bien, si necesita algo de mí, cuando dice: “Nos vemos por ahí, doctora Abner. Gracias por... su ceguera intencional”.

Se sube a su auto tan rápido que no tengo tiempo de recordarle que me llame Reed. De todos modos, no es que eso importe.

Lila Callaghan me ha estado ignorando desde que comencé a trabajar con su madre hace dos años, y no tiene motivos para dejar de hacerlo ahora. Tampoco quiero que lo haga: es estudiante, además de tener doce años menos que yo y la hija de mis amigos. Aparte de asegurarme de que está bien cuando claramente está en apuros, nada debería vincularme a ella.

Y nada lo hará.

CAPÍTULO 4

Lila - febrero

túHasta este momento, mi vida ha estado bastante libre de drama.

Una discusión acalorada de vez en cuando solía ser lo que más estrés me producía en el ámbito social o romántico. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, me convertí en la peor persona del mundo. Y ni siquiera siento pena por mí misma porque es un título bien merecido.

Los últimos dos meses me han enseñado que sólo hace falta una decisión impulsiva e imprudente para hundirte por completo.

Oliver se enteró del neumático pinchado ese mismo día, minutos antes de encontrar también su cepillo de dientes en el inodoro, ver el cargador de su teléfono estropeado, oler el pescado podrido y todo lo demás. Me lo hizo saber en un mensaje de texto lleno de ira que no pude leer sin temblar.

Oliver: ¿Crees que vandalizar la propiedad privada es muy divertido, Lila? El abogado de mi padre se pondrá en contacto contigo.

Pero pasaron los días y las semanas y él nunca presentó la demanda, lo cual mi mejor amiga, Mariah, tenía una explicación muy lógica.

"No te demandará cuando te deba *dos mil dólares* de alquiler", dijo cuando le mostré el mensaje de texto. Ella es la única persona que sabe sobre el incidente del neumático, aparte de Reed.

Dr. Abner . Aparte del Dr. Abner.

"De hecho, creo que tú Deberían demandarlo . Que le jodan a esa sanguijuela".

Pero mi mala conciencia no me lo permitió, así que descarté la idea rápidamente. Ahora que he vuelto a vivir con mis padres, no es que necesite el dinero de todos modos.

Simplemente escribiré algunos artículos adicionales para compensarlo y me olvidaré de Oliver para siempre.

Solo tres semanas después de que rompí con Oliver y se produjo el escándalo Tiregate, la culpa me hizo ceder y le envié un solo mensaje de texto. Él es y siempre será un mentiroso y un tramposo, pero eso no significa que no pueda asumir la responsabilidad por mi mal comportamiento.

Yo: Sigues siendo un imbécil, pero lo siento por todo. No tenía sentido. Debería haberlo manejado de otra manera.

Oliver: Lo que sea.

Y ahí estaba eso.

Mis sentimientos por él se desvanecieron en el momento en que lo sorprendí besando a esa chica, y no han vuelto ni un segundo más. Puede que sea una persona terrible por cruzar la línea de dañar la propiedad privada, pero aún me respeto lo suficiente como para no volver con él.

Además, tengo mejores cosas que hacer: buscar una nueva pasantía antes de graduarme en diciembre.

Ahora, diez semanas después de arruinar la llanta de Oliver (un hecho curioso que mis padres aún no saben), invoco mi sonrisa más falsa y pretendo que no me estoy muriendo por dentro.

Si lo pienso bien, es un talento. Un arte, incluso.

Porque cuando lo único que quiero hacer es ir a casa, enterrarme bajo una manta gruesa y llorar durante horas hasta que mis vecinos inevitablemente llaman a la policía porque "¿Quién diablos está siendo asesinado al lado y pueden bajar un poco el tono?", convencer al mundo de que soy una chica mentalmente estable capaz de tener una conversación se convierte en una tarea casi imposible.

Y cuando mis padres, las personas que más me quieren en el mundo y me conocen como la palma de su mano, están a sólo unos metros de distancia, los riesgos son aún mayores.

No les arruines esta noche.

"Tu madre es una mujer extraordinaria", me asegura Clarissa, Cassandra o tal vez Callista con una sonrisa más brillante que las luces doradas apagadas que hay sobre nosotras.

Están por todo el lugar de la gala y proyectan un hermoso resplandor que estoy demasiado ansiosa como para apreciar.

Mis palabras son sinceras cuando digo "Gracias", porque admiro a mi mamá más que a nadie en el mundo, pero ¿mencioné que me estoy muriendo por dentro?

No es que extrañe a Oliver, en realidad no. Pero mi futuro no está claro, todavía me siento terrible por lo que le hice porque no soy así, y tal vez...

Él me conocía bien y aun así pensaba que no tenía derecho a recibir terapia. ¿Y si tenía razón?

El lugar donde se celebra la ceremonia de los Premios Nacionales del Libro está abarrotado de cientos de invitados esta noche, y trato de calmar mi corazón palpitante. *Espera a volver a casa para llorar si lo necesitas.*

La mujer de mediana edad que se me acercó hace un minuto, con una copa de vino en la mano, vestida con un vestido de color oro rosa y presentándose como una de las publicistas que trabajan en la editorial de mi madre, pone una mano sobre mi brazo desnudo y dice: "Me dijo que estás estudiando para una maestría en asesoramiento y que quieres trabajar con niños. ¿Lo entendí bien?"

Pasé una mano por la tela ajustada de mi vestido negro y le dije: "Sí. Me graduaré a fines de este año".

O tal vez no, si no consigo una pasantía.

La idea de decirle adiós a mi sueño de convertirme en consejero juvenil porque fui un idiota me hace sentir como si me estuvieran abriendo el pecho.

—Eres tan inteligente como tu madre. —Clarissa-Cassandra-Callista sonrío radiante y no puedo pensar en nada más que hacer que agradecerle nuevamente.

Tal vez a otras personas les molestaría que las comparen constantemente con su madre, y lo entiendo. Pero para mí, no hay mayor honor que ser considerada una fracción de increíble como ella. Mi madre, cuyo último libro educativo para niños acaba de ganar el premio al Libro Infantil del Año en la ceremonia de premios más prestigiosa del mundo literario.

Que me comparen con Grace Callaghan no me molesta en absoluto. En todo caso, a menudo me pregunto si merezco que me pongan en la misma categoría que ella.

Mamá nunca habría renunciado a su sueño de hacer una pasantía por un novio inmaduro, así que no.

¿Cuándo se me quedaron todas estas bolas de algodón atrapadas en la garganta?

Los labios de Clarissa-Cassandra-Callista siguen moviéndose, pero mis oídos zumban y mi cerebro no procesa una sola palabra.

—Lila, ahí estás.

El roce de una mano familiar en mi brazo me devuelve a la Tierra. En su mayor parte. Y la sonrisa de Clarissa-Cassandra-Callista se hace aún más grande cuando observa a mi madre a mi lado. “¡Grace! Ay, cariño, qué logro tan maravilloso. Sé que lo he dicho suficientes veces, pero nos sentimos muy bendecidas de haber trabajado en un proyecto tan especial contigo”.

“El placer es mío, Clarisse”. Así se llama ella. “Esta cena también ha sido increíble. Un sueño hecho realidad para mí. Todos se lo están pasando genial”.

La culpa me clava sus horribles garras en el pecho y me lo desgarrar. Porque no, no lo estoy pasando nada bien y eso me hace sentir aún peor.

Nunca estuvo en los planes de mi madre que sus libros ganaran tanto éxito y elogios, pero ella merece cada gramo de... El amor que están recibiendo no está aquí, al menos no emocionalmente, para celebrarlo con ella y mi padre, lo que me convierte en una hija terrible.

Ponlo todo junto.

Mi madre y Clarisse siguen conversando, pero no tengo ni idea de lo que están diciendo hasta que mi madre me aprieta el brazo y dice: “¿Te importa si me robo a Lila por un momento?”

—No, en absoluto. Fue un placer verlos a ambos.

Un momento después, la sigo hasta el bar lleno de gente. Desde entonces, la cena se ha convertido en una velada de copas y de socialización, algo que no me importaría y que incluso disfrutaría si tan solo pudiera librarme de la ansiedad que lleva dos meses aferrándose a mi corazón.

—¿Qué pasa con esa cara, Li? —La preocupación en los ojos de mi madre se siente como una puñalada en el estómago. Saca dos sillas altas y nos hace un gesto para que nos sentemos—. Has estado actuando de forma extraña toda la noche. De hecho, desde hace semanas. Quería darte espacio, pero claramente no estás mejorando. Entonces, ¿qué pasa, cariño?

Oh, no es nada, mamá. Solo quiero gritar y llorar porque mi ex infiel dijo que siempre pensó que soy una malcriada y que no tengo derecho a ser consejera. ¿Mencioné también que soy una vándala porque le pinché la rueda y amenazó con demandarme?

“Estoy bien”, digo, lo cual es mucho más seguro.

—Lila —me mira—. Dime la verdad, por favor. ¿Se trata de Oliver?

Mis padres saben del engaño, pero no saben nada más de lo que ocurrió ese día.

No se lo digas. No le arruines la noche.

Pero ella me mira así, con esos ojos que juro que pueden leer las mentes, y sé que tengo que darle algo.

Odio a los mentirosos. Los odio con todo mi corazón, así que, en cierto modo, también me odio a mí mismo cuando digo: "Estoy estresado por mi tesis, eso es todo".

Me lanza una mirada que me dice que está viendo a través de la estupidez. "Eres una estudiante de 4.0, Li. ¿De qué estás preocupada? Tú puedes con esto".

Dejé escapar un profundo suspiro que no era del todo falso. "¿Y si no es... ya sabes, lo suficientemente bueno?"

Mi madre frunce el ceño como si la hubiera ofendido personalmente. "Si tu tesis no es lo suficientemente buena, ¿quién lo será? Tienes un promedio perfecto, experiencia escribiendo innumerables artículos publicados, cuatro cursos de orientación extracurricular, experiencia como voluntaria..." Su ceño fruncido no va a ninguna parte mientras toma mis manos entre las suyas. "Y, sobre todo, te apasiona lo que haces. ¿Por qué dudas tanto de ti misma? ¿No puedes ver lo *brillante* que eres?"

Me empiezan a arder los ojos. Ya estoy demasiado sensible para mi propio bien, me siento demasiado vulnerable, ¿y ahora mi madre dice *esto* ?

"Yo..." Pero no salen las palabras.

Porque no, no veo lo brillante que soy. No lo *siento*, digan lo que digan mis resultados académicos. Una persona brillante no pierde la cabeza como me pasó a mí.

Algo a su derecha llama la atención de mi madre y, de repente, está saludando a alguien.

Probablemente sea mi padre, así que no aparto la mirada de mi regazo, porque si me concentro en la tela negra de mi vestido hasta la rodilla, tal vez pueda contener las lágrimas.

—Reed, ¿me harías un favor? —empieza a decir, y mi corazón se detiene—. ¿Podrías hacer entrar en razón a mi hija? Tal vez, si se lo dice otra persona, por fin lo crea.

Mierda, mierda, mierda.

—Mamá, yo no...

Pero ella ya no está en su silla. La observo mientras se acerca al Dr. Abner, que viste un traje de aspecto caro que le sienta demasiado bien. No puedo entender lo que dicen por encima de la ruidosa multitud.

El peso de una mano tatuada y la inconfundible voz de mi padre me hacen cambiar mi expresión a algo menos deprimido más rápido que un rayo. "¿Todo bien, pequeño rayo de sol?"

Mi padre siempre me ha protegido. A los tres, en realidad: a mí, a mi madre y a mi tía Maddie, que creció con nosotros debido a los problemas de alcoholismo de mi abuela. Dice que le duele físicamente vernos llorar, así que lo último que quiero es molestarlo en este momento.

Todavía no sé cómo mi madre y yo lo convencimos de no matar a Oliver cuando les conté sobre el engaño.

Mentirle a él me parece tan terrible como mentirle a mi madre, así que cambio de tema.

"Hace un tiempo que no te veo. ¿Dónde estabas?"

"Estaba afuera con Reed. Hay demasiada gente aquí".

A él no le gustan los espacios llenos de gente, pero hace un esfuerzo por mi madre. A ella tampoco le gusta la fiesta, pero su trabajo la obliga a hacer contactos, y se le da muy bien. Tiene sentido que Reed (*el doctor Abner, maldita sea, no Reed*) salga con mi padre porque ambos son hombres tranquilos y cerrados. Su naturaleza introvertida es probablemente lo que los convierte en amigos tan cercanos, algo en lo que *no* necesito pensar ahora.

Especialmente cuando el hombre en cuestión se sienta en la silla que antes ocupaba mi mamá.

Mi papá me aprieta el hombro. "Tu mamá y yo estaremos cerca".

Y se alejan.

El doctor Abner despliega sus largas y musculosas piernas frente a sí. La tela oscura de sus pantalones de traje roza mi piel desnuda, lo que provoca que se me ponga la piel de gallina.

"Si no es mi criminal favorito."

Pienso en cruzar los brazos para protegerme de la intensidad de su mirada, pero los bajo tan pronto como me doy cuenta de que empujar mis pechos hacia arriba no es el mensaje que quiero enviarle *a un profesor*.

—Me alegra saber que estoy en lo más alto de tu larguísima lista de conocidos criminales —respondo.

Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa peligrosamente atractiva. "No le daría el puesto número uno a nadie más".

Intento mantener la mirada fija hacia adelante y no en su pelo castaño, su barba corta o su mandíbula definida. Porque, ¿por qué iba a mirar con los ojos abiertos al amigo de mis padres, un hombre doce años mayor que yo? *Por favor ...*

"Tu mamá dijo que estabas preocupado por tu tesis, pero ella no se lo cree, y yo tampoco. Entonces, ¿de qué se trata?"

Supongo que esto es lo que pasa cuando intentas ocultar tus sentimientos a un consejero de renombre: te pillan.

Pero como no sólo heredé los ojos color avellana de mi padre sino también su incurable terquedad, digo: "Sólo estoy estresado por graduarme y escribir una buena tesis".

Me parece extraño que haya aceptado tener esta conversación conmigo. Lleva un par de años trabajando con mi madre, pero nunca habíamos hablado realmente. Al menos no hasta el caso Tiregate.

¿Tal vez porque sigo ignorándolo?

El suspiro que se escapa de sus labios suena cansado. "Estás estudiando para ser consejero juvenil. Deberías saber que reprimir tus emociones no es la respuesta".

Ah, ya lo sé. También sé que él está aquí porque mi madre se lo pidió, no por bondad de corazón. Sentirme como una carga, además de todo lo que pasa por mi cabeza, puede ser el último clavo en mi ataúd.

Con todo el aplomo que puedo reunir, me bajo de la estúpida silla del bar, haciendo todo lo posible por no caerme de bruces. A pesar de los tacones, sigo siendo del tamaño de una hormiga.

"Gracias por tu preocupación, pero no quiero obligarte a escuchar mis problemas. Estoy seguro de que tienes mejores lugares donde estar".

Su mano grande y cálida me agarra el codo y mi corazón se acelera. "Siéntate, por favor. Estoy aquí porque quiero. Hablemos".

¿Su voz ronca suena más suave o estoy escuchando cosas?

Pensando que probablemente sea esto último, insisto: "No estoy seguro de que sea una buena idea".

Hay demasiada gente aquí, algunas de las cuales tienen conexiones con la Universidad de Warlington. Sólo hace falta que una persona mal intencionada inicie un rumor y arruine mi carrera antes de que siquiera comience.

Cuando baja su mano de mi codo, mi piel de repente se vuelve fría.

—Puedes irte si realmente quieres. No te tengo como rehén, Lila. Pero puedo decir que algo te está carcomiendo, algo que tal vez no quieres que tus padres sepan, lo cual está bien.

Estoy aquí para escucharte si quieres. ¿Tiene algo que ver con tu ex?

La suave música que sale de los altavoces que nos rodean me envuelve, junto con el zumbido de la multitud, y mi cabeza da vueltas.

Odio que las palabras de Oliver sobre que soy demasiado privilegiada para ayudar a los niños necesitados me afecten tanto, pero *confié* en él. Sí, él quería que hiciera cosas divertidas con él, pero también solía apoyar mi carrera y animarme. ¿Fingió eso durante dos años?

“¿Quieres hablar?”, me pregunta de nuevo el Dr. Abner, pero no estoy escuchando realmente.

La venganza me cegó e hice algo de lo que me arrepiento profundamente, aunque Oliver lo merecía un poco.

“Quiero irme a casa y enfurruñarme” es lo que sale de mi boca.

Se sienta más erguido y parece incluso más grande y alto que su metro noventa de estatura.

“Creo que hablar te haría mejor. Puedo pedirte un poco de agua si quieres”.

Mi gesto de asentimiento es más pequeño de lo que me gustaría, y también lo es mi voz.

“Por favor”.

Llama a un camarero, que rápidamente coloca dos botellas pequeñas de agua delante de nosotros, junto a dos vasos con cubitos de hielo y una rodaja de limón en cada uno. El doctor Abner sirve primero la mía y yo bebo un sorbo.

No bebe, sino que apoya el brazo en la barra y me mira. “¿Te sientes mejor?”

Trago saliva. —No.

“Está bien. Estaré aquí cuando estés listo para hablar”.

Oh, es bueno. Es fácil entender por qué mi madre querría trabajar con él: es paciente, abierto y confiable.

No soy una niña, pero su magia me funciona igualmente, porque no pasan ni dos minutos antes de que diga: “Se trata de mi ex”.

“El mismo tipo que no pagaba el alquiler, ¿verdad?”

Suspiré de cansancio. “Solo tengo un ex, así que sí. Ese sería él”.

¿Cómo no me di cuenta antes de lo mentiroso que era Oliver?

Tal vez porque nunca mentía sobre nada importante, nada *importante*. Cuando iba a un bar con sus amigos, nunca mencionaba que alguna de sus *amigas* estuviera allí porque, según sus palabras, no quería que me enfadara porque salía con otras mujeres. El caso es que yo nunca le había dicho que no podía hacer eso. Me ocultaba cosas porque no quería pelear, decía. Pensaba que me enfadaría por ello, así que mentía para evitar conflictos y proteger la paz.

Soy tan estúpido

Banderas de todos los tonos de rojo ondeaban frente a mi cara y cerré los ojos.

Porque era más fácil. Porque dolía menos. Porque soy un cobarde idealista.

“¿Necesitas desahogarte?”, me pregunta el Dr. Abner, recordándome que no estoy sola.

“¿Cómo te enteraste de la infidelidad?”

Resoplo. “¿Tienes una paciencia infinita y un gusto por el drama?”

“Lo que necesites.”

Tal vez debería preguntarme por qué es tan amable conmigo, pero, honestamente, hoy tengo el corazón entumecido. Puedo agregar “desahogarme con el colega de mi madre y el hombre que he estado tratando de evitar durante dos años” a mi lista de decisiones cuestionables.

Entonces, tomo una respiración profunda y temblorosa y lo dejo salir todo.

No me interrumpe ni una vez. Esos ojos intensos nunca se apartan de mi rostro y descubro que sostener su mirada hace que mi estómago haga cosas raras que no son... terribles.

“Rompí todo de inmediato y él dijo que estaba siendo injusta”, concluyo cuando termino de explicar qué me llevó a arruinar su neumático. Mis dedos encuentran el colgante que cuelga de mi cuello: una sola flor dorada que mis padres me regalaron por mi decimosexto cumpleaños y que nunca me quito. “Dijo que podíamos resolverlo porque fue un error de una sola vez”.

No sé por qué estoy a punto de decirle esto, probablemente una de las cosas más humillantes que alguien me haya dicho jamás, pero a esta altura, mi amor propio es bastante inexistente.

Así que aquí vamos.

—Él me echó la culpa a mí —mi voz sale tranquila, dócil, y odio haber dejado que Oliver me hiciera esto tantos meses después—. Dijo que tenía necesidades y que yo no... no siempre lo ayudaba con ellas.

—¿Estás bromeando, Lila?

Me limito a encogerme de hombros y tomar otro sorbo de mi agua con limón.

Nos quedamos en silencio unos momentos, rodeados por el ruido de la fiesta, antes de que él diga con esa voz profunda: “Fuiste valiente al llamarle la atención por sus tonterías y echarlo; quiero que lo sepas. Y también necesito que sepas que no tienes la culpa de las decisiones que tomó. No quiero oírte decir que lo que hiciste o no hiciste lo llevó a engañarte porque eso no es verdad. Fue su elección”.

—Sé que fue su culpa, pero tal vez si yo hubiera...

—De ninguna manera, Lila. Ni se te ocurra hablar de eso.

—Hay... algo más. —Ya lo estoy molestando con todo mi drama, así que ¿qué más da? —

Hace unos meses, vi una oportunidad de hacer una pasantía de verano en un campamento infantil para jóvenes aspirantes a consejeros. Habría tenido la oportunidad de trabajar bajo la supervisión de consejeros de verdad y ayudar a los niños, pero ¿sabes lo que hice en su lugar?

Él no responde.

“Se lo conté a Oliver y me dijo que había trabajado demasiado y *que se* merecía pasar un verano conmigo. Sólo se es joven una vez, me dijo. Y dejé pasar la pasantía como una idiota. Renunciaba a una oportunidad que me habría ayudado a conseguir el trabajo de mis sueños después de graduarme. Pero el problema es que no puedo graduarme el próximo diciembre sin haber hecho una pasantía (estoy segura de que conoces la política de la universidad) y no puedo encontrarla. Supongo que eso es lo que me pasa por ser una vándala que pincha neumáticos”.

Me escondo la cara entre las manos, sin importarme si se me corre el rímel en el proceso.

También podría acabar hecha un desastre por fuera.

“¿Quieres ser consejero juvenil por tu mamá?”, me pregunta a continuación. No hace ningún comentario sobre lo estúpido que fui.

—En parte, sí. —Me trago las emociones que me suben por la garganta—. Mi madre... Ha pasado por mucho. Mi tía también. Recibieron la ayuda que necesitaban gracias al acceso a una buena atención de salud mental, y quiero ser esa persona para los niños que puedan necesitar orientación. Pero es más que eso. Siempre he sentido que...

Cuando los segundos pasan y las palabras no salen, él empuja su pierna contra la mía. Un gesto íntimo que me sorprende pero no me molesta. "¿Cómo qué?"

"Siempre he sentido que nací para ser consejero de jóvenes. Para ayudar a los niños como otros ayudaron a mi familia". Respiro profundamente por la nariz. "Pero perdí los estribos e hice algo que no es propio de mí. Puede que no te parezca gran cosa, pero soy una persona que cumple las normas. No pincho los neumáticos de la gente".

¿Cómo se supone que voy a enseñar a los niños a ser saludables si yo soy un desastre?

El Dr. Abner permanece en silencio durante tanto tiempo que estoy empezando a pensar que ni siquiera me ha escuchado, pero luego dice: "Si quieres trabajar con niños y no puedes encontrar una pasantía, soy miembro de la junta directiva de un centro juvenil en el que podrías hacer una pasantía si estás interesado".

También eres miembro de la junta directiva de un centro juvenil? ¿Como un doctor en psicología, investigador, coautor y qué más no es suficiente?"

Sus hombros suben y bajan. "Tengo muchos intereses y una gran capacidad de organización. ¿Por qué me obligaría a encajar en una sola categoría cuando puedo hacerlo todo?"

Está bien. Ojalá tuviera ese nivel de confianza en mí mismo.

"Gracias por ofrecerte, de verdad, pero no quiero... ya sabes, que me regalen cosas".

Esas cejas pobladas forman una muesca. "No te entiendo".

"No quiero ocupar el lugar de otra persona solo porque conoces a mis padres o porque piensas que soy un desastre y sientes pena por mí. No soy así".

La expresión de su rostro no deja de ser despreocupada. "Actualmente no tenemos suficiente personal, así que créeme que no ocuparías el puesto de nadie". Se me revuelve el estómago al oír sus palabras. "Soy miembro de la junta directiva, pero no me encargaría de las contrataciones. Haniyah, nuestra directora, es la responsable de eso. También tendrás que pasar una verificación de antecedentes y obtener una tarjeta de autorización de huellas dactilares, dos cosas que no puedo *entregarte así como así*".

Genial, ahora me siento como un idiota egocéntrico.

"Se llama Warlington Youth Center, en Main Street", continúa. "Tu madre lo ha visitado varias veces; ella puede darte indicaciones. Pero no te presiones. Pensé en ofrecerte, ya que quieres convertirte en consejero juvenil. No hacemos pasantías de verano, pero podemos organizar algo a partir de agosto si estás interesado".

Y aunque sé que debo evitar aceptar favores, especialmente de él, no puedo negar que me intriga. "¿En qué tipo de actividades podría ayudar?"

Pasa sus grandes manos por la tela oscura de sus pantalones de traje, alisándola. No estoy dispuesta a detenerme nunca en por qué me concentro en lo grandes que son sus manos.

"Tendrás que aclarar eso con tu supervisor de prácticas en la universidad, pero principalmente funciones clínicas y administrativas, sesiones de asesoramiento supervisadas, informes, coorganización de talleres, ese tipo de cosas".

Suena... justo lo que buscaba.

Realmente lo hace.

Encontraré otra cosa. Aún tengo tiempo para mirar otras opciones.

Pero ¿debo hacerlo? Se suponía que debía solicitar unas prácticas de verano en diciembre, así que no es una opción. Y desde entonces he *estado* buscando otras opciones, pero las prácticas de asesoramiento juvenil son escasas en Warlington, por alguna razón, y no puedo permitirme viajar a ningún otro lugar.

No puedo aceptarlo. ¿Qué pasará si otros estudiantes descubren que estoy haciendo una pasantía con Reed Abner, quien casualmente es un amigo cercano de mi madre?

Mi voz interior tiene razón. Sería irresponsable aceptarlo, además de que iría en contra de lo que he tratado de evitar durante años.

¿Estoy dispuesto a arriesgar mi reputación por una pasantía que podría hacer en otro lugar?

Termino mi vaso de agua bajo su mirada abrasadora. Él todavía no ha tocado el suyo.

“¿Te sientes mejor?”, pregunta.

Para mi sorpresa, me encuentro asintiendo con la cabeza y le digo: “Estaré bien. Gracias por ofrecerme la pasantía”.

“Ya sabes dónde encontrarme si quieres hablar”.

Le sonrío con los labios apretados y nerviosa.

¿Por qué el Dr. Abner sostiene la linterna al final del túnel en el que estoy?

CAPÍTULO 5

Lila - Marzo

¡Lo intenté. Realmente lo hice.

A pesar de mis intentos durante las últimas semanas, cada vez que me encontraba con una oferta de prácticas, la comparaba con el centro juvenil. Y así, sin más, perdieron su atractivo.

La Universidad de Warlington tiene una política muy estricta en lo que se refiere a pasantías: los estudiantes tienen que encontrar una adecuada y obtener resultados satisfactorios si quieren graduarse de su programa de maestría. Así que, sin una pasantía en marcha, la ansiedad me carcomía hasta que finalmente cedí y envié un correo electrónico al centro juvenil, pidiendo más información.

Todavía puedo negarme, pero no vendría mal investigar un poco en persona.

El Centro Juvenil de Warlington se encuentra en una calle tranquila cerca de Main Street. Es una casa histórica de ladrillos rojos, techo negro y ventanas blancas. Mientras miro rápidamente el edificio de dos pisos desde mi auto, no puedo evitar notar que es enorme. ¿Es un patio de juegos lo que hay atrás?

Compruebo nuevamente la dirección que mi mamá me envió por mensaje de texto antes y confirmo que este es el lugar. Con el pulso acelerado, salgo de mi auto y camino a través del estacionamiento hacia la entrada principal. La puerta está cerrada con llave, pero puedo ver luz que sale del interior.

Pero no el Dr. Abner.

Esperemos que siga así.

Toco el timbre que está a mi derecha y una mujer mayor me mira de repente desde detrás del mostrador de recepción. Un momento después, presiona una especie de botón y la puerta se abre.

“Hola, cariño. ¿En qué puedo ayudarte?”, pregunta mientras se pone de pie y se ajusta el hiyab. Su sonrisa es cálida, sus ojos amables y el sonido tranquilizador de su voz me tranquiliza al instante.

Le devuelvo la sonrisa. “Hola, soy Lila Callaghan. Te envié un correo electrónico la semana pasada sobre una oportunidad de pasantía en la Universidad de Warlington”.

Sus ojos se abren de par en par al reconocerla. —¡Claro! Soy Haniyah, directora del Centro Juvenil de Warlington. Es un placer conocerte, Lila. Déjame buscar a alguien para que vigile la recepción y hablaremos en mi oficina.

Unos minutos después, estoy siguiendo a Haniyah por un pasillo bien iluminado.

“Este año hemos alcanzado la capacidad máxima. ¡Cuarenta niños! ¿Puedes creerlo?”, sonrío radiante y su pasión se me va contagiando a medida que habla. “Atendemos a niños desde los cinco años hasta los dieciocho. Organizamos eventos deportivos, clases de arte, reuniones de clubes de lectura y muchas otras actividades. También los ayudamos con sus tareas, si necesitan ayuda adicional. Ah, y mucho juego al aire libre cuando el clima acompaña”.

“Suena increíble”, digo con sinceridad. “Me encantan los dibujos de los niños en las paredes. Es evidente que este es un lugar muy querido”.

Haniyah me mira con una mezcla de gratitud y amabilidad. “Realmente lo es, y no podríamos estar más agradecidos por ello”. Abre una puerta al final del pasillo. “Ya estamos aquí. Siéntese, por favor”.

Su oficina es pequeña pero acogedora: una pequeña chimenea a mi derecha, una enorme estantería a mi izquierda y un escritorio lleno de cosas frente a las ventanas dobles. No veo velas aromáticas, pero huele a lino fresco y a limón.

Me siento en una de las dos sillas frente a su escritorio mientras ella toma su lugar detrás de él.

“Antes de llegar a la parte aburrida en la que te cuento todos los requisitos de la pasantía, cuéntame un poco sobre ti. ¿Qué te hizo querer hacer una pasantía aquí?”

He hecho suficientes prácticas y trabajos voluntarios como para reconocer que se trata de una entrevista improvisada e informal. Y aunque tiendo a ponerme nervioso en esas ocasiones, la presencia de Haniyah y la buena sensación que me dio este lugar en cuanto entré me ayudaron a controlar mis nervios.

Le doy una explicación sincera: “Siempre he sentido una fuerte vocación por ayudar a los demás. A los niños, en concreto. En diciembre me graduaré de mi máster en orientación y mi plan es convertirme en consejera juvenil en cuanto obtenga todas mis cualificaciones”. “Es admirable”, dice. “He revisado el CV y la carta de motivación que adjuntaste a tu correo electrónico y debo decir que estoy realmente impresionada con tu formación académica. Para ser una mujer tan joven, tienes un talento increíble. ¿Puedes contarme más sobre tu experiencia como voluntaria en el refugio para mujeres el verano pasado?”

Durante los siguientes veinte minutos, Haniyah y yo intercambiamos historias sobre las experiencias que pasamos trabajando con diferentes grupos comunitarios. No parece una entrevista, sino más bien una charla informal con un amigo tomando un café, pero sin café. Ella me cuenta sobre su trayectoria como trabajadora social y cómo convertirse en directora de este centro juvenil era un objetivo a largo plazo que finalmente logró.

Y luego, se pone sobria.

—Seré sincera contigo, Lila —junta las manos sobre el escritorio y me mira fijamente—. Creo que serías una candidata fantástica para el Centro Juvenil de Warlington. Si compartes mi opinión, me encantaría contarte más sobre la pasantía para que puedas pensar en ella. Sin embargo, no hay presión. Queremos que todos “Estamos aquí para comprometernos al cien por cien, así que si tenéis alguna duda podéis decir que no. No nos lo tomaremos como algo personal”.

Me muevo en mi silla, con el corazón deseando gritar a los cuatro vientos que sé *que* este es el lugar para mí.

Soy una contradicción andante. Llevo dos años evitándolo y, de repente, quiero hacer una pasantía en un centro juvenil del que es *miembro* de la junta directiva. Su función aquí no es exactamente un secreto para el público, así que ¿qué pasa si la gente descubre que soy pasante aquí y empieza a hablar?

Lo que dijo sobre Haniyah como responsable de los pasantes me hace pensar que todo estará bien. Porque si él no es mi supervisor directo, los demás estudiantes de mi maestría no pueden decir que estoy abusando de mi privilegio de estar aquí.

¿Bien?

—Entonces, ¿qué será? —pregunta Haniyah, con una leve sonrisa en sus labios.

Dilo. Sé valiente.

“Sin duda comparto ese sentimiento”, le digo con sinceridad. “Me encantaría saber más sobre la pasantía. Muchas gracias por esta oportunidad”.

—Eso es exactamente lo que quería oír —dice sonriendo—. Bien, vayamos al grano.

Prometo que seré rápida. No quiero quitarte demasiado tiempo; sé lo ocupados que están los estudiantes de maestría.

¿Tiene hijos o sobrinos que también estén estudiando? No pregunto porque no quiero que piense que estoy entrometiéndose, pero me lo pregunto.

Haniyah gira la pantalla de su computadora para que pueda ver el largo documento que acaba de abrir.

“Esta es la guía de prácticas, que te enviaré por correo electrónico más tarde hoy para que puedas revisarla en casa”, explica. “Pero lo esencial es: tres meses de prácticas consecutivas a partir de agosto, dedicar al menos diez horas de trabajo en el lugar durante el primer mes. y dieciséis horas durante las dos restantes, y asistir a supervisiones y reuniones semanales. Eso es prácticamente todo”.

“Suenan bien. ¿En qué consistiría mi función?”

“Comenzarás acompañando a tu supervisor en sesiones grupales e individuales con los niños y los ayudarás con los informes y coorganizando talleres”. Cuanto más habla, más suena como un sueño absoluto. “Luego, cuando consideremos que estás lo suficientemente calificado, estarás solo con los niños. Estas sesiones serán grabadas y revisadas por tu supervisor, por supuesto.

“Somos una familia muy unida. Nuestros hijos provienen de familias que enfrentan todo tipo de dificultades: problemas financieros, padres que se recuperan de una adicción, hijos cuyos padres están o han estado encarcelados...” Me da una tierna sonrisa. “Su salud mental y su rendimiento académico son nuestra principal prioridad, pero también hacemos otras actividades, como días en el parque o visitas a museos locales. Queremos que sepan que hay una vida ahí afuera que vale la pena explorar y que pueden *explorarla*. Se lo merecen, sin importar cómo sean sus circunstancias personales. Si te unes a nosotros, también tendrás la oportunidad de conocer a nuestros hijos en un entorno más informal, como en la sala de juegos o la sala de arte, no solo como consejera juvenil, sino como una mujer joven que puede ofrecerles inspiración y aliento”.

¿Quién está cortando cebollas delante de mis narices?

Mis ojos empiezan a arder y no encuentro las palabras para hacerle preguntas o incluso agradecerle su explicación.

Porque algo en mi pecho se abre y se tensa al mismo tiempo. Y entonces ese algo brilla, luego arde, luego estalla.

La luz de la que siempre habla mamá.

No soy una persona espiritual, pero reconozco la pasión que arde en mi pecho por lo que es: un llamado.

Mi vocación.

El lugar donde debo estar ahora mismo, el camino que debo seguir.

Me aclaro la garganta, deseando que mis lágrimas permanezcan encerradas porque llorar en una entrevista de pasantía debe ser lo menos profesional que se puede imaginar.

“Su trabajo y compromiso con estos niños son inspiradores”, le digo. “Sería un honor para mí formar parte de ello”.

“Encajarás perfectamente, ya lo verás”, me asegura con esa sonrisa maternal. “¿Tienes alguna pregunta para mí? Si no se te ocurre ninguna ahora mismo, podemos programar otra visita una vez que hayas repasado la guía de prácticas y el contrato”.

“Tengo un par de preguntas ahora, si no te molesta. ¿Ofrecen algún tipo de capacitación interna?”

“¡Por supuesto! No puedo creer que me haya olvidado de decírtelo”. Se ríe entre dientes.

“Es un procedimiento bastante estándar. Primero tendrás que pasar una verificación de antecedentes. También tendrás que cumplir con las calificaciones de un profesional de la salud mental y tener una licencia de conducir. Por último, ofrecemos un curso en línea y una capacitación en el lugar que tendrás que completar antes de unirse a nosotros en agosto. ¿Te parece bien?”

—Suenan genial —me muevo en el asiento—. ¿También mencionaste que tendría que seguir de cerca a mi supervisor durante un tiempo y rendirle cuentas?

Ella asiente. “Un profesional de salud mental del centro juvenil se encargará de capacitarte y guiarte durante esta pasantía. Tendrás reuniones semanales con ellos y los seguirás durante las primeras semanas, observando. No suena muy divertido cuando lo digo así, pero te prometo que aprenderás mucho. Piensa en tu supervisor como una especie de hada madrina”.

Eso me hace sonreír. “¿Existe alguna posibilidad de que ese supervisor seas tú?”

Una chica puede soñar. Haniyah parece una supervisora amable y eficiente de la que podría aprender mucho.

—Oh, Dios, me encantaría. Lamentablemente, mis responsabilidades como director no me dejan mucho margen para incluir nada más. Pero no te preocupes. Reed es un excelente profesional y le encantaría supervisar a una estudiante tan brillante como tú.

El aire sale rápidamente de mis pulmones.

Caña.

Me aclaro la garganta. Esto no está sucediendo ahora. “¿Reed Abner?”

—¿Lo conoces? No mencionó que te presentarías. Bueno, no me sorprende que lo conozcas, en realidad. Ese chico se ha ganado un nombre.

Ella lo dice con una suave sonrisa que demuestra lo mucho que se preocupa por él, pero también me hace preguntarme por qué lo llama niño cuando Reed es todo un hombre.

Incluso si no fuera por su estatura gigantesca o lo grande que es en general, la forma en que su mera presencia domina una habitación denota una especie de poder sutil que solo la experiencia y la confianza pueden dar.

—Él trabaja en mi universidad —le digo. No necesita saber nada de mi madre.

Ella frunce el ceño. “No es tu profesor, ¿verdad? Porque eso podría representar un conflicto de intereses, lo que podría cambiar las cosas”.

“Él no es mi profesor. Es un investigador y supervisa a estudiantes de doctorado, cosa que yo no hago”.

“Está bien, entonces. Verás, actualmente tenemos un poco de personal insuficiente.

Estamos haciendo que funcione mientras buscamos expandirnos, pero actualmente, Reed es la única persona a cargo de nuestro Departamento de Salud Mental hasta que obtengamos más fondos. Hace un trabajo excepcional, como puedes imaginar, pero eso significa que es la única persona aquí que está lo suficientemente calificada para brindarte

la mejor experiencia de pasantía posible. Si dices que él no es tu profesor y que tú no eres su estudiante, entonces estamos a salvo”.

Trago saliva. “Entonces, ¿estás diciendo que no hay nadie más aquí que pueda ser mi supervisor?”

—¿Hay algún problema con Reed? —pregunta, con confusión en sus palabras.

—No, no —digo rápidamente, como una mentirosa total. *Puede que* tenga un pequeño problemita con todo esto, pero no quiero ser una molestia cuando Haniyah me da tanta bienvenida—. Solo me preguntaba.

Ella me mira como si no me creyera del todo, pero no insiste. “Reed está intentando activamente ampliar nuestro Departamento de Salud Mental a través de su investigación para que podamos traer más profesionales dedicados al centro juvenil. No solo a este, sino a todos los demás centros juveniles, centros comunitarios y hogares de acogida del estado. Tenemos la suerte de contar con innumerables voluntarios que también son trabajadores sociales, terapeutas y consejeros juveniles, pero actualmente él es el único miembro de su departamento que posee las calificaciones y el tiempo para supervisar a los pasantes. Estoy segura de que lo entiendes”.

—Entiendo. —Mi sonrisa se tambalea. No porque de repente no quiera hacer prácticas aquí, sino porque el Dr. Abner, que es mi supervisor, complica las cosas—. Me encantaría revisar la guía y el contrato con mi profesor, y me pondré en contacto contigo en un par de semanas. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Tómate tu tiempo, por favor. Fue un placer conocerte, Lila. Ah, antes de que me olvide, déjame mostrarte los alrededores. Todos los niños todavía están en la escuela, así que es el momento perfecto para ver todo antes de que se desate el caos. La sigo fuera de su oficina y por el mismo pasillo por el que pasamos en nuestro camino hacia aquí. “Estas puertas conducen a oficinas y armarios de suministros. Esa es la oficina de Reed, donde te reunirás con él si te unes a nosotros”.

Exacto. Porque *reunirse con Reed* suena absolutamente fantástico.

“Y aquí está nuestra sala principal”, dice cuando llegamos a una enorme sala abierta al final del pasillo desde el mostrador de recepción.

Mesas y sillas de colores, tanto para niños como para adultos, algunos sofás nuevos y pufs de aspecto cómodo, un televisor y una mesa de fútbol adornan la habitación. Está bien iluminada y los enormes ventanales del otro lado conducen a un jardín con un parque infantil. Huele a aula, lo que me hace recordar mi infancia.

“Esta habitación es increíble”, exhalo.

“Solo pudimos permitirnos esta renovación el año pasado, así que me alegro de que te guste. ¿Ves esa puerta de allí?”, señala un rincón lejano de la habitación. “Ese pasillo conduce a la biblioteca y a la cocina, donde guardamos algunos bocadillos para los niños. Sígueme arriba”.

Tomamos las escaleras, pero ella me dice que también hay un ascensor disponible en caso de que alguien herido o que use silla de ruedas alguna vez lo necesite.

“Aquí están las cinco aulas, además de la enfermería y dos baños. También hay un par de baños abajo”, explica. “No sé si lo has visto, pero hay un patio de juegos afuera y un jardín comunitario”.

“Lo hice. Es realmente impresionante lo que has hecho con este lugar”.

—Gracias, cariño. Me alegra que te guste nuestro centro juvenil. —Me mira con un brillo esperanzador en los ojos—. Bueno, creo que eso es todo por la visita guiada. ¿Tienes alguna otra pregunta para mí?

Niego con la cabeza. “No realmente. Lo has explicado todo a la perfección”.

Y cuanto más tiempo paso aquí, más convencido estoy de que este es el lugar donde debo estar.

Menos el Dr. Abner supervisándome.

Tengo muchas ganas de preguntarle a Haniyah si hay alguna manera de que alguien más pueda supervisar mi pasantía, pero su respuesta fue bastante clara. Además, ser tan insistente seguramente hará sonar todas sus alarmas, y no quiero que piense que soy un bicho raro.

Una vez que volvemos al nivel del suelo, Haniyah le dice a la mujer de la recepción que puede regresar a su oficina y ella toma el control una vez más.

“Déjame enviarte por correo electrónico toda la documentación antes de que se me olvide”, me dice mientras se conecta a la computadora. “Será solo un minuto. Recuérdame, ¿cuál es tu dirección de correo electrónico?”

Apenas he dicho estas palabras cuando la puerta principal se abre detrás de mí.

Haniyah levanta la vista con una sonrisa relajada en el rostro. “Oh, justo a tiempo”.

Cuando miro por encima del hombro y *lo miro a los ojos*, tengo confianza en que el universo se está riendo en mi cara.

—Hola —dice esa voz profunda y familiar. Suena serio, un duro contraste con el carácter acogedor de Haniyah—. Lila.

Odio todo sobre esto.

Hola, doctor Abner.

Ahí están los límites. No volveré a decir tonterías sobre *Reed en un futuro próximo. Ni nunca*.

Me vuelvo hacia Haniyah, con la esperanza de no sonar tan asustada como me siento.

“Muchas gracias por tomarte el tiempo de responder mis preguntas y mostrarme el lugar. Tengo que irme, pero estaré en contacto contigo”.

—Claro, cariño. El placer ha sido todo mío. —Se vuelve hacia él—. Lila está pensando en unirse a nosotros en agosto como consejera juvenil en prácticas. Le dije que tú te encargarías de su supervisión.

—¿Es eso cierto? —pregunta lentamente, mirándome intensamente.

—Lo estoy pensando —digo rápidamente—. Tengo que irme, pero gracias por tu tiempo, Haniyah.

—No hay problema, querida. Espero tu respuesta.

Asiento, deseando salir de allí.

El aroma amaderado del Dr. Abner llena mis fosas nasales cuando paso junto a él en mi camino hacia la puerta, y juro que mis rodillas se doblan un poco.

Toma el control.

Con mi mano en el mango, empiezo a respirar normalmente una vez más, sabiendo que estoy a segundos de salir de su órbita.

Pero entonces esa voz ronca detrás de mí dice: “Conduce con cuidado, Lila”.

Y vuelvo al punto de partida.

CAPÍTULO 6

Caña

I Observa cómo Lila baja apresuradamente las escaleras hacia el estacionamiento y se sube a su auto.

El sonido de Haniyah escribiendo en la computadora y murmurando para sí misma no me aleja de la rubia hasta que su auto desaparece por la calle.

"¿Ya terminaste de mirar con lascivia a la querida Lila?"

Giro rápidamente la cabeza hacia ella: la mujer que me dio todo cuando no tenía nada.

"No digas eso. Me haces parecer un perverso".

Me responde con una risa relajada. "Te vi crecer hasta convertirte en el hombre que eres hoy, Reed. Eres muchas cosas, y un perverso no es una de ellas".

"¿Te importaría compartirme qué son esas cosas?", le dije sonriendo, inclinándome sobre el mostrador de recepción mientras ella seguía jugando con la computadora. "¿Necesitas ayuda con eso?"

Ella me lanza una mirada fulminante. "Puede que sea vieja, pero puedo manejar la tecnología perfectamente".

—Sólo te estaba tomando el pelo, Han.

Su mirada en blanco es cariñosa. "Bueno, veamos. Eres la persona más inteligente y motivada que conozco, por ejemplo. Eres increíblemente terca, lo que a veces juega a tu favor, pero a menudo no. También tienes el alma más amable y desinteresada que he conocido, y conozco a muchas personas. ¿Qué más? Ah, sí, Definitivamente no eres un perverso, pero me estás ocultando algo. Algo sobre Lila. Entonces, ¿qué es?"

Maldita sea, esta mujer es otra cosa.

Después de casi tres décadas de conocerla, debería saber que no es capaz de ver a través de mí. Así es como nos convertimos en familia, después de todo.

Porque, a todos los efectos, Haniyah es como una madre para mí.

—Dijo que te conocía de la universidad —insiste.

—Sí, claro. Pero no es mi alumna. —Miro el reloj que hay en la pared detrás del mostrador de recepción. Los niños llegarán en menos de una hora—. Y no la conozco exactamente de la universidad. He trabajado antes con su madre, la autora de libros infantiles, Grace.

Los ojos de Haniyah se abren de par en par. —¿Es la hija de Grace? Ahora que lo pienso, se parecen mucho.

Grace ha estado en el centro juvenil varias veces para hablar sobre cómo es ser autor (a algunos de los niños aquí realmente les gusta escribir) e incluso coorganizó un taller de narración de cuentos conmigo una vez.

"La conozco principalmente a través de sus padres, eso es todo", explico.

—Cuando le dije que supervisarías su pasantía, se puso un poco nerviosa. —Su voz es tranquila, como si alguien pudiera oírnos—. ¿Por qué? ¿Alguna vez has impartido alguna de sus clases?

"No lo he hecho."

Pero tal vez tenga una ligera idea de por qué no parecía muy entusiasmada con la idea de que yo la supervisara.

“Miré su currículum y es realmente impresionante. No había oído hablar de una nota media de 4,0 desde la tuya, y eso fue hace años. Es una jovencita muy brillante, así que no la asustes. Podría ayudar mucho a los chicos de aquí”.

—Apenas la conozco —le digo—. No estoy tratando de asustarla.

—Dejémoslo así. —Me mira con severidad, pero sé que está bromeando conmigo—. ¿A quién tienes hoy?

No necesito mirar mi agenda. “Tengo a Cameron en una sesión de terapia a las cuatro. Todavía estamos trabajando en sus problemas de ira, pero no veo muchos avances, así que estoy pensando en cambiar mi enfoque”.

“Quizás Lila pueda ayudarte con eso cuando se una a nosotros. Una nueva perspectiva te vendrá bien”, reflexiona.

Algo me dice que Lila no se unirá a nosotros, si su reacción al verme fue un indicador. Pero no tengo fuerzas para decirle a Han que no se haga ilusiones.

—Veré qué puedo hacer —golpeo el mostrador con los nudillos—. Estaré en mi oficina si me necesitas.

—Claro. Que tengas un buen día, Reed.

No importa cuánto tiempo pase, nunca me acostumbro al silencio que reina en el centro juvenil antes de abrir. Me parece mal que estos pasillos no estén llenos de risas y de algún que otro grito de emoción. Porque si algo he aprendido en los últimos cinco años como miembro de la junta directiva es que la palabra *silencio* no forma parte del diccionario de ningún niño.

¿Y honestamente? Estoy más que bien con eso.

Pienso en Cameron y en el resto de los niños que necesitan nuestra ayuda y se me encoge el pecho. A pesar de las numerosas mejoras que hemos hecho solo en el último año (como mejorar la sala de juegos principal y organizar más excursiones educativas), no parece que sean suficientes.

Más. Deberíamos estar haciendo más. *Debería* estar haciendo más.

Con suerte, el proyecto en el que estoy trabajando con el gobierno estatal saldrá adelante y brindará a los hogares de acogida y centros juveniles fondos suficientes para mejorar nuestra salud mental. departamentos. No se aprobará, si es que se aprueba, hasta el año que viene, pero por ahora todo va bien.

No he llegado hasta aquí (lo cual es un milagro en sí mismo, considerando mi pasado) para detenerme ahora.

“Quiero atropellarlo con un coche”.

Cuento hasta cinco en mi cabeza y respiro profundamente y para calmarme.

Aquí vamos.

—Tienes doce años, Cameron. No puedes conducir —digo con voz tranquila, sin apartar la mirada del chico que está frente a mí. Tiene los ojos clavados en su regazo cubierto por vaqueros, donde apoya los puños furiosos—. Y de todos modos, no es el punto. Atropellar a la gente con coches es ilegal. Apuesto a que no quieres ir a la cárcel.

“Los niños no pueden ir a la cárcel”, me dice, tan seguro que no me sorprendería que lo hubiera investigado.

—Pueden hacerlo —dijo, mirándome con ojos alarmados—. Hay cárceles construidas específicamente para menores que cometen delitos.

—Estás mintiendo. —Le lanzo una mirada inexpresiva que le dice que no, que no le estoy mintiendo. Su garganta se mueve con fuerza al tragar saliva antes de preguntar—: ¿Vas a enviarme a una prisión para niños?

“¿Por qué haría eso?”

Se revuelve en el sillón colocado en medio de la sala de terapia, con una capa de culpa sobre su rostro. “Porque acabo de decirte que quiero atropellar a Sean con un auto”.

“No puedes ir a la cárcel por algo que no has hecho. Lo que me gustaría saber es por qué quisiste hacerle eso a Sean en primer lugar”.

No lo duda: “Porque se burló de mi hermana por tener dislexia”.

Antes de que empezara la sesión de hoy, ya sabía que sacaría el tema. Según me contó uno de los voluntarios, hace unos días Hace un tiempo, Melody, la hermana gemela de Cameron, estaba teniendo dificultades con su tarea cuando uno de los otros niños de su edad se burló de ella por no obtener las respuestas correctas.

A Melody le diagnosticaron dislexia y TDAH hace tres meses, lo que nos ayudó a diseñar un plan de estudios más completo para ella. Está bien, pero su hermano se ha propuesto protegerla de todo daño.

Y sería noble de su parte si no usara la violencia para mantenerla a salvo; no atropelló a Sean con un auto, pero el mes pasado, le habría dado un puñetazo en la cara si Haniyah no hubiera intervenido a tiempo.

—¿En qué medida lastimar a Sean ayudaría a tu hermana? —le pregunto.

Cameron mira hacia otro lado, con los brazos cruzados sobre el pecho. “No lo sé. Supongo que dejará de molestarla”.

Las voces del exterior de la habitación se filtran por debajo de la puerta; otros niños corren por el pasillo mientras reciben reprimendas por correr en primer lugar.

—Muy bien, digamos que lastimas a Sean y él deja de meterse con Melody. ¿Qué pasa cuando otro niño se burla de tu hermana? —Me recuesto en mi sillón—. ¿También los atropellarás con un auto?

Se encoge de hombros. “Si es necesario”.

—Entonces supongo que alguien más tendrá que proteger a tu hermana cuando estés en la cárcel.

Eso me hace mirarme otra vez, alarmado. “No. Yo protegeré a Melody. A nadie más”.

“No puedes proteger a nadie de la cárcel. Y dependiendo de cuánto daño le hagas a Sean, o a cualquier otra persona, podrías quedarte en prisión para siempre. Es posible que nunca más vuelvas a ver a tu hermana. ¿Es eso lo que quieres?”

—No. —Se incorpora, agitado—. No quiero ir a la cárcel.

—Dejemos la cárcel de lado por un segundo. —Me inclino hacia delante, apoyando los brazos sobre las rodillas—. Sé cómo te sientes, Cameron. Amas a tu hermana y quieres mantenerla a salvo, pero todos sufrimos. Es parte de la vida y así es como crecemos. Nos hace más fuertes. No puedes controlar lo que le sucede a tu hermana”.

“Pero es injusto. Melody no hizo nada malo. No puede controlar su dislexia”.

—Tienes razón. Tenemos muy poco control sobre lo que nos sucede —admito—. Lo que hizo Sean estuvo mal. No debería haber sucedido y lastimó a tu hermana. Pero en lugar de amenazar con atropellar a la gente con tu inexistente auto, creo que deberías concentrarte en ayudar a Melody.

Él frunce el ceño. “La ayudo mucho”.

—No la estás ayudando, Cameron. Te pelearás con cualquiera que la mire de forma incorrecta y, al final, acabarás metido en serios problemas.

Cuando percibo su leve inhalación, lo tomo como una señal para seguir adelante. —Tanto tú como Sean tienen doce años y deberían saberlo mejor. Ya no son bebés. Querer proteger a tu hermana es muy honorable, pero ¿sabes qué te convertiría en un hermano aún mejor?

—¿Qué? —murmura, sin parecer muy interesado en mi respuesta.

Echo un vistazo rápido al reloj de la pared del fondo y veo que sólo nos quedan unos minutos de sesión.

—Enseñándole a Melody a defenderse —le digo—. Y no con los puños. Ya sabes que la violencia no es la respuesta.

“Pero funciona.”

“A largo plazo, no. ¿Sabes por qué? Porque estás dándoles a otras personas el poder de controlarte. Sus palabras y acciones te afectan tanto que pierdes los estribos y haces cosas malas. Claro, golpear a alguien puede evitar que lastime a tu hermana, pero también *te meterá* en problemas. Hay formas de defenderte a ti mismo y a los demás que no tendrán consecuencias terribles para ti”.

“¿Cómo qué?”

“Como no preocuparse por lo que digan los demás. Si alguien molesta a tu hermana, lo que debes hacer es ignorar a esa persona y contárselo a un padre o a un profesor. Ellos se ocuparán del asunto y se asegurarán de que no vuelva a suceder”.

Me mira con inseguridad, como si no estuviera del todo convencido. “¿Qué sentido tiene si Melody va a resultar herida de todos modos?”

No puedo decir que no vi venir esa respuesta. “Ella saldrá lastimada incluso si atropellas a alguien con tu auto, ¿no? El daño estará hecho, pero podemos controlar cómo reaccionamos ante él. A ti no te importa lo que otros digan de ti, y eso es algo genial. Creo que puedes enseñarle a tu hermana a ser más como tú en ese sentido. Ayúdala a defenderse”.

Oculto sus manos dentro de los bolsillos de su sudadera con capucha. “Tal vez no me importaría ir a la cárcel por mi hermana”.

Suena la alarma de mi teléfono, que indica el fin de nuestra sesión. Pero otra suena en mi cabeza ante su última declaración.

—Antes de que te vayas —le paso una libreta pequeña—, haz los deberes.

Su gemido no es inesperado. “¿Qué pasa?”, pregunta mientras examina el cuaderno en blanco.

“Cada vez que te sientas enojado o frustrado, en lugar de lastimar a alguien o romper algo, quiero que escribas lo que te molestó en este cuaderno y luego rompas la página en la que escribiste”.

Sus ojos se abren de par en par. “¿Vas a dejar que rompa las páginas?”

—Sí —le di mi bolígrafo—. Adelante. Escribe algo que te haya molestado hoy, léemelo y luego sácalo.

Visiblemente entusiasmado con esta idea, o al menos lo suficientemente curioso como para intentarlo, rápidamente garabatea algo y se aclara la garganta, leyendo lo que escribió.

“Mamá me hizo usar esta sudadera con capucha Hoy en día, y no me gusta porque tiene un dinosaurio y me hace parecer un bebé”.

“Muy bien. Ahora, rasga la página”.

No tengo que decírselo dos veces.

Cameron destruye el papel hasta que sólo quedan los trozos más pequeños. Cuando termina, su rostro se relaja visiblemente.

—¿Te sientes bien? —pregunto, y el chico me hace un gesto de asentimiento—. Pero el truco es el siguiente: una vez que escribes lo que te molesta y rompes el papel, ya no puedes volver a pensar en ello ni actuar en consecuencia. Puedes sentir toda la ira y la frustración mientras rompes el papel, pero una vez que terminas, tienes que seguir adelante. Y limpiar el desastre, por supuesto. ¿Tenemos un trato?

Me sorprende cuando extiende su puño y me pide en silencio que lo golpee. “Trato hecho”. Veinte minutos después de terminar nuestra sesión, estoy trabajando en su informe cuando mi teléfono suena con un mensaje de texto.

Cal: Tengo un espacio libre en dos semanas para ese tatuaje. No hay presión (sí, presión).

Sacudo la cabeza y sonrío con sorna ante su determinación de tatuarme. Para ser justos, yo lo sugerí primero. Fue durante un momento de debilidad (después de unos cuantos vasos de whisky en una reunión social a la que ninguno de los dos quería asistir, pero Grace había sido invitada) y Cal, que estaba muy sobrio, nunca descartó la idea de tatuarme.

Yo: Ni siquiera tenemos un boceto, hombre.

Cal: Arroja algunas ideas y dame veinte minutos.

Yo: Quizás la próxima vez. Aún no estoy seguro.

Cal: Sabes que solo estoy bromeando contigo. No deberías apresurarte. Solo quería recordarte que tengo un lugar para ti cuando lo desees.

La piel tierna y dañada entre mis omóplatos arde, como cada vez que pienso en cubrirla con tinta.

¿Quiero borrar lo que pasó? ¿Elegir la salida fácil?

La parte más lógica de mí sabe que mis heridas son mucho más profundas que las que se ven en mi piel. Hacerme un tatuaje sobre la cicatriz que me hizo mi padre cuando no era lo suficientemente fuerte ni valiente ni mayor para defenderme no significa que mis recuerdos desaparecerán.

Pero mi corazón se niega a aceptarlo.

Yo: Lo aprecio.

Bloqueo mi teléfono y enciendo mi computadora, volviendo al informe de Cameron.

Y me pregunto si Cal sabe por qué su hija parece querer huir de mí cada vez que me ve.

CAPÍTULO 7

Lila - Abril

¡Tenía cinco años la primera vez que alguien me hizo cuestionar mi valor.

De pequeña, siempre fui una niña alegre. Nunca me reí, siempre me preguntaba en voz alta cuando tenía dudas y pedía lo que necesitaba.

Sin duda, ese último rasgo lo heredé de mi tía Maddie.

Pero toda esa confianza no le sentó bien a mucha gente, especialmente cuando además era la mejor en todas las materias y buena en los deportes. No le restregaba mis logros a nadie en la cara, pero tampoco los ocultaba. ¿Por qué lo haría? ¿No se suponía que debía sentirme orgullosa de mí misma?

Y lo hice, me sentí orgullosa y merecedora de todo por lo que trabajé duro. Mi familia me animó y me enseñó a valorarme, así que no supe hacer otra cosa.

Hasta ese día.

Todo comenzó porque Trish, una de mis amigas en ese entonces, se sentía deprimida después de recibir su informe de progreso.

“Tengo tres notas insatisfactorias”, se quejó, y me sentí mal por ella. Realmente me sentí mal. Sabía cuánto esfuerzo ponía en sus clases, pero sus resultados no siempre lo demostraban. “Es muy malo”.

“El año que viene te pondrás mejor”, recuerdo haberle dicho, poniéndole un brazo sobre los hombros para consolarla. No era mucho, pero me alegraba. Nunca he ignorado a la gente que necesita que la animen. “Tus mamás lo entenderán”.

—Espero que me dejen ir a la piscina este verano. —Su voz sonaba y parecía derrotada, mientras el resto de nuestros amigos mantenían la mirada fija en el suelo y pateaban la grava a nuestro alrededor, incómodos—. ¿Qué conseguiste?

“¿Eh?”

“En su informe de progreso.”

“Oh, todo bien”.

Nuestros amigos dejaron de patear el suelo y sus miradas se dirigieron hacia mí.

Trish se quitó mi brazo de sus hombros.

La energía cambió en un instante y en ese momento no entendí por qué.

Víctor, un buen amigo de mi primer día en el preescolar, habló a continuación: “¿Entonces crees que eres mejor que nosotros?”

Recuerdo exactamente la sensación de que se me hundía el estómago. “¿Qué?”, repetí, estupefacta. “No lo sé”.

Me habían hecho una pregunta y yo solo había respondido. ¿Había dicho algo incorrecto? ¿Se suponía que debía mentir?

—Todo bien —dijo Trish, imitando mi voz—. No eres más genial que nosotras.

—¡No estoy diciendo eso! —Me puse de pie, agitado—. Sólo estaba diciendo la verdad. ¡Me hiciste una pregunta!

Trish puso los ojos en blanco. “Si crees que eres tan inteligente, puedes buscar otros amigos”.

En ese momento no tenía ese tipo de vocabulario, pero hoy pienso en ese momento y las únicas palabras que me vienen a la mente son *qué carajo*.

No había sido mi intención alardear. ¿Por qué de repente todos me miraban con malos ojos? ¿Como si hubiera destruido su confianza en sí mismos a propósito? Cuando volví a ver a esos mismos amigos el primer día del nuevo año escolar, todo volvió a la normalidad. Ellos ya no estaban enojados, pero yo estaba confundida. Aun así, decidí ignorarlo porque odiaba los conflictos (todavía los odio) y tal vez lo había imaginado todo. O tal vez ellos lo habían olvidado.

Como sea. Todo estaba bien. Yo estaba bien.

Hasta que cumplí quince años y me enteré de que mi grupo de amigos decía cosas no muy amables sobre mí a mis espaldas, que yo era tan presumida, *tan mejor que todos los demás*, que nadie quería ser realmente mi amigo.

Cuando era adolescente, fue un golpe brutal para mi autoestima.

Y no terminó allí: cada vez que lograba algo, recibía un comentario ambiguo sobre que no debería compartir lo bien que me estaba yendo porque alguien más estaba teniendo dificultades.

Poco a poco, mi cabeza se fue haciendo un lío. Por un lado, tenía a mi familia diciéndome que debía estar orgullosa de mí misma. Pero, por otro lado, tenía a mis “amigos” diciéndome que no presumiera ni pensara que era mejor que los demás, aunque nunca lo había sido. Ni por un segundo.

Oliver me dijo en mi cara que no merezco ser consejero juvenil porque no tengo idea de lo que es vivir una infancia dura. Que debo estar en esta profesión solo para alimentar mi ego. Sus palabras, acumuladas sobre años y años de amigos y compañeros de clase diciéndome que debe ser fácil obtener tan buenas notas cuando lo único de lo que tienes que preocuparte es del rendimiento académico, dieron paso a este... este *monstruo* llamado inseguridad.

Pero, si lo pienso bien, no puedo quejarme, porque tienen razón. Lo tengo fácil y no debería convertirme en víctima cuando hay gente que lo tiene mucho peor, gente que tiene que cuidar a familiares enfermos o que no tiene los medios para acceder a una educación superior.

Simplemente estoy teniendo un mal día, estoy exagerando. Todos estos pensamientos amargos desaparecerán mañana.

“Tierra a Lila.”

Parpadeo cuando la mano de mi madre saludando aparece en primer plano. “¿Eh?”

Mi padre se inclina sobre la mesa del comedor mientras cenamos, con una muesca preocupada entre sus cejas oscuras. “¿Las verduras están tratando de comunicarse contigo? ¿Deberíamos hacer una sesión espiritista?”

Intento no sonreír y me esfuerzo por mirarlo fijamente. “Adelante. A ver si podemos ponernos en contacto con tu sentido del humor muerto”.

Él suelta una carcajada y mi madre se le une. “Probablemente me lo merecía”.

“Sólo probablemente.”

Mi madre me pregunta, con una mezcla de alegría y preocupación en sus ojos: “¿Por qué te ves tan mal hoy, cariño? ¿Pasó algo?”

Si hay una desventaja de vivir con mis padres, es ésta: los amo y siempre hemos tenido una gran relación, pero no les puedo ocultar nada y, a veces, resulta un poco incómodo.

Suelo recurrir a Maddie cuando algo me preocupa (y también al tío James), porque a veces una chica quiere hablar con su tía genial en lugar de con sus padres. Pero esta noche no hay

forma de escapar de esta conversación, aunque solo sea porque mi padre parece estar a punto de entrar en pánico.

—No es para tanto —murmuro.

Porque realmente no lo es.

-Entonces ¿por qué te ves tan molesta? Esa es mi mamá.

Todos dicen que nos parecemos porque tenemos el mismo pelo rubio ondulado, aunque el mío es considerablemente más largo. Claramente soy su hija, pero heredé mi personalidad principalmente de mi padre, lo cual es un dato curioso que le recuerdo convenientemente cada vez que piensa que soy demasiado terca porque él es un millón de veces peor.

Mi padre, con su imponente estatura y su cuello y brazos totalmente cubiertos de tinta que lo hacen parecer mucho más joven de sus sesenta años, suspira. “Bien. ¿A quién tengo que matar?”

—Basta, Cal —me regaña mi madre, pero sus ojos sonríen—. Déjala hablar.

Él le guiña el ojo. “Lo que quieras, cariño”.

Mordaza.

—Voy a ignorar eso por el bien de mi salud mental —digo, reprimiendo un escalofrío.

Amo a mis padres y lo mucho que se aman, pero a veces pueden ser asquerosamente cursis. O todo el tiempo.

—Reina del drama —murmura mi padre en voz baja, sonriendo ante mi mirada asesina.

—De todos modos —dejé escapar un profundo suspiro—. Solo me preocupa esta pasantía. “¿Qué pasantía?”, pregunta mi mamá.

De repente me pica la nuca. “El del centro juvenil”.

Mis padres permanecen en silencio mientras esperan que les explique algo que realmente no quiero explicar ahora. Pero tampoco quiero que mi padre se preocupe y piense que me está pasando algo terrible (él es el dramatismo), así que por eso añado: “No sé si debería aceptarlo”.

Las palabras tienen un sabor agrio en mi boca tan pronto como las digo.

Han pasado poco más de dos semanas desde mi entrevista. Haniyah me ha dado una cálida bienvenida, las instalaciones lucen increíbles y el programa de pasantías suena exactamente como lo que estaba esperando. De hecho, suena incluso mejor que el campamento de verano.

«¿Por qué estás indeciso?», me pregunta mi padre.

Me muevo en mi asiento y miro alrededor de la cocina y la sala de estar de concepto abierto por un momento. Esta es la casa donde crecí con Maddie antes de que nos mudáramos en diferentes momentos, mi Un refugio seguro. La mayoría de los recuerdos felices de mi infancia sucedieron entre estas paredes con mis padres y mi tía, y es triste pensar que ahora estoy en este estado mental. No tengo derecho a quejarme de esto cuando las personas que tengo delante me han dado tanto y todavía lo hacen.

Aparto la mirada de una fotografía enmarcada en la que aparezco con mis primos pequeños, los hijos de Maddie y James, y les digo la verdad: “Porque el Dr. Abner sería mi supervisor”.

Mi madre parpadea. “¿Reed? Pero eso es bueno, ¿no?”

Me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo de agua fría sin decir nada. Me arde la garganta.

Mi padre se vuelve hacia mi madre y le pregunta: “¿Me he perdido algo? ¿Ya no nos gusta Reed?”.

—Sí, cariño, todavía nos gusta Reed. —Cuando se gira hacia mí, su voz ya no tiene ningún tono juguetón—. Es el mejor consejero con el que he trabajado, *sin duda*. Hizo todo lo posible por conseguir esos libros como si fueran suyos. ¿Por qué tienes dudas?

—Supongo que simplemente no... —dudo—. No quiero recibir un trato especial por ser tu hija. Eso hará que la gente hable de mí, y no es el tipo de atención que necesito.

Mi madre sacude la cabeza. “Lo has entendido todo mal. A Reed no le importa nada de eso. Tómame como ejemplo: llevamos años trabajando juntos y somos amigos, pero cuando algo no funciona en mis libros, él nunca lo endulza”.

—Mmm... —Lo único que consigue de mí es un sonido inseguro y evasivo. Mi cabeza está tan ruidosa que de todos modos no me saldrían palabras coherentes.

—Lo digo en serio, Li —insiste, probablemente leyendo mi mente de esa manera espeluznante en que lo hacen las madres—. A él no le importará que seas mi hija; si no cumples con sus estándares, te lo diré. No te dejará hacer un trabajo mediocre.

—Listo. Problema resuelto —declara mi padre mientras termina su comida—. A él no le importa tu árbol genealógico, así que no hay trato especial para ti. Tendrás que trabajar duro para conseguirlo como el resto de nosotros, los campesinos.

Me froto los ojos con las palmas de las manos y reprimo un gemido. “Está bien, está bien. A él no le importa si soy tu hija. Genial. Pero ¿qué pasa si otros estudiantes descubren que la colega de mi madre es, *convenientemente*, mi supervisora de prácticas? No quiero que difundan rumores de que soy una esnob o algo así. De que alguien más merece todas estas oportunidades, pero que yo las estoy consiguiendo gracias a las conexiones de mi familia”. Mi madre parpadea y me mira como si nunca me hubiera visto antes. “¿De dónde viene eso, Lila?”

Se me hunde el estómago mientras miento. “Simplemente lo estoy pensando demasiado”.

—Está bien, olvidémonos de Reed por un momento —dice mi padre—. Si él no estuviera en el panorama, ¿aceptarías esta pasantía?

“Sí”, respondo sin dudar. “El programa parece increíble y están haciendo un gran trabajo ayudando a los niños de nuestra comunidad”.

“Ahí tienes la respuesta: deja de preocuparte y escucha tu instinto”.

Pero niego con la cabeza. “Es más complicado que eso, papá. Me graduaré este año. Solo necesito hacer lo mío y pasar desapercibido. Si la gente se entera de la pasantía, empezarán a hablar”.

“¿Cómo podrían siquiera saberlo?”, pregunta.

“Hablamos de esas cosas”.

“Entonces míenteles.”

—No quiero mentir. —Me vuelvo hacia mi madre, que ha estado sospechosamente callada durante los últimos minutos—. ¿Qué piensas?

—Creo... —Hace una pausa y ya sé que no me va a gustar lo que va a decir a continuación—. Creo que siempre te has preocupado. “Te preocupas demasiado por lo que los demás piensen de ti, Lila, y se te está yendo de las manos”.

Me quedo helada. “Mamá, yo...”

Pero ella no me escucha.

No parece molesta ni enojada cuando se levanta de la mesa del comedor y desaparece en la cocina detrás de ella. Mi madre no es propensa a los arrebatos dramáticos, lo que significa que su silencio es una señal de advertencia aterradora.

Mi padre y yo nos miramos, él está asustado y yo divertido. Me dice con los labios: " *Buena suerte* " .

—¿Adónde vas? —le grito a mi mamá. Mi voz solo tiembla un poco.

No tarda más que unos minutos en volver, pero no me está mirando. Tiene el teléfono en la mano, con los ojos pegados a la pantalla mientras escribe. "Terapia de choque".

Eso hace que mi corazón empiece a latir sin control, y no en el buen sentido.

—Voy a invitar a Reed a cenar mañana para que superes esa extraña aprensión de que algo terrible suceda cuando estés cerca de él. *De ninguna manera* .

"Mamá, no creo que esto sea necesario".

—Creo que es *muy* necesario. —Se sienta de nuevo y me mira con una mezcla de preocupación y preocupación. No me gusta nada—. Entiendo que no quieras que la gente piense que no mereces lo que tienes, pero estás dejando que personas que no te conocen ni se preocupan por ti dicten tus decisiones de vida. Tu padre y yo no nos sentaremos aquí a verte decir que no a cosas que quieres *hacer* solo porque alguien más podría pensar que estás recibiendo una ayuda que no mereces. Sabes que no es así, y eso debería ser suficiente.

Odio que sus palabras tengan tanto sentido.

Odio que mi cerebro esté de acuerdo, pero mi corazón se niega a aceptarlo.

"Saldremos a cenar mañana. Acabo de invitar a Reed para que puedas hablar sobre tu pasantía y, con suerte, ver cómo te va". "Valdrá la pena decir que sí. No creas que no me he dado cuenta de cómo lo evitas cada vez que estáis en la misma habitación".

—No es nada personal —argumento—. La verdad es que no tengo nada en contra de él.

Incluso he leído sus artículos y he asistido a sus charlas. Admiro mucho su trabajo, pero...

—Sin peros —interrumpe mi padre—. Tu madre tiene razón, Li. Esto está yendo demasiado lejos. Tienes que afrontar tus miedos de frente. ¿A quién le importa lo que piensen o digan los demás de ti? No les des tanto poder sobre tu vida, pequeña. Tú eres la única que está a cargo de ella.

No me molesto en decirle que está equivocado, que *no* tengo ningún control sobre mi vida.

Porque si de repente alguien decide empezar a correr el rumor de que mi madre me consiguió la pasantía en lugar de mis propios méritos, estaré acabado. A nadie le gusta el nepotismo.

¿Cómo es *eso* de tener el control?

—Acaba de responderme —dice mi madre mientras revisa su teléfono—. Parece que mañana por la noche estará libre. Maravilloso.

Tierra, por favor trágame.

CAPÍTULO 8

Lila

"ElOye, Li... ¡espera!

El sonido repentino de la voz de Mariah me hace saltar y golpearme con el pie contra la puerta de su armario. Karla, su compañera de cuarto y amiga nuestra, me sigue de cerca. —Mierda —*susurro*, agachándome para comprobar que no me estoy desangrando. Pero no, solo estoy actuando de forma dramática—. Lo siento, no oí que se abría la puerta.

Mi mejor amiga mira a su alrededor en su habitación, con una mezcla de diversión y preocupación bailando en sus ojos oscuros. “¿Qué diablos está pasando aquí?”

Me arrodillo frente a la pila de ropa desordenada en el suelo, tratando de encontrar esa falda que el suelo debe haberse tragado en lugar de tragarme *a mí*. “Estoy bastante segura de que los huracanes-tornados no existen”.

“¿Vas a tener una cita o algo?”, me pregunta Karla con voz burlona.

Eso le hace ganar un resoplido. “Como si”.

Mariah y Karla saben sobre Oliver: el engaño, las duras palabras con las que se despidió, la pasantía de verano perdida y cómo el Dr. Abner estaba allí cuando pinché el estúpido neumático.

Conozco a Mariah desde que éramos bebés, su padre era el mejor amigo de mi padre y copropietario del salón de tatuajes, y Nunca nos ocultamos nada. Al igual que mi tía Maddie, Mariah es mi persona de confianza para casi todo.

Conocí a Karla en mi programa de licenciatura en psicología y rápidamente nos hicimos amigas. Las dos preferimos las noches tranquilas en casa y nos encanta trabajar en exceso en la biblioteca: una pareja perfecta. Ella también está cursando una maestría en asesoramiento, lo que significa que entiende mi dilema con el Dr. Abner mejor que nadie. Hace horas, después de que finalmente me di por vencida con mi propio armario, le envié un mensaje de texto a Mariah diciéndole que había una emergencia y que necesitaba revisar el suyo. No tengo una variedad de ropa para salir para elegir porque... bueno, rara vez salgo. Mariah sí, y tenemos más o menos la misma talla, así que no lo dudé.

Mi mejor amiga ni siquiera me preguntó cuál era la emergencia antes de aceptar. Usé la llave de repuesto de su apartamento para entrar antes de que terminara su turno en el salón de tatuajes.

—Es solo una cena con mis padres —les digo por encima del hombro mientras finalmente me decido por un vestido verde oscuro. No es la falda que quería usar esta noche, que es algo *mucho* más discreto que esto, pero servirá.

—Entonces, ¿por qué estás tan alterada? —pregunta Mariah—. Al contrario de lo que se cree, tu padre y yo no hablamos de ti durante las horas de trabajo. Dejamos las actividades divertidas para la hora del almuerzo.

Mariah es dos años menor que yo, pero ya está siguiendo los pasos de su padre, el tío Trey (el mejor amigo de mi padre) y se está haciendo un nombre en el mundo del tatuaje en Warlington. Empezó a dedicarse al tatuaje a los diecisiete años y ahora trabaja en Inkjection, el estudio de tatuajes de mi padre.

Pongo los ojos en blanco, pero estoy sonriendo. “Tenemos un invitado *especial* esta noche, así que no creo que los leggings sean apropiados para la ocasión”.

Mariah se recoge sus largos mechones en una cola de caballo. “Oye, los leggings siempre son apropiados si lo crees con suficiente fuerza”.

—¿Por qué dijiste algo tan *especial*? —pregunta Karla, dejándose caer en la cama de Mariah.

Me froto los ojos con las palmas de las manos y digo: “Es Reed Abner. Ya sabes, el coautor de mi madre. El tipo que me vio convertirme en un criminal que pincha neumáticos. El chico de las prácticas”.

Los ojos de Karla se abren de par en par. “¿Por qué va a ir a tu cena familiar?”

—Porque tal vez dije que tenía dudas sobre aceptar la pasantía en el centro juvenil por él, y mi madre pensó que estaba siendo poco razonable. —Subo y bajo los hombros con un suspiro—. Ella lo invitó a cenar para que yo pudiera superarlo.

“En primer lugar, tu madre es un icono y soy fan”, dice Mariah. Eso le hace ganar una mirada fulminante que ella ignora. “Y en segundo lugar, ella tiene razón. Estás *siendo* irracional, tonta e infantil con esto. Sacala la cabeza de tu trasero y acepta esa pasantía. Todos sabemos que te mueres por hacerlo”.

—No es ese el punto. —Empiezo a guardar su ropa en el armario porque no puedo quedarme quieta en este momento—. El punto es que la gente...

“Si dices que tienes miedo de lo que la gente dirá al respecto, voy a gritar”, continúa Mariah. “Eres mi hermana de otro señor, y por eso te digo esto, ¿de acuerdo? A nadie le importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer con tu vida”.

Ay.

“La gente está obsesionada con su propia vida y sus problemas, lo cual es completamente normal. No están tan centrados en los tuyos como crees”, concluye.

Tiene sentido, realmente lo tiene. Entonces, ¿por qué mi corazón se niega a escuchar?

“Es muy cierto”, interviene Karla, haciendo girar un rizo rubio entre sus dedos. “Es fácil dejarse llevar por tu propio mundo y piensas que eres la persona más importante de todos los demás”.

—Vale, sí, pero... —Guardé la última camiseta de Mariah y cerré el armario—. Si la gente de nuestra MA se entera de la pasantía con *él*, empezarán a hablar. Y no me lo estoy inventando ni sacando conclusiones apresuradas; lo sé a ciencia cierta. Les encantan los chismes. Karla lo sabría.

—Sí, claro. Son brutales. —Asiente con la cabeza y mira a su compañera de habitación con los ojos muy abiertos—. Se enteraron de que una chica de nuestra clase lee el tarot y desde entonces la han estado llamando bruja rara a sus espaldas.

Lo cual dice mucho de las personas que están estudiando para convertirse en profesionales de la salud mental, si me preguntas.

“Sin ofender a la Bruja Rara porque el tarot es genial, pero ¿a quién le importa?”, dice Mariah. “Lo siento, Li, pero estoy de acuerdo con tu madre en esto. Tienes que empezar a tomar decisiones en función de lo que *quieres*, no de lo que crees que los demás aprobarán. Eso es literalmente una locura. Eres muy inteligente. ¿Por qué te comportas como una idiota adorable con esto?”.

¿No me gustaría saber eso?

—Saldremos con unos amigos esta noche. Envíanos un mensaje si quieres unirme cuando termines con tu cena teatral. —Se acerca a mí y me da un fuerte abrazo. Inhalo el familiar

aroma a lavanda de su gel de baño—. Te quiero, Li. No tomes decisiones tontas de las que luego te arrepientas.

—Yo también te amo. —La abrazo un poco más fuerte—. Y lo intentaré.

Pero no estoy tan seguro de poder hacerlo.

Caña

La veo en el momento en que entro al abarrotado restaurante.

La tela de satén de su vestido verde oscuro refleja la luz tenue de la lámpara de araña, y su cabello dorado brilla con un resplandor que lo atrae. Está sentada en una mesa redonda con sus padres; el único asiento disponible es el que está a su derecha, y recuerdo el mensaje de texto de Grace.

Grace: Hola, Reed. ¿Estás libre mañana por la noche? Lila tiene algunas preguntas sobre la pasantía y le encantaría hablar contigo. ¿Qué te parece la comida italiana? Nosotros te invitamos.

Hasta ese momento, mis únicos planes para el sábado por la noche consistían en salir a tomar algo con Liam y Warren. Dejar a mis amigos para venir aquí no fue una decisión difícil.

—Reed —Grace sonrío cuando me ve primero y se pone de pie para darme un abrazo—. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

—Gracias por la invitación. —Le devuelvo el abrazo antes de estrecharle la mano a Cal—. No empieces —le advierto.

Él suelta una carcajada. “Está bien, no intentaré convencerte de que te hagas el tatuaje que tan claramente y desesperadamente deseas. Por el honor de Scout”.

—Nunca has sido un Boy Scout, cariño —dice Grace poniendo los ojos en blanco en tono juguetón.

—Shhh. No tiene por qué enterarse.

Una risa proveniente del otro lado de la mesa me hace centrar la atención en Lila. Está ligeramente apoyada en la silla acolchada, con los brazos cruzados y una expresión de indiferencia en el rostro.

—Lila —me siento en el asiento que está a su lado. No pierdo el contacto visual, aunque su atención está en la mesa a pesar de que el espacio está vacío salvo por su vaso de agua, una elegante servilleta de tela y algunos cubiertos—. ¿Cómo ha ido tu semana?

Si las circunstancias fueran diferentes, no habría dudado en decirle lo hermosa que se ve esta noche. Pero no quiero que las cosas se pongan aún más tensas entre nosotros, ya que supongo que estamos aquí para solucionar exactamente eso.

Tampoco quiero que su padre me mate nada más verme.

—No ha pasado nada —dice, sin añadir nada más. Desdobla los brazos y juega con el dobladillo de su vestido, atrayendo mi atención hacia sus piernas desnudas. —*Agarra bien fuerte.* —¿Las tuyas?

Aparentemente estamos manteniendo conversaciones de una sola palabra.

Me recuesto en mi propia silla, imitando su postura. “Uno de mis estudiantes de doctorado se equivocó en su informe de recopilación de datos, lo que nos hizo retrasar la fecha límite.

A los becarios no les gusta eso, así que tuve que intervenir. Eso me hizo llegar tarde a una reunión de grupo al otro lado del campus. Fui corriendo a la reunión, pero cuando llegué

allí me enteré de que se había cancelado porque una de las integrantes del profesorado se puso de parto. Tuvieron que llevarla al hospital”.

Lila gira la cabeza y me mira con una mezcla de confusión y escepticismo: “¿Te lo acabas de inventar?”

“No, mi semana ha sido realmente muy agitada”.

La única respuesta que obtengo es un movimiento de cabeza.

Durante la cena, Lila no habla mucho. Somos sus padres y yo los que mantenemos viva la conversación y, aunque nos sentimos cómodos, me pregunto constantemente qué estará pasando por su cabeza.

En más de una ocasión la pillo echando un vistazo alrededor del restaurante. ¿Buscando a alguien? ¿Comprobando si alguien nos está mirando? Podrían ser ambas cosas.

No es hasta que terminamos con el postre que Lila se disculpa para ir al baño y Grace la sigue. Después de que se van, Cal se inclina y dice: “Tendrás que perdonarla. No suele ser tan tranquila”.

Me llevo la copa de vino a la boca y bebo un sorbo. “No parece que le guste mucho”.

—No es eso —se apresura a decir. Echa un vistazo detrás de mí, hacia donde su esposa y su hija desaparecieron en el baño hace unos momentos.

—Mira, Lila es... Tiene un don increíble, tío, pero no tiene la cabeza en el sitio adecuado. Se preocupa demasiado por las opiniones de los demás y, como eres amigo de la familia y trabajas con Grace, cree que recibirá algún tipo de trato especial por tu parte. Por eso duda en aceptar la pasantía aunque quiera. Su terquedad la heredé de mí, así que nos espera un buen momento —bromea, pero no puede disimular su preocupación—. No parece tener muchas ganas de iniciar ninguna conversación esta noche. ¿Te importaría abordar el tema? Pídele que te acompañe al bar o algo así, para tener algo de privacidad. Quizá sea más fácil si su madre y yo no estamos cerca.

“No hay problema. Necesita un empujón; yo puedo ayudarla”.

—Eres el mejor, hombre. Gracias. Ella... no importa, van a volver.

El aroma de su perfume floral me alerta de su proximidad. Me doy la vuelta en mi asiento, dispuesto a pedirle que me acompañe al bar, tal como sugirió su padre, pero ella se me adelanta.

—Reed —empieza a decir. Su voz tiene un tono extraño, como si le doliera físicamente decir mi nombre. De hecho, puede que sea la primera vez que no me llama doctora Abner

—. Me encantaría hablar contigo sobre la pasantía. ¿Quieres tomar algo conmigo?

Me sorprende que ella tome la iniciativa después de haberme dado el trato del silencio toda la noche. “Claro.”

No me espera antes de dirigirse a la barra, pero sus piernas no son precisamente largas, así que llego a su lado en unas cuantas zancadas. Enterrando mis manos en los bolsillos de mis pantalones, resisto el impulso de colocar mi mano en la parte baja de su espalda para guiarla a través de la multitud. Al mismo tiempo, me pregunto si estoy perdiendo la cabeza. ¿Cuándo fue la última vez que sentí un poco de protección hacia una mujer?

Una vez en la barra, ella pide un mojito de fresa y yo un bourbon. Y luego observo cómo se mueve nerviosamente en el taburete, cómo evita activamente mi mirada y mira a dos segundos de distancia. Salir corriendo de aquí. Tal vez debería considerarme insultante que parezca tan molesta por mi presencia, pero la vida me ha enseñado a distanciarme lo suficiente como para que no me importe.

—Entonces —digo arrastrando las palabras—, la pasantía de la que no podías esperar a hablar.

Ella me lanza una mirada fulminante. Sonrío mientras me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo.

—Estoy segura de que mis padres ya te han dicho suficiente —murmura, mientras las voces que nos rodean casi ahogan las suyas.

Arrastro mi taburete un poco más cerca y apoyo el pie en su reposapiés. —Quiero oírlo de ti.

En lugar de cerrarse como esperaba, me mira con una especie de fuego en sus ojos que nunca había visto antes. "No quiero que arruines mi reputación".

No es eso lo que esperaba que dijera. En absoluto.

—La cuestión es la siguiente, *doctora Abner* —da un largo trago a su bebida, como si necesitara el coraje líquido. Su garganta se mueve mientras traga y yo sigo el movimiento con la mirada—. La gente del campus sabe que tienes vínculos con mi madre. Me han pedido tu número de teléfono en más de una ocasión, para que lo sepas.

¿Qué han hecho ?

“Y cuando descubran que eres mi supervisor de prácticas, empezarán a hablar de que sólo tuve la oportunidad de trabajar contigo gracias a mi madre”, concluye.

“¿ Cuándo ? ¿Eso significa que vas a hacer la pasantía?”

—Eso es... —Mira mi mano mientras vuelvo a dejar el vaso en la mesa—. Eso no es lo importante en lo que hay que centrarse ahora.

“Creo que es la única —Eso es algo en lo que deberíamos centrarnos ahora —le digo—.

¿Qué te parecieron las instalaciones? ¿Has podido ver el jardín?

“El centro juvenil era impresionante, pero eso no es...”

“¿Y la biblioteca? Tenemos algunos libros de tu madre allí”.

¿Ella acaba de gruñirme?

—Sé que estás ignorando a propósito lo que quiero decir. —Me mira de nuevo con enojo. Tal vez me intimidaría si no luciera tan adorable—. ¿Es eso lo que harías tú también como mi supervisora? ¿Ignorarías mis preocupaciones si crees que son tontas?

—Dejemos algo en claro —me inclino hacia ella y su dulce aroma me envuelve los pulmones—. No creo que tus preocupaciones sean tontas. Ni un poco. Lo que creo es que realmente quieres aceptar esta pasantía, pero no lo harás por mí, y no voy a dar un paso atrás en mi función solo para que te sientas cómoda. Eso no es lo que necesitas.

Ella no hace ningún movimiento para poner distancia entre nosotros. “¿Y *sabes* lo que necesito?”

Me acerco más y apoyo mi brazo en el respaldo de su taburete. —¿Vas a negar que necesitas que alguien te saque de tu zona de confort?

No me pierdo la respiración cuando ella inhala levemente. “¿Qué pasa si quiero salir de mi zona de confort por mi cuenta? ¿Tomarme mi tiempo?”

—Eso no va a funcionar. —Bajo la voz y es como si estuviéramos envueltos dentro de una burbuja invisible donde nada ni nadie importa—. ¿Quieres saber por qué? Porque estás llevando las cosas demasiado lejos.

Su rostro está tan cerca que puedo ver motas verdes en sus ojos acusadores bajo el resplandor de la lámpara.

—No finjas que estás muy preocupado por mí, cuando ambos sabemos que estás aquí solo porque mis padres te lo pidieron, *doctor Abner*.

“Tus padres me pidieron ayuda porque te aman, y acepté porque no quiero ver tu potencial desperdiciado”.

“Sólo quiero ganarme mi lugar”, afirma. “No quiero ventajas”.

—Como dije, no obtendrás nada —le digo con sinceridad—. Antes de esta pasantía eras una estudiante con excelentes calificaciones y lo conseguirás. “Lo que sea que pase después. ¿Eso no le dirá a la gente que has trabajado duro para ganar lo que tienes? Nunca he sido tu profesor y ningún otro miembro de la facultad tiene ningún tipo de vínculo con tu madre, así que no pueden decir que no merecías ninguno de tus logros anteriores. Nadie se sorprenderá si apruebas tu pasantía”.

—No les importará —argumenta. Su mirada se posa en mi boca por un segundo, haciendo que mi corazón salte de lujuria momentánea, una emoción que no había sentido en mucho tiempo. *¿Qué demonios?* —Una vez que los rumores empiezan a circular, eso es todo. No hay posibilidad de redención. Y tampoco es que les importe si les presentas los hechos. Me inclino hacia atrás, poniendo una distancia segura entre nosotros una vez más, no solo por mi propia cordura sino también porque no hay forma de convencerla, y ambos lo sabemos.

—Parece que ya has tomado una decisión —concluyo, levantándome de mi asiento—. No puedo decir que lo entienda, pero es tu vida y yo no soy nadie para interferir. Espero que encuentres otra pasantía que te resulte más beneficiosa.

—Espera. —Sus dedos se enroscan alrededor de mi muñeca, deteniéndome—. *¿Adónde vas?*

No me aparto de su toque. Ella tampoco me suelta. “Para agradecerles a tus padres por la cena y dar por terminada la noche”.

“Estábamos teniendo una conversación.”

“Sí, ya he terminado con esto”.

“Toda esta cuestión de la psicología inversa no funcionará conmigo”, advierte.

—No estoy jugando contigo a ningún juego mental —le digo la verdad—. Todos hemos intentado hacerte ver lo irracional que es este comportamiento, pero estás siendo terca porque tienes miedo. No quieres correr riesgos y hacer lo que sabes que es mejor para ti, y esa es tu prerrogativa. Este tira y afloja no va a funcionar. Ha sido una semana terrible y estoy cansado, así que, si me disculpan, me gustaría irme a casa.

Mi piel se enfría en cuanto ella suelta mi muñeca. Me niego a preguntarme por qué.

—Gracias por hablar conmigo esta noche —dice en voz baja—. Y lamento haberte hecho perder el tiempo.

“Hablar contigo nunca es una pérdida de tiempo, Lila”.

Nuestras miradas permanecen fijas durante un segundo eterno antes de que ella rompa el contacto para beber los restos de su mojito.

—¿Estarás bien aquí sola? —pregunto. Sé que sus padres no están lejos, pero eso no me impide preocuparme por si alguien la molesta.

Ella me hace un pequeño gesto con la cabeza. “Volveré a nuestra mesa en un momento”.

Dudo a su lado, la idea de volver a casa de repente ya no me parece tan atractiva.

¿Qué me pasa?

Pero Lila no se da cuenta de mi presencia, su mirada se pierde en algún lugar detrás de la barra. Después de una última mirada para comprobar que nadie la tiene en sus ojos enfermos, me voy.

—¿No ha habido suerte? —me pregunta Grace mientras me acerco a nuestra mesa, frunciendo el ceño con preocupación.

Miro a Lila una última vez para asegurarme de que está bien.

“A veces, tenemos que dejar que nuestros seres queridos elijan su propio camino, incluso si no creemos que estén tomando la decisión correcta”, les digo a sus padres. “Es una chica inteligente. Estará bien”.

Y lo digo en serio. No solo porque es increíble por sí sola, sino también porque tiene la suerte de tener una familia que siempre la apoyará.

—Gracias por venir. —Cal me estrecha la mano—. No seas un extraño, Abner.

Asiento. “Que tengas un buen descanso esta noche”.

Mientras camino hasta mi auto, me permito admitir una sola verdad: quería que Lila aceptara la pasantía, tanto porque sé que la experiencia será beneficiosa para ella como porque estoy ansioso por profundizar en esa mente extraordinaria suya.

¿Cómo abordaría los casos clínicos? ¿Qué comentarios me haría sobre mis informes? ¿Cómo manejaría a los niños más difíciles?

La comprensión de que nunca lo sabré es inesperadamente amarga.

Y me duele, realmente me duele, que una joven tan talentosa esté renunciando a sus sueños porque la sociedad le ha enseñado que estará marcada y definida por las opiniones que los demás tengan sobre ella.

Eso es una mierda.

Entiendo lo que quiere decir. Hubo un tiempo en que yo también sentí esa necesidad de encajar, de ser amada, de ser aceptada.

Entonces la vida sucedió.

Pero Lila está protegida por sus padres, y siempre será querida y aceptada. Conozco a Grace y a Cal desde hace tiempo para saber que darían cualquier cosa por ver a su hija feliz, por mantenerla a salvo, por darle el futuro que se merece. Sin embargo, su cabeza no está en el lugar correcto, y deseo que...

“¿Doctor Abner!”

Esa voz.

“¿Esperar!”

El sonido de sus pasos se acerca cuando me doy la vuelta.

—No te vayas todavía, por favor —dice Lila, sin aliento, cuando finalmente llega hasta mí.

—¿Qué pasa? —Miro hacia atrás, alarmado—. ¿Pasó algo?

No debería haberla dejado sola en el bar, maldita sea. Sus padres estaban allí y sé que ella puede cuidar de sí misma, pero juro que si algún idiota dijera algo...

—Estoy bien —se apresura a decir—. Bueno, no estoy *bien* porque me siento terrible por haberme comportado como una niña petulante cuando tú solo estabas tratando de ayudar, y yo... quiero decirte algo.

Mi cuerpo se relaja. “Está bien.”

Ella respira profundamente, inhalando y exhalando. “Tenías razón en todo. Estoy cometiendo un error al preocuparme tanto por lo que otras personas pensarán de mí, y lo odio. Lo odio tanto, pero cuando pienso en tirar toda precaución por la borda y

simplemente hacer lo mío, este... este *miedo* se apodera de mí y me congela en el lugar. Pero estoy cansada.

“Es usted un investigador magnífico, doctor Abner, y he admirado su trabajo durante años. He anotado todos los artículos, he visto todas las charlas, he asistido a todas las conferencias públicas que ha dado. No es de extrañar que mi madre haya elegido trabajar con usted, porque es realmente una de las mentes más brillantes en el campo, y yo... Supongo que lo que intento decir es que todavía tengo miedo y me dan náuseas solo de pensar en las consecuencias, pero sería un honor para mí aceptar la pasantía y trabajar bajo su supervisión en el centro juvenil. Y lo siento, una vez más, por haber sido tan grosero con usted cuando usted ha sido comprensivo y paciente conmigo”.

Por un momento, no digo nada.

Con los años, he aprendido a no depender nunca de la validación externa para aumentar mi autoestima. No soy de las que buscan la aprobación de otras personas, y menos aún de una mujer diez años más joven que yo. Pero mentiría si dijera que sus elogios no despertaron algo en mí. Algo nuevo y no del todo incómodo.

La verdad de sus palabras brilla en sus ojos a pesar de la oscuridad de la noche que nos rodea.

“Ser valiente consiste en ir tras lo que quieres, incluso cuando tienes miedo”, digo, repitiendo las palabras que me decía a mí misma cuando un tipo diferente de oscuridad se apoderaba de mí. “Me alegra saber que te unirás a nosotros este verano”.

Me sonrío, suave, dulce y sincera, y finalmente veo a la joven que hay en mi interior. La que ha estado ahí todo este tiempo, enterrada bajo una gruesa capa de inseguridades.

Y me doy cuenta que me gusta esta versión de Lila.

Me gusta mucho.

—Una última cosa, pequeño criminal —añado bajo su atenta mirada.

Se me escapa el apodo y, por un momento, temo haber cometido un error.

Pero luego me mira con curiosidad y diversión: “¿Sí?”

“Llámame Reed.”

CAPÍTULO 9

Lila - agosto

A La ansiedad se acumula en mi estómago en el momento en que abro los ojos por la mañana.

Un vistazo rápido a mi teléfono me dice que me he despertado antes de que sonara la alarma otra vez. Por desgracia, no sería tan malo si hubiera logrado dormir más de cinco horas cada noche durante el último mes.

Han pasado tres meses desde que acepté la oferta del Dr. Abner en el estacionamiento del restaurante y esta tarde finalmente me convertiré en pasante después de haber aprobado los cursos de capacitación con notas excelentes. Al menos eso es lo que dijo Haniyah sobre mis resultados.

Ahora también tengo veinticuatro años (mi cumpleaños fue el mes pasado), lo que significa que debería tener todo bajo control. Lo que, una vez más, significa que no hay lugar para pensamientos obsesivos.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Mis compañeros de clase ya están bombardeando el chat grupal con actualizaciones sobre sus propias pasantías y tesis, y todos los días espero en silencio que no noten mi silencio. Al menos tendré a Karla para respaldarme si dicen algo, pero algo me dice que no será suficiente.

Aunque me duela admitirlo, el Dr. Abner tenía razón: la valentía consiste en perseguir lo que quiero, incluso si lo hago con miedo.

Nuestra conversación me abrió los ojos y me ayudó a ver lo que había sido tan obvio para todos a mi alrededor: quería *esa* pasantía y rechazarla habría sido un gran error.

Durante todo el día trabajo en mi tesis hasta que llega la hora de partir hacia el centro juvenil, pero no puedo quitarme de encima la extraña sensación de que algo va a salir terriblemente mal, de que estoy cometiendo un error irreversible.

Todo lo que dijo Oliver el día que rompimos empieza a resonar en mi cabeza de nuevo y me odio por ello, porque prometí que dejaría de pensar en ello. Tengo *que* hacerlo si quiero seguir adelante.

Pero eso es lo que pasa con pensar demasiado: no puedes evitar que las palabras hirientes o los escenarios terribles vuelvan a aparecer en oleadas. Cambiar mentalidades poco saludables de la noche a la mañana sería lo ideal, pero, por desgracia, no es así como funciona.

Al mismo tiempo, sin embargo, hay un sentimiento profundo en mí que me dice que nací para trabajar en este campo. Pero después de perder los estribos con Oliver, ¿cómo podría ser la persona adecuada para guiar a los niños en la dirección correcta?

No reconozco lo que hay dentro de mí, pero me intimida demasiado asomarme al borde. Sé que no encontraré a la misma Lila de hace un año y la incertidumbre me está enconando en el interior.

¿Qué pasa si ya no sé quién soy?

Sacudiendo la cabeza, vuelvo a concentrarme en la carretera. Cuando aparco frente al centro juvenil y veo un grupo de niños corriendo en el interior, respiro profundamente por la nariz y cuento hasta diez en mi cabeza.

Podré ayudarlos. Estoy lo suficientemente calificado para hacerlo. El Dr. Abner estará allí en caso de que suceda algo.

Correcto. Doctor Abner.

Reed, a partir de ahora.

Mi supervisor.

Como Haniyah estaba a cargo de mi capacitación, no lo he visto en los últimos meses. Hemos estado enviándonos correos electrónicos para hablar sobre mi horario y mis objetivos de desarrollo profesional para esta pasantía, pero no lo he visto en persona desde aquella noche en el restaurante.

Según mi madre, está en las últimas etapas de su investigación y ha pasado el verano visitando a sus colaboradores en otros laboratorios universitarios de todo el país. El hecho de que lo vaya a ver hoy no debería hacerme sentir más ansiosa que el hecho de empezar mi pasantía, pero aquí estamos.

Salgo del coche antes de que mis pensamientos se vuelvan aún más ridículos.

—¡Lila! Bienvenida, querida. ¿Estás lista para tu primer día? —La sonrisa de Haniyah no podría ser más brillante mientras me hace pasar—. Por cierto, te ves hermosa. El rosa es definitivamente tu color.

Aunque sé exactamente lo que llevo puesto, miro hacia abajo y veo mi vestido rosa de verano. "Gracias", digo tímidamente, sintiéndome agradecida por el impulso adicional de confianza. "Hay mucho ruido aquí hoy".

Ella se ríe. "¿Y no es el sonido más hermoso?"

Realmente lo es.

A nuestro alrededor, niños y adolescentes se abrazan, charlan o juegan juntos, la atmósfera cálida solo confirma que estoy en el lugar correcto.

"¿Recuerdas dónde está la oficina de Reed?", me pregunta Haniyah.

Asiento. "¿Segundo a la izquierda?"

"Es ese. Ve a buscarlo. Un pajarito me dijo que tiene una actividad divertida planeada para ti hoy".

Se me revuelve el estómago. "Está bien."

Su mano reconfortante se posa en mi brazo. "Reed puede ser un hueso duro de roer, pero tengo la sensación de que aprenderán mucho el uno del otro. Y si necesitas algo, estaré aquí".

No tengo dudas de que Reed (aún me duele físicamente llamarlo así) me enseñará un sinfín de cosas, pero ¿*que* aprenda de *mí*? Haniyah es dulce, pero también un poco demasiado optimista.

Una vez que nos despedimos y ella me desea buena suerte en mi primer día, me dirijo a su oficina. Nunca había estado allí antes y solo recuerdo dónde está por el recorrido de Haniyah.

El sonido de su voz profunda es inmediato cuando toco a su puerta, mi corazón late demasiado rápido.

"Adelante."

Trago saliva y empujo la puerta para abrirla.

Sus ojos se encuentran con los míos brevemente antes de volver a su computadora. "Lila, hola. Dame un segundo, por favor".

Mi voz suena nerviosa cuando digo: "Claro".

Sin apartar la mirada de la pantalla, señala con una de sus enormes manos las sillas que hay frente a su escritorio. “Tomen asiento. Hablaremos del programa de hoy en un momento”. Me siento como un elefante bebé torpe mientras acorto la distancia entre la puerta y el escritorio. La silla hace demasiado ruido cuando la echo hacia atrás para poder sentarme. ¿Por qué de repente me sudan tanto las manos?

—¿Tuviste unas buenas vacaciones de verano? —me pregunta sorprendido, todavía sin mirarme.

Me aclaro la garganta. “Estoy trabajando en mi tesis, así que no he tenido mucho descanso”. Tararea como si no le pareciera tan extraño ser un perdedor sin planes divertidos. “¿De qué trata tu tesis?”

“Biblioterapia”.

Eso hace que me mire.

“¿Biblioterapia?”, repite con ese profundo estruendo.

Asiento. “Estoy explorando formas educativas y seguras de hablar sobre el consentimiento y la educación sexual con los niños a través de la biblioterapia. Cosas sobre los períodos, los cambios en nuestros cuerpos y por qué son sagrados. Es un tema muy importante para mí”. La terapia basada en libros no es un campo popular en psicología, ni mucho menos. No hay muchas investigaciones al respecto (los artículos más destacados pertenecen al hombre que tengo delante), y en parte por eso quiero aportar mi granito de arena.

Pero también porque la biblioterapia forma parte de mi vida desde el día en que nació.

Después de que mi padre se convirtiera en el tutor legal de mi tía cuando los problemas con el alcohol de mi abuela llevaron a Maddie a urgencias y su padre se fue, ella comenzó a ver a un terapeuta infantil. No se sinceraba, ni siquiera podía identificar sus propios sentimientos, como me dijo muchos años después, hasta que su terapeuta intentó un enfoque diferente.

Utilizó personajes ficticios que se enfrentaban a problemas similares para que Maddie se diera cuenta de que no estaba sola y que todo tenía cura. Comenzó a sanar sus heridas emocionales gracias a los libros, que luego inspiraron a mi madre a escribir los suyos. Para entonces, mi madre ya había publicado libros infantiles, pero decidió cambiar la dirección de sus historias y dirigirlas hacia el campo de la psicología. Ahora escribe libros educativos para niños sobre temas delicados como el consentimiento, cómo lidiar con el trastorno de estrés postraumático e incluso la adopción (mis maravillosos abuelos la adoptaron a ella también).

Y como quiere que estos libros sean lo más precisos posible, colabora con reconocidos terapeutas infantiles, consejeros y trabajadores sociales. Así fue como conoció al Dr. Abner. *Caña.*

—Interesante. ¿Estoy en lo cierto al suponer que tu madre te inspiró? —pregunta con una leve sonrisa en los labios.

Deja de mirarle la boca.

—Tienes razón —digo con orgullo.

Su trayectoria me inspira todos los días y es una de las principales razones por las que estoy estudiando una carrera como consejera, porque yo también quiero marcar una diferencia de cualquier forma que pueda.

—Eso está bien —me hace un breve gesto de aprobación mientras escribe algo en su ordenador—. Seguro que sabes que no hay mucha investigación sobre biblioterapia. Nos vendría bien una mente extra en ese campo.

Me aclaro la garganta de nuevo y de repente me doy cuenta de lo pequeña que soy en su presencia. No solo en un sentido físico (es un gigante), sino porque se trata del *Dr. Reed Maldito Abner*. Ha estado en Harvard y Princeton y, al parecer, tiene más contactos que yo. Él sabe qué hacer a pesar de ser un ermitaño de manual. Las palabras de mi madre, no las mías.

Y él está aquí, hablando conmigo, preguntándome sobre mi tesis, supervisando mi pasantía. Ahora me doy cuenta de lo que debería haberme golpeado como una tonelada de ladrillos mucho antes. He estado tan concentrada en verlo como el colega de mi madre al que tengo que evitar para proteger mi reputación que no pude ver toda esta situación como lo que realmente es: un privilegio absoluto.

¿Cuántos estudiantes en mi posición matarían *por* seguir de cerca a Reed Abner mientras trabaja? Y no aprecio el hecho de que me den tres meses enteros para hacer exactamente eso.

Soy un tonto desagradecido y testarudo.

—Perdón por la espera —dice, sacándome de mis pensamientos. Parpadeo y noto sus ojos oscuros sobre mí—. ¿Haniyah mencionó algo sobre el programa de hoy?

—Sólo dijo que tenías algo divertido planeado —respondo, con una nueva resolución instalándose en mi pecho.

Excitación.

Estoy *muy emocionada* de estar aquí. Me tomó mucho tiempo darme cuenta de lo inmensamente afortunada que soy de tener esta oportunidad, incluso si eso significa que él me supervisará.

No puedo hacer nada al respecto, ¿no? Intenté pedir otro supervisor, pero no funcionó.

Bien podría aprovechar al máximo este posible fiasco.

“Espero que estés listo para una sesión grupal con los niños hoy”.

Mi corazón da un vuelco. “¿Hoy?”

Echa un vistazo al reloj de aspecto caro que lleva en la muñeca. “En unos diez minutos. Lo pondré en funcionamiento para que te familiarices con cómo hacemos las cosas por aquí”.

¿Me encontraré con los niños en *diez minutos*?

Mierda, mierda, mierda.

¿Y si me odian al verme? ¿Y si piensan que soy demasiado joven e inexperta para ayudarlos? ¿Y si...?

—Lila.

Parpadeo.

—No lo pienses demasiado —dice Reed, con voz firme pero a la vez amable—. No son niños difíciles. Hoy nos estamos conociendo. Yo dirigiré la sesión; siéntate y observa. No hay de qué preocuparse, ¿no?

Dudo, los nervios se arremolinan en mi estómago. “Sí”.

“Ahora dilo como lo sientes.”

Su orden me provoca un escalofrío que *recorre* toda mi columna vertebral.

—No hay de qué preocuparse —digo un poco más alto y con un poco más de convicción.

Él asiente con la cabeza en señal de aprobación. “Bien. ¿Estás listo para conocer a los niños?”

CAPÍTULO 10

Lila

“Somos un grupo de seis niños de entre doce y catorce años”, explica mientras aún estamos en su oficina. “Estamos haciendo un programa de ocho semanas para mejorar sus habilidades sociales, trabajo en equipo y confianza en sí mismos. Ya he hablado con ellos individualmente y con sus familias para informarles que te unirás al grupo como consejero adjunto. Ninguno de ellos tuvo problemas con eso”.

Eso es una buena señal, ¿verdad?

Él se levanta de detrás de su escritorio y yo lo sigo. “Como esta es nuestra primera sesión, solo espero que observes cómo dirijo el grupo, pero siéntete libre de interactuar con los niños si te sientes cómodo. Eso también los ayudará a familiarizarse contigo más rápido”. Asiento, guardando todos los detalles en mi cabeza. “¿Es un grupo cerrado?”

“Sí. Trabajaremos con los mismos seis niños durante los próximos meses”, responde.

“Primero nos presentaremos, luego haremos un breve registro y luego he planeado una actividad grupal. Por último, analizaremos los resultados con el grupo. Es un esquema bastante estándar, como puedes ver”.

Lo es, pero sospecho que de alguna manera lo hará especial. Ahora, sentada junto a él en nuestras sillas, en un círculo de seis preadolescentes inquietos pero visiblemente emocionados, tengo muchas ganas de ver al gran Reed Abner en acción.

“Hola a todos. Bienvenidos a la sesión grupal de esta semana”, comienza, sonando más relajado y abierto de lo que lo había escuchado antes. Establece contacto visual con cada niño antes de continuar. “La mayoría de ustedes ya me conocen, pero por si acaso el ardiente sol del verano les ha borrado la memoria...”

Sus palabras son seguidas de una risa colectiva.

—Soy Reed y esta es mi compañera, Lila. Ella nos ayudará en nuestras sesiones grupales este año.

Colega.

Simplemente se refirió a mí, el pequeño, como su *colega*.

Saludo a los niños con una sonrisa. Todos me devuelven la sonrisa con cortesía y una de las niñas me saluda con entusiasmo.

Así, con esa simple acción, sé que voy a estar bien.

“Ahora, un par de cosas antes de empezar”.

Reed mete la mano en el bolsillo de sus pantalones y saca una pequeña pelota amarilla. La hace rebotar en el suelo y la atrapa con la mano en un solo movimiento.

—Éste es el noveno miembro de nuestro grupo. —Sostiene la pelota entre dos dedos—.

Saluden al señor Bounce.

Los niños se ríen de nuevo y, para mi sorpresa, me saludan. Estoy demasiado fascinado por la escena que se desarrolla frente a mí como para hacer lo mismo.

“Quizás te estés preguntando para qué sirve el Sr. Bounce”. Lo hace rebotar de nuevo y lo atrapa con la misma facilidad. “El Sr. Bounce será muy importante en nuestras sesiones grupales porque determinará a quién le toca hablar. Una de nuestras reglas principales aquí es que todos tienen su turno para hablar y no podemos interrumpirnos unos a otros. Nuestras palabras importan porque *nosotros* importamos y cada uno de nosotros merece

ser escuchado. Entonces, cuando alguien sostenga al Sr. Bounce, vamos a centrar nuestra atención en esa persona y escucharla atentamente y sin interrumpir. ¿Tiene sentido?” Todos asienten.

“Muy bien. ¿Qué tal si empezamos la sesión de hoy conociéndonos un poco mejor?”, sugiere. “Voy a Ahora, pásele el Sr. Bounce a uno de ustedes y quiero que comparta con nosotros su nombre, edad, cuál es su película favorita y por qué. Cuando termine de hablar, pase con cuidado el Sr. Bounce a la persona que está a su izquierda. ¿Listo?”

Reed lanza la pelota amarilla al niño sentado a su izquierda, quien la atrapa después de que rebota en el suelo una vez.

Se pasa una mano por el pelo castaño y peludo, nervioso. —Hola. Me llamo Trevor. Tengo trece años y mi película favorita es *Jurassic Park* porque me gustan los dinosaurios, supongo.

Trevor mira a Reed en busca de confirmación. Cuando este le hace un gesto de aprobación, se lo arroja a la siguiente persona.

—Me llamo Melody —comienza la niña que me saludó con la mano, con una sonrisa relajada en el rostro—. Tengo doce años y me gusta mucho *La Sirenita* porque me encanta el mar. Este año jugué a las sirenas en la playa con mi prima y me divertí mucho. Mi hermano, Cameron, hizo de tiburón malvado.

Le pasa la pelota a la niña que está a su lado y los niños se presentan uno por uno: Trevor, Melody, Sofia, Angie, Jacob y Santiago. Solo cuando Santiago termina de hablar y lanza la pelota en mi dirección me sobresalto.

Miro a Reed, que sujeta con vacilación al señor Bounce entre mis dedos, y él arquea una ceja divertida en una respuesta silenciosa. Una ceja *desafiante*.

Muy bien.

—Hola, chicos. —Me siento sorprendentemente tranquila mientras me dirijo a todos los presentes en la sala—. Soy Lila. Tengo veinticuatro años y mi película favorita es *Orgullo y prejuicio*. Es una película bastante antigua, así que puede que no hayáis oído hablar de ella. Me gusta porque es la película más bonita que he visto en mi vida y la historia de amor es preciosa.

Tal vez piensen que es una tontería, pero todos respetan la regla del Sr. Bounce y no hacen ningún comentario negativo. Entonces, solo por ser un poco tonto, le paso el Sr. Bounce a Reed.

—Parece que ahora me toca a mí —juega con la pelota entre los dedos. *Deja de mirar sus dedos*—. Me llamo Reed y tengo treinta y cinco años. Tengo muchas películas favoritas, pero la primera que me viene a la mente se llama *La ladrona de libros*. Trata sobre una joven que roba libros para evitar que se quemem durante la guerra. Me gusta porque soy un gran nerd de la Segunda Guerra Mundial.

Guardo esa información para más tarde, por alguna razón desconocida.

“Muy bien, ahora que ya nos conocemos un poco más, vamos a empezar a abordar el tema de hoy”.

Despliega su enorme cuerpo desde su silla, camina hacia la pizarra al otro lado de la habitación y escribe una sola palabra.

“Confianza en uno mismo”, lee en voz alta. El Sr. Bounce sube y baja y sube y baja mientras regresa a nuestro círculo de sillas. “Estoy realmente interesado en saber qué significa para ti tener confianza en ti mismo. Voy a empezar. Para mí, tener confianza en uno mismo

significa creer que tengo la capacidad de ir tras mis sueños y metas. Y, con suerte, los lograré”.

Le lanza la pelota a Melody. “¿Qué significa para ti la confianza en ti misma, Melody?”

Antes de que ella pueda responder, él añade: “Y recuerden, esta es una zona segura y libre de juicios. La clave es ser honestos con ustedes mismos y con este grupo y no tener miedo de decir la verdad. Si no se sienten cómodos respondiendo una pregunta, simplemente díganlo y seguiremos adelante. Prometo que no me enojaré. Otra cosa importante es que todo lo que hablamos en nuestras sesiones grupales no se puede discutir con otras personas fuera de ellas, ¿de acuerdo? Es confidencial. Levanten la mano si están de acuerdo en no compartir las historias de otras personas”.

Todos los niños levantan la mano a la vez. Reed y yo también lo hacemos.

“Genial. Así que, confianza en ti misma. A ver, Melody. Comparte todo lo que quieras”.

A medida que cada niño explica por turno qué significa para ellos la confianza en sí mismos, no puedo evitar sentirme sorprendido por lo comprometidos que están. Todo el mundo lo es. Anoche, repasé mis notas sobre cómo tratar con preadolescentes poco cooperativos que no quieren hablar en la terapia y cómo podía animarlos a entablar una conversación a su propio ritmo. Pero todo fue en vano.

Es él. Es el magnetismo de sus palabras, la forma en que se mueve, el tono tranquilizador y acogedor de su voz, la forma segura en que habla, cómo su sola presencia atrae la atención de todos.

Haniyah tenía razón: sólo llevamos quince minutos y he aprendido más conocimientos prácticos viendo a Reed dirigir una sesión grupal que en las clases del semestre pasado.

Una vez que todos terminan de explicar qué significa para ellos la confianza en sí mismos, Reed les agradece por compartir sus respuestas y toma la iniciativa nuevamente.

“La cuestión es la siguiente”, empieza, con voz tranquila y amistosa. No suena ni actúa como un terapeuta de una manera demasiado obvia, que supongo que es la razón por la que los niños se muestran tan abiertos. “Las personas seguras de sí mismas se sienten cómodas siendo ellas mismas. Esa es la clave. Pero la mayoría de las veces, nos cuesta definir quiénes somos, por eso no tenemos tanta confianza en nosotros mismos como nos gustaría. ¿Quién soy yo? Puede ser una pregunta difícil de responder a cualquier edad, pero por eso estamos aquí: para descubrirlo juntos”.

Se pone de pie de nuevo y se coloca detrás de un escritorio para sacar tres grandes carteles. En cada uno hay escrita una pregunta.

“Esta semana vamos a profundizar un poco más en quiénes somos respondiendo tres preguntas sencillas”, explica mientras cuelga los tres carteles en la pared. “Sofía, ¿puedes leer la primera?”

La niña entrecierra los ojos. “*¿Cuáles son mis valores?*”

—Gracias —sonríe Reed y juro que acabo de ver un hoyuelo bajo su barba incipiente. Un hoyuelo... — . ¿Qué es lo que más valoramos? Cada persona valora cosas diferentes. ¿Nuestra familia? ¿Quizás nuestros amigos? ¿Qué tan valientes somos? ¿Qué tan creativos? No hay respuestas correctas o incorrectas. Jacob, ¿podrías leer la segunda?

El chico de catorce años, que parece ser el más tímido del grupo, asiente. “*¿Qué tengo para ofrecer?*”

“Todos tenemos algo que ofrecer”, dice Reed con seguridad. “Puede que siempre ayudes a la gente que lo necesita, o que cuides a tus hermanos pequeños cuando tus padres están

ocupados, o tal vez siempre hagas reír a la gente. Una vez más, no hay respuestas correctas o incorrectas. Angie, ¿puedes leer la última?”

“¿Qué represento?”

“Defender algo es importante. Por ejemplo, uno puede oponerse al acoso escolar. Eso significa que no lo toleramos y estamos dispuestos a ayudar a cualquiera que sufra acoso”, explica. “Ahora, todos vamos a venir aquí, tomar uno de estos marcadores y escribir nuestras respuestas a cada pregunta en estos carteles. No es necesario agregar su nombre; pueden ser algo así como anónimas. Recuerden responder las tres preguntas y escribirlas por turnos, ¿de acuerdo?”

Mientras cada niño escribe sus respuestas en los carteles, Reed se acerca a mí con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Me digo a mí misma que no encuentro atractiva su confianza porque *no* ...

—Entonces —dice con voz pausada—, ¿qué opinas hasta ahora? ¿Tienes algún comentario que darme?

Se me escapa una risita antes de poder evitarlo. “Sí, claro”.

¿Yo? ¿Ofreciéndole *retroalimentación*? Debe estar enfermo.

Cruza los brazos frente al pecho y la tela de sus brazos se estira tanto que temo que se deshaga por las costuras. ¿Pasa diez horas al día en el gimnasio además de todo lo demás?

“Sí, claro. Quiero saber lo que piensas porque valoro tu opinión”.

Sólo lo dice para hacerme sentir bien conmigo misma, para darme un pequeño empujón.

Aunque no creo que sea completamente honesto, aun así le doy una respuesta genuina. “Me gusta mucho cómo estás manejando el grupo. La pelota que rebota también fue un buen detalle. Todos parecen respetarte mucho”.

Tararea: “¿No hay respuesta, entonces?”

—Hasta ahora no he recibido ninguna respuesta. —Trago saliva y le sonrío, esperando que no se dé cuenta de que, irónicamente, mi confianza en mí misma acaba de desplomarse una vez más—. Lo tienes todo resuelto y parece que está funcionando. No estoy segura de poder darte ninguna sugerencia valiosa.

Él me mira como si cada palabra que acabo de decir lo hubiera ofendido personalmente.

Se me cae el estómago al suelo cuando vuelve a desplegar los brazos, vuelve a meter las manos en los bolsillos y me dice: “Ve a los carteles y escribe tus respuestas, por favor”.

Considero la posibilidad de argumentar en contra, pero de repente tengo la sensación de que compartir mis respuestas también me ayudará a acercarme a los niños. Sin dejar de mirarlo fijamente, me levanto y me dirijo hacia los carteles.

Justo cuando estoy a punto de escribir mis valores, una dulce voz dice mi nombre.

—Tú eres Lila, ¿verdad? —Es Melody, la chica a la que le gusta *La Sirenita* y me saludó.

—Hola, Melody —le sonrío.

Ella sonrío radiante. “Me gusta tu cabello. Es muy largo y bonito”.

Se me encoge el corazón. “Muchas gracias. Creo que tu pelo también luce bonito”.

Sus dedos se enroscan alrededor de la trenza que cae sobre uno de sus hombros. —Gracias.

—Sus mejillas se enrojecen—. ¿Puedes ayudarme con una palabra? No sé cómo se escribe correctamente.

—Claro. ¿Cuál es la palabra? —Sonrío, sorprendida por su audacia.

Los niños generalmente son tímidos a la hora de pedir ayuda porque les da vergüenza necesitarla, pero Melody no.

O tal vez esa fue sólo mi propia experiencia.

Melody me acompaña hasta el tercer y último tablero, jugueteando con el marcador entre sus dedos. Aquí arriba solo estamos nosotras dos y Sofia, el resto charlando en sus asientos. “Quiero decir que definiendo la sonrisa, pero no recuerdo si se escribe con una *l* o con dos”. Se muerde el labio inferior. “Y no quiero parecer tonta si lo escribo mal”.

—Oye, nada de eso —digo, pero mi voz no es de reprimenda—. Está bien no saber cosas y cometer errores. No eres tonta de ninguna manera. Una chica tonta no pediría ayuda como lo acabas de hacer.

—Está bien —dijo una pausa—. Es que tengo una cosa llamada dislexia y a veces las palabras se vuelven confusas.

—Está bien. Se nota que eres una chica inteligente —le aseguro—. Sonreír se escribe con una sola *l*.

—Gracias —destapó rápidamente el rotulador y lo anotó. Cuando se volvió hacia mí, sonrió orgullosa—. Eres un consejero genial, como Reed.

Ese puede ser el mejor cumplido que me han hecho últimamente.

Antes de que pueda decir algo más, Melody se apresura a regresar a su silla, dejándome solo frente a los carteles.

Miro a Reed a los ojos mientras me acerco al primero y noto que ya me está mirando.

No significa nada. Sigue adelante.

—Muy bien —Reed llama la atención de los niños justo cuando me vuelvo a sentar después de escribir mis respuestas—. Vamos a discutir las respuestas en los carteles. Levantaremos la mano cuando tengamos algo que decir, pero recuerden pasarle el turno al Sr. Bounce.

Lila, ¿podrías leer las respuestas a la primera pregunta?

Mucho más a gusto que al principio de la sesión grupal, empiezo: “ ¿Cuáles son mis valores? La familia, los amigos, decir la verdad, ser valiente, la amabilidad, volver a tener una familia y mi carrera profesional ”.

Puedo decir que Reed sabe que el último es mío solo por la letra, pero no hace comentarios al respecto.

“Gracias. La familia parece ser una de las más populares”, comenta. “Todos son geniales y definen lo que es importante para nosotros. ¿Alguien quiere compartir lo que escribió y por qué? Recuerde, no tiene que responder si no se siente cómodo haciéndolo. ¿Sí, Santiago?”

Reed le lanza la pelota al niño, que tiene la mano levantada. “Escribí ‘ser valiente’ porque mi madre siempre me dice que las personas son más felices cuando son valientes y persiguen sus sueños”.

Santiago le lanza a Mr. Bounce de regreso a Reed, quien lo atrapa sin esfuerzo.

“Es cierto que hay que ser valiente para perseguir los sueños. Las personas seguras de sí mismas suelen ser más valientes también, porque no tienen miedo de fracasar si las cosas no salen como quieren”, explica. “¿Cuántos de vosotros aquí tenéis problemas para hacer nuevos amigos porque tenéis miedo de que os consideren molestos o raros?”.

Todos los niños levantan la mano.

Quiero levantar la mía, pero no lo hago. Reed me mira de reojo como si él también lo supiera.

“A todos nos pasa”, asegura. “Pero como hacer nuevos amigos nos pone nerviosos y ansiosos, nuestro cerebro piensa que es algo malo y nos dice que dejemos de hacerlo. Pero, ¿qué es lo peor que podría pasar? Hagámoslo súper ridículo y dramático. Yo empezaré y

cada uno de ustedes agregará algo nuevo por turnos. Entonces, si me acerco a alguien para intentar hacerme amigo de él, es posible que me mire raro”.

Le pasa el señor Bounce a Trevor.

“¿Pueden... ignorarme?”, duda.

Reed asiente. —Bien. ¿Melody?

Ella atrapa la pelota que rebota. “Pueden decirme que soy fea”.

—Si son extremadamente groseros, tal vez —concede Reed—. ¿Sofía?

“Puede que me digan que tengo mal aliento”, dice, provocando la risa del resto de los niños.

“Hagámoslo aún más ridículo y tonto”, ordena Reed. “Vamos. Sé que puedes hacerlo”.

Angie sostiene al señor Bounce mientras frunce los labios y piensa: “¿Tal vez llamen a la policía y me arresten porque soy molesta?”

“Genial”, elogia Reed. “Sigue así”.

“El presidente hará un anuncio público y dirá que todos deben ignorarme, incluida mi familia”, dice Santiago, medio riendo, antes de pasarle a Mr. Bounce al último niño.

“El ejército me echará del país, pero ningún otro país me querrá tampoco, así que viviré en el mar”, concluye Jacob.

En este punto, todos los niños se ríen abiertamente porque *suenan* ridículo.

De repente, el Sr. Bounce está en mi regazo y siete pares de ojos esperan que yo agregue mi pieza.

Echo un vistazo rápido a Reed y juro que veo un brillo en sus ojos. “El ejército se enterará de que vivo en el mar y me pondrán en un cohete y me enviarán al espacio porque soy tan molesto que no quieren que viva en el mismo planeta que todos los demás”.

Mis palabras son recibidas con otra ronda de risas.

—Bien hecho, todos. —Los ojos de Reed se quedan fijos en mí durante un segundo antes de apartar la mirada—. Nuestros cerebros siempre se aferran al peor escenario posible porque quieren mantenernos a salvo. Al no correr riesgos, nos quedamos en nuestra zona de confort, y eso hace que la ansiedad desaparezca, lo que a su vez nos hace sentir bien. Pero eso es solo una ilusión porque permanecer en nuestra zona de confort para siempre no nos hará felices. No nos hará sentir lo suficientemente valientes para perseguir nuestros sueños.

“Aquí tienes un truco: cada vez que tu cerebro te diga que no puedes hacer algo porque vas a fracasar o te sentirás estúpido o raro, piensa en lo peor que podría pasar. Y hazlo ridículo, como Ya lo hemos hecho. Verás lo ridículo que es. No hay forma de que ninguno de esos escenarios locos suceda. Considéralo tarea para la próxima semana”.

Pasamos al segundo cartel, luego al tercero. Los niños siguen colaborando, algunos de ellos de forma más abierta ahora que ha pasado casi una hora entera.

Después de que cada uno comparte algo que ha aprendido en la sesión de hoy, nos despedimos y el aula queda sumida en un silencio confortable.

—Eso fue... —Mis labios se mueven antes de que los pensamientos se hayan formado por completo en mi mente. Me siento cansada, feliz, realizada. Y ni siquiera he *hecho* nada, pero solo mirarlo es una experiencia de otro mundo—. Tienes un talento natural.

Me dedica una sonrisa torcida que parece tan cansada como yo. Mi atención se centra en sus manos mientras se sube las mangas de la camisa, dejando al descubierto esos fuertes antebrazos de los que necesito apartar la mirada en este instante.

"Me encanta mi trabajo", dice en voz baja. "¿Tienes algún comentario que darme ahora que terminamos la sesión?"

—No se me ocurre nada ahora mismo —le digo con sinceridad—. Pero me encantaría ayudarte a organizar el próximo, si... si necesitas ayuda, claro está.

Su mirada se dirige hacia mí. "¿Tienes alguna idea en mente?"

"Algunos", admito. "Ahora que sé cómo manejas las cosas, puedo adaptarlas a tu plan de sesión y esbozar un esquema. Puedo enviarte un correo electrónico más tarde".

"Por supuesto", asintió. "Tengo curiosidad por ver qué se te ocurre".

Ese sentimiento de pertenencia crece en mi pecho, haciéndose más grande y brillante hasta que siento que toda esta emoción me va a hacer estallar.

No fui de mucha ayuda en la sesión de esta semana, pero *sí* ayudé a Melody con su ortografía y, con suerte, también con su confianza en sí misma.

Hay una parte de mí que todavía cree que no soy lo suficientemente bueno, que no merezco trabajar con niños, que fracasaré, que me convertiré en un paria cuando la gente del campus descubra quién es mi supervisor de prácticas.

Pero las palabras de Reed resuenan más fuerte: quedarme en mi zona de confort para siempre no me hará feliz.

Hoy estoy cansado de alimentar a mis demonios internos.

Hoy elijo dejar que la luz gane.

CAPÍTULO 11

Caña

Despierta sobresaltado.

Mi pecho se agita, el sudor se adhiere a mi nuca y la tierna carne entre mis omóplatos arde tanto que todavía puedo sentir el dolor persistente que no ha estado ahí en décadas.

Soñé con él otra vez.

Un momento después, mis pies descalzos tocan el frío suelo de madera, negándose a mantenerme en la cama. Necesito moverme.

Porque estar en movimiento, mantenerse ocupado, es la manera de olvidar.

En mi armario, busco una camisa limpia y un par de pantalones y los coloco sobre las sábanas arrugadas. Mi mente está en piloto automático mientras abro la puerta del baño adjunto, me quito los calzoncillos con los que duermo y me meto en la ducha.

La cascada de agua helada me despeja y echo la cabeza hacia atrás, deseando que me calme. No hace nada para adormecer el dolor, no el físico sino las heridas invisibles.

Eres un maldito chiste, muchacho. No sirves para nada más que para dar una buena paliza.

Me arde la espalda a pesar del agua fría y me froto el cuerpo más rápido para pasar a la siguiente tarea. Una vez más, no sirve de nada. Porque en cuanto salgo de la ducha, mis ojos encuentran mi reflejo en el cristal de la ducha y es imposible apartar la mirada de la cicatriz que marca la piel entre mis omóplatos.

El vil recordatorio de lo que mi padre me hizo. De lo que mi madre no detuvo.

El silencio me recibe cuando salgo del baño. Compré esta casa unifamiliar de dos pisos no muy lejos del campus por capricho cuando regresé a Warlington, mi ciudad natal, para siempre, después de pasar una década entera obteniendo mis títulos y trabajando por todo Estados Unidos.

Haniyah pensó que comprar este lugar sería una buena inversión.

"Así que puedes establecerte", me había dicho con su habitual voz amable cuando me acompañó a ver el anuncio. "Aquí hay mucho espacio si algún día quieres formar una familia".

No dije nada al respecto. No quería romperle el corazón diciéndole que el concepto de familia era tan jodido para mí que formar una propia me parecía más abrumador de lo que debería.

Mis pensamientos son interrumpidos por la alarma de mi teléfono, señal de que necesito salir de casa ahora mismo si quiero llegar a tiempo al trabajo.

Suspirando, decido que simplemente tomaré el desayuno en algún lugar del campus. No tengo correos electrónicos que requieran mi atención inmediata, así que aprovecho el buen tiempo para caminar en lugar de conducir en el horrible tráfico de la mañana.

Culpo a la falta de buen sueño por el hecho de que mis pensamientos se dirigen a Lila.

A su aroma embriagador, a su dulce sonrisa, a su mente brillante.

Sé que está mal y que estoy enfermo de la maldita cabeza, pero eso no hace que se detenga.

Han pasado tres días desde nuestra primera sesión grupal semanal. Los niños parecieron simpatizar con ella y me está haciendo sentir cosas que no había experimentado antes.

Cosas que no puedo nombrar.

No puedo sacarla de mi cabeza.

Es posible que estos pensamientos sean el resultado directo de una noche de mierda y de la falta de desayuno. Así que, después de responder un par de correos electrónicos de mis alumnos de laboratorio, me dirijo a la única cafetería del campus que no sirve café diluido en agua.

Estoy navegando distraídamente en mi teléfono cuando un destello de cabello rubio llama mi atención.

Ignoro el modo en que mi corazón se acelera al verla y la observo mientras busca algo dentro de su bolso. ¿Por qué cada uno de sus movimientos es tan fascinante?

De pie a solo unos metros de la cafetería, ella levanta la vista mientras me acerco a la puerta principal. Nuestras miradas se cruzan por un fugaz segundo antes de que ella vuelva a mirar hacia abajo, con las mejillas encendidas.

Estoy a punto de acercarme a ella para saludarla cuando, con uno de los bolsillos de su mochila todavía abierto, sale corriendo en la dirección opuesta como un ratoncito asustado. Su reacción me hace sentir una punzada de rechazo en el pecho, pero no le hago caso.

Simplemente no he dormido bien y no pienso con claridad. Así que, después de tomarme el café, me sumerjo en el trabajo todo el día y no me permito volver a pensar en ella hasta que la tengo delante de mí esa tarde.

Lo único que puedo oír es el tictac del reloj en la pared de mi oficina, a pesar de que ambos trabajamos entre estas paredes.

Cuando llegó al centro juvenil, le dije que quería que revisara uno de mis casos cerrados del año pasado y escribiera un informe con las cosas que habría hecho de manera diferente. Me hizo una pregunta técnica rápida y desde entonces hemos estado trabajando en silencio.

No me gusta.

Porque ella me está ignorando.

De niña, nunca ansiaba llamar la atención. Cuando era niña, llamar la atención significaba ser el blanco de las crisis de mi madre o el blanco de la hebilla del cinturón de mi padre, así que aprendí a permanecer en las sombras y sentirme cómoda allí.

Años después, cuando vivía en hogares de acogida, recibir atención rara vez era algo bueno. Significaba que hacía demasiado ruido, que causaba demasiado alboroto, que molestaba demasiado. Significaba que me enviarían lejos, obligándome a empezar todo de nuevo.

A lo largo de los años, he aprendido a ignorar la atención. Claro, estoy agradecido por ello porque quiero que se tome conciencia de lo que estoy haciendo, pero los elogios personales no son mi fuerza motriz.

Entonces, ¿por qué estoy tan molesto ahora que Lila me está privando de la suya?

Cierro mi portátil y me recuesto en mi silla, sabiendo que no voy a hacer nada esta tarde.

Tuve una noche de sueño terrible, uno de mis estudiantes de doctorado estropeó algunos equipos en el laboratorio (por accidente, pero sigue siendo un gran inconveniente) y ahora esto.

Esto significa que perdí la cordura porque *Grace y la hija de Cal* me ignoraron.

Estoy enfermo sin posibilidad de recuperación.

—Bueno —digo arrastrando las palabras de todos modos porque, al parecer, ahora tengo tendencias autodestructivas—. No sabía que volviéramos a ignorarnos.

Ella mira desde su computadora portátil, arqueando una ceja rubia. "¿Cuántas veces vamos a tener esta conversación?"

—Exactamente. Te escapaste de mí esta mañana —señalé.

“Tenía prisa.”

“No me mientas, pequeño criminal”.

Sus mejillas se sonrojaron, igual que esta mañana. No me gustaría tanto ese rubor en sus mejillas, pero aquí estoy, joder.

—No miento, doctor Abner —dice en voz baja, sin mirarme a los ojos.

Me rasco la mandíbula. —¿Doctor Abner? ¿Ya se dio por vencido con Reed?

Ella escribe algo en su computadora portátil, fingiendo que no le importa. “Te llamas Dr. Abner”.

—Te dije que me llamaras Reed. Por cierto, ese es también mi nombre.

—Eso no significa que tenga que usarlo. —Su voz tiene un repentino tono burlón que no me avergüenza—. ¿O debería llamarte también Profesora Hotshot? Ya que así te llaman en el campus. Pero estoy segura de que ya lo sabías.

En realidad, no lo hice.

En contra de mi mejor juicio, le digo: “Si prefieres llamarme Profesor Hotshot, hazlo”.

—Creo que el profesor Bossy te sienta mejor —responde ella a pesar de que sus mejillas se ponen aún más rojas.

Hay una gran parte de mí que sabe que estamos jugando un juego peligroso, pero mi brújula moral debe estar rota hoy.

—No soy mandona —digo, sabiendo muy bien que eso es mentira.

—¿Profesor Controlador Freak, entonces?

Esta chica.

Cruzo los brazos frente al pecho, sin perderme la mirada fija en el movimiento. —Dime entonces por qué soy mandona.

—Eso mismo. —Se encoge de hombros y hace como si volviera a su portátil cuando ambos sabemos que no está mirando nada—. Podrías haber dicho: “Querida Lila, ¿podrías darme un ejemplo de mis tendencias mandonas, si no te resulta demasiado inconveniente? Gracias desde el fondo de mi corazón”.

—Mmm —observo mientras se coloca un mechón de pelo largo y ondulado detrás de la oreja perforada—. ¿Tienes algún otro ejemplo de esas tendencias mandonas?

—Tal vez necesite un tiempo para pensar... Espera, no, ya lo entiendo. Aquella noche, en la ceremonia de entrega de premios, cuando no quería hablar y no me dejaste otra opción que desnudarme ante ti.

—Si no recuerdo mal, y lo recuerdo, te dije varias veces que podías irte si querías. No te tenía como rehén.

—¿En serio? —Parpadea varias veces, inocentemente, sabiendo muy bien que sí, *en serio*.

“Me di cuenta de que necesitabas hablar esa noche. Desahogarte. Y funcionó, ¿no?

Necesitabas desahogarte con tu ex”.

Me estremezco por dentro, sabiendo en el fondo que solo estoy buscando migajas sobre su vida amorosa actual porque, además de estar mal de la cabeza, también siento curiosidad. Pero solo porque no creo que sea una gran idea que ella vuelva con ese chico después de que la engañó. Nada más.

Lila resopla. “Tomaré nota mental de acudir a ti la próxima vez que crea que iniciar otra relación sería una buena idea para que puedas convencerme de lo contrario”.

¿Está diciendo que está soltera? ¿Quiere siquiera hablar de esto conmigo?

La miro con los ojos entrecerrados, sediento de más pero sin querer parecer o sonar obvio. “Si crees que algo es una buena idea, no puedo disuadirte. Deberías tomar tus propias decisiones”.

“Si alguna vez pienso que empezar otra relación es una buena idea, debe ser porque estoy empezando a perderla”, dice con seriedad.

Debería, pero no me abstengo de hacer mi siguiente pregunta, aunque dudo que sea apropiada. “¿No volverás a tener relaciones, entonces? Me parece un poco drástico”. Sus hombros suben y bajan. “¿Qué sentido tiene? No quiero ofender, pero los hombres no valen la pena. Prefiero centrarme en mi carrera”, explica. “Una vez renuncié a algo que realmente quería por un hombre y no volverá a suceder”.

Recuerdo su pasantía en el campamento de verano.

—No me ofendo. —Hay hombres que son bastante terribles, eso lo admito. Pero me sorprende que se apresure a decirlo cuando sé que creció con uno de los mejores: Cal es un buen hombre y un buen padre. —Es importante centrarse en tu carrera.

No me detengo a pensar por qué la idea de que Lila salga con alguien me pica el cuerpo. Me sorprende con su siguiente pregunta: “¿Y tú? ¿También estás casado con tu carrera?”. Una pausa en la que mi corazón da un vuelco. “¿O con una mujer de verdad? ¿Con un hombre?”.

Mis dedos no tienen ningún anillo, así que ella debe saber que no estoy casado, pero aún así sigue preguntándolo.

Interesante.

“No tengo tiempo para relaciones”, le digo, la verdad a medias que me repito a mí misma una y otra vez. Porque el tiempo no es el problema, pero me niego a pensar demasiado en la verdadera razón. “No me gustan los hombres, pero tampoco tendría tiempo para tener relaciones con ellos”.

Ella tararea: “Supongo que no hay mucho espacio para las relaciones cuando eres un investigador, profesor, miembro de la junta directiva, voluntario y demás de renombre mundial”.

—Tienes razón. —Me aclaro la garganta, sintiendo que cruzaría una línea invisible si siguiéramos hablando de relaciones—. Volviendo al tema de que me ignoras en el campus, pero me insultas a puerta cerrada.

“No te he insultado.”

Arqueo una ceja interrogativamente. “¿Y bien?”

—Ves, estás siendo mandona otra vez.

“No cambies de tema.”

—Entonces no seas tan mandona.

Te mostraré lo mandona.

¿De dónde salió ese pensamiento?

Suspiro. “Lila.”

“Caña.”

“Es agradable ver que soy Reed de nuevo”.

Un golpe urgente a la puerta de mi oficina revienta la peligrosa burbuja en la que estamos envueltos.

No tengo tiempo de ordenarle a quien llama que entre porque la puerta se abre de golpe y me encuentro con la cara preocupada de Hanayah.

—Reed, soy Cameron —dice sin aliento—. Acaba de golpear a otro niño en la cara.
Mierda .

CAPÍTULO 12

Caña

¡Apenas me doy cuenta de que Lila me sigue fuera de la habitación con Haniyah. Nos conduce al salón principal, donde nos espera un tumulto de niños. Uno de los voluntarios está hablando con Cameron cerca de las puertas del jardín.

—¿Qué pasó? —pregunto con calma, sin querer asustar al chico.

Verónica, una profesora voluntaria y jubilada, me mira como si ya supiera que no me van a gustar sus próximas palabras. Tiene razón. “Se peleó con Sean porque se burló de Melody. No es la primera vez que pasa, pero esta vez Cameron sí le dio un puñetazo. Kelly fue a la enfermería con Sean”.

“Él me pateó primero”, espeta Cameron enojado, sin dirigirse a nadie en particular.

—Gracias, Verónica. Ya me encargué de esto. —Ignorando a todos y todo lo que me rodeaba, me di vuelta para mirarlo a los ojos. Estaba sentado en el suelo, con los brazos cruzados y una expresión de enojo en el rostro—. Cuéntame qué pasó.

Él no me mira, no habla.

Su mirada furiosa permanece fija en el suelo, su respiración agitada y sus hombros rígidos.

—Cameron —insisto en vano.

Lo conozco bien: si no quiere hablar, no lo hará. Cuanto más presionado se sienta, más se retraerá, así que lo dejé pasar por ahora.

A medida que los voluntarios despejan la sala, las voces y el caos se desvanecen, pero Cameron sigue dentro de su propia cabeza. Lila me sorprende cuando se sienta en el suelo frío junto al niño.

Y empieza a hablar.

—Hola, Cameron. Me llamo Lila. Soy nueva aquí —dice con voz amable. Cameron no responde, pero eso no la detiene—. Conocí a tu hermana, Melody, el otro día, en una sesión de grupo que hice con Reed. No sabía cómo deletrear una palabra y me pidió ayuda. Cameron todavía no dice nada, pero puedo decir que está escuchando.

Y no puedo quitarle los ojos de encima.

“Era mi primer día aquí y estaba muy nerviosa. Tanto que ni siquiera pude desayunar esa mañana”, explica. “Porque tenía miedo de que no les agradara o de que no me hablaran. Pero entonces tu hermana se me acercó y me dijo que le gustaba mucho mi pelo. Puede parecer una tontería, pero me hizo sentir mejor. No por el cumplido (que admito que fue agradable), sino porque confió lo suficiente en mí como para preguntarme cómo se deletreaba. Dijo que tenía miedo de parecer ridícula delante de los otros niños, pero pensé que fue valiente por su parte pedirme ayuda. Me agradó al instante”.

Los hombros de Cameron ya no tiemblan, pero sigue sin mirar a Lila a los ojos. Una vez más, el hecho de que la ignoren no parece afectarla porque sigue adelante.

—Es tu hermana gemela, ¿no? Yo no soy gemela, pero he oído que las gemelas comparten un vínculo muy fuerte. ¿Es eso cierto en tu caso con Melody?

Para mi sorpresa, Cameron asiente.

“Es increíble. Estoy un poco celosa”, bromea. “Supongo que lo que intento decir es que Melody parece una chica fuerte que no tiene miedo de defenderse y pedir ayuda cuando la necesita”. Sean hizo algo malo cuando se burló de ella, seguro, pero apuesto a que no quiere

que te metas en problemas por su culpa. ¿Por qué no me cuentas tu versión de la historia para que podamos solucionar esto?

Estoy seguro de que Cameron se encerrará aún más en sí mismo. Después de todo, Lila es una extraña para él.

Pero luego pregunta en voz baja: "¿Eres nuevo aquí?"

"Sí. Quiero ser consejero después de la universidad, así que estoy aprendiendo de Reed".

"¿Por qué?"

Lila no se inmuta, pero mi corazón sí cuando me mira. "Porque es un gran profesor".

Sostengo su mirada por un momento demasiado largo hasta que la voz de Cameron rompe el silencio.

"Melody estaba haciendo sus deberes y Sean empezó a insultarla porque no sabía qué significaba la palabra *novia*", explica. "Siempre se mete con ella cuando está haciendo los deberes. Le dije que la dejara en paz. Me dio una patada en la espinilla y luego yo le di un puñetazo. Se lo merecía".

Me toma un momento darme cuenta de que lo que Lila acaba de hacer funcionó, pero no puedo pensar en ello demasiado tiempo antes de entrar en acción.

—Gracias por decírnoslo. Haniyah está llamando a tus padres, porque os peleasteis, que es lo que les pasa a todos los que se meten en problemas aquí —le digo, todavía con voz tranquila—. Mañana hablaremos.

Hablaré con sus padres cuando lleguen y los convenceré de que le den espacio hoy para que no llegue aún más agitado mañana. También tendré que hablar con los padres de Sean y lidiar con las consecuencias de un altercado físico entre dos miembros del centro juvenil. Tendremos suerte si no nos demandan, que es lo último que necesitamos.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunta, mirando alrededor de la habitación.

—Con los otros niños. Iré a buscarla cuando lleguen tus padres —le digo—. ¿Necesitas algo? ¿Agua? Muéstrame dónde te pateó Sean, por favor.

Si está sangrando y no lo llevamos a la enfermería, podríamos tener problemas mucho mayores.

Sin decir palabra, se sube los pantalones de chándal y, efectivamente, se le está formando un moretón en la espinilla.

—Tenemos un ungüento para eso. Iré a buscarlo —le digo, sin querer que vaya a la enfermería, ya que Sean estará allí—. Lila, ¿te importaría quedarte con él?

Durante la siguiente hora, mi cerebro está trabajando a toda marcha mientras Haniyah y yo intentamos arreglar lo que sucedió esta tarde.

Sean admitió haber pateado a Cameron primero, y sus padres lo obligaron a disculparse con él y con Melody por haberse burlado de ella.

Cuando los padres de los gemelos llegaron, tuve que llevarlos a una habitación privada para evitar que Cameron viera la reacción de su padre.

—Ese chico no sabe lo que le espera —susurró, ignorando a su esposa, que le tiraba del brazo y le rogaba que se calmara—. Lo criamos mejor que esto, maldita sea.

Mi cerebro me obligó a retroceder internamente ante la dureza de sus palabras, sus gestos, su comportamiento. Y no importa cuántas veces traté de convencerme de que no estaba tratando con mi padre porque ese cabrón estaba muerto, me llevó un tiempo asimilarlo.

Es una comparación injusta, porque el padre de Cameron, a pesar de su temperamento, no es un hombre violento con su familia: mantenemos una estrecha vigilancia sobre las señales de abuso.

Él no es mi padre, maldita sea.

Han pasado tres décadas. Hay que recuperarse.

Cuando finalmente lo hice, les expliqué a los padres de Cameron que la mejor estrategia sería decirle que lo que había hecho estaba mal y castigarlo si así lo deseaban, pero que mantuvieran la calma. Estuvieron de acuerdo y su padre se disculpó por haber perdido los estribos.

La adrenalina, combinada con la falta de sueño, me agota dos horas después. Todos los niños se han ido, pero yo sigo inquieta, respondiendo correos electrónicos en mi oficina porque no quiero volver a una casa vacía por alguna maldita razón.

Esa breve interacción con el padre de los gemelos me trajo recuerdos que luchó todos los días por mantener enterrados. Porque, a diferencia de él, mi propio padre no se conformó con los azotes verbales.

Me arde la piel de la espalda y maldigo en voz baja.

Está muerto. No puede hacerme daño.

¿Y de quién es la culpa de que esté jodidamente muerto?

Un golpe a la puerta de mi oficina me sobresalta. No estoy mental ni emocionalmente preparada para lidiar con nada ni con nadie hoy, así que no respondo.

Pero entonces escucho su voz: «¿Reed? Soy Lila. ¿Estás aquí?»

Maldigo de nuevo en voz baja, odiándome a mí mismo por ignorarla cuando lo único que quiero es sacar la cabeza de mi trasero y decirle lo increíble que fue con Cameron allí afuera. Cómo no debería dudar, ni por un segundo, de que está destinada a este trabajo. Cerré los ojos y supliqué que los recuerdos de mi padre desaparecieran después de tres décadas de cruda tortura. Sin embargo, su voz es lo único que logra abrirse paso a través de la niebla en mi cerebro.

“Quería decirte que tengo que irme, pero te veo mañana”.

Una pausa.

“Hoy fue un día difícil para ti, me di cuenta. Lamento mucho lo de Cameron. Sé que te preocupas por él... Puede que ni siquiera estés ahí, por lo que sé, así que tal vez le esté hablando a una pared, pero aun así quiero decirte que lo manejaste bien. Los altercados son algo para lo que nuestros profesores siempre dicen que debemos prepararnos, pero en realidad nunca nos *preparan*. Puede que esto suene mal, espero que entiendas lo que quiero decir, pero me alegro de que haya sucedido cuando estabas aquí. Observé cómo manejaste a los padres y al resto del personal, y fue... Fue increíble. Estoy aprendiendo mucho de ti”.

Estoy encerrado dentro de mi oficina, con mi corazón latiendo demasiado rápido, deseando ser lo suficientemente fuerte para abrir la puerta y enfrentarla.

“Solo quería decirte que fuiste genial y que todos te respetan mucho. Yo incluido. No te castigues demasiado por eso. Sé cómo puede afectar a los consejeros cuando los niños se pelean, pero tú manejaste bien las cosas. No es que necesites que te lo diga, porque eres tú, pero... Bueno, ahora estoy divagando. Lo siento. Que tengas buenas noches, Reed. O buenas noches, muro. Nos vemos mañana”.

No es hasta que oigo voces lejanas en el pasillo que me doy cuenta de que estoy sonriendo como un maldito tonto.

CAPÍTULO 13

Lila

YO El cerebro humano a veces hace algo extraño: sabe que algo está mal pero nos obliga a cometer ese error de todos modos.

Técnicamente, no es mi cerebro el que me obliga a hacer algo: *yo* lo controlo y, por lo tanto, *yo soy* el problema. Y estoy bien con eso. Lo que no me gusta es saber Estoy haciendo el ridículo, pero no puedo parar.

La mañana después de la pelea de Cameron y Sean en el centro juvenil, me acomodo en mi sofá y marco el número de la única persona a la que debería haber llamado días atrás.

—Lila, nena —la voz de mi tía se filtra por los altavoces de mi teléfono antes de que su rostro sonriente aparezca en la videollamada—. ¿Cómo has estado?

Ella camina por la casa, vestida con su ropa de profesora de ballet y un moño bajo. "Hola, Maddsy. Pensé que estarías en el estudio".

"Estoy en mi hora de almuerzo. Pasé por la casa para ver cómo estaban las cosas porque Dylan no está en la escuela hoy. Dijo que estaba enfermo, pero ahora está corriendo por ahí, así que no sé nada al respecto".

Resoplo, sin sorprenderme de que mi primo pequeño finja que lo está haciendo para poder quedarse en casa a ver dibujos animados. "¿Es un buen momento para llamar? Si estás ocupado..."

—No, no, está bien. Todavía tengo algo de tiempo antes de tener que volver y James se las arregla muy bien con los dos diablillos —dice justo cuando la inconfundible voz de Dylan grita mi nombre.

Me río. "Ponlo al teléfono".

—Sí, espera un segundo. Ten cuidado, Dyl. No dejes caer el teléfono de mamá, ¿de acuerdo? Pero el rostro del niño de seis años ya está pegado a la pantalla, ajeno a las advertencias de su madre. "¡Lila! Tengo un nuevo dinosaurio de juguete".

—De ninguna manera. —Le dedico mi mayor sonrisa. No hay ningún niño al que ame más en este mundo—. ¿Quién te lo dio?

"Abuela", me dice, refiriéndose a mi abuela, "porque estoy enfermo. Ella vino a verme".

Mi abuela lleva décadas sobria y, con el tiempo, reanudó su relación con sus dos hijos. No me gusta lo que hizo pasar a mi padre y a mi tía, pero si ellos pudieron perdonarla, yo también puedo. Ella me ha dado todo su cariño y su apoyo.

"¿Me lo vas a mostrar?", le pregunto al niño.

No hace falta que se lo pregunte dos veces. Oigo la advertencia de Maddie mientras mi primo sale corriendo, el teléfono se sacude con cada paso hasta que dice: "Papá, ¿dónde está Remy?".

No lo puedo ver, pero oigo la voz profunda de mi tío. "Hola, amigo. Es curioso que ya no suenes enfermo, ¿eh?". Dylan se ríe de eso. "Debería estar en el sofá, donde probablemente lo dejaste mientras mirabas la televisión. Oye, ¿qué estás haciendo con el teléfono de mamá?".

"¡Es Lila!"

Un momento después, James toma el teléfono de la mano de Dylan y frunce el ceño mirando la pantalla.

—Pareces un anciano que no sabe cómo funcionan los teléfonos inteligentes —bromeo.

Sólo tiene cuarenta y cuatro años, así que sabe que estoy bromeando. Y me lo hace saber cuando me hace un gesto juguetón con los ojos, que son del mismo tono azul que los de mi primo.

"No sabía que estaban chateando por video. ¿Te llamó por accidente? Hoy en día no puedes confiar en él cuando estás hablando por teléfono".

"Llamé a Maddsy y quería mostrarme su nuevo juguete de dinosaurio".

James le dice a Dylan que vaya a buscarlo antes de volver a verme. "¿Todo bien? ¿Cómo va tu tesis, sabelotodo?"

El apodo me hace sonreír. "Estoy un poco agobiado, pero creo que va bien".

Frunce el ceño. "¿Abrumado, cómo? No te están haciendo pasar un mal rato, ¿verdad?"

James, el ex fisioterapeuta de mi tía que ahora es su marido, es como un hermano para mí.

Lo conocí cuando tenía once años y nos entendimos al instante. Si mi padre es el que más me protege, mi tío lo sigue muy de cerca.

—No, no es así —le aseguro—. Es que tengo mucho que hacer ahora mismo. Por eso llamé a Maddsy.

—Necesitas desahogarte. Entendido. —Mira hacia un lado y sonrío—. Pero primero, hay alguien aquí que quiere saludarte.

Apunta la cámara del teléfono a la niña sentada en su silla alta.

Ella sonrío radiante cuando me ve: "¡Lili!"

—Hola, Alice —le sonrío a mi prima más joven—. ¿Qué tienes ahí? ¿Está delicioso?

Ella me hace un gesto de entusiasmo y mete en la pantalla lo que estoy bastante segura de que es una rodaja de aguacate. James se ríe. "Ten cuidado, cariño. Nos vamos a bañar cuando termines de comer, ¿sí?"

"Sí", repite ella, y sus hoyuelos resaltan con su sonrisa.

Maddie reaparece entonces. "¿Por qué todos hablan con ella excepto yo? Necesito un poco de tiempo con Lila".

James gira la cámara para que los mire de nuevo. Mi tía le da un beso en la mejilla antes de agarrar el teléfono.

"¿Dónde está Dyl?", le pregunta a su marido.

—Estoy aquí, mami —dice una vocecita—. Lila, mira a Remy.

Mi tía baja el teléfono para que Dylan pueda verme. "Me encanta, Dylan. Es lo más genial.

Dame un beso grande".

Él besa la pantalla y yo hago lo mismo.

—¿Estarás bien si subo un momento? —le pregunta Maddie a James.

Él la mira con adoración. "Claro. Tómate tu tiempo, amor".

Dylan, la pequeña descarada, hace ruidos de náuseas cuando se besan, y yo me río.

Ay, los extraño mucho. Como viven en Norcastle, que está a horas de distancia, no nos vemos tan a menudo como nos gustaría.

Me despido de mi tío y de mis primos antes de que Maddie suba corriendo las escaleras.

"Por fin, tú y yo. ¿Qué pasa?"

—¿Estás segura de que puedes hablar ahora mismo? —pregunto, sintiéndome terrible por interrumpir—. Puedo llamarte esta noche. O mañana. O cuando estés libre.

—Siempre estoy libre para ti, Li —me dedica una sonrisa de hermana—. James tiene a los niños bajo control y todavía me quedan veinte minutos hasta que tenga que volver al estudio.

Dudo. “Si estás segura...”

—Deja de perder el tiempo —dice, llamándome—. ¿Está todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

—Umm, no exactamente. —Me mordisqueo el labio inferior, sentándome derecha en el sofá—. Es más como... un problema en mi cabeza.

—Estás pensando demasiado —supone—. Suéltalo, entonces. Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Lo hago, por eso mi primer instinto fue llamarla.

Amo a mis padres y amo a Mariah, y sé que también puedo decirles cualquier cosa, pero el vínculo que comparto con mi tía es Algo más. Ella siempre me ha apoyado y me da los mejores consejos, ya que ha pasado por muchas cosas.

Entonces respiro profundamente y lo dejo salir todo.

Cómo Reed me ofreció la pasantía y lo indecisa que estaba de aceptarla. Cómo la idea de que alguien descubra que estoy trabajando con la colega de mi madre todavía me preocupa, aunque no parezca tan catastrófico como antes.

—Creo que estoy arruinando las cosas —admito en voz alta por primera vez.

Maddie, que no me ha interrumpido ni una sola vez, frunce el ceño. “¿Cómo es eso?”

“Vi a Reed en el campus ayer y me asusté porque tenía miedo de lo que los demás pensarían si nos vieran juntos, aunque me prometí a mí misma que lo superaría. Me lo dijo y no me disculpé a pesar de que lo que hice fue patético. Soy un desastre, Maddsy. No quiero que piense que soy poco profesional y que soy infantil *otra vez*. Me prometí a mí misma que lo superaría”.

Lo que no digo es que me he sorprendido mirándolo de reojo con más frecuencia de la que debería. Que encuentro su manera tranquila y segura de trabajar con los niños más atractiva de lo que jamás admitiría.

—Lo primero que debes hacer es respirar. —Su voz es tranquila pero autoritaria—. ¿Te dijo que eres poco profesional y que te comportas como un niño?

—No, pero...

“Sin peros”, me interrumpe. “Tienes tendencia a dar por sentado lo que harán o dirán los demás, y nunca son cosas agradables”.

Ella tiene...toda la razón.

“Creo que deberías empezar a vivir en el presente”, continúa. “Si ese tal Reed no te ha dicho que cree que no eres profesional, deja de asumir lo contrario. Tienes un talento increíble en muchos sentidos, pero dudo que hayas desarrollado aún la capacidad de leer la mente”.

—Es solo que... ¿Por qué *no iba* a pensar que soy poco profesional? —repliqué—. Me escapé de él delante de sus narices. Así no se comportan los adultos maduros.

Ella gime. “Dios, eres tan terco como Sammy”.

Ella llama a mi papá Sammy, aunque todos los demás lo llaman Cal. Su nombre completo es Samuel Callaghan, pero todos tendemos a ignorar la parte de Samuel, lo cual es una pena porque es un nombre muy bonito.

Además, ella tiene razón otra vez.

“Es que... estoy enojada y decepcionada conmigo misma. El otro día tuvimos una sesión de grupo con los chicos y finalmente me di cuenta de lo privilegiada que soy de trabajar con él. Me dije a mí misma que dejaría estos pensamientos obsesivos y me concentraría en aprender y estar agradecida por la oportunidad. Pero luego lo vi en el campus y todo se fue al infierno. Siento que estoy corriendo en círculos”. Dejé caer la cabeza hacia atrás contra el

sofá. “Creo que lo estoy haciendo mejor que antes, pero todavía no puedo superar esta sensación de que algo terrible va a pasar. Tal vez sea porque lo vi en el campus y me sentí juzgada por los demás. No es seguro hablar con él como lo hago en el centro juvenil. No lo sé”.

—Lo entiendo, Li. Eres una persona que piensa demasiado por naturaleza. Es bueno que estés consciente de esos pensamientos que te sabotean, pero ten paciencia contigo misma. Los malos hábitos no desaparecen de la noche a la mañana —razona—. Pero voy a ser honesta: creo que ves peligro donde no lo hay. En primer lugar, al diablo con lo que piense la gente. No estaría con James si me hubiera preocupado por lo que tu padre o mis amigos pensarían de nuestra relación.

Eso es cierto. Como soy diez años mayor que ella y su fisioterapeuta de entonces, puedo entender por qué mi padre no estaba muy contento con que Maddie estuviera con James. Pero mi tía siempre ha hecho lo que quería y no ha dejado que las opiniones de los demás influyeran en sus decisiones. Ojalá yo fuera tan valiente.

“Y en segundo lugar”, continúa, “a veces, la única manera de superar nuestros miedos es enfrentarlos de frente”.

Mi padre dijo lo mismo. No me extraña que sean hermanos. “¿Qué estás sugiriendo?”

—Creo que sería una buena idea que te acercaras a él en el campus. —Estoy a punto de decir que *de ninguna manera*, pero ella me intercepta—. No me mires con esa mirada de pánico. Comienza saludándolo con la mano o hablando sobre el clima si te cruzas con él en el pasillo. No necesitas tener ninguna discusión profunda sobre el universo en medio de la cafetería, pero huir de él tampoco es la respuesta. Especialmente porque sabes que está mal y quieres cambiar.

No puedo pelear con ella por eso.

“Te quiero, Li, pero eres una reina del drama. Piensa en lo que les dirías a tus futuros pacientes si acudieran a ti con este mismo problema. Les dirías que se enfrenten a su miedo para que puedan ver que no va a pasar nada terrible, ¿verdad? Que no será el fin del mundo porque todo está en sus cabezas”.

Asiento porque lo haría, pero seguir los propios consejos es *ridículamente* difícil.

“Entonces ya sabes qué hacer”, concluye, como si fuera realmente así de fácil. “Te sentirás incómodo, acéptalo y supéralo. No dejes que los demás tengan tanto poder sobre ti”.

Tan pronto como nos decimos *“te amo”* y colgamos, abro la aplicación de correo electrónico y no lo pienso dos veces mientras escribo.

Ya estoy haciendo una pasantía con él. El daño ya está hecho, por así decirlo, y estoy cansada de ser víctima de mis propios pensamientos excesivos.

Esto es lo correcto que hay que hacer.

Es hora de ponerme los pantalones de niña grande.

Doctor Abner,

Me gustaría hablar contigo sobre una nueva idea para mi pasantía. ¿Podríamos reunirnos hoy? Por favor, dime tu horario de oficina si estás disponible.

Gracias,

Lila Callaghan

Su respuesta llega a mi bandeja de entrada menos de cinco minutos después.

Estaré en mi oficina hasta las 2:30 pm.

Deja de llamarme Dr. Abner.

*Atentamente,
No es el Dr. Abner*

Treinta minutos después, mis pantalones de niña grande abrazan cada centímetro de mis curvas, pero todavía tengo miedo, lo cual no es ideal.

Antes de llamar a la puerta del consultorio del Dr. Abner, me seco el sudor de las manos con la tela de mis jeans. No importa cuántas veces repita en mi cabeza las palabras de que esto es lo correcto y que estaré bien, creerlas es otra historia.

La oficina de Reed se encuentra en el tercer piso del Salón de Psicología, donde muchos otros profesores también tienen sus oficinas y laboratorios, lo que significa que el pasillo está lleno de estudiantes. Y me están mirando.

Es porque los miro fijamente. Creen que estoy loca.

Cierto. Es una explicación muy plausible.

Maddie tiene razón: mis pensamientos obsesivos no se detendrán de la noche a la mañana, pero estoy cansada de someterme a ellos cuando *tengo* el poder de controlar mi cerebro, no al revés.

Respiro profundamente y toco la puerta de su oficina.

—Entra —dice su voz profunda y familiar desde adentro.

La puerta chirría cuando la abro, con una mano agarrada a la correa de mi mochila como si fuera un ancla.

Lo primero que me llama la atención es una enorme estantería llena de libros a mi derecha. Tomos sobre psicología infantil y terapia del trauma se apilan uno sobre otro, compitiendo por un lugar en su abarrotada estantería.

"¿Ves alguno que te guste?"

Giro la cabeza en dirección al hombre que está sentado detrás del escritorio. Reed está recostado en su silla, con los dedos apoyados sobre su estómago (*no estoy* mirando en absoluto cómo la tela de su camisa blanca se estira sobre su pecho) mientras me mira con una mezcla de interés y diversión.

Cuando me doy vuelta hacia la estantería, dejo que mi cabello caiga estratégicamente a un lado de mi cara para cubrir el calor que sube por mis mejillas.

—Sí, eh... —*Palabras, Lila. Usa tus palabras.* —Tienes tantas.

No voy a ganar ningún premio de elocuencia en un futuro próximo, eso es seguro.

El sonido de la silla crujiendo mientras él se levanta me provoca un malestar extraño en el estómago. Y cuando lo siento acercarse, me digo a mí misma que mi cuerpo solo está reaccionando de esta manera porque me olvidé de desayunar esta mañana.

"Tengo algunos que podrían ayudarte con tu tesis". Su enorme mano se extiende por encima de mi cabeza. Unos momentos después, me entrega un libro sobre psicología infantil. "Este es uno de mis favoritos si quieres abordar estrategias psicoterapéuticas para curar el trauma".

"Yo... Gracias."

A estas alturas, estoy bastante segura de que no se ha dado cuenta del rubor en mis mejillas.

—Toma este también. —Me entrega otro libro, este estrictamente sobre biblioterapia—. Y para que lo sepas, la biblioteca de mi oficina siempre está abierta para ti.

Algo cálido se filtra bajo mi piel. Cuando me atrevo a mirarlo, a esa montaña de hombre que se eleva más de treinta centímetros por encima de mí, agradezco que mi voz no suene tan débil como me siento. “Puede que llegues a lamentar esa oferta”.

Me sorprende el sonido de su risa injustamente atractiva. ¿Había oído alguna vez su risa antes?

—Nunca me arrepentiría de invitar a mi biblioteca personal a alguien que valora la literatura académica tanto como yo. —Sus ojos se quedan en mi rostro antes de aclararse la garganta—. Puedes llevártelos a casa. Y cualquier otro que te guste también.

Le dedico una sonrisa sincera: “Gracias. Realmente lo aprecio”.

Reed se sienta en el borde del escritorio mientras sigo examinando su colección de libros. Lo que me encanta es que sus libros parecen usados, *amados*, como si los hubiera leído miles de veces y no estuvieran ahí simplemente como decoración. Sin embargo, noto que dobla las esquinas de las páginas: ¿quién es el criminal ahora?

—Bueno —comienza con voz despreocupada—, me sorprende verte aquí.

Agarro los libros con más fuerza mientras me vuelvo hacia él. —Te debo una disculpa. Él me mira con curiosidad antes de decir: “No lo haces”.

—Aun así, quiero disculparme por haberme escapado ayer. Fue una actitud infantil e injusta hacia ti. Has sido una gran supervisora y no quiero que pienses...

—Lila. —La forma en que dice mi nombre me hace sentir un escalofrío que reprimo en cuanto lo recuerdo—. Lo que yo piense de ti no es importante. Lo único que debería importar es lo que pienso de tu desempeño como mi becaria. No estoy aquí para juzgar tu carácter.

—Pero sí tienes una opinión sobre mí —insisto, de la que probablemente me arrepienta en unos dos segundos—. Y quiero saber cuál es.

No me responde de inmediato. Sus ojos oscuros me miran como si estuviera intentando leer mi mente, pero no me arrepiento de mis palabras.

Después de un latido eterno, dice: “Creo que eres un gran estudiante. Creo que tu mente es extraordinaria. Y creo que estás desperdiciando tu tiempo y tu potencial preocupándote por lo que la gente irrelevante piense de ti”.

No eres irrelevante

—¿Qué más te mantiene despierto por la noche? —insiste, con voz desafiante.

Y quizá sea la elección equivocada, pero la acepto de todos modos.

—¿Me tratas de forma diferente por mis padres? —pregunto, con la barbilla en alto—. Sé sincera. Porque he oído que puedes ser exigente y difícil de complacer, pero conmigo siempre has sido amable y alentadora.

“Trato a todos mis alumnos por igual. Simplemente resulta que tú eres más competente que la mayoría, por eso no necesito ser tan exigente contigo. Me complaces perfectamente”.

Mi corazón se sacude.

“¿Por qué insistes en que no te llame Dr. Abner?” es mi siguiente pregunta, ignorando la no insinuación de su última frase.

Se encoge de hombros. “No me gusta la formalidad. Todos mis estudiantes me llaman Reed”.

Sé que mis palabras cruzarán la línea, pero eso no me detiene. Y no sé qué significa que estoy actuando fuera de mi personaje, pero me gusta esta versión de mí. Se siente emocionante, auténtica. *Peligrosa*.

—Parecías molesto ayer —continúo—. Fui a tu oficina a buscarte, pero nadie respondió. Solo quería saber cómo estabas.

No me imagino ese poderoso endurecimiento corporal, que solo alimenta mi curiosidad. “Ayer fue un día difícil”.

Algo más debió haber pasado. Alguien con tanta experiencia en el campo de la psicología infantil como él no se enfada tanto después de un altercado. Estoy seguro de que ha tenido que lidiar con muchos a lo largo de su carrera, probablemente peores que el de ayer.

—¿Cameron y Sean están bien? —pregunto, porque insistir me parece demasiado invasivo. Algo me dice que, de todos modos, no respondería.

Él asiente con firmeza. “Hoy hablaré con Cameron. También le preguntaré a su hermana qué versión de los hechos tiene. Haniyah me dijo que estaba muy conmocionada”.

Me duele el corazón por la pobre Melody. Parece una chica muy agradable y es evidente que siente un fuerte vínculo con su hermano gemelo. Pero si alguien puede ayudarla, ese es Reed.

—Entonces, ¿qué idea mencionaste en tu correo electrónico? —Cambia de tema y su lenguaje corporal cambia con él. Su postura se relaja y sus ojos muestran menos tensión que antes.

Me animo, busco en mi mochila para meter sus libros y coger uno nuevo. —Sí. Estaba buscando libros de biblioterapia para mi tesis (diferentes categorías y todo eso) y me encontré con este. Creo que le ayudaría mucho a Cameron con su situación, si lo apruebas.

Él levanta una ceja curiosa mientras le entrego *Thomas y el pajarito* y contengo la respiración mientras abre la primera página y comienza a leer.

Es un pequeño libro para niños que encontré en la biblioteca local sobre un niño que encuentra un pájaro herido en su patio trasero y lo cuida hasta que se recupera. Pero cuando el pájaro está listo para volar de nuevo, Thomas se niega a dejarlo ir. Esto hace que el pájaro se ponga muy triste y, finalmente, el niño se da cuenta de que, a veces, el amor significa dejar que la otra persona (o el pájaro) siga su propio camino.

Una vez que termina de leer, me mira a los ojos de una manera extraña.

Es extraño porque parece que no puedo leerlo ahora mismo.

“¿Tú elegiste esto?”, pregunta. Su voz también suena más extraña de lo habitual. “¿Por qué?”.

—Pensé en Cameron cuando lo vi. Si captara las pistas correctas, diría que es sobreprotector con su hermana —explico, moviéndome sobre mis pies—. Y tal vez Melody quiera volar libre, como el pajarito.

Cuando no dice nada, agrego rápidamente: “Pero podría estar equivocado. Lo siento si me estoy excediendo. Pensé que sería mejor mostrárselo a usted en lugar de guardármelo para mí, por si acaso sirve de ayuda. O tal vez a Cameron no le gusta leer y esto no tiene sentido...”

—Lila.

Trago saliva. “¿Sí?”

“Deja de dudar de lo jodidamente talentoso que eres”.

El aire sale rápidamente de mis pulmones.

No porque maldijera y nunca lo había escuchado maldecir antes (¿por qué lo hace lucir tan atractivo?), sino porque suena tan *seguro*, tan *convencido*, que sus palabras quedan selladas en mi cerebro.

—Está bien —susurro, sin saber cómo responder a eso.

Él permanece en silencio, como si quisiera decir algo más pero, al final, se decanta por no hacerlo. Yo no me muevo, apenas respiro, hasta que me devuelve el libro.

“Conseguiré una copia en una librería local para que puedas devolverla a la biblioteca”, dice. “Tienes razón en que Cameron se beneficia de este libro. Si tienes más recomendaciones que creas que les resultarán útiles a los niños, no dudes en enviarme una lista por correo electrónico”.

Se me revuelve el estómago. “¿De verdad lo dices en serio?”

“Ya deberías saber que no digo cosas que no quiero decir”.

Y lo hago.

Por primera vez en mucho tiempo, puse mi confianza ciega en las palabras de otra persona.

CAPÍTULO 14

Caña

A Una gota de sudor serpentea por mi cuello, alejándose de las que se adhieren a mi frente.

Mis puños encuentran el saco de boxeo una y otra vez. Un *golpe constante, golpe, golpe* que coincide con el ritmo de los frenéticos latidos de mi corazón.

El peso de la mirada de Liam me quema. Si no estuviera dando una clase en una de las salas adyacentes, también sentiría la de Warren. No me sorprende que nada se les escape a mis amigos más cercanos, mis hermanos en todos los sentidos que cuentan.

Así que, estoy esperando que la mano de Liam se fije firmemente en mi saco de boxeo y me detenga. "Reed".

Su voz suena bajo el agua. Mi cerebro sabe que me está hablando a mí, pero lo sigo ignorando, golpeando el saco, golpe tras golpe, seguido de otro golpe.

Desearía que el dolor que irradia mis puños disolviera el que recubre mi alma.

—Date un respiro, hombre. Hablemos un poco —dice Liam.

—No quiero hablar —digo entre dientes. Pero es como si mi voz no me perteneciera. Como si este momento no estuviera sucediendo realmente. Como si fuera a despertar en cualquier momento.

Arruinaste nuestra familia.

Si no se lo hubieras dicho a los vecinos, nosotros...

Liam me quita el saco de boxeo de un tirón. Cuando miro hacia él, el rostro de mi mejor amigo está lleno de líneas de preocupación y agitación.

—Estabas a punto de perder el control, hombre. —Liam mira por encima de mi hombro y le lanza a su hermano una mirada cómplice.

—Estoy bien —murmuro, quitándome los guantes de boxeo mientras pasos pesados se acercan a mí por detrás.

La voz de Warren me llega un momento después: "Está bien, hermano. Basta de enfadarse y de golpear sacos de boxeo".

Al igual que su hermano biológico, Warren, que es cuatro años mayor que nosotros, sabe exactamente lo que pasa por mi cabeza con solo una mirada rápida. Al haber crecido en el sistema de hogares de acogida, siempre alerta, siempre desconfiados, todos estamos acostumbrados a leer las señales silenciosas como si fueran palabras escritas en papel.

—Me estás diciendo que no puedo golpear sacos de boxeo en un gimnasio —digo inexpresivo, sabiendo muy bien lo que está a punto de decirme.

"Lo que digo es que no puedes desconectarte de esa manera. No te hará ningún bien. Vaya dios de la salud mental que eres".

En el fondo, soy consciente de que esta no es la forma más sana de afrontar el presente. Haniyah siempre me animó a ir a terapia cuando la vida se volvía demasiado pesada, y la he escuchado. Un puñado de terapeutas me han ayudado a lo largo de los años a lidiar con la mayoría de las cargas de mi pasado, pero esas reglas no existen en este día particular de cada año.

—No le hagas caso. —Liam se pasa la mano por el pelo rubio y largo—. Vamos al bar esta noche. Yo invito las bebidas.

—Cuenta conmigo —dice Warren con una gran sonrisa antes de dejar caer su mano sobre mi hombro—. Te vienes con nosotros. No está abierto a discusión.

Es sábado por la tarde, así que saben que no tengo excusa para decir que no. Pero el hecho de que normalmente no trabaje los fines de semana no significa que vaya a decir que sí a sus planes, y debe ser por eso que Liam añade: "Sabemos que vas a pasar la noche cavilando en tu Casa vacía, lo cual es francamente triste. Si no quieres salir por ti mismo, hazlo por nosotros. No queremos verte así".

Maldita sea .

Conocí a Liam y Warren en mi primer hogar de acogida cuando tenía siete años. Siempre había sido un niño tranquilo, feliz solo, nunca particularmente interesado en hacer amigos. Pero Liam había tenido una pelea con su hermano ese día y me pidió que jugara un videojuego con él.

Cuando Warren llegó para disculparse, Liam ya había decidido que yo iba a ser su nuevo hermano. Todavía no estoy seguro de por qué, porque yo no era el alma de la fiesta, pero algo en mí atrajo a los hermanos Hart. Desde entonces hemos sido inseparables.

Tres años después, los adoptó una pareja que comprendió lo importante que era nuestra amistad. Y aunque no me adoptaron (nadie lo hizo), permitieron que Liam y Warren se reunieran conmigo todos los fines de semana.

Nuestra amistad creció con los años y ni siquiera los golpes de la edad adulta fueron lo suficientemente fuertes como para separarnos. Nada ni nadie lo hará.

Los amo de la misma manera que amo a Haniyah, como uno ama a un extraño que eventualmente se convierte en familia.

Y como estos cabrones me quieren y saben qué influencias mover, me encuentro accediendo. "Solo un trago".

Nunca había pasado el aniversario del fin de mi antigua vida rodeado de alcohol. Ni una sola vez en los veintiocho años que habían pasado desde que envié a mis padres a la cárcel. Salir a tomar una copa parece ser la respuesta obvia al duelo, para ahogar el dolor, para distraer la ira. Al menos para la mayoría de las personas.

Pero nunca he recurrido al alcohol porque anhele el castigo que este día trae cada año. De alguna manera jodida, estoy convencida de que lo merezco. La terapia no ha podido arreglar esta parte de mí, la que se siente culpable por todo lo que pasó. Mi cerebro sabe que necesito seguir adelante, pero mi corazón se niega a alcanzarme.

Hoy se conmemora el día en que mis padres fueron arrestados por negligencia y abuso infantil después de dejarme sola en casa durante cinco días.

Me dejaron, para ir quién sabe dónde, sin nada más que la herida sangrante que me había hecho mi padre la noche anterior en la espalda y un poco de pan duro. La compañía perfecta para un niño de siete años.

Hoy es el último día que vi a mi padre, que falleció de un paro cardíaco poco después de ir a la cárcel. El cobarde se fue antes de que yo fuera lo suficientemente fuerte para decirle cuánto lo odiaba.

Hoy es el último día que vi a mi madre con vida. Ella también estuvo en la cárcel, pero pronto la trasladaron a una institución de salud mental. Le dijeron que tenía esquizofrenia. La siguiente vez que la vi, yo tenía diecisiete años y la estaban bajando al suelo en un ataúd.

Bebo de un trago lo que me queda de mi primer y último whisky de la noche, cumpliendo la promesa que les hice a Liam y Warren, y estampo un puñado de billetes en el mostrador. Cubre mi bebida y un par de rondas para ellos, una especie de regalo para compensar mi mal humor y mi compañía aún peor.

—Te veo en el gimnasio. —Me levanto, pero Liam me agarra el brazo con fuerza.

“¿Adónde crees que vas? Llevamos aquí diez minutos, hombre. Siéntate”.

No.

—Dije que tomaría una copa, no que me quedaría dos horas —señalé, probablemente sonando como un idiota.

Warren toma un sorbo de cerveza antes de darle la razón a su hermano menor: “Si quieres enfurruñarte, hazlo aquí. No hace falta que lo hagas en casa”.

El dolor de cabeza que he estado sufriendo todo el día se intensifica, no porque no quiera a mis hermanos, sino porque realmente no estoy de humor.

Esta semana ha sido una mierda de principio a fin.

Durante nuestra última sesión de asesoramiento, traté de ayudar a Cameron a comprender el origen de su ira y su actitud protectora, y le aseguré que estaba bien alejarse de un conflicto para calmarse. Pero tengo la sensación de que eso no será suficiente para cambiar su forma de actuar.

Melody no volvió al centro juvenil durante toda la semana posterior al incidente. Sus padres nos aseguraron que volvería, que solo quería tomarse un pequeño descanso, pero no debería ser así.

Y justo cuando pensaba que la semana no podía empeorar, los padres de Sean lo sacaron del centro juvenil. A Haniyah le dijeron que lo habían transferido a otro centro juvenil de la ciudad, así que al menos seguiría recibiendo la ayuda que necesita.

Todo esto todavía me dejó un mal sabor de boca.

—Olvidé decírtelo antes porque estábamos demasiado ocupados asegurándonos de que no destruyeras ese saco de boxeo —dice Warren, devolviéndome al presente—. Pero primero tienes que sentarte o no te lo diré.

Él pone los ojos en blanco por eso, pero hago lo que dice. “¿Qué pasa?”

Warren intercambia una mirada rápida con Liam. “Los niños pueden empezar el mes que viene”.

Esa frase por sí sola cambia todo mi estado de ánimo.

—¿Hablas en serio? —Miro a ambos—. ¿Lo has aclarado con los patrocinadores?

Warren asiente sonriendo. “Están de acuerdo. Pensé que sería una gran idea también. Se preocupan por ayudar a la comunidad y todo eso”.

“Te enviaré por correo electrónico la información para los padres el lunes”, interviene Liam. “Los niños se lo van a pasar genial”.

Como niños que crecieron en el sistema de acogida, los tres sabemos lo que es sentirse indefenso. Enfadado, confundido, amargado, solo. Pero nos teníamos el uno al otro y, con el tiempo, tuvimos el boxeo.

Warren y Liam abrieron su propio gimnasio de boxeo hace cinco años. Desde entonces, ofrecen clases a niños que necesitan un lugar seguro donde canalizar su ira y aprender a controlarla. Cuando les sugerí que donáramos algunas clases a los niños del centro juvenil, se sumaron de inmediato. Y al parecer, también lo están los patrocinadores locales a los que contactamos para que nos ayudaran a financiar este proyecto.

—Gracias —le digo—. Se van a volver locos cuando se lo digamos.

—Ese es el objetivo —Warren sonrío antes de tomar otro sorbo de cerveza. Su mirada pasa de Liam a mí mientras deja el vaso vacío—. Uh-oh. Tal vez quieras pedir otra ronda antes de que empiece la despedida de soltera.

Me doy vuelta justo cuando un grupo ruidoso de mujeres jóvenes y un par de hombres con sombreros de vaquero brillantes entran al bar. Estoy a punto de decirles a Liam y Warren que no hay forma de que me obliguen a quedarme ahora (no tengo nada en contra de que la gente se divierta, pero realmente no estoy de humor esta noche) cuando un destello de cabello largo y rubio me hace detenerme.

La parte más lógica de mi cerebro sabe que no hay razón para que mi corazón salte de golpe. Hay muchas personas que tienen el pelo largo y rubio, lo suficiente como para no suponer que es ella.

por qué mi pulso se acelera cuando pienso que es ella.

Sin embargo, todos los pensamientos desaparecen de mi mente cuando Lila levanta la cabeza del teléfono y encuentra mis ojos al otro lado de la barra.

Mierda.

—Hola, amigo —dice Warren—. Te pregunté si querías otra bebida.

Las palabras " *Ya voy a dormir*" están en la punta de mi lengua. Me paso por la cabeza volver a casa, como he querido hacer durante los últimos diez minutos, antes de ver de nuevo a Lila.

Y de repente, mis planes se fueron por la ventana.

—Yo pediré la siguiente ronda —les digo, convencida de que estoy perdiendo la cabeza para siempre—. ¿Dos cervezas?

—Sí —confirma Liam, mirándome con un nuevo interés—. Me alegra saber que te quedas. No respondo. Como si lo tirara un hilo invisible, mi cuerpo se mueve en piloto automático hacia la barra.

Ella está esperando su bebida y no tarda más que un par de segundos en notar mi presencia cuando me detengo a su lado y aprieto mi calor contra ella en el bar lleno de gente. Lo último que espero que haga es mirarme de arriba abajo, con una expresión divertida en su rostro.

—¿Me está siguiendo, doctor Abner? —Su voz burlona hace que algo en la región sur de mi cuerpo cobre vida.

¡Absolutamente no!

Me muevo sobre mis pies. "Teniendo en cuenta que ya estaba aquí con mis amigos cuando entraste, diría que eres tú quien me está siguiendo, pequeño criminal".

Sus mejillas se ponen rosadas, lo cual no ayuda a mejorar mi situación. Una situación que, en primer lugar, no debería estar sucediendo.

—Ya veo —murmura antes de ajustarse el sombrero de vaquero—. ¿Qué opinas sobre mi atuendo?

No me permito mirar más allá de su cuello, aunque sé que lleva una falda corta, botas de tacón y un suéter rosa. Cuando se trata de ella, siempre me fijo más de lo que debería.

"Muy brillante. ¿Para qué es la ocasión?"

Señala con el pulgar por encima del hombro al grupo que está detrás de ella. "Fiesta de cumpleaños. Quería quedarme en casa y terminar algunos trabajos de clase para la próxima semana, pero no puedo decirle que no a Mariah".

“¿María?”

—Es mi mejor amiga —explica con una pequeña sonrisa en sus labios brillantes. *Deja de mirarle la maldita boca*—. Su padre trabaja con mi padre. Nos conocemos de toda la vida. Frunzo el ceño. “Espera. ¿Trey es su padre?”

Ella asiente.

Trey trabaja con Cal en el salón de tatuajes y lo he visto una o dos veces de pasada. Como si hubiera sido convocada por nuestra conversación, una sonriente chica negra con un sombrero de vaquero plateado brillante rodea a Lila con el brazo.

“¿Estás haciendo nuevos amigos, Li? Me siento como una madre orgullosa”.

Lila pone los ojos en blanco y le dice: “Mariah, ella es Reed. Reed, Mariah. La cumpleañera”. Le dedico una sonrisa. “Un placer conocerte. Feliz nacimiento...”

—Espera —dice, interrumpiéndome y mirando frenéticamente a Lila y a mí—. ¿Éste es Reed? ¿El chico de las prácticas?

¿El chico de la pasantía?

Entonces le contó a su mejor amiga sobre mí. ¿Eh?

Por qué eso hace que mi pecho se llene de una emoción desconocida, preferiría no saberlo.

—Ese soy yo. El chico que está en prácticas. —Mi boca se levanta—. Feliz cumpleaños.

“Gracias. Perdón por ser tan atrevida. Es solo que he oído *mucho* sobre ti, ¿sabes? Es genial conocer finalmente al chico del que Li ha estado huyendo”.

—Riah —sisea Lila.

“Lo siento. Puede que esté un poco borracho. El pre juego me hizo algo”.

Por cierto, se tambalea un poco y le creo.

La hija de Trey se inclina hacia mí y me susurra en voz demasiado alta: “No te preocupes, Reed. Le gustas mucho. Me dijo que eras un gran mentor y todo eso. Y también eres agradable a la vista, lo que ayuda”.

“¿María!”

Ella mira a Lila y se encoge de hombros. “Oye, solo digo la verdad. Sabes que he estado tratando de estar con Eva durante meses, así que no es como si fuera a robarte a tu hombre. Prometo que no es mi tipo”.

No puedo evitar sonreír. “¿Esta tal Eva está aquí esta noche?”

No tengo idea de por qué estoy jugando, por qué tengo esta repentina necesidad de quererle al mejor amigo de Lila, pero me inclino a ello.

—Sí, claro. Le dije a Li que no me voy a casa esta noche, si sabes a qué me refiero.

—Perdónala —interviene Lila, con las mejillas encendidas—. Es una persona amable en un día normal, pero siempre se descontrola un poco después de unas copas. —Sostiene a Mariah sobre sus hombros—. No más copas para ti esta noche, cumpleañera.

Ella hace pucheros. “¿Qué tal más tarde?”

“Una vez que hayas bebido una botella de agua llena, tal vez.”

—Está bien, mamá. —Mariah se gira hacia mí—. Voy a bailar ahora, pero fue genial conocerte, Reed. Eres un chico alto.

Me río entre dientes. “Que tengas una feliz noche de cumpleaños, Mariah. Y cuídate. Esa agua podría ser una buena idea si quieres evitar la resaca mañana”.

Ella pone los ojos en blanco, pero sonrío. “Oh, Li, míralo, todo preocupado por mi resaca por la mañana. Lindo. Ustedes dos son una pareja de personas que se preocupan por todo”.

Hipa. “Está bien, ya basta de hablar. Adiós, Reed”.

Lila se esconde la cara entre las manos mientras su amiga regresa al grupo. “No sé qué fue eso ahora. Lo siento mucho”.

“Los últimos cinco minutos nunca sucedieron. Lo entiendo”.

Le sonrío con sorna, sin importarme demasiado las palabras borrachas de su amiga. Lo que sea que me permita ver ese lindo rubor en sus mejillas, lo tomaré.

Ella mira alrededor del bar antes de mirarme a mí. “Déjame invitarte a una bebida. Es lo menos que puedo hacer después de este fiasco”.

“No tienes por qué hacer eso. Los últimos cinco minutos nunca sucedieron, ¿recuerdas?”

—Últimamente has estado olvidando demasiadas cosas sobre mí, empezando por lo de los neumáticos. Y te debo una recompensa por haber sido tan injusta contigo cuando empecé la pasantía —argumenta—. Lo cual, por cierto, no volverá a suceder. Me refiero a huir de ti.

Ahora mismo estoy luchando como loca contra mis pensamientos intrusivos.

Eso me hace reír. “¿Es así?”

—Sí. —Cuando hace estallar la *p*, el brillo rosa de sus labios capta el reflejo de las luces sobre nosotros—. Sé que hay mucha gente alrededor, pero disfruto de tu compañía, así que me estoy concentrando en eso.

Mi corazón da una puñetera voltereta.

—Yo también disfruto de tu compañía, pero no hace falta que me compres nada —insisto—. Sólo he venido a pedir un par de cervezas para mis amigos y dar por terminada la noche.

—Oh —me digo a mí misma, imagino la expresión de su rostro—. Entonces, ¿te vas?

“Quizás me quede por aquí un rato, pero no bebo. Solo agua para mí”.

—Entonces te traeré un poco de agua —insiste, mirando por encima de mis hombros—.

Supongo que tus amigos son esos dos tipos que nos miran. De lo contrario, podría empezar a ponerme nerviosa.

De hecho, cuando giro la cabeza, veo que Liam y Warren nos miran con mucha atención.

Levanto una ceja interrogante y recibo dos sonrisas descaradas a cambio.

—Esos serían mis amigos —le digo a Lila—. En realidad, no sé si Haniyah te contó esto, pero vamos a ofrecer clases de boxeo gratis a los niños a partir del mes que viene. Mis amigos de allí, Liam y Warren, son los dueños del gimnasio donde recibirán sus clases. Sus ojos se abren de par en par con sorpresa. “¿En serio? Eso es increíble. Apuesto a que Cameron se beneficiaría mucho si canalizara su ira a través de un deporte. Les va a encantar”.

Cameron también estuvo en mi mente cuando consideré por primera vez darles lecciones de boxeo.

“¿Puedo ir a saludarlos?”, pregunta. “Quiero agradecerles por las lecciones de boxeo”.

Algo cálido se instala en mi pecho. “Claro.”

Pero en cuanto digo la palabra, alguien se estrella contra Lila. Mis brazos la envuelven por la cintura antes de poder entender qué está pasando, mi única preocupación es que no se haga daño. Ella se aferra a mis brazos, su calor se filtra en mi piel y no me deja respirar. Todo lo que nos rodea desaparece cuando nuestros ojos se encuentran.

Fascinado, sólo puedo concentrarme en su respiración irregular y en sus labios, a sólo centímetros de distancia.

¿A qué sabría?

“Oh, Dios mío, lo siento mucho”, chilla una nueva voz.

Lila parpadea y se aleja, rompiendo el momento y creando una distancia segura entre nosotros una vez más.

“Lo siento mucho”, repite esa voz. “¿Estás bien?”

Dirijo mi mirada hacia una chica que no reconozco. También lleva un sombrero de vaquero brillante, así que supongo que es del grupo de amigos de Lila.

—Estoy bien —dice Lila sin aliento.

La chica me da una gran sonrisa y me tiende la mano. “Hola, soy Karla, amiga de Lila. Creo que no nos conocemos”.

Levanto la barbilla en señal de reconocimiento. “Encantado de conocerte, Karla. Soy Reed”.

—Ah, ya lo sé —dice con voz lenta mientras le suelto la mano húmeda—. Soy estudiante de máster en orientación, igual que Lila. De hecho, te hice una pregunta durante tu última conferencia abierta en la universidad. ¿No me recuerdas?

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones, deseando volver a cuando éramos solo Lila y yo. —No, lo siento.

Lila, que ha permanecido de pie a un lado desde que Karla la empujó hacia mí, se da cuenta de mi rigidez. “Volveré a nuestra mesa en un minuto”, le dice a su amiga.

La expresión de Karla se deprime por un momento, pero su máscara de felicidad vuelve a aparecer rápidamente. “Claro. Me alegro de volver a verte, Reed”.

Le doy una sonrisa con los labios apretados y no digo nada.

Envuelta en la burbuja magnética de Lila, ni siquiera me había dado cuenta de lo abarrotada que estaba la barra en los últimos minutos. Así que, cuando ella se dirige hacia Liam y Warren, colocar mi mano en la parte baja de su espalda para guiarla a través de la multitud surge como un instinto. Ella se queda cerca, sin apartarse de mi toque, lo que una vez más hace que la situación detrás de mi cierre no sea ideal.

¿Por qué me pongo tan nervioso por mi becaria de veinticuatro años? ¿Por el amor de Dios, la hija de mis amigos!

Me aparto antes de llegar a nuestra mesa. Liam y Warren me lanzan una mirada interrogativa antes de posar sus ojos en la chica que está frente a mí.

—Hola —comienza con voz amable—. Soy Lila. Perdón por interrumpir de esta manera. Es que trabajo con Reed en el centro juvenil y él me contó sobre las clases de boxeo. Quería agradecerles por hacer esto por los niños. Realmente los ayudará.

—Vaya, Lila, gracias. Me llamo Warren. Encantado de conocerte. —La cara de Warren se abre en una sonrisa—. Este de ahí es mi hermano, Liam. Cualquiera cosa por esos niños.

¿Trabajas con Reed, dices?

Le envío una mirada asesina que solo hace que su sonrisa sea más amplia. *Imbécil*.

Lila no se da cuenta de nuestro intercambio silencioso. “Es mi supervisor de prácticas”.

—Por favor, dínos que no es un idiota contigo —dice Liam—. ¿Somos los únicos que recibimos un trato especial?

El sonido de su risa me hace sentir una opresión en el pecho. “No es un idiota. Solo un poco gruñón a veces”.

—Creía que habíamos quedado en que era mandona, no gruñona. —Mi aliento roza la concha de su oreja mientras me inclino hacia ella—. ¿Cambiaste de opinión?

No extraño su respiración entrecortada. “Ambas cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo”.

“Mmm.”

—Entonces, ¿qué estás estudiando, Lila? —pregunta Warren, sin parecer particularmente molesto por el hecho de que haya olvidado sus cervezas.

“Soy estudiante de posgrado y el año que viene me convertiré en consejero juvenil. Ojalá”.
Eso me hace fruncir el ceño. “¿Con suerte?”

—Igual que nuestro bebé de aquí —sonríe Liam, dándome una palmadita en el brazo.
Le lanzo una mirada fulminante. “Soy mayor que tú”.

“Sigue siendo nuestro bebé”, susurra.

Lila se ríe entre dientes. “Fue genial conocerlos a ambos, pero tengo que volver a la fiesta de cumpleaños de mi amiga”.

—Por supuesto. Espero volver a verte, Lila. —La sonrisa de Warren es sincera y añade—:
Esas clases de boxeo no son solo para niños, para que lo sepas.

—Sí. Siéntete libre de unirme a nosotros cuando quieras —concierda Liam—. Reed estará
más que feliz de entrenarte, estoy seguro.

Ella gira la cabeza hacia mí. “¿Prácticas boxeo?”

“Llevo haciéndolo unos años”, respondo.

—Ah, eso... tiene sentido. —¿Simplemente me ha mirado el brazo o estoy viendo cosas? —
Se apresura a añadir—: Quiero decir, tiene sentido que practiques boxeo cuando tus
amigos son los dueños del gimnasio. Eso es todo. Bueno, eh, fue genial conocerlos. Te veo el
lunes, Reed.

Antes de que se dé cuenta de que lo que estoy a punto de hacer no es apropiado, la detengo
rodeándole el brazo con la mano. “Espera”.

Cuando ella mira mis dedos, los dejo caer. “¿Tienes alguna manera de llegar a casa?”

Ella se aclara la garganta. “Sí. Llamaré a un Uber o a mi papá cuando quiera irme. Pero
gracias por preguntar”.

—Puedo llevarte a casa si quieres —digo de golpe antes de saber qué diablos estoy
haciendo.

—Gracias, pero no quiero molestarte. —Esos ojos de cierva nunca habían lucido más
hermosos que ahora, mirándome mientras la luz hace que esas motas verdes y avellana
brillen aún más—. Dijiste que querías irte a dormir. No quiero hacerte esperar.

Puedo quedarme. Puedo quedarme una hora, dos o tres, o todo el tiempo que necesites.

*Porque, de repente, la idea de que no llegues a casa sano y salvo me quita el aire de los
pulmones.*

—Está bien —me metí las manos en los bolsillos para no tocarla—. Si cambias de opinión,
ya sabes dónde encontrarme. Puedo volver para llevarte a casa. Puede que no sea seguro
subirte al coche de un desconocido antes de que te vayas.

Eso la hace sonreír. “Si cambio de opinión, te enviaré un correo electrónico con la dirección
de tu facultad. Por supuesto”.

—Qué listilla. —Tomo mi teléfono bajo su mirada alegre—. Toma. Escribe mi número en tu
teléfono.

Ella se muerde el labio. “¿Estás segura de que es una buena idea?”

Pero ella todavía está buscando su teléfono.

“Para emergencias”, me miento.

Miéntele.

Ella asiente, algo eléctrico y desconocido pasa entre nosotros.

“Para emergencias”, asiente.

Sus palabras también suenan como mentira.

Dos horas después, estoy leyendo en la cama cuando mi teléfono suena con una notificación.

Número desconocido me mira fijamente. No necesito leer el texto para comprobar quién es porque mi instinto lo sabe.

Número desconocido: Acabo de llegar a casa sano y salvo. Sabía que no te dejaba dormir, así que, técnicamente, esto cuenta como una emergencia.

Número desconocido: Por cierto, soy Lila :)

Dejé el libro a un lado y me pasé la mano por la mandíbula. Debería fingir que estoy dormida, poner el teléfono en silencio, *cualquier cosa* menos lo que acabo haciendo.

Yo: Me alegro de oírlo. ¿Pasaste una buena noche?

Inmediatamente aparecen puntos en mi pantalla y, unos segundos después, recibo su respuesta.

Lila: No salgo mucho, así que siempre quería volver a casa. Pero me divertí.

Lila: Mariah y Eva finalmente se juntaron (otra emergencia ya que parecías involucrada)

El carácter lúdico de sus textos no debería iluminarme por dentro, y sin embargo...

No estamos siendo inapropiados, no exactamente, pero enviar mensajes de texto con mi pasante por la noche sobre asuntos no académicos seguramente está mal visto.

Pero mi corazón ha tenido un día de mierda y esto es lo que quiere. Por una vez, lo escucho.

Yo: Estaba esperando la confirmación. Ahora puedo dormir tranquilo.

Lila: Jajaja, tengo que levantarme temprano para trabajar en mi tesis. Que tengas una buena noche :)

Yo: Buenas noches, Lila. Que duermas bien.

No fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de que no me quedé dormido pensando en mis padres.

El cabello rubio y los ojos color avellana tomaron el control.

CAPÍTULO 15

Lila

"Yoyo..."

Una suave sonrisa se dibuja en mis labios al reconocer esa vocecita. "¿Sí, Ike?"

El niño de cinco años extiende la mano para tirar del dobladillo de mi camiseta. "Me duele la barriga". Una mirada asustada se apodera de su rostro. "¿Estoy embarazada?"

Intento con todas mis fuerzas no reírme mientras Melody intenta ocultar su sonrisa escribiendo algo en su cuaderno de inglés. Sentada frente a mí en la sala de estudio, deja escapar una tos no tan discreta cuando ya no puede contenerla más.

"Los niños pequeños no pueden quedar embarazados, Ikey. ¿Dónde exactamente te duele?" Se frota la mitad del estómago, haciendo pucheros.

Han pasado dos semanas desde mi primer día y ya me siento como en casa. Me ayuda el hecho de que cuanto más tiempo paso con ellos en la sala común, más me empiezan a simpatizar los niños.

"¿Comiste demasiado antes? Tal vez la comida te esté causando malestar estomacal", sugiero.

Pero él niega con la cabeza y me mira fijamente como si nunca hubiera deseado tanto que alguien le quitara el dolor. —No comí nada.

Eso me hace fruncir el ceño. "¿No te dio mamá el almuerzo?"

Ike se queja. "Pero el almuerzo fue hace *mucho* tiempo, Lili".

Entonces me doy cuenta. Sacudo la cabeza con diversión y alivio. "Tienes hambre, ¿verdad?"

Y cuando asiente, finalmente dejo escapar la risa que había estado conteniendo. "Deberías haber empezado con eso, Ikey. Pensé que estabas enfermo".

Sus manos vuelven a su estómago. "Pensé que tenía un bebé en mi vientre".

Me vuelvo hacia el niño de doce años que está frente a mí. "¿Estarás bien si me tomo un refrigerio con él? Cinco minutos, máximo".

Ella asiente. "Claro. Todavía estoy leyendo esto. ¿Me ayudarás con algunas palabras difíciles más tarde?"

Le dedico una suave sonrisa. "Por supuesto. Tú puedes".

Melody me devuelve la sonrisa antes de volver a su libro, y no puedo evitar sentirme orgulloso de ella.

Después de la pelea de su hermano con Sean, no vino aquí durante unos días, lo que hizo sonar las alarmas de Reed porque sabe que a Melody le encanta estar aquí y se beneficia mucho de la terapia de grupo. Su suspiro de alivio fue palpable cuando Melody finalmente apareció con Cameron hoy.

Como ya terminé el informe que Reed me pidió que revisara antes, me sugirió que fuera a la biblioteca en caso de que alguien necesitara ayuda con su tarea. Melody me saludó con la mano en cuanto entré y la he estado ayudando durante la última hora.

La pequeña mano de Ike me aleja, literalmente, de mis pensamientos arrastrándome fuera de la sala de estudio.

"¿Qué quieres comer?", le pregunto. "Puedo cortarte una manzana si quieres".

Pero el niño sacude la cabeza: "Tengo un sándwich en mi bolso, pero no recuerdo dónde está".

Me río entre dientes. “Entonces, ¿a dónde me estás arrastrando?”

“Creo que es en la sala de arte”, reflexiona en voz alta. “Pero los niños mayores están allí y tengo miedo”.

Se refiere a niños de la edad de Melody, con quienes es tímido. Y lo entiendo: cuando eres tan pequeño, incluso los niños que son solo unos años mayores que tú pueden ser tan intimidantes como los adultos.

Nos cruzamos con algunos amigos de Ike en el pasillo, quienes le piden ir a jugar con él en la sala común. Pero él es un niño con una misión y no tiene ningún problema en decírselo. Sonrío ante su absoluta determinación de encontrar su sándwich, cuando doblamos una esquina y ambos chocamos con un cuerpo grande y duro.

“Ten cuidado, amigo.”

Esa voz.

Vuelvo en mí justo a tiempo de ver una mano grande que sostiene el brazo de Ike, manteniéndolo erguido mientras el niño se ríe. Me lleva un segundo más darme cuenta de que su otra mano, cálida, firme y fuerte, también *me sostiene*.

Porque está en la parte baja de mi espalda.

Y el brazo musculoso que está unido a él envuelve mi cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta la voz ronca de Reed.

Controlo mis rasgos y le dedico lo que espero sea una sonrisa fácil. “Sí. Lamento habernos topado contigo”.

—¿Estás seguro de que no estás herido? —pregunta de nuevo.

Por alguna razón estúpida, los nervios comienzan a retorcerse en mi estómago. “Para nada. Um, ¿y tú?”

Sé que es una pregunta estúpida en cuanto sale de mi boca. No hay forma de que una mujer de un metro sesenta y un niño puedan hacerle daño a este hombre con forma de tanque.

Debería haber adivinado que practicaba boxeo antes, dado el tamaño de esos brazos.

No es que lo esté mirando con lujuria ni nada. Eso sería poco profesional y una muy, *muy* mala idea.

—No estás herido —le dice Ike a Reed—. ¡Eres grande, como un superhéroe!

Me digo a mí misma que no me da un vuelco el estómago cuando él baja la mano de mi espalda y me sonríe con cariño. “¿A dónde van ustedes dos?”

“Me dolía la barriga y pensé que tenía un bebé dentro, pero Lili me dijo que tenía hambre y así es, así que voy a buscar mi sándwich”.

Reed alza las cejas. —Tú... —Me mira de reojo y luego vuelve a mirar al chico—. Pensaste que estabas embarazado.

Ike asiente, totalmente serio, y mis labios comienzan a temblar de nuevo. “Mi mamá tiene un bebé en su vientre y dice que le duele”.

Hace un ruido gutural pensativo mientras sigue la conversación. “Ah, ahora lo entiendo.

Bueno, me alegra saber que es solo hambre. Te dejaré que te sirvas tu sándwich entonces”.

—Gracias —dice sonriendo antes de tomarme la mano de nuevo—. Vamos, Lili. Tengo más hambre que antes.

Sonrío. “Tiene *más hambre*, Ikey”.

—Tengo más hambre —repite—. Vamos, Lili. ¿Y si alguien se come mi sándwich?

Tomando nuevamente la mano de Ike, solo puedo dar un paso hacia adelante.

—Lila —comienza Reed.

Su presencia no debería ponerme tan nerviosa. Ya no siento la necesidad de huir de él, pero no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que quizá cruzamos una línea invisible aquella noche en el bar. ¿En qué estaba pensando al enviarle un mensaje de texto para decirle que estaba en casa a salvo? ¿Como si le fuera a importar?

Trago saliva para superar el nudo que tengo en la garganta e ignoro el gruñido molesto de Ike. "¿Sí?"

"Nos vemos en mi oficina antes de irnos".

—Por supuesto —acepto con una sonrisa fácil, aunque mis entrañas se desmoronan a cada segundo.

Con un gesto de su barbilla, desaparece por el pasillo. Una vez que Ike encuentra su sándwich en la sala de arte, lo acompaño de regreso a la sala común, donde sus amigos están coloreando dibujos. Cuando se acomoda, regreso a Melody.

¿Encontrarlo en su oficina para qué?

Para decirme que borre su número, probablemente.

—Lo siento —dejé escapar un suspiro tembloroso mientras me dejaba caer en la silla frente a ella y me limpiaba el sudor de las palmas de las manos con los vaqueros—.

¿Terminaste bien tu lectura?

"Resalté todas las palabras que no entendí", me cuenta, mostrándome su libro. Luego me pasa una hoja completa. "Y respondí todas las preguntas aquí".

Sonrío radiante. "Lo has hecho muy bien hoy. Déjame traerte un diccionario para que puedas buscar esas palabras".

Ella gime. "¿Tengo que hacerlo?"

"Sí, claro. Tienes que practicar cómo usar el diccionario".

"Pero lo uso perfectamente en mi teléfono".

"Un examen físico —Diccionario. Ya sabes, una de esas cosas llamadas *libros* —la bromeo mientras me levanto—. Tu profesor no te deja usar el teléfono en medio del examen.

—Uf. Bien. Tienes suerte de que me gustes.

Sacudo la cabeza con diversión y me dirijo a una de las muchas estanterías que hay en cada pared de la biblioteca. Mientras busco el diccionario, me invade una sensación de pertenencia.

No puedo creer lo rápido que los niños me han aceptado. Melody fue la primera en mostrarme amabilidad, y otros niños de nuestras sesiones grupales, como Santiago y Sofía, siguieron su ejemplo. Luego Ike, y luego una de las amigas de Melody, Vera.

No es de extrañar que Haniyah, Reed y todos los demás trabajen tan duro para ayudar a estos niños: cuando los conoces, realmente te roban el corazón.

Una vez que consigo el diccionario y le recuerdo a Melody cómo usarlo, ella encuentra todas las palabras en veinte minutos. Después de repasar No respondió correctamente un par de preguntas en su hoja de trabajo. Veo que todavía tenemos algunos minutos hasta que termine su tiempo de estudio.

Entonces, aunque sé que Reed quería hablar con ella, no puedo evitar preguntarle: "Hola, Melody, ¿te gustaría hablar sobre lo que pasó con Sean y tu hermano?"

Ella se pone visiblemente rígida. "¿Qué pasa con eso?"

Me recuesto en mi silla, intentando sonar y parecer casual para no ponerla ansiosa.

Funciona cuando Reed lo hace, así que puede que valga la pena intentarlo. "Solo quería saber cómo te sientes después de la semana pasada".

Sus hombros se elevan y bajan mientras vuelve a guardar todo en su mochila. "No lo sé". "Está bien si no quieres hablar de ello", repito las palabras de Reed durante la sesión grupal porque son ciertas. Lo último que quiero es hacerla sentir incómoda. "No me enojaré". Ella coloca su bolso sobre su regazo para cerrar la cremallera, mirándome con inseguridad. "Reed dijo que quería hablar conmigo y estoy un poco nerviosa".

—Sólo quiere asegurarse de que estás bien —le aseguro—. ¿Por qué estás nerviosa? Se muerde el labio inferior y mira hacia otro lado, debatiendo si seguir hablando de esto o no. Pero finalmente admite: "Estoy un poco enojada con mi hermano, y como Reed es su consejero, no quiero meter a Cameron en problemas".

—Bueno, si te sientes más cómoda hablando conmigo, estoy aquí para escucharte. Pero no te preocupes por Reed. Él solo quiere cuidar de Cameron... y de ti. Tu hermano no se meterá en problemas.

—Está bien. —Hace una breve pausa. Luego dice—: Sé que Cameron me quiere mucho y yo lo quiero a él, pero a veces él... A veces me trata como a un bebé.

"¿Porque te protege tanto?"

"¡Exactamente! Es como si pensara que no puedo cuidar de mí misma", añade. "Cuando Sean se burló de mí, le dije que se fuera y me dejara en paz. Lo tenía todo bajo control, pero Cameron le gritó de todos modos y las cosas se complicaron".

—Y eso no te gusta —señalo.

Ella se encoge de hombros, una máscara de tristeza cubre su rostro. "Me gusta poder contar con él si necesito ayuda, pero no *me deja* manejar las cosas. Es un poco molesto. ¿Soy una mala hermana por decir eso?"

—Oh, cariño, por supuesto que no —le aseguro—. Tienes derecho a sentirte así. ¿Has intentado hablar con él al respecto? ¿Ayudarlo a comprender tus sentimientos?"

—En realidad no. Se lo dije una vez y no me escuchó, así que...

—Muy bien, esto es lo que puedes hacer si quieres mi consejo. —Espero hasta que ella asiente—. La próxima vez que tu hermano te trate como a un bebé, dile que eres fuerte y capaz de lidiar con las cosas por ti misma, porque lo eres. Puedes decirle que le pedirás ayuda si la necesitas, pero que debería dejarte hacer las cosas por tu cuenta. Pero díselo con firmeza, con convicción. Practiquemos.

Melody se sienta en su silla, con una chispa de intriga en sus ojos. "Está bien".

—Vamos a fingir que soy tu hermano y tú eres tú. —Me aclaro la garganta y empiezo—: Melody, escuché que alguien se burló de ti hoy en la escuela. ¿Es cierto?"

—Sí, pero puedo soportarlo —afirma con firmeza.

—No, no creo que puedas. Me encargaré de que no vuelva a suceder.

Ella frunce el ceño. "¿No confías en que yo pueda cuidar de mí misma o qué?"

"Simplemente soy más fuerte que tú, eso es todo."

"No importa. Quiero hacer esto sola porque también soy fuerte", declara con firmeza. "Te pediré ayuda si la necesito".

Mi rostro se ilumina con una sonrisa orgullosa. "Bien hecho. Así es como puedes hacerlo", le digo. "Asegúrate de agregar algo como 'eres un gran hermano y te amo, pero quiero hacer esto por mi cuenta'. Eso le dará la seguridad de que aún cuentas con él y puede que le resulte más fácil".

—Está bien —asiente con entusiasmo—. Puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes. Eres una chica fuerte. Él también tiene que darse cuenta de ello.

La sonrisa que me dedica es radiante. “Soy fuerte. Lo puedo lograr”.

Entonces me pregunto: ¿cómo pude dudar alguna vez que este era el llamado correcto para mí?

Caña

Cameron no parece impresionado por el libro que cae sobre su regazo al comienzo de nuestra siguiente sesión. Lee el título en voz alta: “*Thomas y el pajarito*”. Luego, frunce el ceño. “¿Por qué me estás dando un libro para niños?”

Me hundo en mi sillón. “Porque lo vamos a leer juntos”.

“Pero nunca leemos en nuestras clases”, argumenta, no convencido de la idea. “No quiero hacer deberes”.

—Esto no es una tarea —le explico con calma—. A veces, los libros pueden ayudar con la orientación. Creo que este te gustará mucho.

Hace una mueca. Sé que no es un lector ávido, pero si hay un niño en el centro juvenil que puede beneficiarse del libro que eligió Lila, es él.

“Vamos, empecemos a leer”.

—Reed —se queja.

“Si terminas de leer el libro, te regalaré algo genial al final de la sesión”.

“Define lo que es genial. Porque eres viejo, como un padre, y los padres suelen pensar que las cosas son geniales cuando no lo son”.

Le lanzo una mirada inexpresiva que le hace reír. “Te gustará”.

—Está bien. —Con un suspiro dramático, abre el libro y comienza a leer.

El libro es breve, con la intención de captar la atención de los niños el tiempo suficiente para que el mensaje se les quede grabado sin aburrirlos hasta la muerte. Y funciona, porque Cameron no se distrae ni se queja al llegar al final.

—¿Y bien? —le pregunto cuando termina—. ¿Qué te pareció la historia?

Tamborilea con los dedos sobre el libro de tapa dura. “Estuvo bien”.

“¿Te identificas con el personaje principal, Thomas?”

Él frunce el ceño. “¿Qué significa eso?”

“Si te ves reflejada en él. Si crees que ambos son parecidos”.

Él lo piensa. “Supongo que sí”.

“¿De qué manera?”

Sus ojos se quedan fijos en la portada, mientras su dedo recorre el dibujo del pajarito.

“Thomas cuida a su pájaro como yo cuido a mi hermana”.

Tarareo. “Dime cómo cuidas a Melody”.

“Le doy abrazos cuando está molesta”, me dice, mirándome. “Quiero mantenerla a salvo, como hizo Thomas con el pájaro”.

“Seguro que recuerdas lo que le pasó al pájaro, cuando Thomas no lo dejó volar porque tenía miedo de que volviera a lastimarse”.

“El pájaro se puso triste, y luego Thomas se puso triste, y ya no fue divertido”.

Cameron es un chico inteligente. A pesar de su temperamento irascible y su apariencia dura, reconocí su sensibilidad desde el momento en que entró por primera vez al centro

juvenil. Puede conectar perfectamente los puntos entre el libro y su propia historia personal. Transformar esa conciencia en acciones reales es el desafío aquí. Y me encantan los desafíos.

—Recuérdame qué pasó cuando Thomas finalmente aceptó dejar volar al pájaro —le pregunto.

Se sienta más erguido y su voz pierde ese tono triste de antes. “El pájaro venía todos los días a ver a Thomas y a veces traía a algunos amigos con él”.

“Fue una sorpresa agradable, ¿no? Porque Thomas pensó que nunca volvería a ver al pájaro una vez que se fuera volando”.

Él se mueve nerviosamente. “Sí.”

—¿Tienes miedo de que Melody ya no te necesite si dejas de ayudarla?

Cameron levanta la cabeza de golpe y me mira sorprendido, un gesto que me indica que prácticamente he leído su mente. —Algo así.

“Es difícil dejar de tener el control”, admito. “Nos pone ansiosos, y cuando nos sentimos ansiosos, nuestro cerebro nos dice que paremos porque algo malo va a pasar. Pero eso no es verdad; simplemente nos ponemos ansiosos porque es algo que nunca hemos hecho antes. ¿Alguna vez has dejado que tu hermana se defienda?”

—No —admite en voz baja.

—Está bien. La próxima vez que esté molesta, deja que ella se encargue. No hagas nada a menos que ella te lo pida. Y si necesita tu ayuda, pregúntale primero qué es lo que necesita de ti. Tal vez no quiera que te abalances sobre nadie; tal vez solo quiera un abrazo. ¿Te parece que eso es algo que puedes hacer?

Cuando asiente, tomo un papel de mi carpeta y se lo entrego. “Toma”.

El papel cruje entre los dedos de Cameron. “¿Qué es esto?”

“Un gimnasio de la ciudad ofrece clases de boxeo gratuitas para los chicos que quieran apuntarse”, le digo. “Quizás te interese. Esa información es para tus padres. Si ellos quieren unirse, Si aceptan inscribirte, deben completar esa solicitud y devolvérmela”.

—¿Es esta la sorpresa genial de la que hablabas? —Mira el papel con intriga—. ¿Boxeo? ¿Como *Rocky*? A mi padre le encanta esa película y la vimos juntos.

“Sí, a todas esas preguntas”.

—Pero siempre dices que golpear a la gente es malo.

—Y lo sostengo —me inclino hacia delante y apoyo los codos en las rodillas—. Pero el boxeo no se trata de golpear a la gente, sino de disciplina y de controlar el estrés. También te ayudará a sentirte menos enojado.

“¿En serio?”, me pregunta como si no se lo creyera.

—De verdad. Lo sé, practico boxeo en ese mismo gimnasio.

—De ninguna manera. —Sus ojos casi se le salen de las órbitas. Se sienta erguido, intrigado—. ¿Así que por eso eres tan grande? Ahora yo también quiero boxear.

“Piénsalo. No hay prisa”, le digo. “Si te inscribes, tus instructores de boxeo serán mis mejores amigos y los conozco bien. Por eso también sé que no te enseñarán cómo participar en peleas. El boxeo no se trata de eso. Puedes preguntarme cualquier duda que tengas y hablar con tus padres. Pero no aceptes estas lecciones pensando que habrá peleas a raudales”.

—Lo entiendo —me asegura asintiendo rápidamente—. Creo que voy a ver algunos vídeos cuando llegue a casa.

“Es una buena idea”, le animo. “Tienes un par de semanas para inscribirte, así que tómate tu tiempo”.

—Gracias, Reed. —Se inclina hacia delante y choca mi puño con el suyo, nuestro gesto de despedida característico. Con el papel todavía en la mano, se pone de pie delante de mí—. Vienes al parque, ¿verdad?

La excursión al parque es una de nuestras actividades más populares. A los niños les encanta porque pueden jugar al aire libre y desconectarse de sus rutinas. Este año no ha sido diferente: han estado entusiasmados desde que comenzó el año escolar.

“Estaré allí”, le aseguro.

—¿Va a venir Lila? —pregunta a continuación, tomándome por sorpresa—. Es que a Melody le gusta mucho. Me lo dijo el otro día.

Todavía no he hablado con ella sobre esto, pero no veo por qué no querría venir.

“Estoy bastante segura de que ella vendrá. Sé buena, Cameron. Te veo mañana”.

Una vez que regresa a la sala común, me ocupo de redactar su informe hasta que alguien llama a mi oficina.

Cabello rubio y una sonrisa nerviosa me saludan desde la puerta. “¿Querías verme?”

Ante mi gesto, Lila cierra la puerta detrás de ella y camina hacia mi escritorio, pero no se sienta.

—Te vi con Melody hace un rato —comencé—. Solo quería saber si ella dijo algo sobre la semana pasada.

“De hecho, hablé con ella sobre eso”, dice, luciendo extrañamente culpable.

“¿Qué quieres decir?”

Ella se mueve de un lado a otro. “Le pregunté si quería hablar y dijo que sí. Le preocupaba que Cameron se metiera en problemas si hablaba contigo”.

—¿Por qué pareces tan preocupada? —pregunto, incapaz de ignorar la mirada sorprendida en sus ojos.

“No sabía si me estaba excediendo”, admite. “Lo último que quiero es impedir que hagas tu trabajo”.

—No estás haciendo tal cosa. —Me levanto de detrás de mi escritorio y me acerco a ella hasta que solo nos separa una pequeña distancia—. Cameron me dijo que a su hermana le gustas mucho. Estoy segura de que cualquier consejo que le hayas dado, lo escuchará.

—No sé nada de eso —murmura, mirando hacia otro lado—. Tal vez piense que es una tontería o...

“Lila, mírame.”

Esos lindos ojos se fijan en los míos.

“¿Cuántas veces tengo que decirte que a los niños les gustas?”

Y es verdad. Se los vio más a gusto con ella en nuestra segunda sesión grupal la semana pasada, en la que abordamos el trabajo en equipo. También ayuda el hecho de que ella esté en la sala común todos los días, jugando con ellos o ayudándolos con los deberes.

“Haniyah está contenta con tu desempeño hasta ahora, y yo también”, le digo. “¿Hay algo que podamos hacer para que te sientas más cómoda?”

—No es eso —se apresura a decir—. Todo es perfecto. Es solo que estoy sobrepasando mi límite.

Me pregunto qué o quién la hizo perder la confianza hasta tal extremo. ¿Es ese idiota de su ex el único culpable o hay algo más?

No preguntes. No te acerques demasiado. La arruinaré.

Me aclaro la garganta. “Tal vez un día libre te ayude a poner las cosas en perspectiva”.

—No quiero un día libre. —Suenan alarmadas.

—No es así. Se acerca una excursión. Iremos al parque a jugar algunos juegos en grupo y a tomar un poco de aire fresco. Técnicamente, no está entre tus obligaciones como pasante, ya que es un sábado, pero si quieres ser acompañante, te guardaré un lugar.

“Eso suena increíble”, dice ella al instante. “Cuenten conmigo”.

Asiento con la cabeza y el órgano de mi pecho late con fuerza al pensar en volver a verla este fin de semana. ¿Por qué eso me hace sentir diez veces más ligero?

—Entonces, cuéntame más sobre tu conversación con Melody —digo, intentando volver al tema.

Porque pasar el día con ella lejos de la seguridad del centro juvenil tiene el potencial de convertirse en algo muy peligroso.

CAPÍTULO 16

Lila

SAlguien detrás de mí me toca el hombro. "Me estoy mareando".

Me giro en mi asiento para mirar a Vera, una de las amigas cercanas de Melody, y la encuentro mirándome con una expresión de dolor en su rostro.

"¿Tienes náuseas? ¿Quieres vomitar?"

Por favor, di que no.

Antes de partir esta mañana, Haniyah me dijo que siempre lleva consigo algunas bolsas para mareos en estos viajes en autobús, pero preferiría que la pobre Vera no las usara. Las voces fuertes de los niños en el autobús ahogan su voz cansada, pero logro leer sus labios. "No lo creo".

—El parque está a sólo cinco minutos —le aseguro.

Cierra los ojos y hace pucheros, apoyando la cabeza en el hombro de Melody, que está sentada a su lado con los ojos cerrados. Aprovechando que el autobús se detiene en un semáforo en rojo, rodeo el asiento vacío que hay junto al mío hasta llegar a las dos chicas.

—Voy a abrir la ventana, ¿vale? La brisa te hará sentir mejor. Avísame si te molesta y la vuelvo a cerrar —le digo.

Cuando ella asiente, me pongo de puntillas y me agarro al reposacabezas del asiento frente a mí, tratando de no molestar a una Melody dormida mientras lucho por alcanzar la pequeña ventana. Consigo abrirlo con la punta de los dedos, la luz se pone verde y el vehículo se mueve, tirándome hacia un lado.

Mierda, mierda, mierda, m—

Un firme agarre alrededor de mi cintura evita que caiga sobre Vera y Melody.

—¿Nunca te dijeron que no se debe subir a un autobús en movimiento? —El tono de Reed es relajado y burlón.

Sus fuertes manos me ayudan a levantarme hasta que estoy de pie, a salvo, en el pasillo. No necesito mirarme en el espejo para saber que me estoy sonrojando furiosamente.

Realmente necesito comprobar por qué siempre me sonrojo cuando estoy cerca de este hombre.

Quizás porque tengo un cru—

No. Nop.

—Gracias —murmuro, mirándolo por encima del hombro.

Gran error.

Como vamos a pasar el día en el parque, comiendo picnics y jugando, el código de vestimenta es informal. No le di importancia hasta que vi a Reed con jeans oscuros y una camiseta Henley debajo de una chaqueta de cuero, sin hacer absolutamente nada para ocultar lo mucho que le está rindiendo el boxeo.

Debería dejar de babear por un hombre doce años mayor que yo, que resulta ser mi jefe en el centro juvenil y un amigo cercano de mis padres. Por mi carrera, realmente debería hacerlo.

—Siéntate, Lila —dice, más firme pero sin enfadarse—. No quiero que te lastimes.

Pero su brazo todavía está alrededor de mí, así que no puedo moverme exactamente.

El conductor del autobús pisa el freno cuando el coche que va delante de nosotros se detiene de repente (*maldita sea, ¿en serio?*), haciéndome perder el equilibrio otra vez.

En un momento estoy cayendo y al siguiente estoy sentado en un asiento muy duro y muy musculoso.

“¿Cómodo?” La respiración de Reed está tan cerca que me hace cosquillas en la oreja y un escalofrío me recorre la columna.

Mi cerebro sufre un cortocircuito. Debe ser la única explicación viable de por qué me lleva una cantidad de tiempo vergonzosamente larga darme cuenta de que estoy sentada en *el regazo de Reed*.

Me aclaro la garganta. “Mucho. Gracias por preguntar”.

Pero no lo soy, así que me muevo en su regazo, tratando de ponerme en una posición *realmente* cómoda solo para ser un poco imbécil. Esto puede estar violando algún tipo de código de conducta, sin duda, pero lo que la oficina de administración no ve no los matará. Espero.

El hombre enorme que está detrás de mí (y debajo de mí) suelta un gruñido mientras me agarra la cintura, su agarre es fuerte y cálido. —Deja de moverte.

Justo cuando estoy a punto de preguntar por qué, lo siento.

Un bulto duro presionando mis leggings.

Ay dios mío.

Mis pensamientos se interrumpen cuando el autobús se detiene por última vez. Salgo corriendo de su regazo, sintiéndome más que muerta por dentro porque *acabo de ponerlo duro* y deseando que la tierra me trague por completo y acabe con mi miseria.

—Lo siento —murmuro mientras él se pone de pie a mi lado. Al fondo, Haniyah y otros dos voluntarios también se levantan de sus asientos—. No fue mi intención... —*Mierda*—. Lo siento mucho.

—Es mi culpa. —Su voz suena tensa y totalmente equivocada. No porque esté mintiendo, sino porque está... ¿avergonzado? —Eso no debería haber sucedido. Fue muy inapropiado y lo entenderé si quieres denunciarlo...

Pongo los ojos en blanco antes de que termine de hablar. —No voy a denunciarte, Reed. Fue un accidente. Fue mi culpa por pararme en un autobús en movimiento.

Los niños empiezan a agarrar sus mochilas y cada vez hablan más y más. Miro al hombre que está a mi lado y descubro que ya me está mirando.

—Estamos bien —le prometo—. Nunca podrías hacerme sentir incómoda, Reed.

Él me da un asentimiento rígido y no muy convincente y lo dejamos así.

Mientras los cinco bajamos a los niños del autobús y los llevamos al lugar que habíamos elegido en el parque, no dejo de pensar en lo cierto que es todo esto, en cómo nos hemos llegado a conocer de verdad en el último mes, en cómo he llegado a la conclusión de que Reed Abner es un hombre honorable.

Resulta que mis padres tenían razón: estoy en buenas manos con él.

Literalmente.

Me arde el rostro y aparto ese pensamiento. ¿Qué dirían mamá y papá si leyeran mi mente y vieran todos esos pensamientos inapropiados sobre *su amiga*?

Me ayuda el hecho de que durante las dos horas siguientes no lo veo mucho. Instalamos nuestro picnic en un trozo de césped entre el patio de juegos y una cafetería, donde antes le había comprado a Vera un té dulce porque sospechaba que sus niveles de azúcar estaban demasiado bajos.

Algunos padres decidieron venir también para ayudarnos a acompañar a los niños de treinta y tantos años. Y mientras almuerzo con Haniyah, Melody, Vera y algunos otros niños, no me siento ni de una forma ni de otra por la alta, súper atractiva y súper sonriente madre de Jacob pegada al lado de Reed.

No me importa en absoluto.

¿Y qué pasa si comen el almuerzo en la misma manta de picnic mientras ella habla y habla y habla y él escucha atentamente? No tiene importancia.

Reed es un hombre soltero, puede hacer lo que quiera. Si quiere ligar con la madre de Jacob o con cualquier otra mujer, que así sea.

Cuando era pequeña, mi padre solía bromear diciendo que no podía salir con nadie hasta que cumpliera treinta años; tal vez tenía razón. Después de todo lo que pasó con Oliver, de todos modos juré no salir con hombres en el futuro cercano. Reed puede hacer lo que quiera y no me afectará en absoluto.

Sin embargo, la huella invisible de sus manos en mi cintura arde a medida que pasan las horas, una tortura persistente que empeora cada vez que nuestras miradas se cruzan y mi corazón salta.

Después de renunciar a mi juego personal *de dejar de mirar a Reed*, me doy cuenta de que ya no habla con la madre de Jacob, pero solo porque ella se fue a trabajar; nos lo dijo cuando vino a agradecerle a Haniyah por organizar esta excursión.

Y por supuesto, *por supuesto*, la mujer también huele muy bien. Porque esa es mi suerte. *Apuesto a que a Reed le gusta su olor más que el mío. Por eso no me ha saludado en dos horas.* Genial, y ahora estoy perdiendo la cordura.

Mientras lo hago, capturamos la bandera, jugamos a la luz roja, la luz verde y hacemos una carrera de obstáculos. Ahora algunos de los niños están en los columpios, otros están jugando al fútbol y yo estoy de pie, sola, asegurándome de que los más pequeños no se lastimen en los toboganes.

Y luego sucede.

—Lila —la voz temblorosa de Melody hace que se enciendan todas las alarmas en mi cabeza. Y la cosa empeora cuando veo sus ojos llorosos—. Lila, creo que algo anda mal conmigo.

Me agacho frente a ella. “¿Por qué dices eso?”

Ella no me mira a los ojos. “Yo... yo estoy...”, hipa. “Estoy sangrando”.

Más tarde ese día, me daría una palmada en la frente por no haberme dado cuenta antes.

Ahora, solo pregunto: “¿Te caíste y te lastimaste?”

—N-No, yo... —Se toca el vientre, justo debajo del ombligo, y siento un clic en mi cerebro justo antes de decir—: Estoy sangrando... ahí abajo.

Oh.

Oh.

Oh, mierda.

—Está bien —comienzo, como siempre, la adulta tranquila y confiable que se supone que soy en estas situaciones—. ¿Sabes por qué estás sangrando?

La menstruación es lo más común del mundo y no quiero asustarla con las funciones corporales. Mi madre siempre dice que deberíamos hablar de ellas con total normalidad, incluso cuando estamos con niños, y estoy de acuerdo.

Melody me hace un pequeño gesto con la cabeza. “Es una época, ¿no? Nos enseñaron un poco sobre ellos en la escuela”.

Un poquito. Puedo trabajar con eso.

—Así es. —La miré a los ojos sin éxito. Ella seguía sin mirarme—. ¿Alguna vez te había venido el período?

—No... es la primera vez —susurra, entre asustada y mortificada.

Pero lo conseguí. Y, muy pronto, ella también lo hará.

Mis ojos se encuentran con los de Reed, que está al otro lado del parque. Se produce un silencio entre nosotros antes de que vuelva a centrarme en la chica que tengo delante.

—Muy bien. Esto es lo que vamos a hacer —le digo a Melody mientras mi mano recorre el interior de mi mochila. *Bingo*—. Toma este pañuelo. Vamos a secar esas lágrimas. No hay razón para tener miedo.

—Gracias —lo toma con dedos temblorosos—. Estaba jugando y de repente sentí algo extraño, miré hacia abajo y...

De hecho, hay una pequeña mancha roja en sus leggings verdes. Puedo entender que eso pueda ser humillante para cualquiera, y más aún para una niña, así que me aseguro de que mi voz suene tranquilizadora mientras le hablo.

—No es nada que no podamos solucionar. ¿Confías en mí? —Asiente rápidamente—.

Entonces, vayamos al baño para que podamos arreglarte. Tengo algunas compresas en mi mochila que puedes usar. ¿Sabes qué son las compresas?

Ella sorbe con la nariz. “La señora Crawford nos habló de ellos en la escuela. Pensé que eran como pañales”.

—Más o menos. Son muy útiles. —Le aprieto el brazo y me levanto—. Si tienes alguna pregunta, puedes preguntarme. Yo también tengo la regla, ¿sabes? No hay nada de qué preocuparse.

“Oye, ¿qué pasa?”

Levanto la vista justo a tiempo para ver a Reed, que se alza imponente sobre nosotros, con una mueca preocupada entre las cejas. Su mirada va de Melody a mí y se detiene en el pañuelo que ella tiene en las manos.

Y mi corazón se derrite un poco más cuando él se agacha frente a ella y pregunta con esa voz suave y tranquila que siempre usa con los niños: “¿Pasó algo, pequeña?”

Melody me mira, sus ojos brillan con silenciosa preocupación. Con lo inmaduros que suelen ser los chicos de su edad cuando se trata de hablar sobre la menstruación, no me sorprende que no esté segura de si debe contárselo a Reed. Sé que él no hará más que comprenderlo, pero ella no lo sabe, y tal vez...

“Acabo de tener mi período”, dice bruscamente.

Sus mejillas se sonrojan y parece que le falta el aliento, pero es audaz y valiente y se lo dice. El orgullo se hincha en mi pecho.

—Me temo que no tengo experiencia con la menstruación, pero Lila te ayudará con todo. — Su sonrisa es tan suave como su voz—. ¿Necesitas algo? Puedo llamar a tu madre y ella puede venir a recogerte.

Melody sacude la cabeza y nos mira a los dos. —Me estoy divirtiendo. Quiero quedarme. — Traga saliva y mira sus zapatillas—. Solo necesito ir al baño. Estaré bien.

“Sí, lo harás”, le asegura Reed. “Ustedes, las chicas, pueden soportar la menstruación y mucho más”.

Ella sonríe y está a punto de decir algo cuando el grito preocupado de su hermano irrumpe en el parque.

"¡Melodía!"

Me doy vuelta justo a tiempo para ver a Cameron corriendo hacia su hermana gemela. Ignorando a Reed y a mí, sostiene a Melody por los hombros y examina su mirada frenéticamente.

—Estás llorando —dice sin aliento—. ¿Quién te hizo llorar? Dime, Meli. Dime y se arrepentirán.

—Tranquilízate, tigre. —Reed coloca una mano tranquilizadora sobre el hombro del chico—. Nadie le hizo nada a tu hermana. Y si lo hubieran hecho, Lila y yo estamos aquí. Lo solucionaríamos. ¿Recuerdas lo que hablamos en nuestra última sesión?

Cameron se encoge de hombros y no aparta la mirada de su hermana. —No me importa. Si alguien te hizo daño, dímelo. No me importa lo que me pase.

—Cameron —murmura Reed.

Pero la ira sigue brotando de sus poros. "Haré *lo que sea* para proteger a mi hermana. No me importan las consecuencias".

—Está bien —Reed suena tranquilo pero serio. La gentil autoridad en su voz me provoca un escalofrío *que* me hace respirar un poco más difícil—. ¿Has intentado preguntarle a Melody qué necesita en lugar de sacar conclusiones apresuradas y molestarla aún más? "Eso es una tontería. No la estoy molestando".

—En cierto modo lo eres —dice Melody.

Todos nos volvemos hacia ella, que mira a su hermano con determinación en los ojos.

"Nadie me hizo daño, Cam. Y aunque lo hicieran, no quiero que te hagas daño para protegerme. Ya no soy un bebé. Puedo manejarlo".

Mis labios se curvan en una sonrisa orgullosa que ella no ve porque está concentrada en su hermano.

—Meli, yo... —empieza Cameron, claramente sorprendido por sus inesperadas palabras—. Sabes que te amo y quiero...

Sus hombros se sacuden con un suspiro. "Yo también te amo, pero realmente necesito ir al baño ahora mismo".

Le puse una mano entre los omoplatos. —Ven por aquí. —Me volví hacia su hermano—. Hablaremos de esto más tarde. Todo está bien.

Mis ojos encuentran los de Reed, y él baja la barbilla en señal de reconocimiento. "Lo tengo bajo control".

Melody me toma la mano mientras vamos al baño en la cafetería cercana y me aprieta los dedos. "Eso fue muy admirable de tu parte", le aseguro. "Decirle a tu hermano lo que necesitabas y defenderte. Eso es lo que siempre debes hacer".

Se muerde el labio inferior. "¿Crees que lo he molestado?"

—Seguro que no. Lo entenderá cuando hables con él más tarde. Y aunque lo hayas molestado un poco, tienes derecho a pedir lo que necesites. Deja que se ocupe de sus propias emociones.

El olor a comida nos envuelve cuando entramos en la concurrida cafetería. Nadie nos presta atención cuando nos dirigimos a los baños que están en la parte de atrás.

"Al menos tiene a Reed", reflexiona en voz alta. "Dice que es un buen hombre. Eso lo ayuda mucho".

“Reed es un gran consejero”.

También es muy bueno en otras cosas, pero no lo digo en voz alta.

Me sorprende la sonrisa cómplice de Melody. "Te gusta Reed, ¿no?"

¿Por qué mi corazón salta tan fuerte?

—Por supuesto que me gusta. —Le dedico una sonrisa relajada que, con suerte, no delata el caos confuso que su pregunta acaba de desatar dentro de mí.

Melody debe estar hoy en un alboroto de audacia porque agrega: "Quiero decir que te gusta *así*".

Un destello de sus manos sobre mí apenas unas horas antes cruza mi mente, calentándose por dentro.

—Te estás sonrojando —se ríe Melody—. Lo sabía.

Mortificada, la acompaño con una mano al baño vacío mientras con la otra busco en la mochila que llevo colgada del hombro. —Concentrémonos en lo que es importante ahora mismo.

Ella sonrío y toma la compresa que le entrego. Al menos ya no llora. "Vera y yo creemos que a él también le gustas así".

—Entra al baño, entrometida —se ríe—. ¿Sabes cómo se usa la compresa?

Ella se pone seria, pero su sonrisa burlona no desaparece del todo. "Sí, creo".

"Estaré esperando aquí. Grita si necesitas algo".

"Está bien, futura esposa de la Sra. Reed".

Ella cierra la puerta antes de que pueda decirle que eso es lo más loco y falso que alguien me ha dicho jamás.

Tengo veinticuatro años, maldita sea. Debería saber que no debo obsesionarme con las palabras de niños que no entienden los sentimientos complejos. Las niñas probablemente solo están viendo cosas.

Sin embargo, mientras Melody se queda en el baño, eso es todo lo que hago: preguntarme si tienen razón, si Reed podría sentir aunque sea un ápice de la atracción que yo...

Bien.

Me *siento* atraído por Reed.

Me atrae cómo siempre tiene las palabras adecuadas, la pasión que siente por su trabajo, la delicadeza con la que trata a los niños, lo bien que se siente su cuerpo contra el mío.

Me atrae un hombre doce años mayor que yo, un hombre prohibido en demasiados sentidos.

Mis padres nunca lo aprobarían.

Mi reputación quedará manchada y siempre será conocida como la chica que se acostó con un profesor.

Oliver me quitó demasiado. Los hombres no valen la pena.

La voz en mi cabeza tiene razón: no necesito un hombre. Lo que necesito es aprobar mi tesis, graduarme y convertirme en consejera juvenil, tal como siempre he querido.

Lo último que quiero es arruinar mi carrera antes de que comience con rumores sobre mi relación con un profesor que resulta ser mi supervisor de prácticas.

—Ya terminé. —Melody abre la puerta detrás de mí, sacándose de mis pensamientos. *No habrá ningún hombre para mí en un futuro próximo, y mucho menos Reed Abner*—. La almohadilla se siente rara.

Le dedico una sonrisa de disculpa. “Puedes hablar con tu mamá más tarde sobre otras opciones. ¿Estás segura de que no quieres que la llame?”

—Quiero quedarme aquí —dice mientras mira sus calzas verdes y se muerde el labio—. Pero no puedo quitar esta mancha y no quiero que la gente la vea. Es vergonzoso. No lo pienso dos veces antes de quitarme la sudadera y dársela. “Puedes poner tu chaqueta en la mochila y usar esto en su lugar para que nadie vea la mancha”.

Ella lo toma y rápidamente se lo pone en su chaqueta. Como sospechaba, le llega justo por debajo de las rodillas. “Te ves genial”.

Antes de que me dé cuenta de lo que me ha pasado, Melody se lanza sobre mí y me rodea el torso con sus brazos. —Gracias, Lila. —Mi corazón se llena de alegría—. Eres como la hermana mayor que nunca tuve.

No llores, no llores, no llores.

La rodeo con mis brazos. “Estoy muy orgullosa de cómo has manejado toda esta situación con tu período y tu hermano”.

Ella me sonríe. “Me siento mejor ahora. Y tu sudadera huele muy bien”.

Me río. “Me alegro, porque es tuyo por un día”.

Con la situación bajo control, regresamos con nuestro grupo. En cuanto llegamos al parque, mi mirada se posa en Reed.

Vera y yo creemos que a él también le gustas así.

Cuando sus ojos oscuros se encuentran con los míos, me digo a mí misma que cualquier extraño enamoramiento que siento por Reed debe terminar *ahora* .

Mi futuro está en juego y no vale la pena sacrificar mi carrera por ningún hombre.

CAPÍTULO 17

Caña

YO Lo primero que noto cuando Lila regresa al parque es que no lleva su sudadera con capucha, pero la chica visiblemente más tranquila que está a su lado sí la lleva.

Dos emociones me tiran del corazón a la vez: absoluta admiración por cómo manejó el pánico de Melody por su período y una profunda preocupación cuando se acerca lo suficiente para que pueda ver la piel de gallina en sus brazos desnudos.

—Tienes frío —señalo justo cuando ella pregunta—: ¿Dónde está Cameron?

—Con sus amigos —le digo rápidamente, con la mirada fija en su piel—. ¿Por qué Melody lleva puesta tu sudadera?

“Tenía una mancha de sangre en sus calzas y no quería que nadie la viera. Solo llevaba una camiseta debajo de la chaqueta, así que le di mi sudadera con capucha para que no pasara frío. ¿Le dijiste a Cameron lo que estaba pasando?”

—Sí. Puso cara de disgusto cuando le dije que acababa de tener el período, así que tuve que explicarle por qué los períodos no son desagradables y por qué es importante que haga que su hermana se sienta cómoda. —El viento se levanta y no me pierdo la reacción de su cuerpo—. Te vas a enfermar.

Ella me hace un gesto para que me vaya. “Estoy bien. De todos modos, nos vamos en menos de una hora”.

No me detengo a pensar por qué la idea de que Lila se enferme me preocupa más de lo que debería; me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. “Ahora estás bien”.

Ella me mira parpadeando. “No tenías por qué hacer eso”.

“Y ni por asomo lo hice.”

—Ahora serás tú quien se enferme, profesora mandona. —El enojo en su voz no coincide con el rubor en sus mejillas.

—No me importa. —Resisto a la tentación de apretarle la chaqueta. En cambio, me vuelvo hacia el parque—. ¿Cómo lo lleva Melody?

Como si acabara de leerme la mente, Lila aprieta mi chaqueta alrededor de su cuerpo. Verla con mi ropa hace que mi polla salte y me maldigo internamente por ello.

“Le agradecí en silencio a su maestra por explicarles la regla en la escuela”, dice con un suspiro. “La educación sexual no era algo que se hablara cuando yo tenía la edad de Melody.

Tengo suerte de que mi madre me enseñara esas cosas y no me daba vergüenza preguntarle, pero ahí fuera es ridículo. La regla debería ser algo que se hable con normalidad. No es de extrañar que las chicas jóvenes se pongan nerviosas por eso. Y ni

hablemos de los chicos. ¿Por qué siguen burlándose de nosotras o llamándonos asquerosas por algo que no podemos controlar? A veces odio el sistema educativo. Siento que nos está fallando en ese aspecto. Por eso quiero contribuir con mi tesis, aunque sea un poquito”.

Son las palabras que ella dice y cómo las dice las que hacen que se encienda una luz en mi cabeza.

—¿Qué es exactamente lo que tratará tu tesis? —Deslizo cuidadosamente mi mirada hacia ella. Es una imagen hermosa, vestida con mi chaqueta de cuero.

“Quiero destacar la importancia de la biblioterapia en la educación sexual de los niños”, explica. “Mi mamá solía leerme estos libros cuando era pequeña. No necesariamente libros

que ella escribía, sino en general. Pero realmente me ayudaron a entender cosas, como que mi cuerpo me pertenecía y nadie tenía el derecho de hacerlo”. “El derecho a tocarlo o por qué mamá tiene dos papás en lugar de una mamá y un papá. No sacaba un libro cada vez que le hacía una pregunta difícil, pero realmente complementaban mi aprendizaje. Las historias me hacían divertido y me ayudaban a ver que no estaba sola”.

¿Cómo decirle a alguien que te estás enamorando de su mente sin asustarlo?

No sólo con la mente.

La necesidad de decirle que es la mujer más fascinante, realista, inteligente, apasionada y jodidamente hermosa que he conocido muere en mi garganta.

No tengo derecho a decir esas palabras, sabiendo que no la merezco.

En lugar de eso, pregunto: “¿Qué tipo de libros te resultaron más útiles mientras crecías?”

Confirmando que me estoy volviendo loco cuando ella tiembla y lo único que puedo pensar es en abrazarla.

Ella duda. “No estoy segura de cuánto sabes sobre el pasado de mi madre”.

—Sé a qué te refieres —le digo con voz sombría.

Grace nunca me ha ocultado que es una sobreviviente de agresión sexual. Lo sé desde hace años, pero recordar esa conversación nunca es fácil. Ella también sabe sobre mi pasado.

Cosas que nunca he repetido en voz alta desde que hablé con ella.

Lila me mira con escepticismo. “¿En serio?”

Asiento con firmeza. “Trabajamos en un libro sobre el abuso. Ella me lo contó entonces”.

—Cierto. —Baja la mirada hacia el césped—. Debido a lo que le pasó a ella, mis padres siempre se aseguraron de que yo me protegiera. Desde muy pequeña, me enseñaron que “no” es una oración completa, que nadie tiene derecho a tocarme de ciertas maneras, ni niños ni adultos, y cosas así. Los libros también ayudaron. Mi madre siempre ha sido muy abierta sobre los periodos, el consentimiento, las relaciones sexuales y la sexualidad.

Salud... Todas esas cosas. Siempre podía acudir a ella con una pregunta y nunca me sentía avergonzada. Somos muy cercanas”.

“Y quieres ayudar a normalizar eso entre los niños”, termino su línea de pensamiento.

“Exactamente. Siempre me desconcertaba cuando hablaba con mis amigas sobre sexo y ellas simplemente... no sabían nada”, continúa. “Y cuando les pregunté por qué nunca le habían preguntado a sus madres, me miraron como si estuviera loca. Dijeron que era vergonzoso y que preferían morir antes que hablar con sus madres sobre eso”.

“¿Morir? Y yo que pensaba que eras dramático”, murmuro, sonriendo.

Me ponen los ojos en blanco por eso.

Ella sigue adelante. “El caso es que pronto me di cuenta de que la gente de mi edad no hablaba de esas cosas con nadie. Bueno, hablábamos de sexo y de la menstruación entre nosotros, pero no es inteligente pedir consejos sexuales a tus amigos. No cuando eres joven, de todos modos. Terminamos haciéndonos daño mutuamente más que cualquier otra cosa.

No físicamente, pero, en términos de estándares. La mayoría de las personas solo tenían programas de televisión para enseñarles, y no siempre dan los mejores ejemplos”.

Tarareo para expresar mi conformidad. “Entonces, lo que estás diciendo es que hay una falta de educación sexual profesional en las escuelas”.

“Por supuesto. Me alegra que ahora esté cambiando, al menos en algunas escuelas, pero no es suficiente”.

Cuando la miro, está frunciendo el ceño, mordiéndose el labio inferior y con una expresión preocupada en el rostro. Parece muy frágil en este momento, pero sé que es fuerte y aguda debajo de sus inseguridades. Estoy hipnotizado por ella, por toda ella.

“¿Te gustaría realizar un taller de educación sexual en el centro juvenil?”

Su cabeza gira hacia mí. “¿Hablas en serio?”

No sé si parece más emocionada o asustada. Conociéndola, probablemente sean ambas cosas.

“Tendría que revisarlo y supervisarlo, y tendríamos que conseguir la aprobación firmada de los padres, pero creo que los niños podrían beneficiarse mucho de ello. Haniyah estaría de acuerdo”.

—Yo... —Vacila—. ¿De verdad crees que podría dirigir un taller por mi cuenta?

Arqueo una ceja escépticamente. “Acabas de acompañar tranquilamente a una preadolescente que llora durante su primer período, y no crees que... ¿Puedes dirigir tu propio taller?”

—Quiero decir, tendría que idear actividades y hojas de trabajo, así como un esquema para la charla. Hacerla interactiva y no extraña. —Se muerde el labio inferior de nuevo—. Pero ¿y si yo...?

—Lila, escúchame.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, y sin importarme que no estemos tan lejos de los demás, agarro su barbilla, inclinándola hacia arriba hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Nunca he conocido a una persona más brillante y a la vez más insegura en toda mi vida

—le digo, sin apartar la mirada de la suya. Le pellizco la barbilla con suavidad, lo que me hace estremecer—. Dime qué tengo que hacer para recuperar esa confianza en ti misma que sé que tienes y lo haré.

—No tienes que hacer nada —murmura y se le corta la respiración.

Me toma un momento darme cuenta de que tampoco estoy respirando normalmente.

Pero me lleva aún más tiempo recordar que no estamos solos: se supone que debemos estar trabajando.

Dejo caer la mano. “Escucha a tu instinto. Si te dice que hagas este taller, sigue adelante y al diablo con todo lo demás, incluidos tus propios pensamientos autodestructivos”.

Ella se aprieta la chaqueta para envolverla más cerca del torso. “Odio cuando tienes razón”.

“Entonces, ¿todo el tiempo?”

—Muy bien, Profesor Presuntuoso.

“Estoy temblando en mis botas, pequeño criminal”.

Cuando me da un golpe en el brazo, suelto una carcajada que hace que varias personas se vuelvan hacia nosotros. Lila retrocede con un rubor furioso en el rostro.

Le doy un empujoncito en el brazo. —Si sigues sonrojándote cuando te molesto, seguiré haciéndolo.

Sus labios se abren. Me muero por escuchar su respuesta, pero no tengo la oportunidad.

“¡Caña!”

Camerún .

—¡Reed! ¡Lila! ¡Ven aquí!

Me doy vuelta hacia el sonido de la voz urgente de Cameron y lo encuentro saludándonos desde un arbusto cercano. Melody, Vera y Santiago están agachados junto a él, dándonos la espalda.

—¿Qué pasa? —Lila frunce el ceño, pero ya nos estamos moviendo hacia ellos.

"Ni idea", murmuro, intentando frenéticamente ver si alguien está herido.

Cameron se apresura a encontrarse con nosotros en el medio. "Tienes que venir. Rápido", me insta, arrastrándome del brazo.

"¿Alguien está herido?" le pregunto.

La respuesta que recibo es lo suficientemente críptica como para hacer que mi preocupación alcance niveles insalubres. "No. Bueno, no *lo somos*. Pero hay un problema".

"¿Qué tipo de problema?", pregunta Lila.

—Cam, ¿has conseguido...? —Melody sonrío cuando nos ve—. Tienes que ver esto. ¡Date prisa!

Los tres niños están agachados alrededor del arbusto, lo que hace que el espacio sea aún más estrecho. Coloco una mano sobre el brazo de Lila para guiarla mientras camina delante de mí, teniendo cuidado con las ramas sueltas con las que podría tropezar.

Su espalda choca contra mi frente mientras se detiene y se lleva una mano a la boca. "Oh, Dios mío..."

Mi corazón se acelera. "¿Qué pasa?"

Todavía la sostengo en mis brazos mientras miro por encima de su cabeza a los niños que están a nuestros pies.

Y veo una pequeña bola de pelo dorado escondida debajo del arbusto espinoso.

—Es un cachorro —nos sonrío Melody antes de que su expresión se torne sombría—. Pero no se mueve. Creemos que puede estar herido.

¿No te mueves? ¡*Joder!* Lo último que necesitamos es que los niños encuentren un cachorro muerto.

—Déjame ver. —Lila da un paso adelante y toma mi mano para sostenerse mientras se sienta en el pasto. Ignoro el latido repentino de mi corazón. *Ella quiere que la mantenga a salvo*—. Hola, cariño. ¿Estás perdida? ¿Dónde está tu mamá?

Supongo que el cachorro no está muerto. Bien.

"Está aquí solito", explica Santiago. "Ningún otro perro vino a buscarlo".

—Ten cuidado —le digo a Lila mientras ella se agacha más y se adentra en el arbusto.

"No te preocupes por mí", dice ella.

Como si eso fuera posible.

Su mano desaparece bajo el arbusto, intentando alcanzar al perro, y finalmente la pierdo cuando ella silba mientras se pincha la mano.

—Ya basta. —Me arrodillo en el césped detrás de ella—. Te estás haciendo daño. Déjame hacerlo.

"Ya casi estamos", balbucea, estirando la mano para alcanzarlo.

Cuando vuelve a silbar, veo rojo. "Lila".

"¡Entiendo!"

Su mano arañada aparece a la vista, sosteniendo un perrito diminuto. No es un recién nacido (supongo que tiene al menos seis o siete meses), pero aún es demasiado pequeño y huesudo, como si no hubiera sido alimentado durante un tiempo.

Los niños miran boquiabiertos al cachorro y quieren acariciarlo, pero Lila se apresura a decir: "Probablemente esté muy asustado ahora. Déjanos echarle un vistazo y luego le darás todos los abrazos, ¿de acuerdo?".

Ellos asienten, entendiendo.

Le llevo las manos a los brazos para ayudarla a ponerse de pie. Ella mantiene al perro apretado contra su pecho mientras yo lo protejo del frío con mi cuerpo.

—Reed —susurra, sin apartar la mirada del cachorro—. A este perro le falta una patita. Frunzo el ceño. "¿Qué quieres decir?"

Lila mueve al perro apenas un poco y entonces lo veo: sus patas delanteras patean, pero una de sus patas traseras falta por completo.

Veo la sangre en su cola al mismo tiempo que Lila. No es mucha, probablemente no es una herida abierta, pero aun así se me encoge el estómago.

—El cachorro está herido —susurra, sin querer que los niños la escuchen—. ¿Qué debemos hacer?

El cachorro me mira como si estuviera esperando mi respuesta y las palabras se quedan atrapadas en mi garganta.

Es algo tan pequeño, tan frágil. ¿Por qué *me pregunta* qué hacer a continuación? ¿No sabe que solo lastimaré a la pobre criatura? Eso es lo que hago: lastimo a todos. Los arruino.

Los mando a la cárcel y los mato.

Es tu culpa que ya no seamos una familia feliz, Reed.

"¿Caña?"

La voz de Lila rompe la niebla de mi cerebro, y también lo hace el gemido que sale de la bola de pelo dorada que lleva en los brazos. No reconozco la raza; probablemente sea un perro mestizo. Tiene un pelaje corto de color marrón claro y orejas caídas que no son ni demasiado pequeñas ni demasiado grandes.

"¿Deberíamos llamar a un veterinario?", pregunta a continuación.

Es su voz, cargada de pura preocupación, la que me impulsa a la acción.

Piensa en este perro como si fuera uno de tus hijos y todo irá bien.

—Sí, claro. —Me llevo la mano al bolsillo trasero y busco el teléfono—. Chicos, volvamos al parque.

—Pero ¿y el perro? —pregunta Vera, mirando por encima del brazo de Lila para verlo. Los otros tres niños hacen lo mismo.

"Vamos a llamar a un veterinario para ver si está herido o si es de alguien", les digo. "Todo irá bien, no os preocupéis".

—¿Lo prometes? —Melody hace pucheros.

Miro al cachorro que Lila tiene en la mano ensangrentada y me clava sus garras protectoras. "Lo prometo".

CAPÍTULO 18

Lila

Entiendo que los veterinarios tienen derecho a disfrutar de su fin de semana, pero eso no significa que a mí me guste.

Está bien, tal vez estoy siendo demasiado dura. Trabajan increíblemente duro y se merecen tiempo libre, claro. Pero cuando tengo en mis brazos a un perrito herido y mi profesor/supervisor de prácticas/amigo de la familia/no-amor pasa diez minutos al teléfono intentando comunicarse con alguien, empiezo a perder un poco la cabeza.

“Encontré un centro de atención de urgencias”. Reed finalmente me cuenta la buena noticia. “A veinte minutos en auto, pero hay algo de tráfico”.

Porque claro que la hay.

Y por supuesto, ninguno de nosotros condujo hasta aquí.

Señalo lo obvio: “No tenemos coche”.

—Me encargaré de ello —me asegura antes de volver a su teléfono.

Haniyah se acerca a mí. “He preguntado por ahí, pero parece que nadie está buscando a un perro perdido”.

Inmediatamente después de que encontramos a este dulce bebé debajo del arbusto, ella buscó por el parque a los posibles dueños del perro.

“Vengo aquí a pasear bastante a menudo”, añade, mirando al perro con expresión triste.

“Estaré atenta a los carteles de perros desaparecidos, pero no creo que esta preciosidad pertenezca a nadie. Y si “Sí, no eran buenos dueños. Parece que no lo han alimentado en mucho tiempo”.

Me lo imaginé.

Algunos voluntarios también buscaron en la zona de arbustos donde lo encontramos, pero no vieron ningún otro animal ni huellas de patas. Tal vez su madre se lastimó, o tal vez...

Quizás *pertenecían* a alguien que ya no los quiere.

El cachorro en mis brazos está completamente solo, y pensarlo es suficiente para hacerme llorar.

Reed elige ese momento para volver. “Llamé a Warren y estará aquí en unos diez minutos. Nos llevará al veterinario”.

—¿Vienes? —le pregunto en voz baja porque estoy intentando con todas mis fuerzas no echarme a llorar.

—Por supuesto que sí. —Me mira con el ceño fruncido, luego mira al cachorro y luego aparta la mirada—. Haniyah, ¿estarás bien sin nosotros en el viaje de regreso?

Ella le hace un gesto para que se vaya. “No te preocupes. Solo asegúrate de que este precioso bebé esté sano y salvo”.

Mis ojos se llenan de lágrimas aún más de solo pensar en lo que podría haber pasado si los niños no hubieran estado husmeando entre los arbustos. Acaricio suavemente la cabeza peluda del perro en un intento de brindarle consuelo. Él o ella es una criatura tan linda; sus ojos atentos miran a su alrededor, pero en realidad no hacen ningún ruido. No son agresivos a pesar de estar heridos, lo cual es una pequeña bendición.

El viento ha aumentado en los últimos minutos, lo suficiente como para hacerme temblar a pesar de llevar la chaqueta de Reed. Estoy debatiendo mis opciones (si debería poner al perro dentro de la chaqueta o quitársela y envolverlo con ella) cuando dice: “Toma”.

Miro a Reed a los ojos mientras me entrega una de las mantas de picnic. “Esto debería ser suficiente para mantenerlo caliente”.

“Gracias”. No sé por qué mi voz sale como un susurro, pero sí sospecho por qué mi corazón empieza a latir con fuerza por dentro. mi caja torácica mientras cubre suavemente al perro con la manta hasta que solo se ve su carita, pero prefiero no pensar en ello.

—¿Cómo lo llamamos? —pregunta Melody acercándose a mí.

“¿Es un niño o una niña?”, reflexiona Vera.

—Chicos —interviene Reed cuando Vera intenta mover la manta para echar un vistazo—. Démosle un poco de espacio al perro, ¿vale? Les diremos si es un niño o una niña cuando regresemos del veterinario.

—¿Por qué no simplemente... miras? —pregunta Melody, con un dejo de rubor en sus mejillas.

Reed es paciente y explica: “No queremos moverlo demasiado de un lado a otro por si se molesta o se asusta. Además, hace frío, así que no queremos mover la manta. Ya sabremos si es niño o niña, ¿de acuerdo?”.

—Deberíamos llamarlo Bug —sugiere Santiago—. Es gracioso.

Pero Melody niega con la cabeza. “No puedes darle a un animal el nombre de otro animal”.

“¿Quién lo dice?”

“Me gusta Rocco para niño”, sugiere Vera.

—Una vez, mamá me dijo que un médico se equivocó y dijo que iba a tener gemelas en lugar de una niña y un niño —comienza Cameron, sin apartar la mirada del cachorro que tengo en mis brazos—. Me iban a llamar Ginny. Es un nombre genial.

Melody se ríe. “Sí, es verdad. Melody y Ginny. Qué locura”.

Reed me lanza una mirada juguetona y no reprimo mi sonrisa, agradecida por la distracción.

Poco después, su teléfono suena con un mensaje de texto: Warren nos está esperando en el estacionamiento. Después de que todos se despidan con mucho entusiasmo del cachorro, nos dirigimos a su auto.

Warren mira el bulto que llevo en los brazos desde el asiento del conductor mientras subo al asiento trasero, con voz amistosa. “¿A quién tenemos ahí?”

Para mi total mortificación, Reed me abrocha el cinturón antes de subirme a la parte trasera. “¿Quieres que te lo sostenga? ¿Tienes los brazos cansados?”

—No te preocupes. —¿Por qué no puedo dejar de sonrojarme? Me vuelvo hacia Warren—. Muchas gracias por llevarnos al veterinario. Les falta una de las patas traseras y la cola está sangrando.

“¿Falta la pierna?”, pregunta mientras sale del estacionamiento.

“Creo que puede haber nacido sin él. No hay ninguna herida abierta”, reflexiono en voz alta, sintiendo que se me encoge el pecho al mirar esa carita.

Por favor, que todo esté bien. Por favor, que todo esté bien.

Reed cambia su atención a mis manos. “Te lastimaste. Podría haberla agarrado”.

—Estoy bien —le aseguro—. Los limpiaré cuando llegue a casa.

Gruñe algo entre dientes que hace reír a Warren. “No te molestes en intentar luchar contra este, Lila. Es tan terco como una mula”.

Siento un vuelco en el pecho al agradecer el hecho de que recuerde mi nombre. Es un detalle tan pequeño, pero una parte de mí no puede evitar sentirse feliz de que uno de los mejores amigos de Reed me recuerde.

Warren hace el trayecto de veinte minutos hasta el centro de atención de urgencias en quince minutos, a pesar del poco tráfico. “Esperaré en el coche. No creo que pueda aparcar aquí, así que te enviaré un mensaje de texto si tengo que moverme”.

Reed asiente. “Gracias, hombre”.

Nos apresuramos a entrar en la clínica veterinaria. La calidez de la mano de Reed en mi espalda me mantiene con los pies en la tierra. Si no fuera por él, ahora mismo estaría llorando. Pero él siempre sabe qué hacer, siempre encuentra una solución y yo confío ciegamente en él.

El olor a desinfectante asalta mis fosas nasales mientras un hombre sonriente nos abre la puerta.

—Hola —sonríe al ver la cabeza del cachorro salir de la manta—. Alguien se ve cómodo en los brazos de mamá, ¿no?

Mami.

Voy a llorar.

—Hablamos por teléfono hace treinta minutos —dice Reed sin rodeos. Me sorprende oír de repente un dejo de preocupación en su voz, cuando hasta ahora solo había estado tranquilo—. Un perro callejero en el parque. Le falta una pata trasera y tiene la cola herida.

—Sí, lo recuerdo. Por favor, venga por aquí. Voy a echar un vistazo.

Los siguientes minutos pasan rápidamente.

“He comprobado si tiene microchip, pero no tiene”, confirma el veterinario (que nos dice que le llamemos Paul). “Tampoco tiene pulgas, lo cual es bueno. Podría haber pertenecido a alguien, pero no parece que esté bien cuidada”.

Ella.

—Es una niña —murmuro en dirección a Reed, la emoción me ahoga la garganta por alguna razón. Porque no me importa si este pobre cachorro es niña o niño, pero saberlo *me* hace increíblemente feliz.

Reed me rodea los hombros con un brazo y me acerca más a él. Mi corazón se detiene cuando siento el calor de sus labios en la parte superior de mi cabeza, suave y fugaz.

Paul acaricia suavemente la cabeza de la cachorra mientras está recostada en la mesa de exploración y Reed se aparta, pero no va muy lejos. “Sospecho que nació sin su pata trasera derecha, ya que se mantiene de pie normalmente. Parece que también tiene un pequeño corte en la cola. Entiendo que es un perro callejero”.

—Sí —confirma Reed. Es como si pudiera percibir que estoy demasiado nervioso y ansioso como para hablar.

—Está bien. Bueno —comienza Paul. La seriedad en el tono de su voz me hace recobrar la sobriedad de inmediato—. La herida en su cola podría... "Puede que esté infectada, pero necesitaría examinarla más a fondo. También sería buena idea hacerle un análisis de sangre para comprobar si está sana. Necesito saber si tú te harás cargo de las facturas antes de continuar”.

"Los estoy cubriendo", dice Reed sin dudar.

“Muy bien. Déjame agarrar algunas cosas y vuelvo”.

Me acerco a la mesa de reconocimiento y me arrodillo hasta quedar a la altura de la perrita. Le acaricio la cabeza con suavidad con un dedo. Es muy pequeña.

—Vas a estar bien —le susurro como si pudiera entenderme—. Eres una chica fuerte, ¿no? *No llores ahora.*

Me vuelvo hacia Reed para evitar las lágrimas. “Podemos dividir las facturas del veterinario. No espero que pagues todo”.

Él no me mira ni al perro mientras repite: “Yo me encargaré de ello”.

No tengo tiempo para pensar en por qué está tan frío ahora (si así es como canaliza la preocupación o si es algo completamente distinto) porque Paul regresa con una tableta en la mano.

“Por lo que he podido ver, parece tener unos diez meses”, nos informa, y me derrito. Es literalmente un bebé. “Como he dicho, su herida podría estar infectada, pero tendría que comprobar si es grave. Si se trata de un caso de gangrena o necrosis de los tejidos, puede que sea necesaria una intervención quirúrgica”.

Mi estómago da un vuelco. “¿No es demasiado pequeña para operarla?”

Paul me sonrío comprensivamente: “Cualquier perro puede tener complicaciones durante la cirugía, por supuesto, pero su edad no es un factor de riesgo”.

—¿Cuáles son los próximos pasos? —pregunta Reed, sin que ese tono extraño en su voz desaparezca.

—Primero, tendrás que completar este formulario —le pasa la tableta a Reed—. Una vez hecho eso, haré algunas comprobaciones rápidas para que podamos... “Determina si puedes llevártela a casa. Si algo no parece estar bien, tendrá que pasar la noche allí. En cuanto a la pata trasera que falta, debes saber que no es el fin del mundo de ninguna manera. Los animales tienen un increíble instinto de supervivencia. Ella podría vivir una vida feliz y cómoda como un perro de tres patas sin ningún problema”.

Lógicamente, sé que lo que dice Paul tiene sentido. Las mascotas con tres patas *pueden* vivir una vida feliz; son los dueños los que pueden pensar lo contrario. Pero, mientras miro al cachorro en la mesa de reconocimiento, la idea de que pueda sufrir algún tipo de dolor me hace querer destrozarse todo este lugar.

“Le limpiaré la herida mientras tú llenas el formulario del paciente”, nos dice Paul. “Puedes pasar a la sala de espera si lo prefieres”.

Como si algo o alguien pudiera mantenerme alejado de este cachorro en este momento.

Reed se da cuenta. “Nos quedaremos aquí”, me dice antes de volver su atención a la tableta. Luego, se queda paralizado. “Pregunta su nombre”.

Parpadeo. “Oh.”

“¿Alguna idea?”

Pienso en los niños. “¿Qué piensas de Ginny?”

Su sonrisa torcida me mata. “Tengo la sensación de que a Cameron le gustará”.

Una vez que Reed llena el formulario y Paul termina de limpiar la herida de Ginny (la pobre ni siquiera gime de dolor), procede a realizar los análisis de sangre y otros procedimientos que estoy demasiado nerviosa para entender. Mi único consuelo es que Ginny parece bastante tranquila.

La mano de Reed cae sobre mi espalda y la enciende. Se inclina hasta que sus labios rozan mi oreja, un gesto íntimo que parece menos prohibido de lo que es.

—No tengo nada para ella en casa —murmura, con su mano todavía sobre mí—. Voy a salir un momento para llamar a Warren, para ver si... Él puede agarrar algunas cosas de la tienda. ¿Estarás bien aquí sola?

Asiento con la cabeza y me doy vuelta para mirarlo. Está tan cerca que no puedo dejar de pensar en sus labios sobre mi cabeza hace unos momentos. "Estaré bien. Gracias por encargarte de todo".

De mi.

Él me responde con un asentimiento inseguro y me mira durante un rato antes de salir de la habitación.

Paul tararea suavemente mientras sigue examinando a Ginny, la habitación se llena de silencio hasta que dice con voz alegre: "Tu novio es un preocupón, ¿eh? Es comprensible, sin embargo. Es una cachorrita".

Mi corazón da un vuelco ante esa palabra y su suposición de que estamos juntos.

Simplemente presionó sus labios contra mi cabeza. Eso suele parecerles algo especial a los extraños.

Pero no me molesto en corregirlo porque ¿qué podría decir? ¿Que es un profesor de mi universidad y mi supervisor de prácticas con quien rescato cachorros heridos en mi tiempo libre? *Cierto* .

Lo último que quiero es responder a alguna de las preguntas que estoy segura que tendría si le dijera la verdad, así que simplemente le doy una sonrisa forzada y le digo: "Es muy pequeña, en realidad".

—Bueno, no te preocupes, porque hasta ahora todo parece estar bien.

Un pequeño peso se cae de mis hombros, pero todavía estoy tenso cuando Reed regresa minutos después.

—Warren va a la tienda de mascotas —me dice en voz baja, con sus ojos inescrutables fijos en Ginny—. Dejará todo en mi casa más tarde.

—Es muy amable de su parte. —Busco su mirada sin ningún resultado—. ¿Cómo estás?

Tarda unos segundos en responder. Y cuando lo hace, sus palabras no suenan convincentes. "Estoy bien".

Cuando no me ofrece nada más, anoto mentalmente que hablaré con él más tarde. Sea lo que sea lo que lo atormenta, quiero ayudarlo a superarlo si puedo.

"Muy bien, creo que ya terminamos", anuncia Paul un rato después. "Puedo confirmar que nació sin una extremidad. Ahora está un poco asustada, pero puede moverse con facilidad y sin ayuda. Sin embargo, es importante tener en cuenta que con el tiempo ejercerá una tensión adicional sobre sus piernas. A medida que crezca, esto podría provocar lesiones o desgaste, por lo que es importante que la lleves a sus controles anuales. Te informarán si necesita algún tipo de apoyo, como una silla de ruedas para perros. Pero por ahora, está tan sana como puede estar. La herida de su cola también está curada. Hay una pequeña infección, pero no es nada de qué preocuparse por ahora".

"¿Tiene que tomar algún medicamento? ¿Tiene que volver para hacerse controles?", le pregunto.

"Ven al frente y te imprimiré algunas instrucciones de cuidado para que no las olvides".

Durante los siguientes minutos, el veterinario explica el tipo de medicamento que Ginny tendrá que tomar en casa y con qué frecuencia tratar la infección, su próximo chequeo con

un veterinario habitual al que recomienda que la llevemos y otras instrucciones de cuidado, como la frecuencia con la que necesita comer o salir.

Después de que el veterinario responde algunas de mis preguntas, Reed se hace cargo de la cuenta, compra un transportín para mascotas en la clínica para llevar a Ginny a casa y salimos. Como Warren no ha vuelto, Reed pide un Uber.

No habla, no me mira, su rostro es hermético. El transportín para mascotas está en el asiento del medio entre nosotros, una de sus manos descansa sobre él para protegerlo y que no se mueva demasiado. Los movimientos del auto hacen que sus dedos rocen mi brazo, y estoy dividida entre sentirme ansiosa por Ginny y sentirme ansiosa por sus labios sobre mí. Así que esto no es ideal.

Todavía estoy sobreanalizando un millón de cosas sobre las que no tengo control cuando el auto entra en un camino desconocido.

“¿Dónde estamos?”, le pregunto a Reed.

A mi derecha se alza una casa unifamiliar de dos pisos, con un pequeño pero bien cuidado jardín delantero.

"Mi lugar."

Hay una pausa en la que puedo escuchar mi corazón martillando dentro de mi pecho.

Y no podría haber adivinado, ni en un millón de años, las palabras que saldrían de su boca a continuación.

“Necesito que pases la noche conmigo.”

CAPÍTULO 19

Caña

Si hubiera un premio para las ideas terribles, estoy seguro de que me lo darían a mí. Porque de alguna manera, en la última hora, pasé de ser un ermitaño extraordinario a ser padre de perros.

Ginny. Se llama Ginny y ahora es *mi* cachorrita.

La voz de Lila me distrae de la familiar ansiedad que se acumula en mi estómago. "¿Quieres que pase la noche aquí?"

Saco con cuidado el transportín de Ginny del coche mientras Lila me sigue. "Puedes irte a casa si quieres", le digo por encima del hombro.

Sugerir que se quede aquí se me escapó en un momento de debilidad. Llamar a un coche para que se vaya a casa es probablemente la opción más sensata, pero eso no me impide añadir: "Es..."

Díselo, maldita sea. Es Lila.

Me aclaro la garganta, dejo atrás la confusión que hay en mi cerebro y admito: "No sé cómo hacer esto. Cuidar de un cachorro, quiero decir. Sé que antes tenías un perro, así que pensé..."

—Te ayudaré —me interrumpe con suavidad y me pone una mano reconfortante en el brazo—. Básicamente soy la encantadora de perros, así que no tienes de qué preocuparte. No estás solo en esto, Reed.

Lo arruinas todo. ¿No crees que merezco un hijo que me cuide?

Mi voz suena áspera, como si no la hubiera usado en mucho tiempo. "Tal vez no deberías estar aquí. Lo averiguaré".

"Buen intento, pero no te librarás de mí tan fácilmente. En realidad, estoy emocionada de ser yo quien *te enseñe*, para variar".

"Me enseñas muchas cosas", le respondo.

—Sí, claro. ¿Cómo qué? ¿Cómo escribir borradores de mierda?

A pesar del caos que tengo en la cabeza, no puedo evitar sonreír. "Está bien. Tengo una habitación libre. Si cambias de opinión, házmelo saber".

El silencio de mi casa vacía nos recibe cuando cruzamos el umbral. A juzgar por las bolsas de la tienda de mascotas que hay a la entrada, parece que Warren ya ha estado aquí. Hago una nota mental para darle las gracias más tarde.

Ver a Lila en mi casa me hace preguntarme si esto es un error del que no me voy a arrepentir. Invitar a una becaria a pasar la noche en mi casa sin duda rompe todo tipo de códigos de conducta (besarle la cabeza seguro que lo hizo), pero ahora parece que no me importa una mierda.

La necesito.

La necesito de una manera cruda que no entiendo.

"Tienes una casa preciosa", dice ella mientras observa todo.

También miro la planta baja, intentando verla a través de sus ojos: una antigua casa renovada que aún conserva el encanto de cuando se construyó, hace casi un siglo.

Decoraciones minimalistas, tonos cálidos, muebles cómodos, sin fotografías personales.

Y, por supuesto, lo primero que llama su atención.

—Y yo que pensaba que tu despacho estaba repleto de libros —bromea mientras se acerca a la estantería de la sala de estar—. ¿Cuántos libros *tienes* ?

Las yemas de sus dedos rozan suavemente las espinas y trato de no perderme en el movimiento. Intento no imaginar cómo se sentiría su tacto sobre mi piel desnuda. Me aclaro la garganta y dejo el transportín de mascotas en el suelo de la sala. —Unos cuantos cientos, creo.

Sus ojos se abren cómicamente cuando me mira por encima del hombro. "¿Los has leído todos?"

—La mayoría. Los que están aquí abajo son libros de ficción, pero tengo algunos tomos académicos en mi oficina, arriba. Puedes echarles un vistazo más tarde si quieres. Coge algunos para tu tesis.

“Sabes que nunca diré que no a los libros”.

—Como quieras. —¿Quién iba a decir que oír a una mujer hablar de su amor por los libros me excitaría? Me aclaro la garganta de nuevo. —¿Quieres algo más cómodo para cambiarte?

Ella mira mi chaqueta, sus mejillas se sonrojan como si acabara de darse cuenta de que todavía la lleva puesta. “Oh. No, gracias. Probablemente debería devolverla”. Se encoge de hombros y se acerca a mí. “¿A dónde va esto? Oh, Dios mío, acabo de darme cuenta de que entré con los zapatos puestos. Debería haber preguntado...”

—Siéntate y relájate, Lila. —Le quito la chaqueta de las manos—. No hace falta que te quites los zapatos. No quiero que se te enfríen los pies. Espérame en el sofá mientras subo a cambiarme y a encender la calefacción. Iré a buscar el botiquín de primeros auxilios y te limpiaré los arañazos mientras estamos.

—Gracias —murmura, su cuerpo tan cerca que casi hago algo estúpido.

Yo doy un paso atrás primero. "Vuelvo enseguida. Sacaremos a Ginny del transportín cuando baje, ¿vale?"

En el piso de arriba, me tomo un momento para recomponerme. Estoy nervioso por todo lo que pasó esta tarde, eso es todo. No estoy pensando con claridad.

No me arrepiento de haberle dicho a Lila que pasara la noche con ella, aunque tal vez debería hacerlo. Pero la idea de estar sola con una criatura tan indefensa después de...

No pienses en Daisy.

Me siento en mi colchón, sólo por un momento, y me permito dejar que esa herida abierta sangre a mis pies.

¿Qué demonios se supone que debo hacer con un cachorro? ¿Es esto una broma cruel?

—Joder —*susurro*, tirando del pelo de mi nuca.

Si algo me enseñaron mis padres antes de que mi vida se desmoronara, es que no puedo cuidar animales indefensos. No estoy hecha para eso.

Con el paso de los años, aprendí a confiar en mis habilidades como consejera infantil. Lo contrario significaba no ayudar a esos niños, no darles la oportunidad de tener la buena infancia que yo nunca tuve, y eso *no era* una opción. Adquirí confianza porque tenía mis numerosos títulos académicos y los comentarios de profesionales de confianza que me respaldaban.

¿Pero qué tengo ahora?

No me *gustan* los sentimientos, no me apego a nada.

Pero sé que eso es mentira. Porque si no siento nada ni me apego a nada, ¿por qué pensar en Ginny sufriendo me hace querer destrozar el mundo entero?

¿Y por qué siento siempre un dolor tan intenso por abrazar a Lila y no dejarla ir nunca? Gimo en el silencio de mi dormitorio.

Esto está jodidamente mal. Todo. Me quedé atrapada en una red de sentimientos que debería haber desempolvado en el momento en que empezaron a formarse.

Soy un adulto. Puedo controlar mis impulsos cuando estoy con ella.

Eso es lo que me repito una y otra vez mientras bajo las escaleras con un pantalón deportivo y una camiseta, sosteniendo una sudadera limpia en una mano y mi botiquín de primeros auxilios en la otra.

Y entonces todo se va por la ventana cuando veo a Lila inclinada sobre el transportín de Ginny. Cierro los ojos y respiro profundamente por la nariz, como si quisiera recomponerme, porque sus mallas ajustadas abrazan su trasero perfectamente redondo, y esa es una imagen que no podré olvidar.

Mi polla tiembla. Usar pantalones deportivos cerca de ella es la idea más idiota que he tenido.

Me aclaro la garganta. “¿Cómo está?”

Mi voz la hace saltar.

—Dios mío, me has asustado. No te oí bajar las escaleras. —Se cruza de brazos sobre su camiseta holgada—. Está acostada, pero no duerme. ¿Deberíamos montarle un corralito? —Muy bien —le entrego la sudadera—. Toma, ponte esto. La calefacción tarda un poco en funcionar. Esta es una casa antigua.

Cuando se lo pone y veo que le llega hasta las rodillas, tengo que apartar la mirada. “Pero primero, déjame revisar esos rasguños. No tardaré mucho”.

Ella se sienta en el sofá, su rodilla roza la mía cuando me siento a su lado, y permanecemos en silencio mientras limpio cuidadosamente sus heridas. El calor de su mano se filtra en mis venas, iluminándome desde adentro.

“¿De verdad quieres adoptarla?”, pregunta de repente. “No parecías muy entusiasmado”.

“No sé si estoy preparada para cuidar de un perro”. *O de cualquier persona.* “Pero si la otra opción es enviarla a un refugio, yo...”

El miedo constante a ser trasladado de un hogar de acogida a otro, de no saber si el siguiente sería una pesadilla.

Las noches frías, las peleas, los gritos.

"No puedo."

Lila me mira con una mirada indescifrable. “Mis padres se mostraron muy firmes en su decisión de no querer tener otro perro después de que Rocket falleciera; fue difícil para todos. Si quieres, puedo preguntar y ver si alguien querría adoptarla en su lugar. No quiero que te sientas presionada si no estás segura. Es una decisión importante”.

"Me la quedo."

Mis palabras son definitivas mientras empujo mi trauma de nuevo a lo más profundo de mi alma.

No voy a dejar que esa cosita se quede sin un hogar como lo hice yo.

Dos horas después, el piso de abajo de mi casa se ha transformado en una guarida para cachorros: cuencos de comida y agua, una cama para perros, un corral, almohadillas de

entrenamiento y juguetes han ocupado todo el espacio. Warren se esforzó al máximo en la tienda de mascotas y no me enfadó.

Al principio, Ginny se mostró tímida a la hora de salir del transportín. Tardó más de quince minutos en salir y, cuando lo hizo, sus patas empezaron a deslizarse por el suelo de madera. Y juro que la risa de Lila mientras la observaba fue el sonido más hermoso que he oído en mi vida.

La cachorra olfateó sus manos, luego las mías, y poco a poco fue ganando confianza en su nuevo entorno. Después de algunos problemas con la comida y el baño, está roncando en su nueva cama mientras Lila y yo nos sentamos en el sofá, con bolsas de comida para llevar vacías sobre la mesa de café. Pero ninguna de las dos está prestando atención a la película que se reproduce en mi televisor porque seguramente Ginny desaparecerá en el aire si apartamos la mirada aunque sea por un milisegundo.

—¿Estás bien? —le pregunto con la voz ronca por no haber hablado en tanto tiempo.

“He estado mejor”, murmura.

Ella apoya su barbilla sobre sus rodillas, abrazando sus piernas mientras intenta ocultar sus labios temblorosos.

—Lila —comienzo con voz tranquila—. Háblame.

Pero no lo hace. Apenas parpadea y sus ojos llorosos no se apartan del cachorro.

A la mierda.

“Ven aquí.”

Le paso un brazo por los hombros y la acerco a mí. Ella se acerca voluntariamente y las lágrimas le resbalan libremente por las mejillas cuando la atraigo hacia mi pecho. Se abraza a mi torso y esconde la cara en mi sudadera con capucha, llorando en silencio.

—Déjalo salir todo —murmuro contra su cabeza—. Te tengo, ángel. Estoy aquí.

El apodo se me escapa y el corazón me da un vuelco. Pero entonces ella me abraza un poco más fuerte y aprieta su rostro contra el mío un poco más, como si aceptara en silencio que se siente demasiado bien como para retractarse.

—No sé por qué lloro. Es que... —hipa—. Es tan *pequeña*.

Mis dedos se enredan en su cabello, masajeando su cuero cabelludo. “Ella está bien. Estaba esperando que la encontráramos”.

“¿Qué pasa si su herida no se cura o algo así?”

La aparto con suavidad para mirarla a los ojos. Tal vez sea una señal muy evidente de que estoy perdiendo la cordura, pero le tomo la mejilla con la mano y le seco las lágrimas con el pulgar.

Sus labios carnosos se abren. Se ve tan hermosa ahora mismo. Me pregunto qué pasaría si la distancia entre nosotros desapareciera.

Si tomara su boca en la mía como mi corazón me ha estado rogando por mucho tiempo.

Pero mi cabeza es más ruidosa. Siempre lo es.

—Centrarse en el peor escenario posible nunca es una buena idea —le digo, parpadeando para alejar los pensamientos llenos de lujuria—. Afrontaremos las malas noticias si alguna vez llegan. Ahora mismo, quiero que pienses en cosas felices. Ginny está aquí con nosotros y está bien.

Ella deja escapar un suspiro tembloroso. “Tienes razón. Ha sido un día muy largo y no he podido dormir una noche entera en meses, así que...” Esa última frase hace que mis niveles

de preocupación se disparen de nuevo. “Probablemente solo necesite dormir para que se me pase esto, pero estoy tan ansiosa que probablemente no pueda”.

—¿Quieres que te muestre la habitación de invitados que hay arriba? —pregunto.

Mi corazón da un vuelco cuando ella niega con la cabeza. “Quiero estar cerca de ella. Y quiero quedarme contigo”.

Más tarde, cuando mi cabeza esté en el lugar correcto y recuerde todas las razones por las que esta es una idea terrible, me castigaré por lo que estoy haciendo. A punto de hacerlo. Ahora, simplemente agarro uno de los cojines decorativos del sofá y lo coloco en mi regazo. “Ven a acostarte”.

Lila no lo piensa dos veces antes de envolverse con más fuerza en la manta y apoyar la cabeza en la almohada. En mi regazo.

No lo dudo mientras mi mano encuentra su cabello, acariciando su cuero cabelludo suavemente una vez más.

Con el zumbido constante del televisor de fondo, la oscuridad de la habitación y mis dedos acariciando su cabello, su respiración se normaliza y se queda dormida en cuestión de minutos.

Y mientras la miro, me pregunto qué he hecho para merecerla en mi vida.

La película termina un rato después. A pesar de la calidez y la presencia tranquilizadora de Lila, no estoy cansado, así que pongo un documental histórico que milagrosamente aún no he visto.

No me distrae mucho porque mi cabeza está plagada de la visión de las lágrimas de Lila y los pensamientos abrumadores de hasta dónde llegaría para no volver a verla llorar nunca más.

Un rato después, un zumbido me acelera el pulso, pero no es mi teléfono el que suena, es el de ella. Lo ha dejado sobre la mesa de café antes, así que no tengo que moverme para leer el identificador de llamadas.

Mamá.

Maldigo internamente.

No ha dormido bien durante meses, así que lo último que quiero es despertarla. Pero ¿y si Grace la llama tan tarde por la noche porque ha habido una emergencia?

No estoy pensando con claridad mientras extiendo mi brazo para agarrar su teléfono, todavía sentado en el sofá pero maniobrando con cuidado para no despertarla, y presiono el botón verde.

—Gracias a Dios, Lila —Grace parece aliviada—. ¿Por qué no respondías nuestros mensajes? ¿Estás bien?

Respiro profundamente por la nariz. *Allá vamos.*

“Gracia.”

El silencio que me saluda desde el otro lado de la línea es ensordecedor.

—¿Reed? ¿Eres tú?

—Sí —no quiero saber qué puede estar pasando por su cabeza en este momento—. Lila está aquí. Está bien.

Ella suelta un sorprendido “Oh”. Luego dice: “¿Puedo preguntar por qué están juntos?”

No parece enfadada, lo cual es una pequeña bendición. No estoy segura de que hubiera tenido tanta suerte si Cal hubiera llamado a Lila.

“Es una larga historia”. Cuando no dice nada, lo tomo como una señal para continuar. “Hoy llevamos a los niños al parque y encontramos un cachorro herido. Lila y yo lo llevamos al veterinario y, afortunadamente, está bien. Pero, para resumir, ahora tengo un cachorro. Lila me está ayudando a entender todo esto de ser padre de un perro porque no puedo hacer nada”.

Más silencio.

Entonces ella responde: “Eso es... mucho”.

Dejé escapar un profundo suspiro. “Lo sé.”

“Estaba preocupada por Lila, por eso llamé. Nos dijo que volvería a casa antes de la cena, pero no respondió a nuestros mensajes. Cal puede recogerla en diez minutos”.

—No es una molestia —le digo. ¿Por qué no puedo hacer lo correcto y aprovechar la oportunidad que me está dando? Que Lila *no* duerma aquí sería lo correcto, una forma de enmendar mi error, pero la idea de no estar allí para ella cuando está molesta me consume—. Está durmiendo. Está bien.

—Está bien —suena insegura, pero no insiste—. Es una chica muy sensible; debe estar bastante molesta por el cachorro.

—Sí, lo es —respondo con sinceridad. De todos modos, no tiene sentido mentirle a Grace. Su intuición es tan aguda como una cuchilla—. Puedo despertarla si quieres hablar con ella.

—No, no. Está bien. Déjala dormir. Tengo la sensación de que no ha hecho mucho de eso últimamente. —Suspira preocupada—. Gracias por contestar el teléfono. Estábamos muy preocupados. Por favor, avísame cómo evoluciona el cachorro.

Lila se mueve en mi regazo, pero no se despierta. “Te mantendré informada”.

“Que pases una buena noche, Reed. Gracias por cuidar de nuestra hija”.

Mi estómago se encoge ante sus palabras.

Nuestra hija.

¿Cómo carajo me olvidé que Lila es *la hija de mi compañero de trabajo* ?

¿Que soy amigo de *sus dos padres* ?

Confían en que yo la cuidaré cuando esté vulnerable, que la guiaré como mentora en el centro juvenil. Sin embargo, aquí estoy, pensando en tomar su boca con la mía y mostrarle exactamente lo que ella me hace.

Ese pensamiento me basta para apartarme de ella, colocar a Lila con cuidado en el sofá y apretarla con la manta. Me siento en el sillón del otro extremo de la sala, lejos de ella, donde debería estar.

Me vendría bien recordar que Lila Callaghan está y estará siempre fuera de mi alcance.

CAPÍTULO 20

Lila

A La ansiedad me despierta el domingo. Estoy desorientada y sola en el sofá de Reed, y me toma unos segundos verlo leyendo al otro lado de la habitación.

—¿Qué hora es? —murmuro, echando un vistazo al corral de Ginny. Sigue roncando en su mullida cama, con un juguete que hace ruido a su lado. ¿Lo habrá dejado Reed ahí?

Deja el libro sobre la mesa de café. “Hora de comer”.

Mis ojos se abren de par en par. “¿Dormí tanto tiempo?”

Me da una pequeña sonrisa. “Claro que sí”. Su mirada se dirige a Ginny y no me pierdo la preocupación en su rostro.

Me resulta difícil conciliar esa inseguridad que tiene con su habitual confianza en sí mismo. Dijo que no tiene experiencia en el cuidado de perros, pero para un hombre como Reed (que, como he podido comprobar, es un solucionador de problemas por naturaleza) eso no debería ser un problema.

Debe haber algo más, algo que no me está contando. No es que tenga que hacerlo, por supuesto. Puede que nos estemos acercando, pero no somos... amigos. Al menos, no creo que debamos serlo, dada la dinámica de poder entre nosotros, sin importar lo *bien* que me sienta estar con él.

Cuando llegamos a casa anoche, no podía decidir qué imagen era más adorable: Ginny deslizándose por el pasillo o Reed siendo un padre helicóptero de cachorros. Y luego me quedé dormida en su regazo porque me encanta torturarme.

Gimiendo, me incorporo. Mi pulso se acelera cuando miro el teléfono y de repente recuerdo que anoche no fui a casa.

—Mierda —*murmuro*, y lo agarro rápidamente para enviarle un mensaje a mi madre—.

Soy una tonta. No les dije a mis padres que me iba a quedar en otro lugar. Deben estar muy preocupados.

—Tu mamá llamó anoche —dice Reed, haciendo que mi estómago se hunda por una razón completamente diferente.

Mis padres saben que pasé la noche con Reed. ¡Genial!

¿Puede esta situación ser más mortificante?

—Estás bien —me asegura, sin parecer asustado en absoluto—. Está bien, entonces. —

¿Tienes hambre? Puedo pedir algo para llevar.

Me trago los nervios. “Debería irme a casa. Tengo que trabajar en mi tesis”.

Porque ese pensamiento no es deprimente.

—Está bien. —Mira a Ginny y el cansancio en su rostro refleja el mío—. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer con ella mañana?

Frunzo el ceño. “¿Qué quieres decir?”

“Tengo que pasarme por mi laboratorio durante un par de horas”, dice. “Probablemente podría trabajar en casa el resto del día, pero luego tendría que dejarla para ir al centro juvenil”.

Ni siquiera lo pienso antes de cruzar otra línea invisible entre nosotros. —Podría cuidarla mañana mientras estás en el laboratorio —le ofrezco. Abre la boca, pero me adelanto—. De todos modos, iba a quedarme en casa o ir a la biblioteca. La cuidaré mientras trabajo.

Pero él ya está sacudiendo la cabeza: “No podrás concentrarte”.

“Ya casi termino mi tesis. Solo tengo que repasar todo. Me hará bien salir de casa. Además, trabajaré más rápido sabiendo que tengo un tiempo limitado antes de que se despierte o necesite algo. Vamos a probarlo”.

—No puedo dejar que hagas eso, Lila.

“Si no quieres que me quede en tu casa mientras no estás, lo entiendo”.

—No es eso —suspiró profundamente y se pasó la mano por el pelo—. Pero, ¿qué pasará pasado mañana? ¿Y todos los días siguientes? La *adopté*. No es una cachorrita que puedas cuidar.

—Bueno, ¿qué te parece esto? Mañana trabajo aquí mientras la cuido y por la tarde la llevamos al centro juvenil. Podemos instalar su corralito en tu oficina.

Cuando no dice nada, sigo: “Y mañana, veremos cómo cuidar a los perros”.

“¿Qué es eso?”

“Es básicamente como una guardería para niños, pero para perros”, le explico. “Pasará unas horas con otros perros (y supervisada por adiestradores profesionales, obviamente) mientras tú trabajas. Puedes recogerla cuando quieras. Creo que es bastante flexible. Podemos llamar a algunas guarderías para perros de la zona. Ya veremos cómo funciona”. Cuando Reed no responde, le envío un mensaje de texto a mi padre para preguntarle si puede venir a buscarme. Responde de inmediato.

—Mi papá viene —le digo a Reed.

“¿Aquí?”

“No, a la casa de los vecinos. Sí, aquí.”

“Sabelotodo.”

“¿Creí que era un criminal?”

“Sois ambos.”

Sacudo la cabeza con diversión y busco los zapatos que me quité antes de derrumbarnos en su sofá anoche. “¿Tienes alguna pregunta sobre cachorros antes de que me vaya? Quiero decir, puedes enviarme un mensaje de texto, pero siempre es más fácil explicar las cosas en persona”.

—Estaré bien. —No me suena tan bien. Por desgracia, si no quiere hablar, no lo obligaré.

Observamos a Ginny en silencio mientras pienso en lo que ha pasado entre nosotros en las últimas veinticuatro horas. Me besó la parte superior de la cabeza, luego me dejó dormir en su regazo mientras jugaba con mi cabello. Y nunca he estado más confundida.

Tal vez sólo se siente un poco responsable de mi bienestar porque soy la hija de sus amigos, pero el lado esperanzado de mí no puede evitar preguntarse si es algo más.

Si su corazón late un poco más rápido de lo normal cuando me mira, igual que el mío cuando lo miro.

Unos momentos después, suena mi teléfono: “Mi papá está afuera”.

Él se para justo detrás de mí. “Déjame acompañarte hasta la puerta”.

Ambos tenemos cuidado de no despertar a Ginny, pero la pobre está tan cansada que no deja de roncar.

Estoy a punto de abrir la puerta principal cuando la enorme mano de Reed se mueve a mi alrededor y la cierra nuevamente.

Mi respiración se detiene.

“¿Caña?”

El calor de su cuerpo detrás del mío se cuela en mis huesos. Con su brazo sobre mi cabeza, envolviéndome entre su enorme cuerpo y la puerta, mi corazón salta de sorpresa y emoción.

Sus ojos parecen una tormenta furiosa cuando lo miro. Su mandíbula tiembla y, de repente, no hay suficiente aire en esta casa para que pueda respirar con normalidad.

Soy muy consciente de que mi padre está ahí afuera. También soy muy consciente de que Reed seguirá siendo mi supervisor durante un mes y medio más.

¿Pero sobre todo?

Soy consciente de la forma en que mi cuerpo responde a él. De cómo me hormigean los labios, de cómo revolotean las mariposas en mi estómago, de cómo se disipa la niebla en mi cabeza hasta que lo único que puedo ver es a él.

—No sé qué habría hecho sin ti —dice con voz áspera, con una intensidad casi insoportable en sus ojos. No sé qué significa, pero me gusta—. Gracias, Lila. Por todo.

—No fue nada. ¿Por qué susurro? ¿Quieres que la cuide mañana?

Su asentimiento es pequeño, inseguro. "Por favor".

"Bueno."

Lila, deja de susurrar.

Él se aleja lentamente y lo tomo como una señal para estallar esa extraña y seductora burbuja en la que nos encontramos constantemente.

—Te veré mañana —le digo, dándole una sonrisa que él no me devuelve.

Baja la barbilla una vez. "Envíame un mensaje cuando llegues a casa".

Luego me abre la puerta y deja entrar el aire frío de la tarde. Intento no morirme por dentro mientras me dirijo al auto de mi padre, pero lo hago un poco cuando le hace un gesto con la mano a Reed que está detrás de mí.

Son amigos desde mucho antes de que yo intercambiara una sola palabra con Reed. No es extraño que se reconozcan mutuamente.

Considerando lo que acaba de pasar, yo diría que sí lo es.

No ayuda que lo primero que me dice mi padre cuando me subo a su auto es: "Parece que estás pasando mucho tiempo con Reed últimamente".

Estoy oficialmente muerto por dentro.

—¿Qué se supone que significa eso? —No puedo obligarme a mirarlo mientras me abrocho el cinturón de seguridad y él se aleja.

"Solo una observación."

"¿Estás enojado conmigo?"

No parece enojado (mi padre rara vez se enoja, para empezar), pero hay un tono extraño en su voz que no me gusta.

—No estoy enfadado contigo, pequeña estrella —me tranquiliza—. Solo estoy preocupado. No quiero que te metas en problemas.

Su advertencia tácita hace que las mariposas en mi estómago desaparezcan de inmediato. Porque tiene razón.

Porque si alguien descubre que estoy pasando tiempo con mi supervisor de prácticas fuera del centro juvenil, en *su casa*, mi peor pesadilla se hará realidad.

Pero Ginny.

“Ayer encontramos un cachorro herido en el parque. Reed lo adoptó”, le explico.
“Simplemente lo estaba ayudando a adaptarse porque nunca había tenido un perro y estaba un poco asustado por todo el asunto”.

Mi padre me mira de reojo. —Sabes que no tengo ningún problema con Reed. Es un amigo. Lo que me preocupa es que sea tu superior. Ya sabes de qué tipo de problemas estoy hablando.

—Sí —murmuro, preguntándome si estaría bien si saltara del coche ahora mismo. Probablemente no—. Tendré cuidado.

El hecho de que mi padre haya expresado su preocupación probablemente debería disuadirme de querer pasar más tiempo con Reed fuera de nuestras obligaciones académicas, pero de repente me doy cuenta de que *sí* quiero hacerlo. Quiero ver a Ginny y quiero pasar tiempo con Reed.

Lo he evitado durante demasiado tiempo y finalmente me he dado cuenta de mi error. Me estaba perdiendo no solo a un profesional increíble que puede enseñarme un conocimiento infinito, sino también a un buen hombre que se preocupa por mí. Tal vez no de la misma manera en que yo estoy empezando a preocuparme por él, pero me hace sentir cómoda y capaz.

Me *gusta* estar cerca de él.

Por una vez en mi vida, la única voz que importa es la mía, y me dice que acercarse a Reed vale cada riesgo.

CAPÍTULO 21

Lila

A Un par de días después, todos mis intentos de centrarme en crear un esquema para el taller de educación sexual se van por la ventana.

La presión pesa sobre mí a medida que surgen las dudas sobre mí mismo. *¿Qué pasa si no soy lo suficientemente bueno para esto?*

No me puedo concentrar, aunque Haniyah me dijo que tendría que enviarle un primer borrador antes de fin de semana; de lo contrario, el taller no encajaría en mi horario de prácticas. Pero pasa una hora y solo he escrito tres puntos que ni siquiera tienen sentido. Mis pensamientos se dirigen a Ginny. Ayer ayudé a Reed a buscar una guardería para perros y encontramos una a solo cinco minutos del campus. Dudaba en dejarla allí durante tantas horas en un lugar lleno de extraños, pero me dijo que Ginny había hecho algunos amigos perrunos cuando fue a buscarla.

Lamentablemente, el lindo cachorro de Reed no es suficiente para hacerme sentir mejor hoy.

Mi cabeza empieza a latir con fuerza cuando alguien retira la silla que está a mi lado en la biblioteca.

—Hola, preciosa —susurra Karla, enviándome una sonrisa tranquilizadora—. *¿Tuviste un día difícil hoy?*

Como estamos en un rincón apartado de la biblioteca y no hay riesgo de que nos pillen hablando, dejé escapar un suspiro fuerte. "Eso sería un eufemismo. Dime que la tuya va mejor".

Ella coloca su computadora portátil junto a la mía. "No realmente. Estoy terminando un trabajo de investigación para presentarlo en la Youth Counseling Expo. Has oído hablar de ello, ¿verdad?"

Asiento. Es uno de los congresos más prestigiosos del mundo de la psicología; que me inviten como ponente sería un sueño hecho realidad. Sin embargo, mis trabajos no son lo suficientemente buenos, así que prefiero no decepcionarme con su rechazo.

"Están aceptando estudiantes de posgrado este año, ¿verdad?", pregunto.

—Sí, pero estoy teniendo problemas con este maldito artículo. —Se muerde el labio inferior, pensando—. *¿Crees que podrías pedirle al Dr. Abner que lo revise por mí? ¿Para ver si necesita mejoras?*

Dudo. "Está ocupado con su investigación, pero tal vez podrías enviarle un correo electrónico".

—Ah, vale —sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos—. De todos modos, *¿en qué estás trabajando?*

"Es, eh, una especie de taller para mi pasantía".

Aún no me resulta natural hablarle a la gente sobre mi pasantía con Reed, ni siquiera si se trata de Karla. En nuestros años de amistad, ella nunca me ha juzgado ni me ha hecho sentir que soy más o menos que los demás. No me trata de manera diferente por mis calificaciones u oportunidades académicas, y no pestañeó cuando le conté sobre la pasantía. Entonces, *¿por qué me siento tan nerviosa ahora?*

Karla se inclina para leer mi pantalla. El puñado de palabras escritas en ella, al menos.

—Vaya —abre los ojos como platos—. ¿Te dejan impartir talleres? Qué suerte. Mi supervisora de prácticas me ha puesto a revisar los informes del año pasado, como si eso me ayudara a aprender algo.

“¿Quizás puedas hablar con ella y pedirle que te asigne tareas más significativas?” Pero ella niega con la cabeza. “No importa. Solo quiero graduarme y seguir adelante”. En ese momento, algo me pica en la cabeza: “¿No solicitaste una pasantía de verano?” Si no recuerdo mal, Karla también iba a solicitar la pasantía en el campamento de verano que al final me perdí.

Baja la mirada y se estudia las uñas negras y desportilladas. “No lo entendí, así que...” —No lo sabía. —En realidad no lo sabía. Nunca volvió a mencionarlo y supuse que era porque había entrado, se lo había pasado genial y no quería que me sintiera mal. —Bueno, estoy segura de que tu pasantía mejorará pronto. Por lo menos, tendrás algo de experiencia que añadir a tu currículum.

—Sí, supongo. —Vuelve a mirar la pantalla de mi portátil—. ¿Cómo va trabajar con el doctor Abner? ¿Es tan inteligente como dicen?

Sus manos en mis caderas.

Mi cabeza en su regazo.

Sus labios en mi cabello.

Me aclaro la garganta y espero que mis mejillas no estén rojas.

“Es genial”, le dedico una sonrisa que espero que no tenga nada de nervios. “Sus comentarios son invaluable y los niños lo adoran. Verlo en acción es algo de otro mundo”.

Ella me devuelve la sonrisa. “Tienes mucha suerte de trabajar con él”.

No sé qué decir, así que me concentro en mi portátil. “¿Entonces tu trabajo no va bien?”

Ella deja escapar un largo suspiro. “He redactado la sección de metodología como seis veces. Estoy a punto de rendirme y tomarme un té”.

Mi teléfono vibra y echo un vistazo rápido por si acaso es Reed con noticias sobre Ginny.

“Puedo leerlo rápidamente si quieres...”

Su mensaje aparece en mi pantalla, la última persona que pensé que se comunicaría conmigo o de la que quería saber nada, y el aire sale de mis pulmones. No porque esté extasiada de que se haya comunicado conmigo, sino porque ¿*qué diablos*?

“¿Estás bien?”

Soy consciente de que no he terminado la frase. Que Karla está esperando a que recuerde cómo volver a unir las palabras. Que probablemente piensa que algo anda mal conmigo.

Que...

—Estás pálida ahora mismo. ¿Necesitas un poco de agua?

Trago saliva, preguntándome quién podría estar pasándose el mejor momento de su vida con mi muñeco vudú en este momento.

—Soy... —comienzo, pero no sé cómo terminar.

Mis dedos se aprietan alrededor de mi teléfono, como si intentara romperlo para que no tenga forma de comunicarse conmigo nuevamente.

El fuego en mi estómago vuelve a arder. Estoy aquí para trabajar duro, para hacer realidad la carrera de mis sueños, no para entretener a tramposos.

—Lo siento —dije finalmente—. Estoy teniendo una semana rara.

—Lo entiendo. —Me hace un gesto con la mano—. Avisame si necesitas algo. Iré a la cafetería en un momento.

Le hago un pequeño gesto con la cabeza a Karla y, sin decir palabra, vuelvo al esquema que definitivamente no voy a terminar hoy. Pero no sin antes guardar mi teléfono en el bolsillo más profundo de mi mochila, mientras le ruego que baje mi nivel de pánico.

Debo estar soñando.

Porque no hay forma de que Oliver, mi ex novio con quien no he hablado ni sabido nada en casi un año, me haya enviado un mensaje de texto.

Oliver: Lila, tenemos que hablar. Lo antes posible. Lo digo en serio.

Me va a demandar. No hay manera de que no lo haga.

¿Por qué si no, me enviaría un mensaje de texto de la nada tantos meses después de nuestra ruptura?

Mis padres me van a matar. Y eso ni siquiera es lo peor. Porque claro, la idea de decepcionar a la gente... Quien más me ama en este mundo se siente como un puñetazo en el estómago, pero si Oliver me demanda, podrían expulsarme *de mi MA*.

Expulsado de la Universidad de Warlington.

A tres meses de graduarme.

Pasaron veinte minutos más y quedó claro que hoy no iba a poder trabajar. Con una incómoda pesadez en el pecho, me despedí de Karla, me encierro en el baño más cercano al final del pasillo y practico mis técnicas de respiración durante lo que parecen horas.

No funciona

Caña

Lila está ansiosa hoy. Me di cuenta de que no estaba actuando como siempre desde el momento en que entró a mi oficina en el centro juvenil hace un par de horas, pero no presioné.

Ahora quiero.

Se muerde el labio inferior nerviosamente y no deja de darle vueltas al colgante de flores que lleva alrededor del cuello. No creo que se dé cuenta de cuántas veces ha suspirado desde que se sentó en el escritorio frente al mío.

“¿Estás bien?”, le pregunto cuando ya no aguanto más. “¿Necesitas ayuda con tu esquema?”

Deja de morderse el labio y me mira. “¿Qué? No, estoy bien”.

La miro con seriedad y le digo: "Se nota que estás preocupada por algo".

"No es nada."

—Lila.

Ella se encoge de hombros con cansancio y su mirada vuelve a caer sobre la pantalla.

Muy bien.

—Entonces, dormirás en mi regazo, pero decirme qué es lo que te preocupa es el límite.

Eso llama su atención.

—Eso no es justo —murmura ante mi atrevida afirmación.

—Dime qué te pasa, Lila, por favor. Quiero ayudarte si puedo.

Sus hombros suben y bajan con una respiración irregular y sus dedos se mueven hacia el colgante de flores que rodea su delicado cuello nuevamente. *Deja de mirar su maldito cuello.*

“Oliver me envió un mensaje de texto. Mi ex.”

Mi cuerpo se congela.

Su ex.

El cabrón que la engañó.

—No quiero volver con él, *obviamente* —se apresura a añadir, ajena a la tensión y al alivio que encierran mi cuerpo en una prisión abrumadora.

Tensión porque no quiero que ese chico respire en su dirección, como tampoco quiero que me golpeen en la cara. Y alivio porque oír a Lila decir que no quiere volver a salir con él me produce una sensación de paz confusa que no tengo derecho a experimentar. De todos modos, me contengo porque soy un bastardo egoísta.

“Dijo que quería hablar conmigo, pero no sé qué podría querer. Me estresa mucho, además de todo lo que está pasando”.

Si la forma en que aprieta los labios hasta formar una fina línea es una indicación, no está compartiendo toda la historia. Tiene derecho a guardarse todos los detalles que quiera, pero eso no significa que yo no pueda presionar un poco más. Especialmente cuando verla así me está matando.

—¿Qué más te estresa? —pregunto con voz suave.

—Simplesmente... todo, en realidad. —Sacude la cabeza y una ola rubia cae sobre su hombro

—. Todavía no he terminado mi tesis, y luego está el taller. Quiero hacer un buen trabajo para el “Tengo hijos, pero no sé si tengo lo que se necesita. Quiero graduarme este semestre y es solo que... la presión me está afectando”.

“Lo entiendo, pero estás en el camino correcto, el mismo que has seguido durante los últimos seis años. He visto tu expediente académico”.

Sus dedos se apartan del collar para colocar el mismo mechón de pelo largo detrás de la oreja perforada. “Eso no significa que esté a salvo. Todavía puedo suspender el máster”.

“No lo harás.”

“No lo sabes.”

—No vas a fracasar —repito—. Vas a lograr tu tesis porque tienes lo que se necesita. En cuanto al taller, te dije que trabajaríamos juntos en él. No me importa si el esquema que me envíes está desordenado. ¿Crees que mis primeros borradores son buenos? Porque son todo lo contrario.

El dolor en sus ojos me mata. “¿Dices eso porque realmente lo crees o porque trabajas con mi mamá?”

Pensé que había notado un ligero cambio en la actitud de Lila, por eso su pregunta me sorprende. Aunque, si lo pienso, volver a caer en los viejos hábitos cuando la vida se vuelve estresante no es algo inaudito; especialmente para personas como ella, que tienden a pensar demasiado y a preocuparse por escenarios improbables. Pero no tengo la capacidad de sentirme frustrada con ella; cuando se trata de Lila, solo quiero ser paciente.

“Hemos hablado de esto, ¿recuerdas? Tu madre te ha mencionado a lo largo de los años, pero, sin ofender, no me interesaba. Hablar de mi familia no es algo que me guste hacer, así que cuando otras personas hablan de la suya, tiendo a distraerme”.

No sé por qué le digo esto. Lo único que sé es que necesito que ella comprenda y que abrirme a ella no me resulta tan intimidante como a los demás.

“Un día, vi ese artículo que publicaste sobre el trauma infantil. Tu madre lo compartió y le di clic”. Sus ojos Quédate encerrado en el mío. “Fue una maldita obra maestra. No podía entender cómo una mente tan joven era ya tan brillante”.

Sus mejillas se sonrojaron. “No fue gran cosa”.

Por la forma en que lo dice, sé que no está buscando cumplidos ni jugando a ser humilde. Y es precisamente por eso que me preocupa.

Pero decido guardar esa conversación para otro día.

—Nos habíamos visto un par de veces antes de la entrega de premios, tú y yo —continúo—, pero no éramos amigos. Así que sí, hablé contigo esa noche porque tu madre me lo pidió. Quería hacerlo, no me malinterpretes. Pero ofrecerte la pasantía fue algo totalmente personal. No iba a hacerlo hasta que mencionaste esa otra pasantía a la que no te postulaste. Tus padres no tuvieron nada que ver con eso. ¿Por qué estás plantando todas estas ideas en tu propia cabeza cuando sabes la verdad?

No esperaba sus siguientes palabras.

“Porque me he convencido de que no merezco esto”.

El silencio se extiende entre nosotros mientras lucho contra el impulso de atraerla hacia mi pecho, tal como lo hice aquella noche en mi sofá.

Me recuesto en mi silla, que cruje con mi peso. “¿Qué es lo que crees que no mereces?”

“Todo esto. Estar aquí. Ocupar el lugar de otra persona. Haber sido aceptada en mi maestría. Conseguir la pasantía cuando me comporté de manera tan inmadura. Ser consejera juvenil”.

“¿Por qué te sientes así?”

“¿Por qué no debería hacerlo?”, se cruza de brazos. Un escudo. “Crecí en una familia amorosa, ya conoces a mis padres. Vivíamos cómodamente y teníamos acceso a atención médica, educación y todo lo demás. La mayoría de los niños que necesitan terapia no crecen con esos lujos. Puede que sea buena dando terapia, pero siento que no tengo lo que se necesita para ayudarlos *de verdad* porque, sin importar cuánta empatía tenga, no sé cómo es estar en su lugar.

“Y luego, ¿qué pasó con mi ex? Debería haber manejado las cosas de otra manera, como la adulta que se supone que soy. Pero en cambio perdí la cabeza y no puedo superarlo sin importar cuánto tiempo haya pasado. Me consume la culpa porque no se lo he contado a mis padres; me da mucha vergüenza hacerlo. Estarían muy decepcionados de mí porque la Lila de hace dos años nunca hubiera hecho nada de esto. Yo no... ya no sé quién soy y eso me asusta. ¿Por qué estoy recibiendo todas estas grandes oportunidades en la vida cuando soy un desastre?”

Su respiración es irregular, agitada, y sus ojos vidriosos son una puerta abierta a la agitación que azota su interior.

Y odio cada maldito segundo de ello.

Porque ella está equivocada.

“Te estás perdiendo un aspecto clave, Lila: tus decisiones y errores pasados no te definen. No cuando aprendes de ellos”.

Su garganta se abre y traga saliva mientras una lágrima cae por su mejilla. Se la seca inmediatamente.

“Tus padres comprenderán lo que hiciste, incluso si no están de acuerdo con tus decisiones. Te aman, y eso no va a cambiar solo porque hayas pinchado la rueda de un tramposo”, continúo. “Sentirse culpable por las oportunidades que tienes no es algo poco común. Preguntarte: ‘¿Por qué yo y no literalmente cualquier otra persona?’ cuando te sucede algo bueno o malo es una reacción normal, pero también muy improductiva”.

Lo que no le digo es que lo sabría.

Lo que no digo en voz alta es que, todavía hoy, me pregunto por qué tuve que crecer con padres abusivos.

¿Por qué nunca me adoptaron?

Por qué, entre miles de niños adoptivos que sueñan con ir a la universidad, yo fui uno de los pocos que superó las probabilidades y se graduó.

Por qué me hice un nombre cuando otros no tuvieron la oportunidad de hacerlo.

—No sé cómo parar —murmura tan entrecortadamente que necesito todas mis fuerzas para no abrazarla—. No tengo derecho a quejarme porque tengo una buena vida. Estoy muy agradecida por mi familia, por mi buena salud y por todo lo demás. Me siento como... no sé. Como si no hubiera *hecho* nada para merecer esta vida. Me la dieron. Perdí amigos en la escuela porque me acusaban de pensar que era mejor que los demás cuando *nunca me había* sentido así, pero tal vez... tal vez soy una persona egoísta, en el fondo. Tal vez no puedo ver mi verdadera yo, la verdadera Lila que otros quieren derribar algunos cimientos por una buena razón.

La crudeza de sus dolorosas palabras me abre el pecho.

—Tuviste suerte de nacer en tu familia, claro, pero nadie elige en qué familia nacer —le digo en voz baja—. Tus padres lucharon mucho para asegurarse de que tuvieras una vida feliz y fácil. Estoy segura de que harás todo lo posible para garantizar que tus futuros hijos se enfrenten al menor sufrimiento posible. Eso es lo que deberíamos hacer por las generaciones futuras.

Me digo a mí misma que la idea de que Lila tenga hijos con un hombre imaginario no me hace querer arrancarle esa cabeza imaginaria.

Estoy perdiendo la cabeza.

“Y como dije, un error del pasado no te define. Es evidente que te sientes terrible por lo que hiciste, pero también te has castigado lo suficiente. No dejes que los demás te definan. Lila, eres una de las personas más desinteresadas que conozco. Por lejos”.

"No soy..."

—Empezaste a trabajar como voluntaria en el comedor social a los trece años —le recuerdo, recordando su currículum para la solicitud de pasantía—. También ayudaste en el refugio de mujeres, en el refugio de animales y ahora aquí. Eso es más experiencia de voluntariado en diez años de la que la mayoría de las personas consiguen en toda su vida, incluyéndome a mí.

Sus ojos se encuentran con los míos otra vez, inocentes y vulnerables. “No necesito que me elogies por ello. Lo hice porque me sentí llamado a hacerlo”.

—Lo sé. Solo te estoy recordando que estás haciendo un trabajo extraordinario ayudando a las personas necesitadas. No eres una persona terrible por lo que le hiciste a tu ex, sin importar lo fuera de lo común que haya sido. A veces no podemos controlar nuestras emociones, pero sí podemos *controlar* cómo lidiamos con las consecuencias. No tienes que sufrir en la vida para obtener cosas buenas, Lila. Así no es como funciona. Eres increíble en lo que haces y los niños te aman. Tu altruismo y tu buen corazón están haciendo que el mundo sea un lugar menos horrible. Nunca dejes que nadie te diga lo contrario.

“Y ni siquiera se trata de tu trabajo voluntario. Eres una alegría para todos los que te rodean. No importa con quién estés tratando, siempre les ofreces amabilidad y paciencia.

Nos ofreces ... No estabas hablando con una pared ese día en mi oficina después de la pelea de Cameron y Sean. Yo estaba aquí, escuchando cada palabra. Los usaste para mantenerte a flote durante un momento difícil porque eso es lo que haces, Lila. Haces que todo sea mejor simplemente siendo tú”.

Ella se muerde el labio inferior, esos ojos vidriosos nunca se apartan de los míos.

“¿De verdad lo dices en serio?” susurra.

“Cada palabra.”

El silencio se extiende entre nosotros hasta que ella lo rompe de la forma más inesperada.

“Quizás esto sea totalmente inapropiado, pero realmente quiero darte un abrazo”.

No lo pienso antes de asentir.

Ella cruza la distancia entre nuestros escritorios. No tengo la oportunidad de levantarme de mi silla antes de que su cuerpo se estrelle contra el mío, sus brazos envolviendo mi cuello en un abrazo que me permite *respirar de verdad* por primera vez en mi maldita vida.

Mis brazos se cierran alrededor de su cintura por voluntad propia, cerrando el espacio entre nosotros porque, de repente, si un trozo de papel encajara entre nuestros cuerpos, el espacio sería demasiado grande.

En ese momento, rodeado de su calor y su dulce aroma, todo desaparece.

No me importa si alguien entra y nos ve así.

Tenerla en mis brazos vale cada riesgo.

Cuando ella se aleja, demasiado pronto, la suavidad en su hermoso rostro mientras me mira me mata.

—¿Cómo es que siempre tienes las palabras adecuadas para tranquilizarme? —Sus dedos rozan mi cuello—. ¿Quién *te* calma, Reed?

Tú, ángel, me mantienes en calma.

Pero no digo nada, porque por una vez no creo estar cometiendo un gran error mientras una de mis manos recorre toda su columna vertebral, lo que me hace sentir un delicioso escalofrío.

Por una vez, no pienso en las consecuencias de preguntarme cómo sería tenerla en mi regazo, con sus piernas alrededor de mis caderas, y mostrarle lo loco que me hace sentir.

Por una vez, cruzar la línea prohibida entre nosotros no parece una mala idea en absoluto.

Suena como el destino.

Y sospecho que ella también lo siente cuando su pulgar empieza a acariciar la piel desnuda de mi cuello, cuando esos suaves labios se separan y su respiración se acelera.

La necesito.

Y quiero que ella también me necesite.

—Reed... —susurra mi nombre, y nunca ha sonado tan jodidamente dulce.

Suavemente, apoyo mi frente contra la suya, nuestras narices rozándose porque nuestros labios no deberían hacerlo. Ella se acerca voluntariamente a mí cuando le doy un apretón en las caderas, y necesito hacer un gran esfuerzo para no bajarla a mi escritorio y devorar cada centímetro de su piel.

—¿Sientes lo mismo? —pregunta ella con la voz cargada de calor—. ¿Esta atracción entre nosotros?

Joder, sí.

—No deberíamos —digo con voz áspera—. Soy tu supervisor.

Pero mi cuerpo no escucha a mi cerebro mientras mi boca se acerca a la suya.

Y entonces, todas mis inhibiciones se hacen añicos cuando sus labios rozan los míos.

Suaves, cariñosos, dolorosamente fugaces.

Gimo ante el roce que parece una pluma cuando ella se aparta. Me está provocando y yo estoy más que feliz de jugar el juego. Mis manos se aprietan sobre su cuerpo, la situación detrás de mi cierre se agrava con cada segundo.

Estoy a punto de sentarla en mi regazo cuando un golpe en la puerta de mi oficina nos hace alejarnos como si estuviéramos en llamas.

Los ojos de Lila se abren de par en par al mirarme, su pecho sube y baja con respiraciones pesadas, sus mejillas están de un rojo brillante.

¿Qué carajo acabamos de hacer?

“Siéntate en tu escritorio”, le ordeno rápidamente mientras trato de ordenar la tienda de campaña en mis pantalones antes de que la situación empeore aún más.

Casi besé a mi becaria. Nuestros labios se rozaron. Estaba a punto de sentar a la hija de mis amigos en mi regazo como un idiota. Maldita sea.

Lila se sienta en un tiempo récord y simula que trabaja de nuevo con su portátil. Me aclaro la garganta y grito: «Pasa».

Haniyah entra en mi oficina con su habitual sonrisa amable, completamente ajena a la escena acalorada en la que casi se mete. “Reed, Lila. Veo que están trabajando duro”.

Lila me mira como si quisiera que la tierra se la tragara en ese momento. Comparto ese sentimiento.

Han empieza a hablar de una reunión próxima, pero no puedo concentrarme en absoluto. No cuando Lila y yo acabamos de cruzar una línea de la que nunca volveremos.

¿Y lo peor? No puedo arrepentirme de ello.

CAPÍTULO 22

Caña

yoLas últimas cuatro semanas han sido las más confusas de toda mi vida.

Hace una semana cumplí treinta y seis años y me sorprendieron con pastelitos en el centro juvenil. Lila le puso un sombrero de cumpleaños a Ginny, lo que casi me hizo hacer algo extremadamente estúpido.

Como besarla.

Como si no hubiera cruzado ya esa línea, aunque solo fue un picotazo. Ni siquiera eso, técnicamente.

Aun así, me he propuesto volver a trazar la línea que nos separa durante el último mes y mantener las cosas estrictamente profesionales. Sin embargo, no me atrevo a levantar un muro.

Estar cerca de Lila es como buscar la felicidad: te deleitas en ella, dejas que se filtre en tu piel y, cuando ya has tenido demasiado, empiezas a preguntarte si la cuerda está a punto de romperse.

El sonido de un pequeño bostezo me devuelve al momento presente. Levanto la cabeza de golpe y veo a Ginny estirándose en su cama dentro del corral antes de volver a acurrucarse para dormir. Ha crecido un poco en el último mes, pero el veterinario no cree que crezca mucho más.

Mi silla de oficina cruje bajo mi peso mientras me levanto para ver cómo está por millonésima vez esta tarde. Pero la cachorra está bien; su cola se ha curado por completo y todavía no la he lastimado.

Pero lo haré .

Agarro el archivo de mi escritorio y le echo un último vistazo a Ginny antes de aventurarme por el pasillo para dejarlo en la oficina de Hanayah. Ella no está allí, así que dejo el archivo en su escritorio y me dirijo a la sala común. Estoy examinando la habitación en busca de Han cuando siento un pequeño tirón en mis pantalones. —Reed.

—Hola, Ike —le sonrío con naturalidad—. ¿Necesitas algo?

“Creo que Lili está enferma.”

Lili . Así llama a Lila.

Busco frenéticamente en la sala común hasta que la localizo. Está en una de las mesas con Melody y Vera. Incluso desde la distancia, puedo ver las ojeras bajo sus ojos.

—Gracias por decírmelo, Ike. ¿Necesitas algo?

Sacude la cabeza con vigor. “No, solo quería contarte sobre Lili”.

“Voy a ver cómo está, pero ¿quieres que te acompañe a algún lado primero?”

—Estaba jugando con Jordan allí. —Señala a su amigo sentado en el suelo a unos metros de distancia, con bloques de construcción esparcidos a su alrededor—. Voy a ir con él otra vez. ¿Prometes cuidar de Lili?

—Siempre —le digo con firmeza, esperando que note la honestidad en mi voz—. No te preocupes por eso.

Finalmente asiente, convencido, antes de regresar con su amigo y sus ladrillos para construir.

Ningún otro niño me detiene mientras me dirijo a la mesa de Lila. Las dos niñas a su lado están haciendo pulseras de cuentas y charlando entre ellas, pero ella parece no estar

presente. Con la mirada perdida en algún lugar de la mesa y los brazos cruzados sobre el pecho, no se da cuenta de que me acerco hasta que Melody pregunta: "Oye, Reed. ¿Quieres una pulsera con nuestros nombres?"

Le dedico una sonrisa relajada a la hermana de Cameron. "Por supuesto."

"¿Qué colores?"

Mis ojos recorren la mesa, donde hay una gran variedad de cuentas de colores ordenadas en diferentes recipientes de plástico. "Me gusta el rojo".

—Puedes hacer ese, Vera —me ofrece Melody antes de volverse hacia mí—. ¿Te gustaría uno azul también? Con un dije de carita sonriente.

—¡Oh, oh! —interviene Vera, con sus grandes ojos marrones suplicantes—. ¿Te gustan las estrellas, Reed? ¿Puedo poner estrellas en las mías, por favor? Las doradas.

Mi boca se curva ante su entusiasmo. "Me encantan las caritas sonrientes y las estrellas. Gracias, chicas". Cuando vuelven a sus pulseras, me vuelvo hacia Lila. "¿Todo bien? Ike me dijo que estabas enferma".

—No estoy enferma —me dice, estirando el cuello para mirarme. Parece desconcertada, probablemente porque me he propuesto no hablar con ella de nada que no fuera su pasantía en el último mes. Es un intento de recuperar esa sensación de normalidad entre nosotras. Se aclara la garganta—. Solo me siento un poco cansada.

"¿Aún no duermes bien?"

—Podrías decirlo así —murmura, dirigiendo su atención de nuevo a la mesa—. Gracias por estar pendiente de mí.

Un claro despido que no me convence, no cuando ella luce así. Hermosa, porque Lila es hermosa, pero su chispa habitual se ha ido. Y no la voy a permitir.

"Vuelvo enseguida."

Me dirijo a la máquina expendedora que hay en la entrada y compro una bolsa de patatas fritas. No es el tentempié más nutritivo que existe, pero la he visto comerlas un par de veces y, en este momento, solo quiero que coma para que se sienta mejor.

Las chicas todavía están trabajando en sus pulseras cuando regreso, y Lila no me mira hasta que mi sombra se alza sobre ella.

—Toma. —Coloco la bolsa arrugada frente a ella y miro a todas partes excepto a sus ojos. Sin embargo, no necesito mirarla para notar la voz entrecortada. "¿Qué...? Ah". Una pausa. "No tenías que hacerlo, pero gracias. En realidad tengo un poco de hambre".

—Aww —Melody apoya la barbilla en la mano mientras nos mira—. Qué dulce que le hayas traído un bocadillo. Ella nunca lo admitirá, pero hoy está un poco malhumorada.

"No estoy de mal humor", responde Lila mientras abre la bolsa y se mete una papa frita en la boca.

Sigo el movimiento y me concentro en sus labios como un bastardo enfermo.

Melody me mira con los ojos en blanco. "Te lo dije".

"No estoy *de mal humor*", repite sin sonar para nada convincente. "Estoy actuando con normalidad".

"Normalmente sonríes mucho y te burlas de mí porque estás pegado al teléfono todo el día. Hoy no lo has mencionado ni una vez. Así que sí, estás de mal humor. Pero está bien, te amamos de todos modos".

Vera asiente y tararea, sin apartar la mirada de la pulsera roja que está haciendo para mí.

Una sensación de calidez recorre mi pecho al pensar que Lila es tan popular entre los niños. Algunos voluntarios y pasantes nunca acaban de encajar con ellos, pero ella parece tenerlos a todos bajo su control.

—Y yo os quiero, chicos —dice con voz suave y emotiva—. Pero no me hagáis llorar, ¿vale? Ya me siento lo bastante sensible como estoy.

En mi cabeza suena una alarma silenciosa: “¿Por qué? ¿Alguien te dijo algo?”

No puedo leer la expresión de su rostro. “Está bien”.

Está bien, no estoy bien.

“Veo que no es solo cansancio. ¿Qué te pasa?”

—Nada...

"Estuvo mirando su teléfono toda la tarde", interviene Melody. "Y cada vez que lo hace, se pone aún más malhumorada".

—¡Melodía! —Lila se sonroja.

¿Su ex la está molestando otra vez? ¿Tal vez volvieron a estar juntos?

Su vida amorosa no es asunto mío.

—Parece preocupado, Li. Sólo intento ayudar —dice la niña.

—Lo agradezco, pero está bien. De verdad. Todo está bien —insiste antes de terminar sus papas fritas. Era una bolsa pequeña; probablemente debería comprarle otra—. Son solo... cosas.

Cosa.

—Hablemos en mi oficina —sugiero.

Melody gime. “Pero queremos los chismes”.

—No se hable de chismes —les digo a las chicas—. Necesito hablar con Lila sobre su pasantía.

"Aburrido."

Lila le saca la lengua a Melody. "Vuelvo enseguida".

Nos dirigimos en silencio a mi oficina. Ginny se despierta con el sonido de la puerta al abrirse y mueve la cola con entusiasmo mientras Lila se agacha para recogerla.

—¿Estás siendo un buen cachorro con Reed, pequeño frijol? —le pregunta con una voz de bebé que no debería encontrar tan jodidamente adorable.

La única respuesta de Ginny es lamerle la cara, así que respondo por ella: “Le encanta estar aquí, rodeada de niños”.

Eso es cierto. No puedo pasar una tarde trabajando en mi oficina sin que al menos una docena de chicos llamen a mi puerta pidiendo verla.

Como duerme todo el día, también la he llevado a algunas de mis sesiones con Cameron, lo que planteó una situación interesante. Nunca lo había visto hablar tan suavemente como lo hace con Ginny, y le encanta el hecho de que le hayamos puesto el nombre que sugirió. Es cuidadoso cuando la acaricia y siempre pide permiso antes de levantarla. Las lecciones de boxeo a las que ha asistido con Warren y Liam deben estar dando sus frutos, porque no lo había visto tan relajado en mucho tiempo. Olvídate de eso, *nunca* ...

Lila vuelve a colocar a Ginny en el corral y ella se lanza directamente al ataque con su juguete favorito, una oveja de peluche, cortesía de Han.

No me ando con rodeos. “¿Qué es lo que tienes en el teléfono que te pone tan nervioso? ¿Es tu tesis? ¿Estás seguro de que no quieres que la mire?”

Lleva un par de semanas nerviosa, atando cabos sueltos antes de tener que entregar su tesis. Le ofrecí darle una última ronda de comentarios, pero se negó de inmediato. Al parecer, no me permiten leerla hasta que la haya defendido.

Ella niega con la cabeza, evitando mi mirada, lo que sólo me hace sentir más curiosidad. —Lila —comienzo—, sé que no hemos hablado mucho en las últimas semanas, pero si alguien o algo te molesta...

"Hoy voy a ver a mi ex", dice ella.

Mi respiración se detiene, seguida por mi corazón palpitando con fuerza.

Tengo cuidado de controlar mis rasgos y mantener mi voz tranquila mientras pregunto: "¿Por qué?"

La culpa en sus ojos se siente como un puñetazo en el estómago.

"Me ha estado enviando mensajes de texto sin parar durante el último mes, diciendo que tenemos que hablar, y ya no puedo ignorarlo más". Con cada palabra, me entierra más. "No quiero volver con él, pero siento que... no sé. Como si le debiera algo de mi tiempo por lo que hice".

"No lo haces."

Si nota mi tono duro no lo comenta.

—Yo sé que no, pero creo que esto también será como un cierre para mí —dice dejando escapar un suspiro tembloroso—. No me perdonó cuando me disculpé por lo del neumático y todavía me siento mal por eso. Tal vez lo haga ahora. Tal vez sea eso de lo que quiere hablar.

—No lo es. Intentaré volver contigo —digo, como si fuera asunto mío.

—No lo hará —parece segura de ello—. Lo dejé claro en mis mensajes. Tiene diez minutos para decirme lo que quiera. Después de eso, me voy.

Cruzo los brazos frente al pecho, mientras el órgano que hay en su interior late a un ritmo rápido e incómodo. "Sigo pensando que no es una buena idea".

—No recuerdo haberle pedido su opinión, doctor Abner.

Doctor Abner.

Así es como quiere abordar el asunto. Muy bien.

—Cuidado con el tono que usas cuando estoy conmigo, señorita Callaghan —le advierto, con una voz que destila autoridad, pero no ira—. Seguiré siendo tu supervisora durante otras dos semanas.

Ella arquea una ceja como si quisiera preguntar: Entonces, ¿por eso casi me arrojas sobre tu escritorio y me devoras?

—Quizás necesite un repaso —reflexiona. El fuego en su voz hace que mi pene se agite—. No recuerdo que 'dar opiniones no solicitadas sobre la vida amorosa de un estudiante' fuera parte de tus tareas como mi supervisora, pero tal vez me equivoque.

—En efecto, te equivocas. Eso estaba en la primera sección de nuestro acuerdo de prácticas.

—Está bien. Fue mi error —murmura, levantando los labios—. Si no necesita nada más, *doctor Abner*, me gustaría volver con las chicas.

El monstruo verde que hay dentro de mí hace temblar su jaula, exigiendo que lo liberen para poder quedarse conmigo. Pero ella tiene razón: no me pidió mi opinión y yo no tengo derecho a dársela.

No importa si me mata por dentro que ella vaya a hablar con su ex y potencialmente volver con él porque...

Mierda.

Porque me estoy enamorando de ella. De su mente, de su corazón, de su risa, de su tacto... de todo lo que es ella.

Y todo esto sólo acabará en desamor.

CAPÍTULO 23

Lila

yoEl penetrante olor a marihuana me golpea como una bofetada en la cara.

“Hola, entra.”

Oliver abre más la puerta y me permite ver claramente su apartamento. Solía vivir con dos amigos antes de que nos mudáramos juntos y parece que ha vuelto a vivir con nosotros.

Pero el apartamento está vacío ahora, lo cual es una pequeña bendición.

También se ve exactamente como lo recuerdo, incluso un año después: pequeño (lo cual está bien), ropa por todos lados (posiblemente sucia) y un olor extraño constante en el aire (lo cual no está bien).

—Puedes sentarte aquí —me ofrece Oliver, haciéndome lugar en el sofá.

Recoge una camiseta tirada y la arroja sobre un puf cercano. ¿Cómo se me ocurrió que irme a vivir con una persona tan desordenada era una buena idea?

No puedo evitar pensar en la casa de Reed: limpia, ordenada y con personalidad. Se siente como un hogar, mientras que este apartamento se siente como...

Deja de pensar en Reed.

Cierto. Debería.

Probablemente debería dejar de pensar en lo que pasó en su oficina también, porque no volverá a suceder.

Las cosas han estado más tensas en el último mes, aunque no incómodas. Está claro que está redefiniendo la línea entre nosotros, pero Eso no me impide pensar que sonó un poco celoso cuando mencioné que vendría aquí.

—¿De qué querías hablar? —pregunto, sin perder tiempo en palabras amables. No me siento porque no quiero darle a Oliver la impresión de que me quedaré más tiempo del estrictamente necesario.

Toma una bebida energética y bebe un trago antes de hablar. No está fumando ahora, pero el enrojecimiento de sus ojos, junto con el olor que hay aquí, me dice que debe haber dejado de fumar justo antes de que yo llegara.

—No me gusta cómo hemos dejado las cosas —dice, tomándome por sorpresa. Rompimos hace casi un año. ¿No había pensado en contactarme antes? —Pero estaba enojado contigo por lo del neumático. Creo que es comprensible.

—Me disculpé por eso —le recuerdo.

Todavía me siento un poco mal por ello, pero Reed tiene razón: no debería ser yo quien rogara por su perdón o que me pintaran como el malo cuando él fue quien me lastimó primero.

Oliver se encoge de hombros. “Aun así, no pude salir durante un mes. Es un fastidio tener que comprar un neumático nuevo y un cargador de teléfono de repente”.

¿Está intentando hacerme sentir mal ahora mismo? Claro, hice algo terrible, pero estoy cansada de castigarme por ello. Y él tampoco es exactamente un santo.

“Sabes, siempre me pareció gracioso que nunca tuvieras suficiente dinero para pagarme el alquiler, pero de alguna manera tu reserva de marihuana siempre estaba llena. Te hace pensar”.

—No quiero empezar una pelea, Lila.

—Entonces deja de ponerme a prueba.

Suspira. “Mira, sé que lo que hice no estuvo bien. Solo digo que lo del neumático fue un golpe bajo, sin mencionar el pescado que había en el cajón de mi ropa interior”.

“¿Me pediste que viniera solo para hacerme sentir mal por algo que pasó hace casi un año? ¿Algo por lo que me disculpé?”

Se pasa la mano por el pelo rubio. Parece más largo que la última vez que lo vi en el campus antes del verano. “Quería que habláramos porque lamento lo que hice”.

—Está bien —digo lentamente, sabiendo que aún no ha terminado.

Y sabiendo que tampoco me gustarán sus próximas palabras.

—Creo que deberíamos intentarlo de nuevo. Darle otra oportunidad. —*Oh, no, no, no.* —
Tengan otra primera cita, ¿sabes?

—Oliver... ¿Cómo puedo decir esto sin sonar como un completo idiota? —Me engañaste. Nunca podría volver a confiar en ti. Lo entiendes, ¿verdad?

—Tú *eres* la que no lo entiendes. —Dale otro trago a su bebida energética antes de clavarme su mirada enrojecida—. La cagué, Li, y lo siento. Pero estuvimos muy bien juntos y fue solo una cosa de una sola vez. Te lo prometo. No fue gran cosa y no volverá a suceder. Cuento hasta tres en mi cabeza antes de responder. “Es bueno que te disculpes por lo que hiciste, pero para mí *fue* un gran problema. Traicionaste mi confianza. E incluso después de tantos meses, no parece que entiendas la gravedad de lo que hiciste”.

—Cariño, escúchame...

—No me llames así —lo interrumpí—. Pensé que había dejado en claro en mis mensajes que no quería volver contigo. Si es por eso que me pediste que viniera, me iré ahora mismo. Lo siento, Oliver, pero me estás haciendo perder el tiempo ahora mismo. Tengo cosas que hacer.

“¿Cómo qué? ¿Cogerte a tu profesor?”

Todo mi cuerpo se bloquea en su lugar.

-¿Qué dijiste?-pregunto lentamente.

Porque *seguramente* no dijo eso precisamente.

Tranquila. Está hablando tonterías porque se siente rechazado.

Oliver se encoge de hombros y toma un porro liado de la mesa de café. “¿Crees que no lo reconocí? Trabaja con tu madre, ese tal Reed Abner. Profesor de psicología y todo eso. ¿Y ahora estás haciendo una pasantía con él? Qué conveniente”.

¿De dónde carajo sale esto?

Pero lo más importante es lo que pregunto: “¿Cómo sabes de mi pasantía?”

Se encoge de hombros otra vez. “Lo vi en las redes sociales. Tú y Reed se veían muy cariñosos en el parque”.

Sabía que Haniyah solía actualizar las páginas de redes sociales del centro juvenil con fotos de nuestros viajes y actividades, pero no tenía idea de que Oliver estuviera tan involucrado en mi vida después de la ruptura. Por alguna razón, esperaba que él se olvidara de mí incluso más rápido de lo que yo me olvidé de él.

Mientras estoy parada en medio de la desordenada sala de estar de mi exnovio, me doy cuenta de que esta es mi pesadilla hecha realidad. Que finalmente sucedió: alguien acaba de insinuar que me estoy acostando con un profesor y que lo usé para llegar a donde estoy hoy.

¿Y la verdad? El miedo no llega. La ansiedad tampoco.

Todo esto me parece patético.

—No me hagas acusaciones tan infundadas y estereotipadas solo porque no quiero que volvamos a estar juntos —le digo con la cabeza en alto. No me verá derrumbarme porque *no lo haré*—. Sabes de primera mano lo duro que trabajé antes de que Reed apareciera en escena. Si estás tratando de obligarme a darte una segunda oportunidad, lo cual no sucederá, este no es el camino.

—Da igual —murmura mientras enciende el porro y se lo lleva a la boca. El olor a hierba se intensifica mientras deja escapar una nube de humo—. Te acuestas con él, por eso no quieres acostarte conmigo. Lo entiendo, nena. No eres una infiel. Tu secreto está a salvo conmigo.

¿Dónde está la cámara oculta?

No, en serio. ¿Esto es una broma?

—Oliver —me pellizco el puente de la nariz—. No es que sea asunto tuyo, pero no me acuesto con nadie. Y, desde luego, no me acuesto con un profesor.

Que quiera o no es irrelevante para esta conversación.

—Tu secreto está a salvo conmigo —repite, ignorando cada palabra que acabo de decir—. Ten cuidado, ¿sí? Los rumores se propagan como un reguero de pólvora en el campus.

—Está bien. Me voy. —No puedo soportar más esta tontería. Me coloco la mochila más arriba en el hombro y miro alrededor de su apartamento una última vez—. Cuídate, Oliver. Y no vuelvas a contactarme.

Él no me mira, su mirada se pierde en la mesa de café mientras su porro arde. "Claro". Cuando no añade nada más, salgo por la puerta y no paro hasta estar en mi coche.

Entonces mi respiración se vuelve más pesada.

No porque piense que Oliver difundirá algún rumor sobre Reed y yo (le tiene demasiado miedo a mi padre para eso), sino porque estoy cansada.

Estoy harta de vivir dentro de la prisión que es mi cabeza, construida con ladrillos de inseguridades autoinfligidas. Ya he tenido suficiente.

Sé que no utilicé las conexiones de mis padres para conseguir mi pasantía ni ninguna otra oportunidad.

Sé que Reed me valora por mi arduo trabajo y no por mi familia.

Sé perfectamente que no me acostaré con él.

¿A quién le importa lo que piensen los demás?

Claro, nuestra relación puede no ser exactamente tradicional, y las líneas pueden haberse desdibujado una o dos veces, pero él no está usando su poder para sacarme algo. Me han criado para... Capta las señales de advertencia. Después de Oliver, nunca más volveré a pasar por alto una sola señal de alerta.

¿Y Reed? Me hace sentir que tengo algo que vale la pena ofrecer al mundo. Me ayudó a ver la luz dentro de mí, la que creía que se había extinguido hace mucho tiempo.

Mi conciencia está tranquila. No me siento culpable por nada de lo que le he hecho o dicho a Reed. Por eso tomo mi teléfono y no pienso dos veces en lo que estoy a punto de hacer, porque lo siento *bien*.

Y merezco empezar a hacer lo que me hace sentir bien en lugar de intentar complacer los sentimientos de todos menos los míos.

Yo: Tenías razón. Él quería volver a estar contigo (te escribí un mensaje de texto porque obviamente se trata de una emergencia).

Su respuesta llega sólo un minuto después.

Reed: Decirme que tengo razón siempre es una emergencia. Espero que hayas dicho que no.

Yo: ¿Qué pasa si digo que sí?

Giro mi collar, incapaz de controlar mis nervios. Parecía celoso antes y quiero poner a prueba mi teoría.

Reed: Eres demasiado inteligente para haber dicho que sí.

Yo: Mmm

Reed: No dijiste que sí, ¿verdad?

Yo: ¿Es esa preocupación sobre mi vida amorosa la que detecto, Dr. Abner?

Reed: Sí, lo es. Responde mi pregunta.

Yo: ¿Eres muy mandona? Ahora no quiero responder.

Reed: Lila...

Su frustración se filtra a través del teléfono y hace que las mariposas en mi estómago se vuelvan aún más salvajes.

Yo: dije que no. ¿Contento?

Reed: Mucho.

Yo: ¿Por qué?

Reed: Porque te mereces lo mejor, y él no lo es.

Pero eres tú, quiero enviarle un mensaje de texto.

No.

Yo: Nunca pude volver con él. Estaba muy drogado mientras hablábamos y dijo algunas cosas tontas.

Yo: Se merecía que le pincharan la rueda otra vez.

Reed: ¿Qué tonto eres? ¿Estás bien?

Yo: Todos sanos y salvos en mi coche.

Reed: Bien. Envíame un mensaje cuando llegues a casa.

Yo: lo haré :)

Enciendo el coche sin esperar más mensajes, pero justo cuando estoy a punto de ponerme en marcha, mi teléfono vuelve a vibrar.

Reed: No creas que me he olvidado de tu comentario sobre los neumáticos, pequeño delincuente. Tengo una nueva tarea para ti.

Yo: Uh-oh...

Reed: Vendrás a una lección de boxeo conmigo.

Mi corazón se detiene. Una lección de boxeo. Con Reed. En el gimnasio.

Mis palmas empiezan a sudar.

Yo: No estoy seguro de que sea una buena idea.

Reed: ¿Por qué no?

Yo: No quiero humillarte en público.

Reed: Ja. Prepárate el viernes.

Reed: ¿Suena bien?

Suena peligroso , escribo antes de borrar mi texto.

Toda mi vida he jugado a lo seguro. Tal vez sea hora de contener la respiración y lanzarme de una vez por todas.

Yo: suena bien

CAPÍTULO 24

Lila

"¿De nuevo en casa?"

Mariah me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

Para ser justos, las palabras que acaban de salir de mi boca no son exactamente normales. Le doy otro mordisco a mi sándwich. Esta mañana le envié un mensaje de texto a mi mejor amiga pidiéndole que nos tomemos un descanso urgente para almorzar. La recogí en el salón de tatuajes, con una máscara de calma y serenidad para que mi padre no sospechara que estaba enloqueciendo por dentro. Pero ahora que estamos los dos solos en un café a la vuelta de la esquina, me permito ser un poco más desordenada.

"Me pidió que lo acompañara a una clase de boxeo", repito, aunque sé que me escuchó la primera vez.

No la culpo por pensar que escuchó mal, de todos modos. Es *algo* inesperado.

Mariah me lanza su mirada característica. "Una lección de boxeo. Con tu supervisor de prácticas. Con quién estás criando a un cachorro. A quién *besaste*".

"Técnicamente no lo besé. Fue solo un roce rápido de labios".

"Eso es lo que significa besar".

La ignoro. "Y no somos *co-padres*, Riah. Dios mío". Aunque a veces Ginny se siente como mía. "Solo soy enseñándole a ser un buen padre de perro. No volvamos a tener esta conversación".

Durante el último mes, la he mantenido al tanto de todo lo relacionado con Ginny. Siempre me pide fotos y todo tipo de novedades, y nunca deja de preguntarme sobre *Puppy Daddy*. Las cosas que una chica tiene que soportar por su mejor amiga.

"Estamos teniendo esta conversación de nuevo", responde ella, "porque estamos hablando de tu supervisor. ¿Te das cuenta de que es el *único* hombre con el que no deberías involucrarte? ¿Qué pasó con tu plan de toda la vida de ignorarlo?"

—No lo sé. Es solo que... —Me tomo unos segundos para ordenar mis pensamientos confusos—. Ignorarlo *era* el plan. Pero luego me di cuenta de que me estaba enseñando muchas cosas y que me estaba comportando como una niña petulante, así que me dije a mí misma que comenzaría a acercarme un poco más. Me convencí de que el mundo no se acabaría si actuaba como una persona normal a su lado.

Riah tararea mientras bebe un sorbo de té helado. "Fue la decisión correcta. Solo digo que tal vez las líneas estén un poco borrosas ahora. Debes tener cuidado".

"Reed era parte de mi vida antes de convertirme en su pasante, de alguna manera. Y nos hemos visto en situaciones extrañas, como encontrar a Ginny, que nos unieron".

Ella frunce el ceño. "Pero Oliver dijo..."

—Oliver no sabe de lo que habla —interrumpo—. Sólo dice cosas porque se siente rechazado. No me voy a acostar con Reed.

"No te juzgaré si lo eres", dice mi mejor amiga. "Te creo si dices que no ha pasado nada entre ustedes aparte del *roce de labios*, pero si es así, quiero ser la primera en saberlo". Siento que mis mejillas se calientan. "No pasará nada más entre nosotros. Hemos estado manteniendo nuestra distancia durante los últimos semanas. Es como si el casi beso nunca hubiera sucedido, y estoy bien con eso".

Mentiroso.

—Ten cuidado —repite, tan seria que el sándwich empieza a darme vueltas en el estómago —. Bueno, ya basta de hablar de Reed. Tengo algo que decirte.

"¿Oh?"

"Por fin ha llegado el día: nuestros padres quieren jubilarse el año que viene".

Me congelo.

Retirarse .

Al año que viene.

No es que esperara que mi padre trabajara para siempre. ¿Ha sido tatuador durante los últimos treinta años? ¿Cuarenta? Mucha gente se sorprende cuando descubre que él y el tío Trey siguen trabajando después de tanto tiempo.

—¿Estás a punto de tener un colapso? —La voz de Mariah rompe la niebla en mi cerebro—. Porque lo entiendo. Esa fue exactamente mi reacción también.

—Es solo que... —niego con la cabeza—. Es *extraño* .

"Cuéntamelo."

"¿Qué va a pasar con Inkjection?"

Mi padre abrió el estudio hace unos treinta años y, con el tiempo, el tío Trey se convirtió en copropietario. Inkjection ha sido el estudio de tatuajes más popular de la ciudad durante décadas, tanto que los deportistas profesionales y las celebridades viajan hasta aquí solo para hacerse tatuajes en el cuerpo. Dudo que quieran cerrarlo y tirar todo eso a la basura, pero...

Mi mejor amiga se encoge de hombros. "No nos han dicho nada más. Me refiero al personal. Tal vez todavía estén decidiéndose".

Me sorprende que mi padre no me haya contado esto personalmente, pero lo entiendo. El maniático del control que hay en mí odia los cambios, y supongo que no quiere molestarme antes de tener una idea clara de lo que quiere hacer. quiere hacerlo. Pero *definitivamente* hablaré con él sobre esto la próxima vez que nos veamos.

Que ya no sea tatuador no es el fin del mundo, pero parece el fin de un capítulo. Y así el peso en mi estómago se hace un poco más pesado.

"¿Estás seguro de que está bien?"

Echo un vistazo a la pequeña oficina de Liam en el gimnasio, donde actualmente está instalado el corral de Ginny.

—No me pierdas de vista, pequeño criminal —la voz profunda de Reed me provoca escalofríos—. No saldrás de este gimnasio sin saber cómo dar un puñetazo.

Pongo los ojos en blanco y le digo: "¿Puedes recordarme otra vez por qué estoy aquí en primer lugar?"

No es que me esté quejando. Liam y Warren me han dado una cálida bienvenida desde que puse un pie en su gimnasio. Y Reed...

Digamos que el tamaño de sus bíceps desnudos quedará grabado para siempre en mi cerebro, lo que es al mismo tiempo una bendición y una maldición.

—Porque necesitas una salida para todo ese estrés acumulado —dice, con ese cuerpo poderoso elevándose sobre mí—. ¿Has visto lo tranquilo que está Cameron últimamente? Gracias al boxeo.

Eso es cierto. Cameron no deja de hablar de lo mucho que le encanta el boxeo y de lo mucho que espera con ansias sus lecciones.

“No tienes que volver si no te gusta”, añade Reed.

—Está bien —conuerdo, aunque sólo sea porque él siempre parece saber lo que es bueno para mí.

No es de extrañar que me sintiera tan ansiosa todo el tiempo cuando no dormía lo suficiente o no comía de forma equilibrada. Estoy haciendo un esfuerzo por acostarme más temprano, comer al menos tres comidas completas al día y pasar algún tiempo al aire libre. Por ahora, parece que es suficiente.

Me pasa los envoltorios de algodón y comienza a doblarlos alrededor de su mano, instruyéndome cómo hacerlo. Su mano fuerte y el recuerdo de cómo se siente contra mi piel son suficientes para distraerme tres veces, que es la cantidad de veces que tiene que comenzar de nuevo porque no estoy prestando atención.

Cuando de alguna manera logro colocarme el envoltorio correctamente en la mano izquierda, ya estoy exhausto.

“¿Me haces el favor de tocarme la otra mano?” No tengo reparos en rogarle que lo haga. Me lanza una mirada: “Eres capaz de hacerlo tú mismo”.

Le pestañeo y le digo: “Yo también he tenido un día muy largo y me gustaría que me mimaran un poco”.

Él suelta una risa inesperada. “Está bien. Ven aquí”.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando su mano se traga la mía, mucho más pequeña. Se toma su tiempo para envolverla, ¿y qué pasa si no quiero que termine solo para seguir sintiendo su calor?

Lo hace en silencio, pero no estoico. Parece estar de mejor humor hoy, por eso le pregunto: “Entonces, ¿qué te llevó a boxear?”

Siento que su tacto se tensa por un segundo antes de volver a la normalidad.

“Tuve mi primera lección cuando tenía la edad de Cameron”, explica.

Espero que dé más detalles, pero no lo hace, lo que me intriga aún más.

—Eso no responde a mi pregunta —le bromeo.

No soy tonta. Hay algo sobre el pasado de Reed que no me cuenta. No es que tenga que hacerlo. Es solo que le he contado tanto sobre mis propios miedos e inseguridades (y él me ha apoyado mucho) que pensé...

Reed no me debe nada. Y probablemente sea mejor que no nos acerquemos más, aunque no me parece bien que nos alejemos de nuestra posible amistad.

“Yo era un niño iracundo, hasta que empecé a boxear”.

Reed es uno de los hombres más relajados que conozco, por eso su admisión me sorprende. —¿Es por eso que querías ayudar tanto a Cameron?

Termina de envolver las bandas alrededor de mi mano y da un paso atrás.

“Quiero ayudar a todos los niños por igual, pero a veces me veo reflejado en Cameron”, se aclara la garganta. “Empecemos”.

Durante los siguientes cincuenta minutos, trato de convencerme de que Reed no... Quieren matarme, nada podría haberme preparado para *sentir* lo poco en forma que estoy. El sudor se acumula en cada grieta de mi cuerpo y mis pulmones luchan por tomar una simple bocanada de aire.

“Es normal quedarse sin aliento si no has hecho ejercicio durante un tiempo”, me asegura cuando casi me desmayo después de los calentamientos. *Calentamientos* .

Mi madre y mi tía han practicado ballet toda su vida, pero nunca me ha llamado la atención. A pesar de que mi madre era profesora de ballet a tiempo parcial cuando yo era pequeña, nunca me obligó a asistir a una de sus clases porque sabía que no era lo mío. Practiqué todo tipo de deportes durante mi infancia (voleibol, natación, patinaje sobre hielo), pero desde que empecé la universidad no he tenido tiempo para volver a hacer ejercicio.

Así que, aunque a los veinte minutos ya estoy sin aliento (¿quién hubiera dicho que dar puñetazos sería tan agotador?), admito que he echado de menos salir de casa para hacer algo más que estudiar. Soy más fuerte de lo que pensaba y mentiría si dijera que no me pongo contenta con las sonrisas de aprobación de Reed cuando mi técnica mejora.

No es de extrañar que Reed tuviera razón una vez más: cuando terminamos la lección, mis niveles de estrés se han reducido considerablemente. Siento el pecho más ligero, a pesar de tener que volver a aprender a respirar con normalidad.

Después de que Warren se une a nosotros para algunos ejercicios de enfriamiento, me apresuro a quitarme las bandas de las manos y voy a buscar a Ginny en la oficina de Liam. —Hola, nena —la arrullo mientras ella empieza a gemir y a menear la cola cuando me ve. No pierde tiempo en lamerme la cara en cuanto la levanto.

Liam se ríe. “Vaya, cómo echo de menos cuando mis perros eran cachorros. Ahora son demasiado grandes para lamerle la cara a papá”.

Acaricio el pelaje de Ginny mientras la sostengo contra mi pecho como si fuera un bebé. “¿Cuántos perros tienes?”

“Mi niña no me permite tener más de cuatro, así que serán cuatro”.

“Eso es... intenso.”

Él suelta una carcajada. “Pero no cambiaría nada”. Sus labios se curvan en una suave sonrisa. “Es una cachorra muy buena. Apenas noté que estaba aquí”.

—Está cansada después de jugar con otros perros en la guardería, ¿no? —Beso la parte superior de su esponjosa cabeza.

“Me sorprende que Reed haya aceptado acogerla después de...”

Las palabras de Liam se detienen de golpe, como si acabara de darse cuenta de que no le está permitido terminar esa frase. Su sonrisa no parece tan sincera cuando dice: “Es un hombre ocupado. No pensé que tuviera tiempo para un cachorro”.

Me sorprende que Reed haya aceptado acogerla después de...

¿Después de qué?

¿Eso explica por qué Ginny lo asustó tanto cuando llegó aquí? ¿Por qué todavía se muestra un poco nervioso cuando está con ella?

Antes de poder profundizar más, una voz profunda y familiar pregunta detrás de mí: “Lila, ¿puedo hablar contigo antes de que te vayas?”

Mi corazón todavía late aceleradamente por la incertidumbre mientras asiento.

Liam capta la señal y toma a Ginny de mis brazos. “La llevaré afuera para ver si necesita usar el baño”.

Una vez que se va, Reed se apoya contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

“¿Qué te pareció la lección?”

“Apenas puedo mantenerme en pie, pero, curiosamente, me siento genial. Me siento más...”

—¿Optimista? —Me lanza una sonrisa cómplice—. ¿Feliz? ¿Tranquilo?

—No me extraña que Cameron haya mejorado tanto. —Se me enciende una luz en la cabeza

—. ¿Melody se ha apuntado a alguna clase de boxeo?

—No que yo sepa. ¿Crees que sería una buena opción?

—Totalmente —respondo sonriendo—. Creo que el boxeo podría ayudarla a mejorar su autoestima. ¿Debería hablar con ella al respecto?

Su sonrisa burlona es devastadoramente hermosa. "Creo que es una gran idea".

Sus elogios me hacen arder el estómago con el mismo tipo de nervios que sentí cuando estuve entre sus piernas en su oficina, su cuerpo a un suspiro del mío.

"Quería hablar contigo sobre tu tesis", añade tomándome por sorpresa.

"¿Qué quieres decir?"

Durante semanas, Reed insistió, sin éxito, en leer mi tesis. A riesgo de perderme sus comentarios, me negué a enviársela hasta que se la hubiera entregado primero a mi supervisor. A pesar de que nos hemos vuelto más cercanos, no quería que él tuviera ningún tipo de participación en mi tesis.

"Te enviaré los detalles por correo electrónico más tarde, pero hablaré en una conferencia en la primera semana de diciembre: la Youth Counseling Expo. Hay una convocatoria para estudiantes de posgrado. Pensé que tal vez te interesaría", explica, recordándome que Karla mencionó que ella también quería postularse.

Tengo la boca demasiado seca. "¿El YCE?"

Él asiente. "En Chicago. Si tu tesis es seleccionada, te cubrirán los gastos de viaje y hotel".

El YCE. En Chicago. Con Reed.

¿Estoy soñando?

—Yo... —parpadeo—. No sé si mi tesis sería lo suficientemente buena para eso.

"Hazme un favor y postula de todos modos".

Me muerdo la lengua mientras la palabra " *pero* " está a punto de salir de mi boca. Tal vez sea la adrenalina de la lección de boxeo, o tal vez sea el hecho de que finalmente estoy reconociendo mi valor, pero no quiero dejar que mis inseguridades se interpongan en el camino de algo que quiero hacer. No esta vez.

Con nueva determinación le digo: "Tendré que hablarlo con mi supervisor, pero definitivamente estoy interesado".

Su sonrisa me dice que él también ve el cambio interno en mí. "Bien. Mantenme informado".

Más tarde esa noche, después de que me envía por correo electrónico toda la información de la conferencia, paso una hora navegando en la cama, tratando de imaginarme en un auditorio lleno de personas interesadas en lo que tengo para decir.

Por una vez, puedo verlo.

CAPÍTULO 25

Lila

YO Cuando comencé esta pasantía hace tres meses, lo último que me imaginé haciendo fue dirigir un taller de educación sexual para niños.

Mi trabajo aquí me ha dado un impulso de confianza muy necesario. Resulta que Haniyah tenía razón en cuanto a que yo estaba aprendiendo de Reed; lo que ella no sabe es que algunas de las cosas más valiosas que él me ha enseñado no necesariamente tienen que ver con la orientación a jóvenes.

Los veinte niños que se inscribieron para el taller llenan el aula y me doy cuenta de que mañana es mi último día como pasante en el centro juvenil. No estoy lista para decir adiós.

—Hola, chicos —comienzo, apartando la tristeza—. ¿Cómo están hoy?

“Bien”, responde Cameron, y lo hace con una sonrisa. “Les dije a mis padres que quería ser boxeador cuando fuera mayor y dijeron que sí”.

Sonrí radiante. “Es increíble, Cameron”.

“Quería ser piloto, pero anoche vi un documental sobre un accidente aéreo y ya no lo sé”, dice Sofia con una mueca. “Quizás sea maestra”.

—Todavía tienes mucho tiempo para resolverlo. No te preocupes demasiado por eso —le aseguro—. ¿Están todos listos para empezar?

Cuando todos asienten, con sus ojos atentos puestos en mí, respiro profundamente y asumo el papel que siempre estuve destinado a desempeñar.

Después de asegurarme de que la cámara al fondo del aula funciona (Reed quería grabar la sesión para poder verla más tarde y decidió no estar presente para darme una idea más real de la experiencia), comienzo con la primera diapositiva de mi presentación.

“En primer lugar, muchas gracias por venir a este taller”, les digo. “Sé que no están acostumbrados a este tipo de actividades, pero me alegro de que estén abiertos a probarlas. Ahora bien, la semana pasada les dieron algo de información para sus padres para que sepan qué esperar aprender hoy. ¿Alguien recuerda de qué vamos a hablar?”

Trevor levanta la mano. “Sexo”.

Los niños se ríen y yo no puedo evitar poner los ojos en blanco de forma juguetona. Tanto Reed como Haniyah me advirtieron que se comportarían así durante el taller, pero no me molesta. Mientras aprendan algo valioso hoy, no me importa cuánto o poco se ríen durante el proceso.

—No exactamente —le aclaro—. Vamos a aprender algo llamado educación sexual, que tiene que ver con el sexo (tienes razón en eso, Trevor), pero no exclusivamente. Vamos a empezar con nuestros cuerpos.

La primera diapositiva de mi presentación muestra la pregunta: ¿Qué le está pasando a mi cuerpo?

La idea surgió de uno de los libros que me leyó mi madre cuando noté por primera vez que me crecía vello en las piernas y no entendía por qué. Hasta ese momento, pensaba que solo los hombres tenían vello corporal (hombres de la edad de mi padre) y tuve una crisis nerviosa total hasta que mi madre intervino.

“A medida que crecemos, nuestros cuerpos cambian con nosotros”, empiezo, mirándolos a los ojos. “Así como nos hacemos más altos, también empezamos a ver otros cambios, como

granos o vello corporal. Es importante Que entiendas que estos cambios le pueden pasar a cualquiera. Por ejemplo...”

Cambio la diapositiva. En esta, aparece la palabra *cabello* en letras grandes y en negrita, rodeada de algunas ilustraciones de vello corporal en brazos, piernas y rostros.

“¿Ustedes creen que el vello corporal es algo que solo les ocurre a los niños? ¿O creen que las niñas también pueden tenerlo? Sí, Melody”.

“A las chicas también les pasa, porque yo tengo vellitos en los brazos”, comenta.

Se arremanga la manga para mostrársela a los otros niños que la rodean, quienes miran su brazo con interés.

Una niña llamada Laura, que se unió a nosotros en el taller, se anima. “¡Yo también tengo eso!”. Se arremanga también. “Un niño en la escuela me llamó gorila porque dijo que las niñas no tienen vello corporal”.

“Eso es precisamente lo que quería que aprendieras hoy”, digo. “Cosas como el acné o el vello corporal no son exclusivas de los niños o las niñas; le pasan a todo el mundo. No podemos controlar lo que hace nuestro cuerpo, así que no está bien burlarse de nadie”. Pasamos al acné y luego a la menstruación. También les explico que los chicos deben mostrar su apoyo y entender que la menstruación es algo natural y no desagradable. Que no está bien reírse de alguien que tiene una mancha menstrual y que, en cambio, deberían ayudarlo.

“Lo más importante que debes saber sobre tu cuerpo es que es tuyo”, continúo, luchando contra el nudo en la garganta.

Sé que mi madre está bien ahora y que se ha curado de su agresión sexual, pero el recordatorio de que pasó por eso todavía me hace doler el pecho.

“¿Qué significa eso?”, pregunta Angie.

“Significa muchas cosas”, le explico. “Pero todo se reduce al consentimiento. El consentimiento significa decir que está bien que algo suceda. Puedes dar tu consentimiento cuando quieras y puedes decir absolutamente no si algo no te parece correcto”.

Les muestro algunas maneras en las que pueden pedir consentimiento y también negarlo. Luego les doy una de las hojas de trabajo que imprimí antes.

“Para entender mejor lo que significa el consentimiento en tu vida diaria, vamos a hacer una actividad rápida llamada ‘¿Qué harías?’ Vamos a leer algunos escenarios hipotéticos y discutir si darías tu consentimiento en esas situaciones o no, y por qué. Santiago, ¿podrías leer el primero?”

“Un amigo de la familia quiere darme un abrazo, pero no me gusta el contacto físico”, lee.

—Bien. En ese caso, ¿qué le dirías a tu amigo de la familia?

Se aclara la garganta. “Diría que no me gustan los abrazos y prefiero los apretones de manos”.

—Eso está muy bien, Santiago. Pero ¿qué pasa si tu amigo de la familia dice que eso es una tontería y de todas formas quiere darte un abrazo?

Lo piensa y dice: “Yo diría que no otra vez”.

“No te escuchan y de todas formas quieren abrazarte”, insisto.

“Correría por mi mamá”.

Los niños se ríen, imaginando el escenario.

Asiento. “Es importante no ceder solo porque alguien te lo pida muchas, muchas veces. Tienes que escuchar tu voz interior: si te dice que no le des un abrazo a alguien o que salgas corriendo, haz exactamente eso. Cameron, ¿puedes leer la siguiente?”

“*Mi amigo dijo que no quería sentarse a mi lado en el autobús y ahora estoy triste*”, lee.

—Este caso es un poco diferente —le explico—. En este caso, no eres tú quien da o niega el consentimiento, sino tu amigo. Te dijo que no quería sentarse contigo y eso te molestó.

¿Qué crees que sería lo correcto, Cameron?

Frunce los labios. “Creo que tal vez mi amigo está molesto por algo y no quiere hablar”.

“Podría ser. A veces queremos estar solos y eso está bien. ¿Te sentarías al lado de tu amigo y tratarías de hacerlo sentir mejor?”

Cameron hace una pausa y piensa: “Dijeron que querían estar solos, así que... no lo creo”.

“Bien. De esa manera, estarás respetando sus deseos. Si alguien quiere tu ayuda, te la pedirá. Está bien preguntarles si necesitan ayuda, por supuesto, pero si dicen que no, eso es todo. No hay necesidad de volver a preguntar. *No* es una oración completa, recuérdalo”.

Cuando terminamos con la hoja de trabajo, solo nos quedan un par de minutos. Me gustaría que pudiéramos cubrir más temas, pero me alegro de haber podido realizar este taller en primer lugar.

“Lamentablemente, hoy no tenemos tiempo para nada más. Pero si te gustó este taller y te gustaría que hubiera otro, estoy segura de que Reed te lo organizará. Solo tienes que avisarle”.

“¿Por qué no tú?”, interviene Melody.

Mi sonrisa vacila. “Mi pasantía termina mañana”.

No espero que los veinte niños se queden boquiabiertos de horror.

“¿Te vas?”, grita Melody. “¡Pero no puedes!”.

“No se lo digas a Reed, pero eres mucho más genial que él”, dice Cameron.

—Lila, tienes que quedarte.

“¡No puedes hacernos esto!”

“Ike llorará cuando se lo digamos”.

—¿Vendrás a visitarnos? —pregunta Melody, sonando genuinamente preocupada.

Y así, sin más, mi corazón se rompe.

“Por supuesto que lo haré”. *No llores ahora*. Cambiando de tema para evitar el inminente colapso emocional en público, les digo: “Muchas gracias por venir hoy. Espero que hayan aprendido algo nuevo. Y recuerden, si alguna vez tienen alguna pregunta sobre esto o si tienes alguna otra pregunta, el centro juvenil es un lugar seguro para preguntarles. Ahora eres libre de ir a la sala común”.

Pero no se van. En cambio, me preguntan si puedo darles un abrazo de despedida.

Seguimos abrazándonos y tratando de no llorar cuando Reed abre la puerta minutos después.

No parece inmutarse por el festival de abrazos que tiene frente a él. “Buen trabajo, chicos. ¿Puedo hablar con Lila un segundo? La veréis mañana”.

Les toma un par de minutos más salir del aula. Reed no se mueve de la puerta, cruzando sus brazos abultados frente a su pecho.

—Eso fue... —Sacude la cabeza, haciendo que mi corazón, que todavía está dolorido, dé un vuelco—. No podía apartar la mirada de la pantalla, Lila. No dudes nunca de que tienes talento natural.

Siento que se me calientan las mejillas. “¿Estabas mirando?”

“Ambos lo éramos.”

Al principio, creo que se refiere a Haniyah y a él. Ella ha expresado abiertamente su entusiasmo por este taller, por lo que no me sorprendería que estuviera detrás de la pantalla.

Lo que no me esperaba en absoluto es que entrara mi mamá.

Parpadeo una vez, dos veces, preguntándome si me he golpeado la cabeza y estoy viendo cosas. “¿Mamá? ¿Qué estás haciendo aquí?”

Ella cierra el espacio entre nosotros y me envuelve en un fuerte abrazo. “Estoy tan orgullosa de ti, Li”. La emoción en su voz me hace querer llorar de nuevo. “Le estaba diciendo a Reed lo segura que te ves. Los niños también estaban escuchando con mucha atención. Te adoran”.

—¿Te gustó el taller? —pregunto con la emoción ahogando mi voz.

No me avergüenza admitir que la opinión de mi madre significa todo para mí. El hecho de que ella esté aquí hoy, viéndome impartir un taller sobre educación sexual después de lo que ella vivió, me hace sentir como si se hubiera cerrado un círculo y nunca lo olvidaré.

Ella se aparta, la emoción cruda en su mirada refleja la mía. “Fue increíble, cariño. Naciste para hacer este trabajo”.

¿Quién me está metiendo bolas de algodón en la garganta?

Mi madre le hace una seña a Reed y él me cuenta que estuvieron viendo el taller en vivo desde su oficina todo este tiempo.

“También lo grabé para que Haniyah lo viera más tarde”, explica.

—Sé que lo digo todo el tiempo, pero papá y yo estamos muy orgullosos de ti, Lila —añade mi madre, lo que no ayuda a calmar mis lágrimas.

Trasladamos nuestra conversación a la recepción, donde mi madre les regala a Haniyah y a Reed algunos libros para la biblioteca antes de darme un abrazo de despedida. No es hasta que estoy acariciando a Ginny en la oficina de Reed que le digo lo que he estado pensando durante semanas.

“¿Reed?”, empiezo.

Se gira para mirarme desde su estantería. “¿Sí?”

La luna de finales de otoño brilla a través de la ventana de su oficina, proyectando un resplandor sobre su cuerpo escultural. En el interior, solo el suave resplandor de su lámpara nos ilumina.

“Mi pasantía termina mañana, pero me gustaría volver como voluntario si hay un lugar para mí”.

Me guiña el ojo. “Pensé que nunca me lo preguntarías”.

CAPÍTULO 26

Lila

A Una semana antes de la Youth Counseling Expo en la que milagrosamente me aceptaron (no puedo pensar en ello ahora o me derrumbaré bajo la presión), mi mundo cambia de eje.

Todo comienza una noche sin pretensiones, después de salir del apartamento de Mariah y Karla. Mi teléfono suena en el asiento del pasajero mientras detengo mi auto en un semáforo en rojo de camino a casa. El nombre de Reed aparece en mi pantalla y una extraña sensación se instala en la boca de mi estómago.

Él nunca me había llamado antes.

"¿Caña?"

—Lila —dice, con voz ansiosa y equivocada—. Lo siento muchísimo. No sé qué estoy haciendo, ni siquiera sé por qué te llamo...

—Reed —lo interrumpí—. Siempre puedes llamarme. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

Hay una pausa en la que sólo escucho mis propios latidos frenéticos.

—Estoy en casa —dice, todavía agitado. El semáforo se pone en verde y doblo hacia su barrio—. Es... *Joder* .

—Reed, dime qué te pasa —le digo con calma—. No hay nada que no podamos arreglar juntos, ¿de acuerdo?

Casi puedo imaginarlo pasándose una mano nerviosa por el cabello.

—Es Ginny. Se tragó algo y... *Joder* ... Empezó a vomitarlo, pero se estaba ahogando...

—¿Está bien? —me apresuro a preguntar, apretando el volante con más fuerza.

—No lo sé —susurra—. Creo que sí. Ahora está durmiendo.

Doy otro giro. —Tranquilízate, ¿vale? Voy en camino.

Mi voz no delata mis nervios a pesar de que mis entrañas se desmoronan. Porque Reed me necesita y yo tengo que ser la fuerte en este momento.

Caña

Finalmente sucedió: casi la mato.

Era inevitable, dado el ADN que corría por mis venas.

Mientras viva, nunca podré sacarme de la cabeza los sonidos de asfixia de Ginny.

Nunca olvidaré la imagen de ella vomitando uno de mis calcetines, que parecía más grande que su cuerpo, aunque no lo era.

Nunca olvidaré el hecho de que me quedé allí, paralizado, sin saber qué hacer para ayudarla. Si intentar hacer algo empeoraría las cosas.

Nunca sabré por qué mi primer instinto fue llamar a Lila en lugar de a un maldito veterinario.

Ya sabes por qué.

Me dije a mí misma que podía cuidar de Ginny, sin importar lo poco preparada que estuviera. Me convencí de que el trauma físico y mental que mi familia me había hecho pasar no volvería a aparecer, de que sería capaz de pensar con claridad y no dejaría que mis emociones arruinaran algo bueno.

Una mentira.

Me dije a mí mismo que mis sentimientos por Lila eran sólo los de un hombre noble que cuida de la hija de sus amigos. No me dejaría llevar por su buen corazón, por la luz de su alma, por la calidez de su tacto.

Otra mentira.

Suena el timbre. Observo nuevamente a Ginny durmiendo antes de dirigirme hacia la puerta.

Cuando la abro y sus ojos preocupados se encuentran con los míos, la necesidad de atraerla hacia mis brazos me invade como un maremoto.

Ella está aquí. Todo estará bien.

Ella pasa rápidamente a mi lado y se agacha junto a la cama de Ginny.

—¿Cómo te sientes, dulce bebé? —murmura, acariciando delicadamente su claro pelaje.

La puerta de entrada se cierra con un suave clic y regreso a la sala de estar con las manos dentro de los bolsillos de mis pantalones porque no confío en mí mismo para no tocarla ahora mismo.

“¿Qué pasó?”, me pregunta por encima del hombro.

Me acerco hasta que estoy muy por encima de Ginny y ella, y en silencio le hago un gesto para que me dé su abrigo.

“Estaba lavando la ropa cuando me distraje con una llamada de trabajo”, le explico mientras guardo su abrigo. “Cuando volví, Ginny estaba cerca, pero pensé que estaba actuando con normalidad. Sin embargo, momentos después, comenzó a ahogarse. Debería haberme dado cuenta de que algo andaba mal”.

Probablemente ella piensa que soy un monstruo. Debería consolarme pensar que finalmente se alejará y no cruzaremos más límites. En cambio, me dan ganas de destrozarse el mundo.

Estoy tan sumido en mis pensamientos que no oigo a Lila ponerse de pie o acercarse hasta que su mano tranquilizadora aterriza en mi brazo.

Nuestras miradas se cruzan y siento una descarga eléctrica en los huesos. Por un segundo, me permito imaginar qué pasaría si no fuéramos nosotros mismos.

Si ella no fuera mi ex pasante y yo no fuera su ex supervisor.

Si sus padres no fueran mis buenos amigos.

Si hubiera nacido en una familia que me hubiera enseñado desde temprana edad lo que es el amor sano y digno.

—Si actuaba con normalidad, no había ninguna razón para que pensaras que algo iba mal. A veces, los cachorros comen cosas que no deberían. No fue tu culpa. Ahora está bien. —Su voz es suave y añade—: La estás cuidando muy bien, Reed.

Trago saliva. “Debería haber estado más atenta. No debería haber estado sin supervisión durante tanto tiempo”.

Mi cabeza me traiciona. Mientras estoy junto a la mujer que me robó el corazón, me recuerda a las personas que me lo rompieron hace tres décadas.

El dolor agudo del cinturón de mi padre golpeando la carne de mi espalda una y otra vez.

Mi madre viendo a su marido abusar de su hijo y no haciendo nada al respecto.

Nunca cuidas a tu madre, Reed. Te mereces esto.

La mano cálida de Lila se posa sobre mi mejilla y atrae mi atención hacia su rostro angelical. Un ancla.

—¿Adónde fuiste? —susurra, mientras su pulgar dibuja círculos en mi barba incipiente.

No le digo adónde me ha llevado mi mente porque no puedo. Su compasión no es algo que necesite ni desee.

"Caña."

Pero ella insiste.

Y lo hace de esa manera a la que me resulta tan jodidamente difícil decirle que no: mirándome como si tuviera el mundo entero en mis manos.

Cierro los ojos porque no confío en mí mismo para tomar decisiones inteligentes mientras la miro. Mis manos se convierten en puños a mis costados, lo que me impide extender la mano.

Su pulgar sigue trazando ese patrón reconfortante sobre mi piel, planteando un marcado contraste con la herida en mi espalda que arde cada vez que pienso en mis padres.

—Está bien si no quieres hablar —dice, y sé que lo dice en serio—. Puedo decir que has estado soportando algún tipo de carga durante mucho tiempo. No tienes que seguir haciéndolo, ¿de acuerdo? No estás solo, Reed. Estoy aquí. Siempre estaré de tu lado.

Cuando abro los ojos, su mirada me atrapa. Tal vez sea un error, pero no quiero irme.

—¿Qué pasa entre tú y Ginny? —pregunta después, con voz suave.

Sabiendo exactamente lo que quiere decir, considero no responder o incluso mentir al respecto. Pero esta es Lila, *mi* Lila, y me hace querer desnudar mi alma de una manera que nunca pensé que sería capaz de hacer.

Entonces, respiro profundamente y abro completamente mi pecho.

"Cuando era niña tenía una perra. Se llamaba Daisy". No había pronunciado su nombre en voz alta en treinta años. No estaba segura de poder hacerlo. "Era mi mejor amiga. Mi única compañera. Cuando mis padres discutían tan fuerte que no podía dormir, ella se acurrucaba conmigo y hacía que todo fuera menos doloroso".

La sonrisa de Lila es triste. "Apuesto a que te amaba mucho".

—Eso mismo pensé yo. —Trago saliva para quitarme el nudo que tengo en la garganta—. Hasta que un día desapareció. No dejó rastro.

Lila no dice ni una palabra. Sigue acariciando mi piel con esos movimientos calmados y relajantes que me hacen seguir adelante. *Ella* me hace seguir adelante.

"Mis padres dijeron que ella se había escapado porque yo no la cuidaba bien, así que dejé de quererme. Nunca volví a ver a Daisy. Durante años creí en mis padres. No me creía capaz de cuidar de nada ni de nadie. Ahora entiendo que no fue mi culpa, pero nunca he podido cerrar esa herida. No sé por qué, carajo".

—Por eso estabas tan nervioso con Ginny —dice, llegando a la conclusión correcta. Cuando asiento, su rostro se ensombrece—. Oh, Reed. Eras un bebé en ese entonces. No hay forma de que cuidar de un perro fuera tu única responsabilidad.

Tengo la garganta seca y me duele al hablar. "La parte más lógica de mí lo sabe. El corazón es otra historia".

"¿Tus padres te hicieron creer que Daisy se escapó por tu culpa?"

"Mis padres me golpearon hasta que los servicios sociales me pusieron en una casa de acogida, Lila".

El aire sale de sus pulmones con un silbido. Su cuerpo se coloca tan cerca del mío que siento la tensión filtrándose en todos y cada uno de sus músculos.

Tan pronto como ella parpadea para secar la primera lágrima, me siento como un idiota.

—Lo siento —me apresuro a decir, secándole las lágrimas con las yemas de los pulgares—. No debería haber sido tan brusca. Por favor, no...

Ella lanza sus brazos alrededor de mi cuello, abrazándome fuerte mientras la humedad en sus ojos humedece la piel desnuda de mi cuello.

—Cuéntame qué pasó —logra decir, con un sorprendente tono protector en su voz.

La rodeo con mis brazos tan fuerte como puedo. Nunca había sentido con tanta fuerza la necesidad de tenerla contra mí. Saber que está aquí y que estamos bien.

—Eso es cosa del pasado —le aseguro—. He ido a terapia y ahora estoy bien.

—No, no lo eres —replica ella—. Ginny desencadenó algo en ti, Reed. No lo niegues. No a mí. Está bien si aún no te has curado por completo de algo tan brutal.

Ginny no es la única que ha provocado algo en mí en los últimos meses, pero ella no tiene por qué saberlo.

Me aparto, sin dejar de abrazarla. —¿Quieres saber toda la historia?

Ella asiente. “Por favor.”

Secándome las lágrimas, empiezo.

“No hay mucho que contar, salvo el hecho de que mis padres nunca quisieron ser padres y padecían algunas enfermedades mentales no diagnosticadas”. Mi voz es sorprendentemente firme. “Mi padre me pegaba, sobre todo con el cinturón. Y mi madre me pegaba de vez en cuando y no hacía nada cuando mi padre me castigaba. También me insultaba de vez en cuando, pero nunca pasaba de ahí”.

Lila jadea, horrorizada. “Pero eras un niño, Reed...”

“Tenía siete años cuando se detuvo”, confirmo. “Mis padres me dejaron sola en la casa con una herida sangrante en la espalda y solo algo de comida caducada para alimentarme. Me dijeron que no me fuera antes de que volvieran, así que no lo hice. Pero al tercer día, tenía tanta hambre que fui a pedirles algo de comer a los vecinos de enfrente. Vieron el estado en el que me encontraba y llamaron a la policía. Fue noticia, todo un circo mediático. No volví a ver a mis padres”.

—¿Qué pasó después de eso? —pregunta en silencio, como si tuviera miedo de preguntar.

“En retrospectiva, ese fue el momento en que mi vida cambió para mejor”, le digo. “Pero en ese momento no lo sentí así. Me sentí sola y asustada, pero tuve suerte de que la trabajadora social asignada a mi caso se dedicara a mí. Se aseguró de que tuviera una segunda oportunidad en la vida y ha estado cuidando de mí desde entonces”.

Sus ojos se abren de par en par al comprender lo que pasó. “¿Tu asistente social...?”

—Haniyah —asiento con la cabeza y sonrío levemente. Es difícil no sonreír cuando pienso en la mujer que me dio tanto y no pidió nada a cambio—. Ella siguió mi caso de cerca y siempre me ofreció toda la ayuda que pudo. Yo iba de un hogar de acogida a otro (así fue como conocí a Liam y Warren), pero nunca me adoptaron. Cuando dejé el sistema a los dieciocho años, ella me tomó bajo su protección y me envió a la universidad porque sabía que eso era lo que quería hacer. El resto es historia.

—Sabía que ustedes dos eran muy cercanos, pero... —Hace una pausa—. Espera. ¿Es por eso que estás trabajando en ese proyecto con el gobierno estatal? ¿El que trata sobre mejorar la atención de salud mental en el sistema de acogida?

Asiento de nuevo. “Sé lo que es tener todas las probabilidades en tu contra. Yo tuve la suerte de tener éxito, pero muchos niños y adolescentes en hogares de acogida no lo logran porque no tienen las herramientas necesarias. Quiero cambiar eso”.

Su mano encuentra mi mejilla de nuevo, acariciándola de esa manera dulce. "Eres algo especial, Reed".

"¿Algo bueno, espero?"

—Lo mejor de todo —murmura—. Gracias por contarme tu pasado. Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso cuando eras niño, pero si te sirve de consuelo, te has convertido en uno de los mejores hombres que conozco.

Enterrar mis sentimientos por ella se convierte en una tarea imposible cuando dice cosas así.

Su lengua humedece su labio inferior, un movimiento que sigo de cerca hasta que ella pregunta: "No es que no quisiera que lo hicieras, pero ¿por qué me llamaste esta noche?" Ya no tiene sentido seguir negándolo. Le he dado todo, le he mostrado la fealdad de mi pasado y ella sigue aquí.

Sólo puedo esperar que no huya ahora.

—Una vez me preguntaste qué me mantiene en calma —digo con voz áspera, con los dedos ansiosos por acercarse a su cintura—. Te llamé porque eres tú, ángel. Tú me mantienes en calma.

Su respiración se entrecorta, pero no se aparta. No hace ademán de huir, no muestra ningún signo de que de repente se sienta incómoda a mi lado.

Su pulgar se acerca cada vez más a mi boca justo cuando acaricio la parte baja de su espalda.

—Tú también me mantienes tranquila —susurra.

Nuestras respiraciones desiguales se entrelazan y nuestros cuerpos se acercan cada vez más.

"¿Sí?"

La atraigo hacia mí y aprieto su frente contra el mío.

Ella me hace un pequeño gesto con la cabeza. "Aunque no estoy muy tranquila ahora mismo".

Tararéé mientras me incliné, la punta de mi nariz rozando su mejilla, lo que me valió un escalofrío.

—Dime cómo te sientes —digo con voz áspera, recorriendo con la nariz su delgada garganta y respirándola.

Ella huele como la mía.

"Caña...?"

"¿Sí, ángel?"

—¿Estás...? —Otro escalofrío—. ¿Estás seguro de que deberíamos hacer esto?

Pero ella no hace ningún movimiento para detenerme y yo no me alejo.

Y cuando mis labios rozan la piel sensible de su clavícula (ese lugar que he mirado un millón de veces con una especie de hambre primaria), ella hace un pequeño ruido en el fondo de su garganta que solo he escuchado en mis fantasías más prohibidas.

—¿Quieres que pare? —murmuro contra su piel.

—No —exhala, acercándose más a ella tomándose por la nuca.

Esa es mi chica.

Me tomo mi tiempo para respirar, saboreando sus inhalaciones y la deliciosa forma en que arquea la espalda. Lentamente, arrastro mis labios desde su clavícula hasta su cuello, hasta su mandíbula, hasta su mejilla.

Y luego me detengo.

Una elección.

Puedo cerrar la brecha entre nuestros labios y saborearla como no pude hacerlo la última vez, hacerla sentir lo que ella me hace sentir a mí. O puedo hacer lo responsable y recordarme a mí mismo que tal vez ya no sea mi becaria, pero sigue siendo la hija mucho más joven de mis amigos y solo la lastimaré.

Al final, mi corazón marca el camino.

Un suspiro después, nuestros labios chocan y reconozco su tacto como si nos hubiéramos besado miles de veces antes. Mi pecho se expande, su luz se cuele por las grietas que nunca pensé que se repararían.

Comienza lento, tentativo. Nada más que un beso que nos da miedo convertir en algo más. Pero a diferencia de la última vez, ella separa los labios y mi lengua se encuentra con la suya.

La delgada cuerda que me ata se rompe sin posibilidad de redención.

Me acerca más a ella por el cuello de la camisa y suspira contra mi boca como si hubiera estado esperando mucho tiempo para hacer esto. Y como *es así*, acuno su rostro con ambas manos con suavidad, algo que contrasta con la forma en que nos devoramos el uno al otro.

Mía, mía, mía.

Cuando nos alejamos, sin aliento, soy yo quien la levanta hasta que sus piernas rodean mi cintura.

Soy yo quien la empuja contra la pared más cercana, sujetando la parte de atrás de su cabeza para que no se lastime.

Soy yo quien acorta la distancia entre nosotros una vez más, como si nunca más pudiera besarla. Mi otra mano descansa sobre su cintura mientras ella sostiene mi rostro, profundizando el beso que ninguno de los dos debería haber comenzado.

—Reed —gime, apartándose. Ver sus labios rojos e hinchados me hace querer besarla otra vez, una y otra vez, hasta quedarme sin aire—. Deberíamos parar.

Mi respiración es agitada. “Está bien.”

Pasa un instante y sus labios vuelven a estar sobre los míos.

La pasión se enciende en la boca de mi estómago y luego sube hasta mi pecho. Nos besamos furiosamente pero con ternura a la vez, porque se nos acaba el tiempo. Porque en cuanto ella salga de mi casa esta noche, no podré volver a tenerla así.

¿Cómo puedo extrañar a alguien que tengo entre mis brazos ahora mismo?

—Joder, Lila —gruño, presionando mi erección contra su suavidad. Su respiración se entrecorta y mi polla salta—. Mira lo que me haces, ángel. ¿Lo sientes?

Se le escapa un sonido gutural antes de frotarse contra mí como la pequeña descarada que es. La agarro con más fuerza por la cintura; quiero marcarla, pero sé que no es mía para reclamarla.

Por mucho que yo me sienta suya, por mucho que ella se sienta mía, no puede serlo.

La beso de nuevo, más despacio esta vez, antes de dejarla con cuidado en el suelo. Podrían haber pasado veinte minutos o veinte horas. El tiempo se detiene cuando estoy cerca de ella.

El aire que nos rodea cambia, se endurece, como si hubiéramos olvidado por un momento quiénes somos el uno para el otro, y ahora todo vuelve.

—Eso fue... —Pasa los dedos por los nuevos enredos de su cabello y baja la mirada al suelo —. No puede volver a suceder.

Me cuesta mucho asentir. “Está bien”.

—Esta vez lo digo en serio —dice con voz más firme, mirándome—. Sería demasiado complicado.

No voy a discutir con ella sobre eso. No es solo su credibilidad como estudiante la que está en riesgo, sino también la continuidad de mi proyecto. Y aunque ella es mi prioridad, no puedo negar que salvar mi propio pellejo también es importante. Si nos atrapan, mi puesto como investigadora en la Universidad de Warlington estaría prácticamente muerto, junto con mi participación en el proyecto.

Y ese proyecto *tiene que* salir adelante. No he dedicado décadas a mi educación para tirarlo todo a la basura ahora.

—Prométeme algo, sin embargo —le digo.

Al fin y al cabo, esta es Lila. Esta es la mujer que ha despertado en mí algo que creía perdido para siempre y no quiero perderla por esto, ni por nada más.

—No te pongas incómoda conmigo ahora, pequeña criminal. ¿De acuerdo?

Su sonrisa burlona me da una pequeña esperanza. Y tal vez sea mentira, solo una ilusión, pero cuando dice: “Te dije que nunca te librarías de mí, ¿recuerdas?”, elijo creerle.

CAPÍTULO 27

Lila

IBesé a mi antiguo supervisor de prácticas, un profesor de la universidad de la que aún no me he graduado, un compañero de trabajo de mi madre, un buen amigo de mis padres, un hombre doce años mayor que yo.

Y no me siento ni un poquito arrepentido por ello.

Pero siento que mi papá está leyendo mi mente ahora mismo y no está muy contento con lo que ve.

“¿Puedes traerme el parmesano de la nevera?”, me pregunta, lanzándome una mirada extraña por encima del hombro. O tal vez sea solo una mirada normal, pero la culpa me está haciendo ver cosas.

Mis pies se mueven en piloto automático mientras agarro el queso y camino de regreso hacia donde mi papá está preparando la lasaña para meterla al horno. “Aquí tienes”, le digo distraídamente.

Porque solo hay espacio en mi cabeza para la sensación de los labios de Reed devorando los míos, sus manos sosteniéndome con una mezcla de posesión y ternura que nunca antes había sentido, los sonidos...

—Li.

Mierda .

—Estoy escuchando —me apresuro a decir.

Mi padre me lanza una mirada cómplice. “¿Por eso me diste un paquete de mozzarella rallada en lugar del parmesano que te pedí? ¿Porque me escuchabas?”

Los nervios se arremolinan en mi estómago y no me atrevo a responder. En lugar de eso, agarro la estúpida mozzarella y la vuelvo a poner en el refrigerador, pasándole el parmesano esta vez.

Mi tía Maddie y yo siempre bromeamos diciendo que mi madre debe tener algún tipo de poderes psíquicos que nos ha estado ocultando porque siempre sabe lo que pasa con solo mirarnos. A juzgar por la intensa mirada que me da mi padre, diría que sus poderes finalmente se le han pegado después de casi tres décadas de matrimonio.

—¿Cuándo dijo mamá que volvería a casa? —pregunto, en un pobre intento de distraerlo. Comienza a rallar el parmesano sobre la lasaña. “Me acaba de enviar un mensaje diciendo que está en camino”.

Mis padres nunca han sido muy fiesteros (mi padre ni siquiera bebe alcohol), pero el editor de mi madre en la editorial la llamó antes para tomar unas copas en el centro con otros colegas y ella dijo que sí.

Sus planes para el sábado por la noche son mucho más interesantes que los míos, lo que no resulta tan difícil en primer lugar. No es exactamente una competencia con una joven de veinticuatro años que ha renunciado a los hombres y a las fiestas para graduarse con los mejores resultados posibles, pero ahora que prácticamente ha terminado, todavía no logra encontrar en sí misma el valor para salir.

“Pareces estar fuera de ti hoy.”

Me mira de la misma manera que mi madre lo hace cuando sabe algo que no debería saber. Por eso le digo: “Solo estoy pensando en la Expo de Consejería Juvenil”.

No es mentira del todo. Desde que aceptaron mi tesis, he estado redactando una versión más corta para mi presentación. Ahora que lo pienso, probablemente debería enviársela por correo electrónico a Reed para que me dé su opinión. Esa idea no me hace sudar las manos en absoluto.

A Karla no la aceptaron y parecía bastante molesta por eso, así que evito hablar de eso cuando estoy con ella. Dijo que estaba Me alegre por mí, pero aún así no quiero hacerla sentir mal. Sé que era importante para ella.

“Eso es pronto, ¿verdad?”, pregunta mientras coloca la lasaña en el horno y programa el temporizador.

Cuando les conté a mis padres sobre la conferencia, se emocionaron por mí, pero se pusieron tristes porque no podrían asistir. Sin embargo, en el momento en que les dije que Reed estaría allí, se relajaron al instante.

“Él cuidará de ti”, había dicho mi padre.

Me pregunto si se relajaría tanto si supiera lo que pasó entre nosotros anoche.

“Estoy preocupado porque fue algo muy repentino”, añade mientras limpia la encimera mientras yo lo miro desde la isla de la cocina. Estoy demasiado inquieto para ayudar sin dejarlo todo tirado. “Tu trabajo fue aceptado rápidamente, casi como si estuvieran esperando a que lo enviaras. ¿Estás nervioso?”

Me encojo de hombros. “Un poco, pero trato de ser menos dramático. Esta conferencia es importante, pero no decisiva para mi futuro, ¿sabes?”

“Puede que no sea decisivo, pero debes tomártelo en serio. Nunca sabes quién te está mirando”. No suena enojado cuando lo dice, solo preocupado como siempre.

“Y ahí estaba yo, pensando en ponerme un traje de baño en el escenario y mascar chicle mientras hacía mi presentación”.

Sus nudillos tatuados rozan mi cabeza, haciéndome reír.

—Juro que tú y Maddie serán mi muerte con toda esa actitud —dice, refiriéndose a mi tía, cuyo descaro estoy bastante seguro de que heredé de alguna manera.

Nos quedamos en silencio durante los siguientes minutos, mi papá mirando algo en su teléfono y yo mirando el horno porque no puedo concentrarme en nada más que en la noche anterior.

¿Qué habría pasado si no le hubiera dicho que parara? ¿Habríamos acabado en su cama?

—Oye, ¿Li?

Salto, bastante seguro de que mis mejillas arden.

Mi papá está ahí y yo estoy pensando en acostarme con su amigo. Qué elegante.

"Mmm."

“¿Quieres la tienda?”

Mi corazón se detiene.

"¿Qué?"

Debo estar todavía dentro de esta niebla mental inducida por Reed. Porque, seguramente, mi padre no está diciendo...

“¿Quieres Inkjection?”, repite.

Mi boca se abre y se cierra una vez, dos veces, pero no salen palabras. Porque, ¿qué demonios está diciendo ahora mismo?

¿Se trata de la jubilación de la que me habló Mariah?

Necesitando asegurarme de que mi cerebro no esté inventando cosas, le pregunto con mucho cuidado, enunciando cada palabra: "¿Me estás preguntando si quiero ir al salón de tatuajes?"

Él asiente, confirmando mis sospechas.

—¿Y *qué hago* con él, papá? —Mi voz no suena acusatoria, solo confusa. Ha perdido la cabeza; deben ser todas esas canas de las que, según él, mi tía y yo somos responsables. Se encoge de hombros. "No lo sé. Véndelo. Encuentra un nuevo administrador. Tú decides". Mi padre lo ha perdido todo. Mil por ciento.

—Papá, ¿qué pasa? —pregunto temiendo su respuesta.

Porque mi mejor amigo quizá ya me lo haya advertido, pero no estoy preparada para oírlo de él.

—No pasa nada, pero no me estoy volviendo más joven. No esperabas que trabajara hasta que me muriera, ¿verdad?

"Por supuesto que no, pero..."

"Estaba pensando en retirarme el año que viene. En verano, quizá".

Ya lo sabía, ¿por qué me estoy volviendo loco?

"Está bien" es todo lo que puedo decirle.

Mi padre es tatuador desde que nació. Incluso le hice un tatuaje cuando tenía cinco años: un pequeño corazón en la muñeca. Jura que es su tatuaje favorito. No parece tener más de cincuenta años y está en muy buena forma. También tiene buena salud, así que no tengo motivos para pensar que este es el fin del mundo.

Y aún así.

Agita una mano tatuada frente a mis ojos, con un dejo de risa en su voz. "¿Estás ahí?"

—Sí, sí. Es solo que... no esperaba que dijeras eso.

Me mira con simpatía. "Lo siento si te tomó por sorpresa. Creo que es hora de dar un paso atrás y dejar que la nueva generación tome el control. Estoy orgulloso de todo lo que he hecho con el estudio. Seguiré aquí porque el tatuaje siempre será parte de mí, pero..."

Asiento con la cabeza para demostrar que lo entiendo. "Pero no quieres estar allí todos los días. Lo entiendo".

—No es que me haya desamorado de este trabajo, nunca pude hacerlo. —Se pasa una mano por el pelo oscuro—. Me he estado esforzando mucho desde que tenía quince años, aprendiendo los trucos del oficio. Luego abrí Inkjection y no he dejado de trabajar porque me encanta, pero también porque tenía una familia a la que mantener. Ahora que Maddie tiene su propio estudio de ballet y tú estás en camino de convertirte en un consejero juvenil rudo —resoplo ante eso—, siento que es el momento perfecto para dar un paso atrás.

Mamá y yo queremos viajar un poco, relajarnos más. Hace años que me muero de ganas de ir a un crucero. Necesito ver por mí mismo que una bolera realmente cabe dentro de un barco, ¿sabes?

Nadie se merece un descanso más que mis padres. Lucharon mucho para hacerse un nombre: mi padre en el mundo del tatuaje y mi madre en el mundo editorial. Criaron a mi tía cuando sus propios padres no pudieron hacerlo y luego me criaron a mí con solo amor y apoyo.

Doy la vuelta a la isla de la cocina para rodearle la cintura con mis brazos y colocar mi cabeza sobre su corazón. Él me envuelve en sus brazos. Uno de sus característicos abrazos de oso, y me río cuando mis pies dejan el suelo.

—Creo que es una gran idea, papá. —Le sonrío cuando me baja de nuevo—. Te mereces un descanso. No esperaba tener esta conversación ahora, eso es todo. Aunque Mariah mencionó algo hace poco.

“Podría haber intentado un acercamiento más amable”, admite. “Pero la oferta sigue en pie. Si quieres la tienda, es tuya. Y si no la quieres, también está bien. Sólo quería hablar contigo antes de tomar una decisión”.

—¿Qué piensa el tío Trey?

“Él también quiere jubilarse. Lo haremos al mismo tiempo”, se rasca la barbilla con barba incipiente. “Hemos hablado sobre el futuro de la tienda desde que es copropietario, pero está contento con lo que yo decida. Sabe que será lo mejor”.

Un pensamiento se cuela en mi cabeza, uno que tiene mucho sentido. “Papá, ¿qué pasa si tú...?”

“¡Estoy en casa!”

Mi papá besa la parte superior de mi cabeza justo cuando comienzan a oírse pasos en el pasillo.

“Terminaremos esta conversación más tarde”, me dice. “No quiero que te preocupes. Mantente en un túnel hasta que logres tu presentación en la conferencia, ¿de acuerdo?” Estoy pensando que esa visión de túnel no está funcionando de todos modos porque no puedo sacar a su amigo de mi mente, cuando el diablo mismo entra a mi cocina justo detrás de mi mamá.

—Hola, Reed —lo saluda mi padre, dándole una palmada amistosa en la espalda y sin parecer ni un poco sorprendido de que esté ahí—. ¿Cómo te va?

—No está mal —responde el hombre en cuestión, mirándome por un instante antes de apartar la mirada—. Huele bien aquí.

—No me da vergüenza admitir que mi marido es el mejor cocinero de los dos —interviene mi madre antes de ponerse de puntillas para besar a mi padre. Se vuelve hacia mí—. Hola, cariño. ¿Te unes a nosotros para cenar?

¿Cenar con mis padres y su amigo, a quien besé hace menos de veinticuatro horas? Claro, soy un tonto ante el dolor y las situaciones incómodas.

—Claro —digo, esperando que mi sonrisa de labios apretados no parezca demasiado asustada.

No te pongas incómodo conmigo ahora, pequeño criminal.

Eso es lo que me dijo Reed anoche antes de que volviera a casa, pero ahora es él quien no me saluda. Es él quien cruzó la puerta y ni siquiera me saludó, a pesar de que yo estaba allí. De pie en la cocina, mi padre le pregunta por Ginny, a lo que Reed responde que está sola en casa, pero que compró una cámara elegante para poder verla a través de su teléfono.

Luego comienzan una conversación animada sobre el cuidado de perros y me disculpo para poner la mesa mientras mi madre desaparece escaleras arriba para cambiarse.

No tengo ni idea de por qué Reed está en mi casa un sábado por la noche, al día siguiente de besarme contra una pared. Pero si no está interesado en reconocermelo, entonces está bien.

Dos pueden jugar a este juego.

Cuando mi mamá baja las escaleras, se acerca a mí y me besa la mejilla. “¿Tuviste un buen día hoy?”

Hago un sonido evasivo con la garganta. “¿Y tú qué tal? ¿Cómo está Dianne?”, pregunto, refiriéndome a su editora.

—Está bien. Se está preparando para una gran conferencia editorial que se celebrará próximamente. Parece que es temporada de conferencias. Deja escapar un largo y cansado suspiro. —Pero no echo de menos salir. Solo hemos estado fuera un par de horas y estaba lista para volver a casa en los primeros diez minutos.

Me río. Soy la hija de mi madre, sin duda. “¿Fue en la fiesta de Navidad?”

“Más o menos. Fue algo más informal, solo unos pocos”, explica. “Me sorprende que Reed haya aceptado salir con nosotros. Es incluso más ermitaño que yo”.

Mis labios hormiguean con el toque fantasma de su beso.

—Sí —murmuro, traicionándome a mí misma y echando un vistazo rápido a Reed y a mi padre, que conversan en la cocina—. ¿Por qué está aquí?

—Li —susurra mi madre—. No seas grosera.

—No lo dije con esa intención —le digo con sinceridad—. Sólo tengo curiosidad.

Ella me mira por un momento demasiado largo que me hace asustarme. *Podere*s psíquicos .

“Lo invité porque es nuestro amigo”, dice finalmente. “Pero también para agradecerle todo lo que ha hecho por ti en los últimos meses”.

Estoy a punto de enfermarme.

—Sólo estaba haciendo su trabajo —murmuro.

—Lo sé. Aun así, quiero agradecerle por cuidarte tan bien.

¿Estoy viendo cosas o mi madre está insinuando algo que no tiene nada que ver con la relación profesional entre Reed y yo?

No hay forma de que ella sepa que lo besé.

¿Pero qué pasaría si Reed se lo dijera?

No, él no tiene deseos de morir.

“¿Por qué preguntas? ¿Pasó algo?”, pregunta en voz baja, con un dejo de *algo* en su voz, que es suficiente para hacerme marear.

Ella lo sabe.

—No especialmente —miento—. No esperaba compañía, pero no me molesta.

—Supongo que sí, viendo el tiempo que pasas con él ahora.

Estoy muy frustrado.

La urgencia de abandonar esta farsa, arrojarme a los brazos de mi madre y contarle todo es casi demasiado fuerte para resistirla. Por suerte, la claridad me golpea primero: no importa cuánto les guste a mis padres, no sé cómo reaccionarán al ver que somos *tan* cercanos. No necesito usar mi maestría para adivinar que no lo tomarán muy bien, considerando la advertencia que mi papá me dio en el auto no hace mucho.

Entonces, le sonrío a mi mamá, canalizando la imagen más pura de la inocencia, y le digo: “Voy a ayudar a papá con la ensalada”.

Me voy antes de que ella pueda decir algo más, directo a la guarida del lobo.

Mi padre me alborota el pelo cuando paso a su lado en la cocina y me esfuerzo por no mirar a Reed a los ojos porque soy mezuquina. Mi madre se suma a la conversación un momento después, mientras yo pretendo estar inmersa en el arte de preparar ensaladas. Es decir, hasta que una presencia se cierne sobre mí y me hace estremecer los sentidos.

“¿Vas a ignorarme toda la noche, pequeño criminal?”

Me muerdo el labio inferior aprovechando que estoy de espaldas.

“Es curioso cómo parece que estás en exactamente la misma misión, Dr. Abner”.

¿Eso es un gruñido?

Sus dedos rozan mi cadera y me hacen saltar. Miro hacia atrás, no quiero que mi padre cometa un asesinato esta noche, pero mis padres están absortos en una conversación en la mesa del comedor y no nos prestan atención.

Reed se inclina hasta que su aliento acaricia mi oreja. "No me gusta que me ignores". Lo miro por encima del hombro mientras él da un paso atrás. "¿Este es el juego que estamos jugando ahora?"

"No tengo idea de lo que quieres decir."

Pero sus ojos esconden un desafío que estoy deseando aceptar.

Caña

Estoy jugando con fuego, joder.

Pero el deseo de quemarme abrasa mis últimos rastros de sentido común, así que en lugar de retirarme al comedor con Grace y Cal, me quedo con su hija en la cocina.

Trabajamos en un silencio confortable, el fuego arde más fuerte en mis venas cada vez que la rozo mientras nos movemos en la cocina, cada vez que una bocanada de su dulce aroma envuelve mis pulmones, cada vez que ella aparta un mechón de cabello rubio que cae de su moño.

Estoy fascinado por esta mujer. Hasta los huesos.

Los minutos parecen horas cuando no puedo tocarla, como me lo pide mi cuerpo. Ambos acordamos que lo de anoche no podía volver a suceder, y yo tenía toda la intención de respetar esos deseos porque Lila tiene razón: esto podría complicarse mucho. Yo también lo sé. Pero luego entré en su casa, su luz me hacía señas, y toda esa determinación se fue por la ventana.

Siento que me voy a asfixiar si no la beso otra vez.

"¿Cómo está el cachorro?", me pregunta Grace mientras nos zambullimos en nuestra comida un rato después. "Lila me mostró una foto el otro día y parece que está creciendo".

"Está bien. Sorprendentemente, le encanta la guardería", le digo.

—Quizás te sorprenda —Lila me dedica una sonrisa burlona—. Sabía que le encantaría.

Mis labios se curvan. "Supongo que no todos podemos ser gurús de los cachorros".

La mirada de Grace se mueve entre nosotros. "¿De qué se trata?"

"Al parecer tu hija es muy buena con los perros".

Lila cae en mi trampa. "¿*Aparentemente*? Dale un poco de respeto a mi nombre".

"Li", la regaña su madre.

Tomo mi vaso de agua. "Está bien. Puedo encargarme de ella".

Grace se ríe y mi sonrisa se ensancha hasta que la siento.

El pie enfundado en un calcetín de Lila frota mi espinilla debajo de la mesa, moviéndose más arriba hasta que descansa sobre mi regazo.

Mis movimientos se detienen. El borde de mi vaso está presionado contra mis labios, pero no puedo beber de él porque ella elige ese momento para acercarse a mi ingle.

Joder el infierno.

Me aclaro la garganta. —Esta lasaña está deliciosa, Cal.

Lila presiona su pie contra mi carne, no directamente sobre mi ingle, pero lo suficientemente cerca como para que la sangre comience a bombear en mi zona inferior.

Claramente, el hecho de que sus padres estén sentados aquí no la inmuta.

La respeto y la temo a la vez.

Cal sonrío con sorna. “¿Qué puedo decir? El talento corre por mis venas”.

Lila pone los ojos en blanco y mueve el pie de un lado a otro de forma lenta y burlona.

Quiere matarme. —Me encanta tu humildad, papá.

“Sólo digo hechos.”

—Claro, cariño. —Grace intercambia una mirada cómplice con Lila mientras aprieta el brazo de su marido.

Tal vez debería hacerme sentir de alguna manera estar rodeada de una familia estructurada que se ama entre sí, pero siempre me he sentido bienvenida aquí. Y me gusta que Lila haya crecido con tanto amor, incluso si eso la convirtió en la pequeña descarada que es hoy.

Una descarada que me está volviendo loca.

Agarro su pie por debajo de la mesa, deteniendo su exploración de mi muslo. Cuando me atrevo a mirarla, su sonrisa burlona logra ponerme aún más duro. Ella no hace ningún movimiento para liberarse de mi agarre, y yo tampoco la suelto.

La conversación cambia y se centra en el día que Cal pasó en el salón de tatuajes y en el hombre que quería tatuarse la frente. Lila mueve los dedos de los pies, tratando de escapar. Solo la suelto cuando resulta demasiado sospechoso que esté manteniendo una mano debajo de la mesa.

Por suerte para mi cordura, ella no intenta frotarme más y, cuando ayudo a Grace a llevar todos los platos a la cocina, mi erección está bajo control.

—Debería irme —le digo a Grace mientras termino de cargar el lavavajillas—. No estoy segura de cuánto tiempo más podrá aguantar Ginny sin orinar en mis pisos de madera. Ella se ríe. “Está bien”. Luego hace una pausa y se limpia las manos con una toalla seca.

“¿Reed?”

“¿Sí?”

Su mirada se desplaza de mí a Lila, que sigue en el comedor, tan rápido que podría haberlo imaginado. Sacude la cabeza. —Olvidalo.

—No, puedes decírmelo.

Ella vuelve a negar con la cabeza. “Está bien”.

—Grace, vamos.

—Te prometo que no es nada. —La sonrisa que me dedica no es tan sincera como las habituales—. Gracias por venir esta noche. ¿Te veo la semana que viene?

Está claro que no me va a decir nada, así que lo dejo pasar. En lugar de eso, le doy un abrazo de despedida y me despido de Cal.

“Voy arriba”, les dice Lila a sus padres antes de seguirme hasta la puerta.

En lugar de subir las escaleras, se queda atrás mientras yo tomo mi chaqueta. La entrada está a oscuras y podemos oír las voces de sus padres que vienen de la cocina, lo que me da la peligrosa impresión de que estamos solos. Cuando me mira con una ceja en señal de broma, sé que está pensando lo mismo.

—Eso es lo que obtienes por ignorarme esta noche. —Me da la sonrisa más falsa e inocente que la humanidad conoce.

Mi polla responde a ello.

—¿Estás segura de que quieres pinchar al oso? —le pregunto en voz baja.

Da un paso más cerca, luego otro, y otro, hasta que su pecho roza el mío. Su dedo índice recorre la longitud desde mi pecho hasta la parte inferior de mi estómago a un ritmo lento y tortuoso.

Contengo la respiración, anticipando su próximo movimiento con un tipo de hambre que nunca antes había sentido.

Y entonces Lila se inclina y susurra: "Lo deseo más que nada".

CAPÍTULO 28

Lila

¿Esto es lo que se siente al perder la cabeza?

Tal vez frotarle la pierna por debajo de la mesa con el pie fue ir demasiado lejos (sin ánimo de hacer un juego de palabras), pero siento que estoy en llamas cada vez que estoy en la misma habitación con el único hombre del que nunca debí haberme enamorado, y no sé cómo afrontarlo.

A pesar de la forma directa en que le insinué algo durante una cena en la casa de mis padres hace una semana, mi confianza se agota una vez que me calmo y me doy cuenta de que involucrarme con Reed podría tener consecuencias muy reales que pongan fin a mi carrera.

Después de todo, hasta que me gradúe, seguiré siendo una estudiante en la universidad en la que él trabaja. Y aun así, siempre seré *esa estudiante a la que supervisó durante su pasantía*. Los rumores nos perseguirían por siempre.

Así que, la semana después de la cena con mis padres, mantengo mi atracción por él encerrada en lo más pequeño de mi corazón, esperando que se marchite.

Pero entonces Reed toma a Ginny en sus brazos y ella le lame la cara.

Y ayuda a las niñas del centro juvenil con sus pulseras aunque sus dedos son demasiado grandes para dicha tarea.

Y juega a carreras de coches con Ike en la sala común.

Cada vez que estoy segura de que mis sentimientos están bajo control, Reed me sonríe o me roza el brazo cuando pasa a mi lado o simplemente se queda de pie cerca de mí. Es una tortura.

Mis sentimientos por Reed finalmente pasan a un segundo plano el día antes de la Youth Counseling Expo mientras me retuerzo en el asiento demasiado pequeño del avión y trato de no pensar demasiado en las doce formas en que podría morir en esta lata.

Reed coloca su mochila entre sus piernas, que apenas caben en el asiento del medio.

“¿Volador nervioso?”

El avión, mientras se dirige hacia la pista, hace un ruido chirriante que estoy bastante seguro de que no debería hacer. Me sudan más las palmas de las manos. "Mmm".

“No sabía que tenías ansiedad al volar”.

Mantengo mi mirada fija en la ventana; estos podrían ser mis últimos momentos mirando tierra firme, así que bien podría absorberlo todo.

¿Muy dramático?

—Más bien es pánico por volar. —Me muevo de nuevo en el asiento—. Odio los aviones.

—Bueno, no podemos viajar hasta Chicago y llegar a tiempo ahora —dice, pensativo—.

Deberías habérmelo dicho antes.

Eso me hace girar la cabeza. Los asientos están tan apretados que su cara está a escasos centímetros de la mía. “¿Para qué? No es como si me hubieras llevado catorce horas hasta Chicago”.

“Por supuesto que lo habría hecho.”

Mi corazón salta. Y esta vez no tiene nada que ver con el avión.

—No seas ridícula —murmuro. Pero lo peor es que lo creo.

El anuncio aéreo que nos dice que debemos prepararnos para el despegue interrumpe lo que sea que vaya a decir a continuación.

Por millonésima vez, compruebo que tengo abrochado el cinturón de seguridad y cuento hasta diez en mi cabeza, en un intento fallido de calmar mi ansiedad. La gente siempre dice que los aviones son el medio de transporte más seguro, pero siendo realistas, ¿qué posibilidades tengo de sobrevivir a un accidente aéreo? Quiero decir, no puedo *volar*. Sin embargo, si tuviera un accidente de coche, tal vez podría alejarme cojeando del lugar y...

—Lila.

"Mmm."

"Estás hiperventilando."

No lo miro, pero puedo sentir la vacilación que irradia de él para decir más mientras el avión se alinea con la pista. Estos podrían ser mis últimos momentos en la tierra y los estoy desperdiciando siendo dramática. Qué apropiado.

"Cuando era niño, me ponía ansioso todo el tiempo cuando mis padres discutían a gritos".

Eso llama mi atención

Desde la noche en que nos besamos, Reed no ha vuelto a hablar de su pasado. No quería entrometerme por si no estaba dispuesto a hablar de ello; tal vez lo de abrirse a mí había sido algo que solo había ocurrido una vez. Pero ahora me está dando una oportunidad. Está dispuesto a hablar de ello.

Todos los ruidos del avión desaparecen. Solo escucho la voz de Reed, veo esos ojos oscuros, respiro su aroma limpio.

—¿De verdad fue malo? —pregunto en voz baja.

No hay nadie en el asiento del pasillo y, para empezar, el avión no está demasiado abarrotado, por lo que se siente como una conversación privada.

—Fue una pesadilla. —Sus ojos no se apartan de los míos—. Las primeras veces que sucedió, me escabullía para ver qué estaba pasando. Mi madre le arrojaba vasos a mi padre y los rompía contra la pared. Mi padre le ponía las manos encima a mi madre. Te ahorraré los detalles.

Trago saliva. "Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Ningún niño debería pasar por eso".

El avión se mueve. El fantasma de su mano roza la mía.

—Eso ya es cosa del pasado —pero me doy cuenta de que todavía lo persigue. Sus ojos no pueden mentirme—. ¿Quieres saber lo que haría para volver a dormirme?

Se me corta la respiración cuando el avión empieza a acelerar por la pista. Mis dedos están decididos a aplastar el apoyabrazos cuando la mano de Reed cubre la mía. Olvidándome de dónde estoy por un segundo de felicidad, lo miro en silencio mientras me da la vuelta con la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

Golpe, golpe, golpe.

"Mi perra, Daisy, se subía a la cama conmigo y yo hundía mi cara en su pelaje", refunfuña.

"Abrazarla me tranquilizaba lo suficiente como para volver a dormirme".

Se me rompe el corazón sólo de pensar en lo que sus padres le habrán hecho a su perro de la infancia, para luego echarle la culpa a él.

Mi sonrisa es nerviosa pero sincera. "Apuesto a que Daisy dio los mejores abrazos".

—Sí, lo hizo —confirma—. Ella no está aquí para calmar tu ansiedad por el vuelo, pero yo sí.

Mi pulso se acelera.

“Ven aquí, ángel.”

Mi cuerpo flota mientras el avión despegamos. Me digo a mí misma que esa es la única razón por la que no lo pienso dos veces mientras levanto el apoyabrazos que está entre nosotros y entierro mi cara en su clavícula, cerrando los ojos por todo tipo de razones diferentes. Porque el avión podría caer en cualquier momento.

Porque nunca quiero dejar ir a Reed.

Porque no sé por qué me llama ángel, pero mi corazón se acelera cada vez que lo hace.

Porque me muero de ganas de estar tan cerca de él otra vez desde la noche en que nos besamos.

Reed me abraza con fuerza mientras el avión avanza a toda velocidad entre las nubes.

Ahora mismo, no me importa quién esté mirando. Si los demás pasajeros piensan que estoy siendo dramático, no me preocupa.

Nunca me he sentido más seguro que en los brazos de Reed.

—¿Estás bien? —Su aliento me hace cosquillas en la oreja. La mano que estaba alrededor de mis hombros se mueve para enredarse en mi cabello—. No soy Daisy, pero podría abrazarte un poco más fuerte si quieres.

Asiento contra su pecho y él me acerca más.

No me alejo hasta que las luces del cinturón de seguridad se apagan, pero entonces extraño instantáneamente el calor de su cuerpo contra el mío.

—Gracias —murmuro, bastante segura de que me arden las mejillas—. Daisy debe haber sido un genio, porque eso ayudó mucho.

Su sonrisa es devastadora. “Me alegro. Avísame si vuelves a necesitar mis abrazos durante el vuelo”.

Culpo a mi posible muerte inminente en un accidente aéreo por mi siguiente movimiento.

Cubro su gran palma, que ahora descansa sobre su muslo, con la mía, mucho más pequeña, y entrelazo mis dedos con los suyos. Cuando me mira con una ceja enarcada, me encojo de hombros. “Mi ansiedad por volar cuenta como una emergencia. Normalmente te enviaría un mensaje de texto, pero...”

Asiente con seriedad y sigue la conversación. “Claro. Siéntete libre de tomarme la mano durante las próximas tres horas”.

“¿No puedes recordarme cuánto dura este vuelo? Ya estoy bastante ansioso así como está”. Vuelve a girar mi mano, tomando el control, y frota mi piel con el pulgar de forma relajante. “Debería seguir haciendo esto, entonces”.

¿Está coqueteando conmigo?

—Oh, definitivamente.

¿Estoy coqueteando también?

A treinta y cinco mil pies de altura, a ninguno de los dos parece importarles el límite que fijamos esa noche. Primero en la mesa y ahora otra vez, me doy cuenta de que ya no puedo luchar contra la atracción magnética que hay entre nosotros. No quiero *hacerlo*.

Si vamos a romper las reglas, mejor que lo hagamos en Chicago, a miles de kilómetros de casa, en las sombras, donde nuestras decisiones parecen no tener consecuencias.

Cuando llegamos al hotel donde se llevará a cabo la Expo de Asesoramiento Juvenil, estoy completamente exhausto.

Después de recoger nuestras maletas y ver cómo estaba Ginny (Haniyah cuidará a los perros este fin de semana), Reed organizó un auto para que nos llevara al hotel. El vestíbulo está lleno de académicos que reconozco por haber visto innumerables charlas en línea, y realmente tengo que tomarme un momento para aceptar el hecho de que compartiré el centro de atención con ellos este fin de semana. Yo ...

—¿Nervioso? —pregunta Reed cuando se da cuenta de que miro a mi alrededor frenéticamente.

“No tanto como estoy emocionada”, le digo con sinceridad. “Sé honesto conmigo. ¿Qué probabilidades hay de que haga mi presentación frente a alguna de estas personas? Porque reconozco a la mayoría de ellas y estoy un poco nerviosa”.

Se mueve de un lado a otro y cruza los brazos. Hemos mantenido las manos quietas desde que salimos del aeropuerto y no es muy difícil entender por qué: para esta gente, somos un profesor y un estudiante que viajan juntos.

“Tu presentación solo coincide con la de otros estudiantes de posgrado, por lo que es muy posible”. Mi estómago da un vuelco y luego se derrumba. “Puede que haya un susurro o dos sobre lo increíble que es esta Lila Callaghan, la futura consejera”.

—Cállate —susurro.

“No mates al mensajero. Sólo te cuento lo que se comenta en mis círculos”.

“No hay forma de que ninguna de estas personas sepa quién soy”.

“No es precisamente común que un estudiante haya publicado varios artículos antes de graduarse. Por supuesto que han oído hablar de ti”.

Niego con la cabeza y sigo el ritmo de la cola. “No, no lo puedo creer”.

—Nunca te mentaría, Lila.

Es la forma en que lo dice, tan llena de convicción, lo que me hace querer abrazarlo otra vez.

La cola se mueve de nuevo. “Genial. Ahora estoy más nervioso que emocionado”.

“Cenaré con algunos colegas esta noche, pero puedo ayudarte a repasar tus notas antes de la cena”, ofrece. “O mañana por la mañana, antes de tu presentación. Lo que necesites, estoy aquí”.

—Gracias, pero ya lo tengo. —Un cuarenta por ciento, tal vez—. Llamaré a Mariah para despejarme. Saldré a caminar por la cuadra. También hay un gimnasio en el hotel; lo busqué.

Su mano se posa en mi espalda por un breve segundo mientras me guía hacia adelante.

“Envíame un mensaje si me necesitas, ¿de acuerdo?”, insiste. “No estás sola en esto”.

Lo miro y le ofrezco una pequeña sonrisa, incapaz de decir nada más.

Porque ¿qué se supone que debes decirle al hombre del que te estás enamorando?

Una vez que hacemos el check in y nos dan la llave de nuestras respectivas habitaciones, le digo que me ducharé y me acostaré temprano, lo que no le impide volver a ofrecerme su ayuda. Pero no quiero molestarlo si tiene planes, por más que los nervios me vayan carcomiendo con el paso de las horas.

Es pasada la hora de la cena cuando mi teléfono vibra mientras estoy terminando mi rutina nocturna de cuidado de la piel.

Reed: ¿Todo bien? No me has enviado ningún mensaje en toda la noche.

Yo: No hay emergencias hasta ahora.

Puede que sea un poco mentira. Tengo un nudo en el estómago desde que me dijo que todas las miradas estarán sobre mí durante mi presentación mañana.

Reed: ¿Seguro que no necesitas nada? Solo pídelo y te lo daré.

El pensamiento más loco y descabellado me cruza por la mente después de leer su texto. Ha sido más cariñoso conmigo desde la noche de nuestro beso. Dijimos que no podía volver a suceder, pero ¿y si...?

No. No te vuelvas loco.

Yo: Estoy seguro. Gracias por preguntar :)

Yo: ¿Cómo estuvo tu cena?

Reed: Sin incidentes. No vi a alguien que me molestaba debajo de la mesa.

Mi respiración se detiene. ¿En serio lo está mencionando?

Siento un ligero temblor en las manos mientras escribo una respuesta.

Yo: No habrá mesas involucradas, pero puedo molestarte ahora si no estás demasiado cansado.

Reed: Es una pena lo de las mesas. Estaré allí en cinco minutos.

Mierda santa.

Él viene aquí.

Miro mi reflejo en el espejo: tengo la piel limpia, el pelo recogido en una cola baja y *muy...* sueño *corto* Pantalones cortos combinados con una vieja camiseta holgada que ya ha visto días mejores. Pero no es que esperara recibir visitas nocturnas durante este viaje, aunque secretamente esperaba que sucediera, así que no empaqué nada más sexy.

¿Qué estoy diciendo?

A Reed no le importaría si uso ropa sexy para dormir o no. Eso es lo que me repito durante los siguientes cinco minutos. Pero cuando Reed toca a mi puerta y la abro para descubrir que lleva una camisa blanca desabotonada en el cuello y pantalones oscuros, mi cerebro deja de responder.

"Hola, ángel."

CAPÍTULO 29

Caña

Estuve dos horas conversando monótonamente con el teléfono ardiendo en el bolsillo hasta que no pude soportarlo más y le envié un mensaje de texto.

Durante toda la cena no pude dejar de pensar en ella. En que preferiría pasar el tiempo con ella. En lo mucho que ansiaba abrazarla de nuevo, brindarle consuelo como lo hice en el avión.

Lila dijo que se acostaría temprano antes de su presentación de mañana, así que no esperaba una respuesta. Lo que esperaba era que el sentido común me derribara, porque coquetear con mi ex becaria por mensaje de texto probablemente sea una sentencia de muerte a punto de suceder.

Eso no me impidió dejar a mis colegas en el restaurante del hotel sin una explicación sólida y llamar a su puerta tan pronto como me respondió el mensaje de texto. Y seguro que no me impide apreciar la suave piel de sus piernas desnudas con esos pantalones cortos pecaminosos cuando abre la puerta ahora.

—Hola, ángel. —El apodo se me escapa antes de poder detenerme.

Su sonrisa burlona es nada menos que burlona. “¿La emergencia fue que te aburrías?”

La emergencia fue que no podía pasar ni un segundo más sin estar cerca de ti.

"Claro que sí."

Lila abre la puerta más de lo normal. —Pasa, pues. Déjame entretenerme con los últimos pasos de mi rutina de cuidado de la piel.

Cerré la puerta detrás de mí antes de seguirla al baño. “Un gran plan para un viernes por la noche, si me preguntas”.

Ella me lanza una mirada fulminante por encima del hombro. “No me insultes o no te dejaré ver”.

—Ni se me ocurriría. —Levanto las manos en señal de rendición mientras tomo asiento en el borde de la bañera, detrás del tocador, donde hay todo tipo de cremas y sueros faciales esparcidos en un orden que no entiendo—. Observarte es mi actividad favorita.

Ella sonrío, mirándome a través del espejo. “¿Observándome hacer qué, exactamente?”

"Cualquier cosa."

"Necesito que me expliques más."

"No va a pasar."

Ella niega con la cabeza. “Cobarde”.

Si tan solo supieras.

Lila centra su atención en sus sueros. Mientras la observo, desearía tener el valor suficiente para decirle lo fascinante que es cada uno de sus movimientos. Cómo estar cerca de ella se ha convertido en mi actividad favorita. Cómo podríamos ver juntas cómo se seca la pintura y no me aburriría.

Ese pensamiento solo me da miedo de muerte.

Después de lo que me hicieron pasar mis padres, me prometí a mí mismo que viviría mi vida sin relaciones, sin comprometerme ni apegarme a nadie. He tenido mi cuota justa de aventuras a lo largo de los años e incluso algunos intentos de relaciones después de la universidad que no duraron mucho porque no podía soportar la presión de ser el apoyo de

otra persona. Pero cada vez que me convenzo a mí mismo de alejarme, ella me sonrío y vuelvo a desmoronarme.

Ella llena el silencio entre nosotros. "Estás callado".

Apoyo los codos sobre las rodillas. "Ha sido un día muy largo".

—Si estás cansada, puedes volver a tu habitación —le ofrece, rociándose el rostro con una especie de spray—. Además, mañana tienes tu presentación.

"No me preocupa."

Mi respuesta me hace poner los ojos en blanco en tono juguetón. "Debe ser agradable saber que la gente te admirará sin importar lo que hagas o digas".

—No es así —me lanza una mirada mordaz—. Está bien, puede que sea un poco así. Pero me he dejado la piel para conseguirlo.

—Es verdad. —Se deshace la coleta y coge un cepillo para el pelo—. ¿Puedo preguntarte algo?

"Adelante."

Se muerde el costado de la mejilla, insegura, mientras comienza a cepillarse el cabello.

"¿Fue difícil ir a la universidad y graduarte sola? Dijiste que nunca te adoptaron, ¿verdad?"

Su pregunta me desconcierta, pero me resulta sorprendentemente fácil de responder.

"Pude pagarlo con becas, pero como también tenía que pagar el alojamiento fuera del campus (solo un pequeño estudio), tuve que buscar un trabajo bastante pronto", le digo. Me doy cuenta de que nadie sabe esto sobre mí, aparte de Liam, Warren y Haniyah. "Trabajaba en un taller de reparación de automóviles a tiempo parcial y atendía el bar los fines de semana.

"Seguro que sabes cómo es esto, pero como Haniyah había sido mi trabajadora social, no estaba bien visto que me involucrara tanto en la vida de un caso anterior. Pero me ayudó tanto como pudo entre bastidores: me consiguió varias subvenciones, me ayudó a presentar la solicitud y su marido era el dueño del taller de coches en el que trabajaba". Me muevo en el borde de la bañera. "No estaría donde estoy hoy si no fuera por ella. Es como una madre para mí".

La sonrisa de Lila es compasiva. "Eso fue muy generoso de su parte. Y me alegro de que siempre haya estado en tu vida a pesar de las circunstancias que la llevaron hasta aquí".

Mi mente me lleva de nuevo al primer día que conocí a Haniyah, menos de veinticuatro horas después de que las autoridades se llevaran a mis padres. Recuerdo su voz tranquilizadora, su sonrisa tranquilizadora, esa extraña sensación visceral que me decía que podía confiar en ella.

Y es esa misma sensación visceral la que me hace levantarme del borde de la bañera y acortar la distancia entre Lila y yo. El calor de su cuerpo me hace señas, pero me detengo antes de hacer algo de lo que no podemos recuperarlos.

En lugar de eso, le extiendo la mano: "¿Puedo?"

Ella frunce el ceño, confundida. "¿Quieres cepillarme el pelo?"

Mis dedos rozan los suyos mientras agarro su cepillo. "Me conformaré con cepillarte el cabello".

Mientras tengo cuidado de no lastimarla cuando encuentro algún nudo, me doy cuenta de que no tengo ni la menor idea de por qué estoy haciendo esto en primer lugar. Todo lo que sé es que cuidarla así se siente bien. Que estoy cansado de luchar contra mis instintos.

Ella mira mi reflejo en el espejo, sus ojos brillan con interés. “¿Conformarme? ¿Qué significa eso?”

Mi mano roza el costado de su cuello.

“Significa que quiero hacer más, pero no lo haré”.

Nuestras miradas se fijan en el espejo, hilos invisibles nos acercan más.

“Tal vez no quiero que te conformes con solo cepillarme el cabello”.

Doy un paso más cerca. Uno más y estaré más pegado a ella. Uno más y ella sentirá exactamente lo mismo que yo siento cuando estoy cerca de ella.

—Dijimos que no podía volver a suceder —le recuerdo.

“Estamos reconociendo que “De noche, ya veo.”

Le cepillo los últimos mechones de pelo y dejo el cepillo sobre la encimera de mármol. En lugar de dar un paso atrás, coloco las manos a ambos lados de ella, atrapándola. En el espejo, sus mejillas han adquirido ese color rojo cereza que tanto me encanta.

—Esa noche fue un error —digo.

“Lo sé.”

Ninguno de los dos parece creerlo.

—Sería irresponsable que volviera a ocurrir —agrego en voz baja.

Lila presiona su espalda contra mi frente, mi dureza se clava en su espalda baja.

“Absolutamente”.

—Lila —dije entre dientes y posé la mano sobre su cadera—. No es una buena idea.

—Tienes razón —susurra—. Es terrible.

Cuando ella me presiona un poco más fuerte, el fugaz control que tengo sobre mi cordura se rompe una vez más.

La doy vuelta, la agarro por las caderas y la levanto hasta que está sentada sobre el tocador. Presiono mi frente contra la suya y mi voz sale áspera cuando susurro: “¿Quieres hacer esto? Entonces hagámoslo, carajo. Dime lo que necesitas, ángel, y será tuyo”.

Respirando pesadamente, se lame los labios. “Tócame, Reed”.

Joder el infierno.

—¿Dónde? —Una de mis manos se posa sobre su muslo desnudo, dejándole la piel de gallina—. ¿Aquí?

Ella niega con la cabeza y me mira con una mezcla de lujuria e inocencia que me vuelve loco.

“Guía mi mano hacia donde quieras.”

La electricidad se filtra en mi piel cuando me toca. Lentamente, guía mi mano hacia su cálido centro, justo por encima de la tela fina de sus pantalones cortos para dormir. Emite un pequeño gemido entrecortado mientras presiona mi mano contra su centro. “Justo aquí”.

Cerré los ojos y no me moví ni un centímetro. —Lila.

“¿Sí?”

—Dime que pare —le dije entre dientes, una súplica desesperada para que ella hiciera lo que yo no podía hacer.

—No —la siento ahuecando mi mejilla y jugando con mi labio inferior con su pulgar—. Te necesito, Reed. Te necesito tanto que me duele.

—No es justo. —Le muerdo el pulgar, suavemente, para no lastimarla—. Sabes que no puedo decirte que no.

-Entonces no lo hagas.

Pero sigo sin moverme. Su pulgar en mis labios, mi mano entre sus piernas y yo no me muevo.

Cerrando la pequeña distancia que nos separa, me besa los labios. Un beso breve y dulce que me hace dar vueltas la cabeza.

Y cuando ella susurra: "Quiero sentir cómo me estiras", pierdo el control.

Tomo su boca con la mía, finalmente inhalándola de nuevo. Ella envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, luego sus piernas, instándome a acercarme, a tomarla, a hacerla mía. Pero no lo haré, no como si me estuviera rogando. No todavía.

Encuentro el dobladillo de sus pantalones cortos y los bajo por sus piernas, y junto con ellos se le quitan las bragas. Su camiseta es tan grande que cubre la zona inferior de su cuerpo, y me acerco lentamente hasta que mi pulgar presiona su centro húmedo, lo que provoca un gemido de la mujer que está en mis brazos.

—Estás empapada —digo con voz áspera, moviendo el pulgar en círculos. Ella jadea, sin aliento, incapaz de responder con palabras concretas—. ¿Cuántas veces has estado así de mojada por mí, cariño?

Cuando vuelve a quejarse, aprieto un poco más el pulgar hasta que me da la respuesta que busco. "Demasiadas", admite. "Me toco pensando en ti".

Mi polla se endurece detrás de la cremallera. "Joder, Lila".

"¿Qué? ¿Como si no lo hicieras?"

Cerré los ojos y recogí su humedad. —Más veces de las que puedo contar.

Sin aliento, dice: "Me siento tan vacía, Reed. Necesito tus dedos dentro de mí".

Esas palabras por sí solas son suficientes para casi hacerme deshacer.

No estoy listo para su estrechez mientras intento empujar mi dedo medio dentro de ella y encuentro resistencia. " *Diablos* ", gruño.

Ella se mueve en el mostrador. "L-lo siento. Ha pasado un tiempo".

—No te disculpes. Nunca por esto. —Presiono mis labios contra su frente—. Iré despacio. Te tengo.

El recuerdo de que alguien más estuvo dentro de ella antes que yo es suficiente para hacer que la parte más posesiva y primaria de mí estalle. Empujo un poco más, con cuidado de no lastimarla.

—Nadie más puede tocarte así —gruño—. Nadie más que yo. ¿Entendido?

Ella asiente, sin aliento. "Sólo tú, Reed".

"Esa es mi chica."

Con un último empujón, entierro mi dedo medio dentro de ella y veo el puto cielo.

Ella echa la cabeza hacia atrás con un gemido mientras yo introduzco y saco mi dedo con cuidado mientras mi pulgar sigue haciendo círculos en su centro sensible, estirándola como ella me pidió que hiciera. Como me muero por hacer desde hace más tiempo del que soy lo suficientemente valiente para admitir.

Lila se frota contra mi mano, poniendo a prueba mi fuerza de voluntad. La urgencia de ponerla sobre mi hombro, tirarla sobre la cama y tomarla cruda es tan intensa que me quedo ciego por un momento.

Ella gime mi nombre, me dice que vaya más rápido y yo obedezco. Por ella haría cualquier cosa, incluso borrar para siempre la línea prohibida que nos separa.

—Eso es, ángel. Cabalga mi mano —la elogio—. Estás tan apretada que no creo que pueda meter otro dedo dentro de ti.

"Inténtalo."

Con delicadeza, introduzco otro dedo en su zona caliente. Mis labios encuentran la delicada pendiente de su cuello y besan el camino hasta el lóbulo de su oreja. —¿Estás bien?

Se le escapa un suave gemido cuando asiente. "Nunca he estado mejor".

Su humedad cubre mis dedos y nunca he sentido nada más caliente. "Te sientes tan bien, Lila. Mejor de lo que había imaginado".

"¿Nos imaginaste juntos?"

"Todas las malditas noches."

Ella se aprieta a mi alrededor y sé que está cerca. Beso su cuello otra vez, mordiendo suavemente su piel mientras bombeo mis dedos más rápido, más profundo.

—Suéltame, hermosa —le ordeno—. Ven sobre mis dedos.

Lila se hace añicos a mi alrededor, se deshace con un fuerte gemido que ahoga contra mi cuello. Se aferra a mí y yo la abrazo más fuerte mientras disfruta de las últimas oleadas de su orgasmo.

—Reed —exhala.

—Te tengo. —Se estremece de nuevo a mi alrededor mientras saco mis dedos de ella—.

¿Estás bien? ¿Te lastimé?

—No quiero que te arrepientas de esto —espeta, ignorando mis preguntas—. No quiero que te arrepientas de mí.

Cuando nos alejamos, me encuentro con la vista más impresionante que jamás haya visto. Mejillas sonrojadas. Respiración entrecortada. Labios entreabiertos. Ojos brillantes. Cabello alborotado.

—Eres la mujer más perfecta que he conocido, por dentro y por fuera. —Abrazo su rostro entre mis manos y presiono mis labios contra su frente—. Nada ni nadie podría hacerme arrepentirme de ti, Lila.

Porque te quiero.

La repentina comprensión me golpea de la nada, presionando mi pecho, y no me deja respirar.

Me aparto de ella ante su mirada vulnerable, ignorando la opresión en mi corazón. —

Descansa un poco, ¿vale? Mañana es un gran día.

—Pero ¿qué pasa con...?

—No te preocupes por mí. —No hago ningún movimiento para acomodar el evidente bulto que ella está mirando en este momento.

—No es justo —murmura mientras se levanta del tocador.

Mantengo una mano sobre su brazo por si acaso. El mostrador del baño es demasiado alto y ella no es precisamente alta. Una vez que está Ya a salvo en el suelo, doy un paso atrás.

"Envíame un mensaje si necesitas algo antes de tu presentación de mañana. Me levantaré temprano".

"Qué buena manera de cambiar de tema."

"No soy..."

Acabas de darme el orgasmo más intenso de mi vida, ¿y me dices que no puedo devolvarte el favor?

Mi polla se contrae. Ella arquea una ceja cuando se da cuenta.

—Esta noche no se trata de mí. —Arriesgo mi cordura de nuevo al darle otro beso en la frente—. Nos vemos mañana.

—Estoy enojada contigo —dice ella, abriéndome la puerta.

No puedo evitar sonreír, sabiendo que no es así. "Está bien. Duerme bien".

Doy un paso hacia el final del pasillo en dirección a mi habitación cuando Lila me agarra la mano y me detiene.

Me doy vuelta justo a tiempo para sentir sus suaves labios en mi mejilla. Su beso es breve, la cosa más dulce que he sentido en mi vida. Cuando se aparta, la intensidad de su mirada me atrapa. Y puedo decir que sus siguientes palabras son ciertas.

—Yo tampoco podría arrepentirme nunca de ti, Reed.

CAPÍTULO 30

Caña

YO La plena comprensión de lo que Lila y yo hicimos anoche me deja boquiabierto cuando reviso mi teléfono a la mañana siguiente.

Cal: ¿Hay alguna manera de grabar su charla? Te juro que estoy a punto de tomar un vuelo si dices que no, al diablo con mis compromisos.

Me quedo mirando su mensaje más tiempo del necesario. La pregunta que me hace es simple, pero el único pensamiento que tengo en la cabeza es cómo hice que su hija viniera anoche y cómo lo volvería a hacer.

Me paso la mano por el pelo, me despido del grupo de compañeros con los que estaba desayunando y me siento en el vestíbulo. Todavía me queda una hora hasta mi presentación.

Yo: Todas las charlas se graban y se subirán a Internet en algún momento de las próximas semanas. Puedo enviarte el enlace cuando esté disponible la de Lila.

Cal: Genial. Siempre puedo contar contigo.

Si tan solo supieras.

Cal: Llamé a Lila antes, pero no quería agobiarla antes de su presentación. ¿Te dijo algo? ¿Está nerviosa?

Yo: Estaba bien cuando la vi ayer. Me envió un mensaje de texto hoy diciendo que iba a dar un paseo para aclarar sus ideas. Estará bien. Es ingeniosa.

Cal: Obviamente. Ella es mi hija.

Me sorprende a mí misma sonriendo antes de volver a leer la parte que dice "*ella es mi hija*"

No es que me haya olvidado de quiénes son los padres de Lila, pero no es hasta ahora que me doy *cuenta* de que, si lo que pasó anoche se supiera, mi amistad con Grace y Cal terminaría.

Y Cal me mataría en cuanto me viera.

He trabajado con Grace durante tres años y finalmente encontré una amistad inesperada pero genuina entre ella y su esposo. Si supieran lo que siento por su hija, lo que hemos *hecho*, nuestra relación se iría al traste.

Sin embargo, no es suficiente para mantenerme alejado de Lila, lo cual me aterroriza.

Porque estoy empezando a pensar que nada lo logrará jamás.

Con la mente en piloto automático, vuelvo a subir para tomar mis notas antes de dirigirme a la sala de conferencias de abajo. El auditorio está abarrotado, como siempre ocurre cuando hay oradores destacados, y mientras trato de encontrar un solo asiento vacío entre la multitud, me pregunto si Lila se asustaría si viera a tanta gente en su presentación.

¿Ha dormido bien? ¿Ha desayunado? ¿Ha repasado sus notas suficientes veces?

Ella me envió un mensaje de texto esta mañana diciendo que estaba bien, y le creo, pero todavía estoy preocupada.

Mi propia presentación transcurre sin problemas. He hablado muchas veces antes, frente a grupos similares, de los kits de herramientas de salud mental en hogares de acogida, pero considero que es una buena señal que la gente todavía esté interesada en escuchar lo que tengo para decir.

Después de terminar mi charla y los quince minutos de preguntas de seguimiento, me encuentro en el vestíbulo con al menos una docena de asistentes que no tuvieron la oportunidad de hacer las suyas. Estoy a punto de disculparme y tomar mi teléfono para enviarle un mensaje de texto a Lila, cuando la veo.

Ella está parada al final del vestíbulo, con una sonrisa juguetona en los labios. Cuando nuestras miradas se cruzan, me saluda con la mano.

—Gracias por sus preguntas —le digo a la multitud que me rodea—. Tengo que ir a algún lado, si me disculpan.

No me importa quién esté mirando mientras cierro la distancia entre nosotros, deteniéndome solo cuando estoy a su lado.

“Al menos cinco personas a mi alrededor suspiraron cuando te arremangaste durante tu charla”, bromea Lila.

Arqueo una ceja divertida. “¿Celosa?”

“Tal vez lo sea.”

Mi polla se despierta y empuja contra mi cremallera.

—No tienes por qué estar celosa —le digo—. Soy tuya por el resto del día.

Y todo el tiempo.

“Genial, porque estoy a punto de tener un ataque de pánico sólo con mirar mis notas”.

Miro el reloj que llevo en la muñeca. —Ve y espérame en tu habitación. Prepararé algo para comer y te ayudaré a repasar tus notas una última vez. Aún te quedan dos horas.

Su rostro pasa de juguetón a preocupado. “Aunque ahora mismo tengo muchas ganas de comer un buen sushi, vomitaré literalmente si le doy un solo bocado”.

—Créeme, hacer una presentación con el estómago vacío no es una buena idea —le digo—. Te traeré algo pequeño. ¿Te gustan las manzanas?

—Sí, pero...

—Déjame cuidarte, ¿de acuerdo?

Ella deja escapar un suspiro tembloroso. Veo que la lucha la abandona cuando acepta. “Está bien”.

Dos horas más tarde, después de asegurarme de que se comió la manzana entera y recordarle que la habían seleccionado para hablar en esta conferencia por una razón y que haría un gran trabajo, la acompaño a través de la puerta detrás del escenario del auditorio.

Apenas faltan un par de minutos para que la presenten, se gira hacia mí, con preocupación en todo su rostro, y me pregunta: “¿Algún consejo de último momento?”.

Estoy demasiado pendiente de todas las personas que me rodean: el equipo de iluminación, los organizadores y otros oradores. Pero en algún momento de los últimos meses, he perdido todo el control en lo que respecta a ella, así que la atraigo hacia mis brazos.

—Mereces estar aquí, Lila —murmuro mientras ella me devuelve el abrazo y apoya la cabeza en mi pecho—. Brillas más que cualquier otra persona que haya conocido. Todo tu trabajo duro te ha dado esta oportunidad. Disfrútala, ángel. Diviértete en ese escenario porque te has ganado cada segundo de él.

Ella me aprieta el abdomen antes de soltarme, con lágrimas contenidas en los ojos.

“Gracias, Reed. Lo necesitaba”.

Me resisto a la tentación de secarle las lágrimas. Si estuviéramos solos, lo haría. “Para eso estoy aquí. Ahora ve y muéstrales de qué estás hecha”.

Lila

Las palabras de Reed llenan cada rincón de mi cabeza mientras camino hacia el centro del escenario, mis oídos se llenan con el sonido de los aplausos. Solo me permito un segundo para asustarme cuando veo un auditorio antes de abrir la boca, esperando que mi voz no delate mis nervios.

No lo hace.

Durante los siguientes cuarenta minutos, estoy en un sueño. En cuanto me presento y presento mi investigación, desaparecen toda la ansiedad y el pánico acumulados desde que supe que habían seleccionado mi artículo.

Es extraño, me doy cuenta mientras repaso mi presentación sobre biblioterapia y educación sexual, cómo mi propia percepción puede cambiar tan rápido. He pasado las últimas dos décadas preocupándome por cómo me veían otras personas, si pensaban que era digna de las oportunidades que me habían dado. Estúpidamente, dejé que me dictaran lo que pensaba de mí misma.

Todo lo que hizo falta fue trabajar con Reed para encontrar mi autoestima.

No importaba cuántas veces me dijera que estaba haciendo un buen trabajo, yo no le creía, así que me lo demostró. Me dio la oportunidad de demostrar mi valía, no a él, sino a mí misma, a través de las sesiones grupales, dejándome encargarme de los niños, escuchando mis consejos sobre Ginny y confiando en que yo dirigiera mi propio taller.

Me ha llevado veinticuatro años, pero sé sin lugar a dudas que *esto* es lo que nací para hacer.

Y ahora que prácticamente me he graduado, le mostraré al mundo lo que se ha estado perdiendo.

A pesar de mi nueva confianza, no espero una ovación de pie al final de mi charla. Mi mente se desvía por un momento, tratando de convencerme de que estas personas están exagerando, que solo están tratando de hacerme sentir bien conmigo mismo, que no soy *tan* bueno, pero me recupero rápidamente.

Porque incluso si no me elogiaran, aún así me sentiría orgulloso de mí mismo por subir a este escenario y hacer una excelente presentación.

Yo, Lila Callaghan, finalmente creo en mí misma.

Reed: Esté listo a las siete. Use ropa informal.

Su mensaje de texto me llega cuando salgo de la ducha esa misma tarde. Puede que haya estado a punto de resbalarme después de leerlo.

¿Qué quiere decir con *estar preparado* ?

¿Por qué quiere que use ropa informal?

¿De qué se trata esto?

Con dedos temblorosos y todavía en mi toalla, le respondo el mensaje de texto.

Yo: ¿Qué pasó con el "hola"? ¿Cómo estás?

Reed: Se llama eficiencia temporal.

Yo: ¿No me está permitido saber a dónde vamos?

Reed: ¿Dónde está la diversión en eso?

Yo: ¿Ves? Eres mandona.

Reed: Nos vemos a las siete.

Una parte de mí quiere presionarlo un poco más fuerte hasta que responda mi pregunta, pero una parte más grande de mí siente la emoción de lo desconocido.

A las siete en punto, Reed toca a mi puerta. A pesar de saber que también usaría ropa informal dondequiera que vayamos, no estoy lista para verlo nuevamente con su chaqueta de cuero.

“¿El gato te comió la lengua?”, bromea.

—No seas mala —murmuro, cerrando la puerta detrás de mí y comenzando a caminar por el pasillo.

Se ríe a carcajadas. “Dame un respiro, pequeño criminal. O no te diré cuáles son nuestros planes”.

Arqueo una ceja mientras entramos en el ascensor. “De todos modos, no quiero saberlo ahora”.

Él sonrío. “Eres un puñado”.

Mis hombros suben y bajan con un encogimiento de hombros despreocupado. “Pero a ti te gusta”.

“Sí, me gusta un poco demasiado”.

El ascensor se detiene en la planta baja justo cuando pienso en hacer algo muy estúpido: presionar el botón de nuestro piso, guiarlo de regreso a mi habitación y devolverle el favor de la noche anterior.

Ninguno de los dos parece muy interesado en hablar de lo que pasó en el baño de mi hotel hace apenas unas horas, lo cual me parece bien: hoy ha sido un día bastante agitado.

Siento un hormigueo en el cuerpo mientras me guía hacia el asiento trasero de nuestro vehículo. Pero entonces mi teléfono vibra con un mensaje de texto de mi madre y paso la mayor parte del viaje en auto contándole a mi familia cómo fue el día, omitiendo mis planes actuales con Reed.

La verdad es que me moría de ganas de hablar con mi madre sobre él. De pequeña, siempre acudía a ella para pedirle consejos sobre el amor (no es que tuviera una vida amorosa muy intensa, pero ella era la primera en enterarse de mis amores). A mis amigos les parecía raro que yo fuera tan cercana a ella, pero para mí, mi madre es mi confidente. En lugar de sacar conclusiones apresuradas o enojarse, siempre me escucha con la mente abierta. A veces no estamos de acuerdo, pero lo que me encanta de nuestra relación es que ella nunca me juzga.

Sin embargo, cuando se trata de Reed, no estoy seguro de que su reacción sea comprensiva. ¿Le parecerá escandaloso que él sea mucho mayor que yo? Mi madre es ocho años más joven que mi padre y mi tía es diez años más joven que mi tío, pero tal vez ella piense que doce años son demasiados.

No quiero ni pensar en la reacción de mi padre si se enterara. No me sorprendería que persiguiera a Reed.

No es como si Reed fuera a salir conmigo. Por supuesto que no. Lo que sea que estemos haciendo es... No tengo un nombre para eso. ¿Necesita uno?

A estas alturas, la atracción entre nosotros es innegable. Pero más allá de ceder a una tensión que lleva meses hirviendo, esto no va a ninguna parte. Me digo a mí misma que no me duele el corazón por mi propia admisión.

—Estamos aquí —dice Reed, devolviéndome al momento presente.

Cuando miro por la ventana, no puedo evitar sonreír.

—Espero que aún tengas ganas de comer un buen sushi —añade antes de salir del coche y abrirme la puerta.

Mi estómago da un vuelco extraño que no tiene nada que ver con el hambre. “Gracias”. ¿Por qué me siento tan tímida de repente? “Esto es exactamente lo que necesitaba hoy”.

Mis piernas tiemblan un poco mientras él me guía hacia adentro, su mano en mi espalda baja, y no la quita hasta que estamos sentados junto al tren de sushi.

—¿Qué quieres pedir? —le pregunto mientras miro todas las opciones, casi salivando. “Lo que quieras. Nunca he comido sushi antes”.

Jadeo audiblemente. “Estás bromeando”.

“Nunca le vi el atractivo, pero debe ser bueno si te gusta. Pide dos de lo que quieras. Yo invito”.

“Caña-”

—Sin peros. —Golpea mi rodilla con la mía por debajo de la mesa—. Confío en tu buen gusto.

Durante la siguiente hora, me duele el estómago de reír mientras Reed hace muecas ante cada trozo de sushi que come, solo para luego admitir que es un fanático.

“La textura es un poco rara”, argumenta, con un adorable surco entre las cejas.

Me río. “Pero sabe bien, ¿no?”

“Lo comería otra vez.”

“Ya me basta. Bienvenido al club de los amantes del sushi”.

Mientras probamos diferentes tipos de sushi, Reed me cuenta todo sobre los nuevos avances de Ginny (ya no usa la casa como baño privado y ha hecho algunos amigos en el parque para perros) y yo le digo que estoy considerando inscribirme en más lecciones de boxeo.

“Quizás después de las vacaciones, cuando envíe algunos currículums”, le digo.

“¿Dónde estás aplicando?”

—A algunas escuelas y preparatorias locales. —Tomo un sorbo de mi refresco, ignorando el atisbo de ansiedad que aparece cada vez que pienso en mi futuro—. Todavía tengo que sacarme la licencia, así que ya veremos.

Me sonrío, amable y confiado. “No tienes de qué preocuparte”.

Esta vez estoy de acuerdo con él.

No dejamos de charlar mientras terminamos de cenar, en el Uber o mientras caminamos hasta el piso del hotel. Reed me cuenta recuerdos felices de su infancia con Liam y Warren, y yo le cuento cómo fue crecer con mi tía, que se siente más como una hermana mayor que cualquier otra cosa.

Reed me acompaña a mi habitación y se detiene en la puerta cuando la abro. De repente, la tranquilidad que sentí entre nosotros esta noche es reemplazada por algo más pesado. Algo que hace que mi cuerpo se estremezca.

—Bueno —comienza—, creo que tenemos que hablar de lo que pasó anoche.

Busco su mirada y mi corazón se acelera. “¿Por qué?”

Él hace una pausa.

Entonces él rompe todas mis inhibiciones.

“Porque quiero hacerlo de nuevo.”

CAPÍTULO 31

Lila

yoEl mundo se detiene tan pronto como Reed pronuncia esas siete palabras.

Porque quiero hacerlo de nuevo.

—¿Qué quieres hacer de nuevo? —murmuro en el silencio del pasillo porque necesito asegurarme de que está diciendo lo que creo que está diciendo.

Él da un paso adelante y me acorrala contra la puerta.

—Quiero tocarte —dice con voz ronca, tan baja que solo yo puedo oírlo—. No puedo aguantar ni un segundo más, Lila. Necesito sentirte de nuevo.

El calor entre mis piernas palpita ante su confesión. Sin aliento, le digo mi propia verdad. “Yo también necesito sentirte”.

En este momento no quiero pensar en las consecuencias de seguir adelante en lugar de volver a nuestra antigua dinámica. Todo lo que veo y todo lo que quiero es a Reed.

Puede que las cosas no sean lo mismo después de esta noche, pero ya me he preocupado bastante por lo que pensarán los demás de mis decisiones. No quiero descuidar más mis propios deseos.

Con mi corazón latiendo a un millón de millas por hora, muevo mis manos hacia su chaqueta de cuero, la sostengo por el cuello y acerco su boca a la mía.

Y caemos.

Sus labios son tan suaves y exigentes como los recordaba. Solo puedo pensar en que no quiero volver a besar a nadie más mientras él se acerca a mí y abre la puerta más y luego la cierra. Lo deja detrás de nosotros antes de que sus manos recorran mi columna hasta ahuecar mi trasero.

—Me vuelves loco. —Su voz es un susurro áspero contra mi cuello—. Rodéame con tus piernas, ángel.

No hay ninguna incomodidad ni vacilación mientras me levanta con tanta facilidad que me hace temblar el vientre. Hago lo que me dice y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura antes de que su boca encuentre la mía de nuevo.

Sus dedos se extienden sobre mi trasero, apretándolo como si supiera que no volvería a tocarme así. Mientras nos besamos, mis propias manos se enredan en su pelo corto, lo que me valió un profundo gruñido cuando le muerdo el labio inferior.

—Reed —gimoteo, frotando mi cuerpo contra su duro bulto—. Te necesito.

—Lo sé, cariño. —Su boca encuentra mi sensible cuello. Besando, chupando, mordiendo—. ¿Vas a dejar que te coma como me muero por hacerlo desde hace meses?

“No.”

“¿No?”

—No —repito, frotando contra su dureza—. Ahora me toca a mí.

“Lila...”

“Siéntate en la cama”, le ordeno, sin estar del todo convencida de que me escuchará. Reed es mandón dentro y fuera del dormitorio, y eso me encanta, pero necesito esto. Necesito *que se sienta bien*.

Gruñe contra mi cuello, pero al final hace lo que le digo. Sin dejar de sostenerme en sus brazos, se sienta en el borde de la cama y me coloca en su regazo.

Su boca encuentra la mía de nuevo mientras mis manos exploran los planos anchos y duros de sus hombros. Su fuerza me vuelve loca en un día normal, pero saber que puede levantarme sin esfuerzo despierta algo primario en mí.

El deseo ardiente de darle placer me ciega. Lo ayudo a quitarse la chaqueta de cuero y luego empiezo a jugar con el dobladillo de su camisa.

—Quiero que te lo quites —exhalo, la excitación entre mis piernas arde solo por pensar en ver su piel desnuda, en sentir sus músculos bajo mi toque.

Traga saliva, vacilante. “Yo...”

Es el cambio repentino en su voz de posesiva a dudosa lo que me detiene en seco.

“¿Hice algo mal?”, le pregunto alarmada. “Podemos parar si quieres”.

—No es eso. —Sus grandes manos envuelven las mías y las colocan sobre su pecho de nuevo. Hace una pausa y luego traga—. Tengo una cicatriz en la espalda. De una de las palizas que me dio mi padre. No es bonita.

Su confesión me parte el corazón, pero hago todo lo posible por centrarme en él. No se trata de mí.

—No hay nada en ti que me parezca feo, Reed —le digo en voz baja. Su garganta tiembla ante mis palabras—. Puedes dejarlo puesto si te hace sentir más cómodo.

Sus ojos buscan los míos y espero que vea la verdad en ellos. Su infancia lo convirtió en el hombre que es hoy, el hombre por el que late mi corazón. Esos horrores nunca deberían haber sucedido, pero no lo convierten en un monstruo. Nunca podrían haberlo hecho.

Reed es perfecto para mí en todos los sentidos.

Sigo con la mirada el movimiento mientras se desabrocha la camisa, sabiendo lo importante que es este momento para él, y no aparto la mirada hasta que dice: “Me siento seguro contigo”.

Nuestros ojos permanecen unidos en un abrazo silencioso mientras él se desviste, mientras deja caer la camisa al suelo, mientras yo recorro su torso con mis dedos cuidadosos.

—¿Me enseñarás la cicatriz? —le pregunto suavemente, esperando que sepa que puede decir que no.

Su vacilación rompe algo dentro de mí. “¿Estás seguro?”

Me inclino para darle un beso en la base del cuello. —Quiero verte entero si tú quieres.

Con delicadeza, me levanta y nos da la vuelta para que quede de rodillas en la cama. Se eleva sobre mí; es tan imponente, tan masculino, que la necesidad de hacerlo sentir bien me consume.

Le doy una palmadita al colchón. “Siéntate aquí”.

Duda por un momento pero finalmente se sienta en la cama, mostrándome la cicatriz entre sus omóplatos.

Respiro profundamente, no porque esté disgustado, sino porque ni siquiera puedo empezar a entender qué clase de monstruo le haría esto a su propio hijo.

“¿Puedo tocarlo?”, le pregunto en un susurro.

Él asiente.

Mis dedos recorren su piel con cuidado, temerosos de lastimarlo, aunque no creo poder hacerlo. Mi corazón se llena de rabia por él, pero también de admiración: no entiendo cómo alguien pudo vivir el infierno y salir de él como un hombre tan honorable y con un deseo tan fuerte de devolverle algo al mundo.

Abrumada por lo que siento por él, que me da miedo admitir, me inclino hacia él y presiono mis labios contra su cicatriz. Se estremece por un segundo antes de relajarse contra mí. Mis manos encuentran la piel desnuda de su espalda y la acarician. Se merece que lo cuiden y quiero ser yo quien lo haga.

—Eres perfecto —susurro contra su cicatriz—. Cada centímetro de ti.

Deja escapar un suspiro tembloroso. "Ven aquí, ángel".

Le doy un último beso a su cicatriz antes de levantarme de la cama. Casi al instante, sus manos encuentran mis caderas y me atraen hacia sus piernas. Dejo que apoye su cabeza en mi pecho porque sé que lo necesita.

—Gracias —susurra con voz ronca.

Le paso las manos por el pelo. —No tienes que agradecerme. Estoy aquí para ayudarte.

Entonces me mira con la emoción flotando en sus ojos. "Y yo estoy aquí para ti".

Su agarre en mi barbilla es suave mientras me atrae hacia un beso. Suspira en mi boca, diciéndome todo lo que necesito saber. Entonces, separo sus labios con mi lengua, profundizando el beso, diciéndole sin palabras que él es el único para mí. Que su pasado nunca me asustará porque él es...

Él es el hombre para mí.

Me aparto, abrumada por mi necesidad de hacerlo sentir tan bien como él me hace sentir a mí todos los días. "Déjame cuidarte".

Traga saliva con fuerza. "No tienes por qué hacerlo".

Pero ya me estoy arrodillando entre sus piernas, salivando ante la idea de tenerlo en mi boca. No interrumpimos el contacto visual mientras desabrocho sus pantalones, mientras él me ayuda a bajárselos hasta los tobillos y mientras empiezo a acariciar su enorme bulto a través de sus bóxers.

Siseando, cierra los ojos mientras agarro su polla a través de la tela y lo aprieto. " Joder ".

El sonido de su placer hace que mi propia excitación aumente. Aprieto mis piernas mientras sigo acariciándolo.

—¿Te gusta que me arrodille ante ti? —digo arrastrando las palabras.

—Sí, joder. —Abre los ojos de nuevo y me acaricia el pelo—. Te ves tan hermosa ahora mismo.

Presiono mis labios contra su bulto cubierto en un beso suave, luego otro, y otro. Su agarre en mi cabello se hace más fuerte mientras maldice en voz baja.

"Me estás matando", dice con voz áspera.

Sonrío, disfrutando demasiado de este poder que ejerzo sobre él. Cuando agarro el dobladillo de sus calzoncillos y empiezo a bajarlos, más abajo, más abajo, él echa la cabeza hacia atrás con un gruñido.

Se me hace agua la boca al verlo tan grande. Solo pensar en tener que esforzarme para llevármelo a la boca me ciega de deseo.

Sus ojos ya están puestos en mí cuando lo miro. No pierdo el contacto visual mientras tomo la punta en mi boca deliberadamente y lentamente, luego tomo un poco más hasta que llega a la parte posterior de mi garganta.

—Mierda . Eso es, ángel. Me chupas muy bien —me elogia, tirándome el pelo hacia atrás y mirándome con un calor abrasador en los ojos.

Cuando tararé contra él, sus caderas se sacudieron hacia adelante, haciéndome ahogarme. Rápidamente puso una mano en mi mejilla, acariciándome. "¿Estás bien?"

Mi única respuesta es llevarlo más profundo.

—Lila —dice con voz entrecortada—. Para, nena, o voy a correrme.

Tarareo de nuevo, disfrutando demasiado de esa idea, pero él se aleja suavemente.

—Necesito estar dentro de ti —dice—. Levántate y desvístete para mí.

Su orden me hace estremecer. La idea de que tengo tal efecto sobre él, de que *me desea*, me hace sentir más segura de mí misma mientras me desvisto hasta quedarme en ropa interior. Me observa en silencio, rodeándose con una mano grande, acariciando esos generosos centímetros con un ritmo lento.

Es la cosa más erótica que he visto jamás.

—No te las quites —me detiene cuando estoy a punto de bajarme las bragas por las piernas

—. Son mías.

Mierda santa.

“Acuéstate en la cama para mí.”

Hago lo que me dice y lo miro desvestirse por completo antes de subirse al colchón y flotar sobre mí.

Me da un suave beso en el estómago y murmura: “Fuiste hecha para mí, ángel”.

Gimo mientras sus labios recorren mi torso, succionando la piel sensible sobre mis pechos.

—Quiero oírte gritar mientras mi lengua está dentro de ti —dice con voz áspera.

Mi espalda se arquea involuntariamente, solo por el tono posesivo de su voz. “Quítatelo. *Por favor*”.

Sus dedos acarician el broche de mi sujetador. “¿Esto?”

Asiento, sin aliento.

Mis pezones se endurecen al contacto con el aire frío de la habitación, y luego un poco más cuando se mete uno en la boca. Gimo su nombre, aferrándome a su cuello como si fuera a morir si no lo hiciera.

Todo tipo de gruñidos salen de su garganta mientras chupa un pezón y luego pasa al otro, besándolo, chupándolo y mordiéndolo. Mis caderas se mueven hacia arriba por voluntad propia, chocando con su dureza. Solo la fina tela de mis bragas me separa del puro éxtasis. “Te necesito dentro de mí”, exhalo.

Se detiene de repente, maldiciendo su aliento. “No tengo condones”.

Se me hunde el estómago. “Yo tampoco”.

Se sostiene con un brazo y me mira fijamente. “¿Estás tomando anticonceptivos?”

Me muerdo el labio inferior y sacudo la cabeza. —No.

Mi médico dijo que tendría un mayor riesgo de sufrir coágulos de sangre si tomaba pastillas anticonceptivas, pero supongo que hablar de mi historial médico en este momento no sería demasiado sexy.

—Está bien. —Coloca un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja con tanto cuidado que mi corazón da un vuelco—. Te vas a correr en mi boca.

Mi respiración se entrecorta. “¿Lo soy?”

Me guiña el ojo antes de volver a arrodillarse sobre el colchón, como yo hacía unos minutos.

Me agarra con fuerza por las caderas y me lleva hasta el borde de la cama.

Reed comienza a besar la parte interna de mi muslo, luego el otro, mientras la humedad se acumula entre mis piernas.

“Anoche tenía muchísimas ganas de probarte”, admite. “Te voy a comer hasta que tu cuerpo empiece a temblar”.

No tengo tiempo de reaccionar antes de que su boca descienda entre mis piernas, besándome a través de mis bragas. Mi espalda se arquea, mi respiración se entrecorta y me quedo ciega de necesidad. Esos dedos gruesos apartan la tela de mis bragas, sus ojos están sobre mí. *Hambriento ...*

Pensé que me sentiría cohibida al desnudarme de esta manera ante un hombre tan imponente y mayor, pero ahora me doy cuenta de lo estúpida que he sido. Este es *Reed*, no hay nadie en quien confíe más.

—Eres perfecta. —Cuando presiona su pulgar sobre mi clítoris y yo gimo, sonrío—. Tan receptiva, mi niña.

Mi niña.

Me doy cuenta de que *sí*. Sí, lo soy. Quiero serlo.

Yo soy su chica, de nadie más.

Y él es mío.

Su boca desciende sobre mi centro, deshaciéndome con el primer roce, más leve, de sus labios. Me besa lentamente, gimiendo en voz baja, con los ojos cerrados como si estuviera disfrutando cada segundo.

Cuando su lengua penetra mi entrada, un gemido agudo se queda atascado en el fondo de mi garganta. Comienza despacio, tomándose su tiempo, antes de acelerar el ritmo cuando mis caderas comienzan a sacudirse. No puedo pensar con claridad mientras me devora como si fuera su última comida, como si fuera lo mejor que haya probado en su vida.

Con mis manos en su cabello, lo atraigo más cerca, rogándole que vaya más rápido, más fuerte, más profundo. Él accede.

Cuando ya no aguanto más y empiezo a apretarlo, se aleja lo suficiente para decir: "Ven a mi lengua, ángel. Empapa mi cara".

Mi liberación me golpea en oleadas poderosas y abrumadoras. Él vuelve a poner su boca sobre mí, tocando todos los puntos correctos, ayudándome a bajar de mi estado de euforia con suaves besos.

Estoy sin aliento, temblando, saciada, cuando minutos después se pone de pie. "¿Estás bien?"

Todavía estoy recuperando el aliento y le dedico una sonrisa cansada. "¿De verdad tienes que preguntar?"

Él suelta una risita, pero mi atención se centra en su pene. Está apoyado contra su estómago y está tan duro que me duele solo mirarlo.

—¿Dónde quieres venir? —le pregunto, tomándolo por sorpresa por la forma en que levanta las cejas—. ¿En mi estómago? ¿En mis tetas? ¿En algún otro lugar?

—Bebé... —Cierra los ojos, agarra un puñado de su miembro y lo bombea hacia arriba y hacia abajo—. Si no quieres...

"Elige, Reed."

Él gime. "Eres un maldito sueño hecho realidad".

Sonrío. "Ven aquí".

Vuelve a flotar sobre mí, sosteniendo el peso de su cuerpo con una mano. Sus ojos no se apartan de los míos mientras dice: "Quiero marcar tu estómago".

La palabra *marca* me hace vibrar directamente a mi ya demasiado sensible miembro.

Nunca me han gustado los hombres posesivos (al menos, eso creía), pero la naturaleza

mandona de Reed dentro y fuera del dormitorio hace aflorar algo primario en mí. Es crudo y nuevo, y resulta liberador.

Comienzo a tocarme al mismo tiempo que él lo hace, sin romper el contacto visual, respirando como uno solo.

—Me voy a correr —gruñe después de unos minutos—. ¿Vas a correrte por mí otra vez, ángel?

Gimo, asintiendo, demasiado excitada para recordar cómo usar mi inglés.

Me besa de nuevo, fuerte y rápido, antes de explotar sobre mi estómago. Olas calientes golpean mi piel mientras me corro por segunda vez con su nombre en mis labios y un grito silencioso en mi garganta.

Reed se aleja respirando agitadamente y me pregunta si estoy bien de nuevo, diciéndome que me va a limpiar, que no tengo que moverme, que lo hice muy bien.

Y mi pecho se abre de par en par mientras mi corazón admite aquello que he tenido demasiado miedo de admitir.

Me he enamorado del único hombre que no puedo tener.

CAPÍTULO 32

Lila

¡Han pasado tres días desde que regresamos de Chicago.

Han pasado tres días desde que cruzamos una línea de la que nunca regresaremos.

Han pasado tres días desde que me elegí sin pedir disculpas por primera vez en veinticuatro años.

Tres días desde que me di cuenta de que estoy enamorada de un hombre que tiene el poder de arruinar todo lo que he construido con tanto cuidado.

“Lili, ¿sabes si Santa es alérgico a la mantequilla de maní?”

La voz de Ike casi se ahoga entre la docena de niños que corren por la sala común del centro juvenil. Cuando lo miro, lleva uno de los gorros de Papá Noel con los que los sorprendimos para la fiesta de hoy. Pero su rostro refleja una auténtica preocupación.

Me agacho para que estemos a la altura de los ojos. “Estoy bastante segura de que Santa no es alérgico a nada. ¿Por qué preguntas?”

“Mamá y yo estamos haciendo galletas para Papá Noel, y a mí me encantan las de mantequilla de maní, pero no sé si a él también le gustarán”, explica, haciéndome derretir. Mi corazón da un vuelco cuando una sombra alta se proyecta sobre mí. No necesito mirar hacia atrás para saber quién es.

—No te preocupes. A Papá Noel le encantarán las galletas que le dejes —le aseguro.

Él asiente, convencido. “Sí, creo que sí. Pero tal vez le ponga chips de chocolate para estar seguro”.

—Esos son mis favoritos —murmura Reed detrás de mí.

Ike lo mira y jadea, señalándolo con un dedo. “¿No llevas puesto el gorro de Papá Noel!”

Un rubor sube por mi cuello cuando Reed apoya su mano en mi espalda, ayudándome a levantarme de nuevo en toda mi altura.

—Lo olvidé en mi oficina —dice, todavía tocándome. *¿Qué está pasando?* —De hecho, vine a preguntarle a Lila si podía ayudarme a encontrarlo.

Le envío una mirada que le indica que no está siendo astuto. Él sonríe a cambio y, sin decir palabra, dice que en realidad no le importa.

—Ike, ¿necesitas algo más? —le pregunto, ignorando a propósito la amenaza que hay a mi lado.

Él niega con la cabeza. “No. Ahora voy a pescar algunos bastones de caramelo”.

El niño corre hacia el otro lado de la sala, donde Haniyah está supervisando a un grupo de niños que intentan sacar bastones de caramelo de un vaso de plástico. No tenía idea de que el centro juvenil organizaba una fiesta de Navidad todos los años, pero puedo decir que a todos los niños les encanta. Y como soy un nuevo voluntario, estaba ansioso por ayudar con todos los preparativos. También sigo ayudando a Reed con sus talleres (estamos planeando uno nuevo sobre educación sexual para el mes que viene) y no podría estar más emocionado de estar de regreso con nuestro grupo. He encontrado una familia aquí de la que nunca quiero despedirme.

El cálido aliento de Reed acaricia mi oído. “¿Vienes conmigo?”

Nadie nos mira cuando salimos de la sala común. No tengo ni idea de si Reed le ha contado a Haniyah sobre Chicago (no me sorprendería y no me molestaría), pero si alguien nota que Reed ha sido cariñoso conmigo últimamente, no lo comenta.

Cuando llegamos a su oficina, ahora vacía porque Ginny está en la guardería para perros, él acuna suavemente mi rostro en su mano, me presiona contra la puerta de madera y captura mis labios con los suyos.

Ahora besarlo me resulta familiar y ya no me parece prohibido. Tal vez sea porque ya no es mi supervisor o porque ya no me importa la percepción que los demás tienen de mí, pero juro que sus labios tienen un sabor más dulce.

Cuando se aparta, me acaricia el labio inferior con el pulgar. —Perdona si fui demasiado brusco, pero no podía pasar ni un segundo más sin besarte.

Me chupo el pulgar y lo meto en la boca, recordando aquella noche en mi habitación de hotel. Cuando sus ojos se oscurecen de lujuria, sé que él también lo recuerda.

“¿Y qué pasa con el gorro de Papá Noel?”, le digo en broma.

"A la mierda el sombrero."

"Este año irás directamente a la lista de los malos, doctor Abner".

Un gruñido se le escapa de la garganta mientras presiona su erección contra mi estómago.

“Llámame así una vez más y veremos qué pasa”.

Mis manos encuentran el cuello de su camisa, acercando su boca a la mía. “¿Qué haría usted al respecto, *doctor Abner*?”

Chillo cuando me toma en brazos y me apoya contra la puerta. Es algo natural, la forma en que mis piernas rodean su cintura ahora, como si nuestros cuerpos se conocieran desde hace siglos.

Apoya su frente contra la mía. No me esperaba el cambio en su voz, de áspera a suave, mientras dice: “Esto me aterroriza, ángel”.

Encuentro los pelos cortos de su nuca. “Dime qué te preocupa”.

"Todo."

"No me des esa respuesta sin sentido."

Le toma un momento, pero finalmente dice: "No quiero hacerte daño".

"¿Por qué me harías daño?"

“Porque no sé cómo cuidar a las personas que son importantes para mí”.

Mi pecho se hunde. “Reed...”

—Está bien —coloca un mechón de cabello detrás de mi oreja con tanto cuidado que sus palabras pierden aún más sentido—. No tiene nada que ver contigo. Es mi propia cabeza la que está jodida.

—Lo entiendo —le aseguro—. No tuviste una infancia fácil. Pero, Reed, comenzaste a cuidarme mucho antes de que te dieras cuenta de que lo hacías.

Me mira con una intensidad que nunca había visto antes. —Eres demasiado buena para mí —susurra—. No te merezco.

—Deja de decir esas cosas —le respondo—. Vivamos el momento, ¿de acuerdo? No puedo creer que *te esté* diciendo esto, pero tienes que dejar de preocuparte por el futuro.

“Tu papá me matará”.

Pongo los ojos en blanco. “Mi padre tendrá que aceptar que su hija es una mujer adulta que puede hacer lo que quiera”.

“Tu mamá me odiará”.

“La misma respuesta.”

Con cuidado, me vuelve a dejar en el suelo y me besa la frente. —Tienes razón. Tengo la cabeza hecha un desastre estos días.

Se acerca a su escritorio, pero yo no me muevo. Me pregunto, y no por primera vez, qué estamos haciendo exactamente aquí. Y lo más importante, ¿qué quiero? ¿Salir con él? Hace un año dejé de salir con hombres, cuando estalló todo el fiasco de Oliver. Ahora que casi me he graduado, es cuestión de días antes de que me confirmen y defiendan mi tesis... Mi plan es obtener mi licencia y comenzar a buscar trabajo. Eso no ha cambiado y los hombres todavía no están en mi radar.

Pero Reed...

Él es otra cosa.

Él es *Reed*. Así de simple.

Significa tanto para mí que da miedo expresarlo con palabras. Sin duda, significa más para mí que una aventura de una noche o lo que sea que estemos haciendo ahora.

Agarro mi teléfono cuando suena en mi bolsillo, pero estoy distraída. Tal vez deberíamos hablar de todo esto en lugar de nadar en aguas inciertas, siempre contra la corriente.

¿Acaso ve un futuro conmigo? Porque yo estoy empezando a ver uno con él.

Reed termina de escribir algo en su computadora. “¿La fecha de tu defensa de tesis?”, pregunta.

Le sonrío nerviosamente mientras juego con mi teléfono. “Tal vez”.

Él sabe que he estado estresado por eso porque la Universidad de Warlington no permite que los estudiantes defiendan sus tesis a menos que hayan aprobado todos los cursos. Sin embargo, al más puro estilo Reed, insiste en que no tengo nada de qué preocuparme. Una parte de mí le cree, pero otra...

Me detengo.

Es un correo electrónico, pero no se trata de la defensa de mi tesis.

Lo escaneo una, dos, cinco veces, porque mi cerebro se niega a asimilar las palabras.

—¿Lila?

Mis manos empiezan a temblar.

Mi teléfono hace un ruido fuerte cuando cae al suelo.

Pasos apresurados.

Brazos firmes sosteniéndome.

—Lila, ¿qué pasa?

No puedo hablar.

No puedo.

Reed coge mi teléfono.

Escanea el correo electrónico en la pantalla.

Y murmura: “Joder”.

Joder, de hecho.

Porque en tan solo un segundo, todo mi futuro se ha ido al desagüe.

Querida Lila Callaghan,

Buenas tardes. Soy Kelly Russo, decana de Psicología de la Universidad de Warlington.

Lo antes posible, acérquese a mi consultorio para que podamos analizar los resultados de su pasantía con el Dr. Reed Abner. En este momento, la calificación de su pasantía es [INSATISFACTORIA]. Por lo tanto, no cumple con todos los requisitos necesarios para graduarse.

Me gustaría discutir con usted la alarmante razón por la cual su pasantía fue considerada infructuosa.

*Mejor,
Kelly Russo
Decano de Psicología*

Leo el correo electrónico del decano una y otra vez, pero el contenido no cambia.

Yo tampoco me despierto, a pesar de que esto parece una cruel pesadilla.

—¿Q-qué quiere decir con eso de que es una razón alarmante? —baluceo, con el cuerpo temblando de pies a cabeza como si estuviera en medio de una ventisca—. No he hecho nada malo.

—No lo hiciste —dice Reed con firmeza—. Los resultados de tu pasantía fueron impecables.

Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas antes de que me dé cuenta de que estoy llorando. “No puedo graduarme. Ella lo dijo”.

—No te graduarás, Lila. —Su firmeza ha sido reemplazada por la ira—. Esto no tiene ningún sentido. Vamos. Te llevaré a su oficina ahora mismo. Yo fui tu supervisor de prácticas; con gusto enumeraré todas las razones por las que no debería reprobarte. No intento convencerlo de que se quede aquí con los niños ni le digo que puedo manejar esto por mi cuenta y conducir hasta el campus yo mismo.

Porque no puedo.

Porque el futuro que hace un minuto estaba tan seguro que era mío, ahora ya no está. Y algo me dice que no lo recuperaré.

El campus está inquietantemente desierto mientras sigo a Reed hacia el Salón de Psicología; el oxígeno en mis pulmones se vuelve más escaso con cada paso que doy.

¿Qué dirán mis padres cuando sepan que no me graduaré este mes?

¿Cuál podría ser esa *razón alarmante* que mencionó Dean Russo?

Me entran náuseas cuando llegamos a su despacho. Reed toca la puerta una vez, sin molestarse en esperar a que le inviten antes de entrar. Me siento como un simple espectador de mi propia vida en este momento. Una vida muy desafortunada.

—Dean Russo —la saluda. Su voz tiene un tono de enojo que nunca antes había escuchado. La decana levanta la vista de una pila de papeles y abre mucho los ojos a través de sus gafas. —Doctor Abner. No lo esperaba.

“Vine a revisar la nota de la pasantía de mi estudiante”, añade, con la ira visiblemente brotando de cada uno de sus poros.

Entro lentamente en su oficina, aterrorizada por la persona en la que me convertiré una vez que me vaya, y cierro la puerta detrás de mí. “Hola”.

—Señorita Callaghan, hola. —El pelo rojo brillante de Dean Russo brilla bajo las luces fluorescentes de su oficina—. Tome asiento. Usted también, doctor Abner. Estaba a punto de enviarle un correo electrónico también.

No digo ni una palabra mientras me siento en una de las sillas frente a su escritorio. Reed se sienta en la otra, su rodilla roza la mía en lo que supongo que es un gesto reconfortante. Lástima que estoy a punto de vomitar sobre sus zapatos.

“Me preocupa la nota de la pasantía de Lila”, comienza Reed. “Seré franco: es la mejor pasante que hemos tenido en el Centro Juvenil de Warlington. Me cuesta creer que sus resultados no cumplieran con los criterios de la universidad porque yo mismo la supervisé”.

“Eso es precisamente lo que nos trae aquí”, dice.

Si antes pensaba que me iba a enfermar, no es nada comparado con el puñetazo en el estómago que siento cuando Dean Russo gira el monitor de su computadora en nuestra dirección.

Y nos muestra una foto de Reed y yo en un bar, la noche del cumpleaños de Mariah. Él me rodea con sus brazos, abrazándome para que no me caiga cuando Karla me empuja accidentalmente contra él.

No, no, no.

Sé cómo debe verse esto para Dean Russo porque así lo *parece* : yo presionada contra el pecho de mi supervisor, con sus brazos alrededor de mí, mirándonos a los ojos en medio de un bar lleno de gente.

Mi cabeza empieza a dar vueltas.

—Esta foto no es lo que crees —argumenta Reed, con voz tranquila y segura mientras yo me desmorono—. Nos vimos por casualidad. Yo estaba allí con mis amigos y ella con los suyos. No nos conocimos. Alguien tropezó y empujó a Lila; yo solo la estaba sosteniendo en posición vertical para que no se cayera.

A pesar de ser la verdad, la preocupación en el rostro de Dean Russo me dice que ella no cree nada de eso.

“No es sólo esta foto la que ha llegado a mi bandeja de entrada, doctor Abner”, dice solemnemente.

Unos clics después, nos muestra tres más.

Reed y yo subimos a su coche después de salir juntos del centro juvenil.

Reed me rodeó con su brazo mientras sostenía a Ginny el día que la encontramos.

Reed me acompañó fuera de su casa la mañana después de que pasé la noche con él y Ginny.

Las náuseas se arremolinan en mi estómago y me muerdo el interior de la mejilla para no echarme a llorar.

“Estoy seguro de que entiendes por qué esto es preocupante”, comienza diciendo el decano Russo. “Estas imágenes no muestran una relación tradicional entre una estudiante y su supervisor académico. Me da la impresión de que su relación puede ir más allá del estricto profesionalismo. Por esa razón, el departamento ha decidido que la señorita Callaghan tendrá que volver a realizar su módulo de prácticas el próximo semestre, solo para asegurarse de que sus resultados sean verdaderos y justos, posponiendo así su graduación hasta nuevo aviso”.

—No —la voz firme de Reed resuena en la sala—. De ninguna manera. Son acusaciones sin fundamento. Te basas en imágenes sin ningún contexto detrás de ellas; cualquier comité académico estaría de acuerdo conmigo. Esto no es razonable, Kelly.

Se ajusta las gafas sobre el puente de la nariz. “Admito que es culpa nuestra por no haber considerado tu relación con la madre de la señorita Callaghan antes de aceptar su solicitud de pasantía, pero no hay nada que podamos hacer al respecto ahora”.

Con mi madre.

“Mi relación laboral con su madre no tiene nada que ver con la nota de la pasantía de Lila”, argumenta Reed. “Usted conoce sus logros académicos mucho antes de que yo comenzara a colaborar con esta universidad. No puede ignorar eso”.

—No lo soy —replica ella—. Lo único que digo es que estas fotos sugieren que la señorita Callaghan puede haber tenido algunas... ventajas en su pasantía. Es posible. Le estamos pidiendo que vuelva a hacer su módulo con otra persona solo para estar seguros. Sabes lo importante que es para esta universidad ofrecer a todos los estudiantes las mismas ventajas. Les estamos haciendo un favor a ambos al esconder estas fotos bajo la alfombra siempre y cuando acepten nuestras exigencias. Estoy segura de que no necesito recordarles que la relación con un profesor es suficiente para que expulsen a un estudiante. Es esa última frase, la acusación. En esto, finalmente me hace estallar.

—El doctor Abner conserva todos los informes en los que he trabajado durante mi pasantía, así como las grabaciones de todas las sesiones en las que he participado — comienzo con voz firme, a pesar de que me tiemblan las manos—. Cualquiera puede revisarlas y decidir si merezco suspender la pasantía. En cuanto a esas fotografías, no prueban que haya habido una relación explícita entre nosotros. Cualquier abogado estaría de acuerdo conmigo.

Realmente odio sacar la carta de abogado, pero ¿qué más *puedo* hacer?

Dean Russo no esperaba ese giro de los acontecimientos, si la sorpresa en sus ojos es una indicación. Es como si esperara que me sometiera y no me defendiera en absoluto.

No giro la cabeza para mirar a Reed, pero puedo sentir sus ojos sobre mí.

Después de una breve pausa, deja escapar un suspiro cansado. “A pesar de lo que pueda estar pensando, no quiero ser la mala aquí. Doctor Abner, usted sabe que su trabajo con nosotros durante los últimos tres años ha sido invaluable y su reputación la precede.

Señorita Callaghan, su reputación como estudiante también es notable. Es una de las mejores estudiantes de esta universidad y sé lo importante que es para usted graduarse lo antes posible”.

Puedo sentir que viene un *pero* .

"Pero no puedo ignorar estas imágenes. Los estudiantes y profesores no deberían pasar tiempo juntos fuera del campus, y mucho menos en un Entiendo que se trataba de una pasantía, por lo que *tuvieron* que pasar algún tiempo juntos, pero este comportamiento es... No parece apropiado. Tengo que preguntarte y espero total honestidad para que podamos resolver la situación de una manera que nos beneficie a todos. ¿Son reales estas fotos? ¿Alguna vez has tenido una relación romántica?

Un silencio cargado cae sobre la habitación y mis oídos comienzan a zumbar.

La rodilla de Reed roza la mía, diciéndome todo lo que hay que saber.

Éste fue mi mayor error.

“Sí”, admite.

Una sola palabra.

Una sentencia de por vida.

—Para que quede claro, doctor Abner, ¿usted y la señorita Callaghan han tenido alguna vez una relación sentimental? ¿O la tienen actualmente?

“Sí”, repite. “No cuando se tomaron esas fotografías, pero recientemente se han cruzado los límites”.

La mujer mayor se pone rígida y me mira fijamente. —¿Fue consensuado, señorita Callaghan?

“Cien por ciento.”

Lo último que quiero es que ese tipo de rumores persigan a Reed cuando él es todo menos eso.

Dean Russo suspira. “No es una situación ideal, como puedes imaginar. Las fotos que me han enviado pueden no mostrar una relación romántica en ese momento, pero el punto es que tú *estuviste* involucrado en algún momento; tal vez todavía lo estés, y eso es un problema”.

“Enviaré mi carta de renuncia a finales de semana”.

Me vuelvo hacia Reed, con el corazón latiendo alarmado, pero él no me está mirando.

—Ahora, doctor Abner...

“Nunca quisiera manchar la reputación de esta universidad”, continúa Reed. “Estaba consciente de los riesgos cuando decidí ingresar. Estoy involucrada con una estudiante. Estaré encantada de renunciar siempre y cuando consideres que un comité externo revise su calificación de pasantía”.

—Reed... —comienzo.

Su mano aterriza sobre mi rodilla por un breve segundo y la aprieta antes de retirarla.

Dean Russo hace una pausa y sus ojos siguen los movimientos de Reed.

“Gracias a ambos por su honestidad”, nos dice. “Les presentaré esta información a la junta y les informaré cuando lleguemos a una decisión satisfactoria”.

En otras palabras: adiós a mi sueño de convertirme en consejero juvenil.

Porque ¿quién en su sano juicio querría contratar a alguien que se involucró con un profesor?

Al igual que esas fotos aparecieron mágicamente en la bandeja de entrada del decano Russo, la noticia se difundirá en el campus. Siempre seré la chica que se acostó con el amigo profesor de su madre.

Respirar se convierte en una tarea ardua e insoportable. Antes de darme cuenta, me levanto de mi asiento.

—Gracias —creo murmurarle a Dean Russo.

Mi cuerpo no se siente mío cuando salgo de su oficina sin permiso o cuando corro por el pasillo o cuando escucho a Reed llamar mi nombre o cuando una mano familiar agarra mi brazo.

—Déjame ir —gruño, soltándome de su agarre.

Mi voz tampoco suena como la mía.

El arrepentimiento se refleja en su rostro. “Lo siento muchísimo, Lila. Lo manejé lo mejor que pude. No tenía idea de que esto sucedería”.

Niego con la cabeza. Sé que es malo cuando ni siquiera salen las lágrimas: mi ira ardiente las ha evaporado todas.

“Esto fue un error. Todo”. La rabia me ciega, sin importarme quién se queme a su paso. “Me prometí a mí misma que no dejaría que un hombre arruinara mi vida otra vez. Pero fui descuidada, pensando que nada podría cambiar”. Pasó porque me sentí *seguro* contigo. Hice una excepción contigo porque yo...”

Porque me enamoré de ti.

—Lila.

Él hace un movimiento para cerrar la distancia entre nosotros, pero yo doy un paso atrás.

—Ni siquiera estoy enojada contigo —digo con sinceridad, con la respiración entrecortada—. Estoy enojada conmigo misma por tener tan poca autoestima. Debería haber sabido que no debía involucrarme con un profesor y poner en peligro mi futuro de esta manera. No puedo creer que haya dejado que un hombre me arruine otra vez. La estúpida comprensión de que no puedo volver atrás en el tiempo para arreglar esto me hace querer gritar, arrancarme el pelo.

Ojalá nunca lo hubiera conocido.

—No renuncies —le dije entre dientes—. No lo hagas por mí. Tu renuncia no hará que me gradúe a tiempo; no necesitas ser el héroe.

“Renuncio porque es lo correcto”, argumenta. “*No* está bien que repruebes tu pasantía por mi culpa. Por eso estoy luchando”.

—No quiero que luches por mí. —Mi voz suena más fuerte ahora, pero no me importa que estemos en el pasillo donde cualquiera puede escuchar. Ya no—. ¿No lo entiendes, Reed? Nada bueno saldrá nunca de que estemos juntos. *Nada* ... Somos un error. Yo... No puedo seguir con esto.

Mis manos comienzan a temblar de nuevo. Odio que mi estómago se hunda como lo hace la cara de Reed.

—Está bien —dice, con la voz más baja que jamás he oído.

Cualquier culpa que sienta por haber sido tan dura con él, la ahogo hasta la muerte. No importa que me haya mostrado lo que es sentirse digna, estar sana, ser feliz en mi propia piel. No. Importa.

¿Por qué no detuve esto cuando tuve la oportunidad?

¿Quién soy yo?

Pensé que no reconocía a la Lila que perdió los estribos y cortó la llanta de Oliver, pero *esta* Lila, la que tiró toda precaución al viento por un profesor... Es una completa extraña.

No nos despedimos.

No intercambiamos otra palabra mientras lo miro por última vez y salgo del Salón de Psicología con el corazón destrozado.

No es hasta que estoy dentro de un Uber que las primeras lágrimas empiezan a caer silenciosamente.

Y me doy cuenta de quién le envió esas fotos a Dean Russo.

CAPÍTULO 33

Lila

IToco tan fuerte a la puerta de Oliver que me sorprende no derribarla.

Es patéticamente obvio que él está detrás de todo esto. Todavía recuerdo sus palabras del día que me pidió una segunda oportunidad: cómo pensó que me estaba acostando con Reed y cómo me *advirtió* que los rumores se propagaban como un reguero de pólvora en el campus.

Mi ex está prácticamente muerto ahora mismo.

"Ya voy, ya voy. Mierda."

Cuando abre la puerta de golpe, sus ojos se abren cómicamente.

—¿Lila? ¿Qué haces aquí? —pregunta con tanta confusión que casi creo que es sincero.

—Vine a preguntarte qué coño crees que estás haciendo —digo de golpe, con la ira subiendo por mi garganta—. ¿Tomádonos fotos, Oliver? ¿En serio? ¿Y enviándoselas por correo electrónico al decano con acusaciones falsas? ¿Estás bromeando?

Parpadea una vez, dos veces. "¿Estás... bien?"

Mis manos empiezan a temblar. "Respóndeme".

Oliver mira por encima del hombro para ver cómo están sus compañeros de habitación y cierra la puerta. Una vez que estamos solos en el pasillo, me dice: "La verdad es que no sé de qué estás hablando. ¿Por qué golpeaste mi puerta de esa manera?"

¿Me estoy volviendo loca? ¿Es eso lo que está pasando ahora mismo?

Me rodeo con los brazos y lucho contra las ganas de gritar y llorar. "Las fotos. Sabes exactamente de qué estoy hablando".

"Realmente no."

Respiro profundamente. —Oliver, sé sincero conmigo, aunque sea por una vez. La última vez que estuve aquí, me acusaste de acostarme con mi profesor, Reed Abner. ¿Recuerdas? Él pone los ojos en blanco. "Sí."

—Me *advertiste* que los rumores se propagaban rápidamente en el campus —agrego—. ¿Y ahora me dices que no tienes nada que ver con el hecho de que la decana Russo acaba de reprobar mi pasantía porque *alguien* le envió fotos de nosotras juntas?

—Espera. —Su ceño fruncido y confuso parece demasiado convincente—. ¿Cómo que reprobaste tu pasantía? ¿De verdad te acostaste con ese tipo?

Gimo entre mis manos. "¿Lo hiciste o no, Oliver?"

"¿Qué? Por supuesto que no. No tengo nada que ver con esto".

—Me mentiste durante meses cuando me engañaste —señalé—. ¿Por qué debería creerte ahora?

—Buen punto. —Mi ex mete la mano en el bolsillo de sus pantalones cortos de gimnasia para sacar su teléfono. Mientras empieza a desplazarse por la pantalla, me dice: —Dijiste que alguien le envió las fotos a Russo por correo electrónico, ¿correcto? Aquí están todas mis cuentas de correo electrónico. Siéntete libre de revisar mis mensajes, incluso los eliminados.

Busco sin pudor en cada rincón de sus tres bandejas de entrada, pero no encuentro nada. Aun así, no estoy convencida de que sea inocente.

—Podrías haber borrado los correos de la papelera —sugiero, pensando en voz alta.

Se encoge de hombros. “Busca también en el carrete de mi cámara. No tengo nada que ocultar”.

Si cree que no voy a estar de acuerdo, está muy equivocado. Durante los siguientes diez minutos, realizo otra búsqueda tipo FBI en el carrete de su cámara y, una vez más, no consigo nada.

En este momento, algo parece ir muy mal. Una parte de mí quiere encontrar culpable a Oliver y dejar atrás este lío. Él es la respuesta obvia, el culpable *esperado*.

¿Pero qué pasa si está diciendo la verdad?

Oliver recupera su teléfono cuando termino. “Mira, sé que dije algunas cosas bastante duras la última vez que nos vimos, pero estaba drogado, enojado y triste, y no quise decir nada de eso. Ahora estoy en terapia y me siento mejor. A pesar de lo que pasó el año pasado, no te haría esto. Ahora no tengo tanto tiempo libre con mi trabajo y tampoco me importa lo que hagas en tu vida personal. Sin ofender”.

Tal vez esto me convierta en la chica más estúpida del planeta, pero le creo. Hay algo en la forma en que lo dice que me dice que no está mintiendo. Después de todo, lo conozco desde hace años. Puede que me haya engañado antes, pero he aprendido a buscar las señales.

Pero lo más importante es que he aprendido a confiar en mi instinto, que me dice que Oliver no envió esas fotos.

Pero si no lo hizo él ¿quién carajo lo hizo?

—Está bien, Li. Relájate. Esa vena de tu frente está a punto de estallar.

Sigo caminando de un lado a otro por el apartamento de mi mejor amiga, tal como lo he estado haciendo durante los últimos veinte minutos. Karla se ha reunido con una amiga para tomar un café, lo que deja a Mariah como testigo de mi crisis.

—Riah, ¿no lo entiendes? Mi carrera se *acabó*.

Lo peor es que me lo merezco. Fui descuidada, puse mis sentimientos por delante de mis objetivos, como prometí que no haría, y ahora mi peor pesadilla se ha hecho realidad.

“Esas son palabras muy intensas”, dice Mariah. “No voy a negar que la situación en la que te encuentras es horrible, y entiendo por qué estás así”. “Estás enloqueciendo, pero tu carrera está lejos de terminar. Ni siquiera ha comenzado”.

—Y ahora no lo será. —No me seco las lágrimas que me caen por las mejillas. Ya no tengo ganas de hacerlo—. Siempre seré la estudiante que se cogió a su profesor para sacar una buena nota.

—Lila —comienza mi mejor amiga, mucho más tranquila que yo—. Puede que hayas jugado un poco con él (un roce de labios no cuenta), pero desde luego no lo hiciste para sacarte una nota.

No lo hice.

Lo hice porque me estaba enamorando de él.

Porque todavía lo soy.

Sacudo la cabeza, deseando que esos pensamientos se vayan. Duelen demasiado.

—Eso no importa —le digo, mientras la ira va abandonando mi cuerpo poco a poco para dar paso a la autocrítica—. Cuando se enteren de esto en el campus, estaré acabada. Ni siquiera podré graduarme.

—Sí, puedes. —Me sacude los hombros, sin duda intentando sacarme de mi cabeza. No funciona—. Puede que no te gradúes este mes, pero lo harás *el* año que viene. ¿Cómo es que eso es el fin del mundo?

—Mis padres estarán muy decepcionados —murmuro, sintiendo que mi labio inferior tiembla.

Ella me abraza y me dice: “Tus padres siempre te apoyarán. No les importará si te gradúas este mes o el año que viene. Te lo prometo”.

Puede que ellos no, pero *yo* sí. Lo último que quiero es decepcionarlos. No de esta manera, de todas las maneras posibles.

Se supone que soy la niña fácil, la que no tiene por qué preocuparse. Maddie pasó por mucho, incluso en su edad adulta, y no se merecía nada de eso. La amo hasta la muerte y no la culpo por ninguna parte de mi vida, pero no puedo negar la verdad: después de todo el drama que pasó con ella cuando yo era niña, me convertí en la hija tranquila y fácil para que mi hija pudiera vivir con ella. Los padres podrían tomar un descanso después de todos los altibajos por los que habían pasado.

Sacar buenas notas, ser el mejor de mi clase, no salir de fiesta ni emborracharme, nunca romper las reglas: eso es lo mío.

Pero el papel de la niña perfecta me ha consumido. He estado viviendo la vida de otra persona, alguien que se *supone* que soy, pero no lo soy. No del todo.

Porque a veces quería tener un rendimiento inferior al esperado en la escuela sin sentirme un fracaso ante mis padres. A veces quería quedarme hasta tarde con mis amigos en lugar de estudiar para un examen que, en el gran esquema de las cosas, nunca iba a determinar mi futuro. A veces quería ser un poco rebelde y volverme loca por los chicos como lo hacían mis amigos en lugar de enterrar mi cara en mis libros de texto.

No tiene sentido arrepentirme ahora de mis decisiones, pero al mismo tiempo no puedo evitar sentir que nunca me he permitido ser auténtica. Nunca me he permitido ser otra cosa que la hija, la amiga y la estudiante perfecta. ¿Y para qué? Para que mi futuro se fuera al traste de todos modos y ahora me quedé sin identidad.

Dejé que mis calificaciones y logros definieran mi autoestima, y ahora no sé quién soy fuera de mi educación.

—Mariah... —dejé escapar un suspiro tembloroso cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, arrasando con todo a su paso—. Yo... yo no sé quién soy.

- ¿Qué quieres decir? Ella frunce el ceño.

—No sé quién soy fuera de esto... de esta persona que he creado para complacer a los demás. —Toma mis manos, ahora temblorosas, entre las tuyas y me lleva al sofá para que podamos sentarnos—. Toda mi vida, solo he prestado atención a lo que los demás querían y esperaban de mí. Me he descuidado a mí misma. He puesto todo mi valor en mis estudios, en mi carrera... pero ahora no tengo nada de eso. Y no sé quién se supone que debo ser. Ella seca mis lágrimas con su manga. “Somos jóvenes. Aún tenemos tiempo para aprender quiénes somos”.

Niego con la cabeza. “No tengo una *vida*. Ni siquiera un pasatiempo. ¿Qué disfruto hacer además de estudiar y trabajar? A mi papá le gusta hacer ejercicio, el escape de mi mamá siempre ha sido el ballet y a mi tía le encanta dibujar. ¿Pero a mí? No disfruto de ninguna de esas cosas. Ni siquiera sé qué me *gusta*”.

—No te castigues por ello. Te has estado esforzando muchísimo todo este tiempo y eso no es malo. Tendrás mucho tiempo para probar nuevos pasatiempos cuando te gradúes — dice, intentando tranquilizarme—. Hagamos algo divertido hoy, para distraerte. Puedes dormir aquí si no quieres ver a tus padres.

Dios, mis padres. No estoy lista para convertirme en su mayor decepción.

¿Y Reed? Me da asco pensar en lo que le hará mi padre cuando se entere.

Deja de pensar en él.

“No quiero hacer nada”, exhalo.

—No voy a dejar que te quedes aquí sentada sintiéndote mal contigo misma —argumenta, dándose unas palmaditas en los bolsillos—. Mierda, ¿dónde está mi teléfono?

—Bueno, resulta que quiero hacer precisamente eso.

Sin hacerme caso, toma la computadora portátil de Karla de la mesa de café y se recuesta en el sofá. “Voy a comprarnos algunas entradas para la bolera esta noche, ¿de acuerdo?

Pero te advierto que te voy a patear el trasero”.

Pero vuelvo a negar con la cabeza: “No estoy de humor”.

Mi mejor amiga pone los ojos en blanco. “Eso es lo que dices ahora, pero espera a que...”

Cuando no termina la frase, le doy un empujoncito con el pie. “¿Qué?”

“Creo que tienes que ver esto”, dice sin apartar la mirada de la pantalla.

Hay un tono extraño en su voz que me hace doler el estómago. Lentamente, le quito a Karla la computadora portátil de las manos. “Parece que acabas de ver un fantasma”.

No añade nada más, no tiene por qué hacerlo, porque un segundo después entiendo exactamente lo que está pasando.

He recibido tantos golpes hoy que me convencí de que nada podría hacerme sentir peor.

Me equivoqué.

Mientras miro la pantalla de Karla (mi amiga de toda la vida, una confidente de confianza) y veo un correo electrónico con las fotos enviadas a Dean Russo desde su cuenta, es como si el suelo bajo mis pies temblara y luego se abriera de par en par.

—Ella envió las fotos —suspiro, escaneando la pantalla nuevamente para asegurarme de que no es una broma. Cuanto más me desplazo, más enfermo me siento—. Escribió que estaba preocupada por un abuso de poder entre Reed y yo. *¿Qué demonios?*

“Le estoy enviando un mensaje ahora mismo”, dice Mariah mientras corre a su habitación.

Reaparece un momento después con su teléfono. “Le diré que hay una fuga o algo en su habitación para que no se escape, esa cobarde”.

No puedo apartar la mirada del correo electrónico. “¿Por qué haría esto? ¿Qué le he hecho?”

Mariah sacude la cabeza. “Entre tú y yo, ella siempre parecía un poco... rara cuando se trataba de ti. A mí también, honestamente”.

—¿Qué quieres decir? —fruncí el ceño—. Creí que éramos amigos.

Ella duda como si no quisiera decir las palabras.

—Mariah —le advierto—. Si pasa algo, quiero saberlo.

Pasa un momento antes de que ella suelte un largo suspiro y admita: “A veces hace algunos comentarios extraños, como que lo tengo fácil en mi trabajo porque mi papá es mi jefe, así que no tengo que trabajar duro para ganar un sueldo”.

—Espera, *¿qué?* —Me incorporo—. Riah, ¿por qué nunca me has dicho esto?

“Porque no me importa una mierda lo que digan de mí. Yo hago lo mío. Y además es tu amiga, así que no quería que las cosas se pusieran raras entre nosotras”, dice. “Vivimos juntas, pero no somos muy cercanas. No como nosotras dos”.

—¿Qué más te ha dicho? —insistí.

“Lila...”

“Dime.”

Derrotada, me mira con tristeza y dice: “A veces me mira con desprecio porque no fui a la universidad. Por ejemplo, cuando recibimos la factura del agua y esas cosas, dice que la mirará porque no la entiendo o lo que sea porque no fui a la universidad. Pensé que estaba exagerando, que no lo decía en serio y que todo estaba en mi cabeza, pero ahora con las fotos...”

—No la escuches, Riah. Eres una persona poderosa y ella claramente no está bien —le aseguro. Lo último que quiero es que mi mejor amiga se sienta inferior de alguna manera. A todos los efectos, es como una hermana pequeña para mí.

Entonces me doy cuenta: “Me dijo que había solicitado entrar en la Youth Counseling Expo de Chicago. A mí me aceptaron, pero a ella no. ¿Crees que por eso hizo todo esto?”

“No me sorprendería que ella pudiera hacerlo”, reflexiona.

Estoy a punto de sugerir algo más cuando la puerta se abre y entra Karla con aspecto preocupado.

“Estaba de regreso. ¿Mi ropa está arruinada?”, pregunta alarmada.

Estaba esperando que Mariah iniciara una pelea, así que tomo la iniciativa.

“¿Puedes explicarme esto?”, le pregunto a mi supuesta amiga, mostrándole la pantalla de la computadora portátil con el correo electrónico visible.

Ella se queda congelada, y todo su rostro se desvanece. “¿Qué estás haciendo en mi computadora portátil?”

“Estaba en la mesa de centro y quería buscar algo porque mi teléfono se estaba cargando en mi habitación”, interviene Mariah, sin un solo rastro de amabilidad en su voz. No tengo ganas de sentir lástima por Karla. “No es la primera vez que tomamos prestadas nuestras computadoras portátiles”.

—No tenías derecho a entrar en mi correo electrónico —su voz se eleva y se pone a la defensiva—. Eso es *ilegal*.

—No hemos hecho nada. —Mi mejor amiga, mi *única* amiga en este apartamento, pone los ojos en blanco—. Tu bandeja de entrada fue lo primero que vi cuando abrí tu portátil. Puedes consultar tu historial si no me crees, pero hazlo después de darle a Lila una explicación de por qué hiciste algo tan malo.

Karla resopla. “No tengo por qué darte explicaciones. Hice lo que tenía que hacer”.

—No tenías por qué acusarme de tener una aventura con un profesor —le respondo—.

¿Qué te he hecho, Karla? Me *debes* una explicación. No puedes hacer algo así y esperar que yo esté de acuerdo.

—No me importa si estás de acuerdo o no —gruñe. Hay un tono de maldad en su voz que nunca había escuchado antes y que me corta como un cuchillo—. Siempre has pensado que eras mejor que todos, pero yo sabía que había algo sucio. El hecho de que la amiga de tu mamá te haya dado una pasantía solo demostró mi punto de vista.

—¿Cómo hiciste para sacarte esa foto en el bar? —le pregunta Mariah, robándome las palabras de la boca—. Estuviste con nosotros todo el tiempo.

“Le pagué diez dólares a un chico de fraternidad al azar para que lo hiciera”, dice, como si no significara nada para ella. Como si arruinar mi carrera fuera un logro insignificante.

“Sabía que el decano no me creería si no tenía pruebas, así que choqué contigo *sin querer* y caíste en sus brazos. Le había ordenado al chico que tomara la foto cuando eso sucedió”.

“¿Y las otras fotos?”, pregunto.

“Nos habías contado sobre la excursión, así que simplemente me presenté. Me lo hicisteis fácil, estando pegados el uno al otro cada maldito segundo. Así que, gracias por eso, supongo”.

—¿Y el que sale de la casa de Reed? —insistí.

Ella se encoge de hombros. “Un chico con el que me estaba acostando vive en esa misma calle. Casualmente yo estaba haciendo la caminata de la vergüenza al mismo tiempo que tú. Una coincidencia divertida, por así decirlo”.

Ignoro su comentario sobre la vergüenza porque mi sangre empieza a hervir de forma rápida y seguramente poco saludable. “Karla, ¿por qué? ¿Sabes lo que esto podría hacerle a mi reputación? ¿Y a la de Reed? ¿Todo porque eres una perdedora amargada y celosa?”

—No me importa lo que les pase a ninguno de los dos —espeta—. Deja de mirarme así.

Todos sabemos que sientes algo por él, así que no es como si mi plan fuera realmente una trampa.

“Entonces, lo estás admitiendo”, interviene Mariah. “Que *fue* una trampa. Que no te preocupaba ningún abuso de poder; solo estabas celosa. Te lo inventaste todo”.

“Solo quería vengarme por haberme quitado mi lugar en la Expo de Asesoramiento Juvenil. Y también en el centro juvenil”, admite con veneno en la voz y en los ojos mientras me inmoviliza.

—Espera, ¿qué? —frunzo el ceño—. ¿A qué te refieres con el centro juvenil?

—Quería trabajar con Reed, pero *de alguna manera* te dieron la pasantía. —Pone los ojos en blanco—. Me pregunto por qué.

“No sabes de lo que estás hablando”

—Sé exactamente de lo que estoy hablando, Lila. ¿Creo que estás locamente enamorada de la amiguita de tu mamá? Sí. ¿Sé a ciencia cierta que están juntos? No. A mí tampoco me importa.

No puedo creer que me haya apuñalado por la espalda después de tantos años de amistad.

¿Fue todo una farsa para ella?

—¿Sabes qué es lo más triste, Karla? —comienzo a decir, con el corazón latiendo a mil por hora—. Arruinar mi reputación no te dará ninguna oportunidad de pasantía porque no tienes lo que se necesita. Podrías ser la única estudiante que se postule, y ellos... “Aún así no te aceptaron. Estaban reclutando a varios pasantes en el centro juvenil, ¿sabes? No había solo una plaza. Buscaban a varios estudiantes, pero aun así te rechazaron. Eso no tiene nada que ver conmigo, tiene todo que ver con tu bajo rendimiento académico. Lo mismo ocurre con la Expo de Asesoramiento Juvenil”.

Las orejas de Karla se han puesto rojas, una señal reveladora de que he tocado un punto sensible. “Tampoco es que *tu* rendimiento académico te haya conseguido esa pasantía.

Quién sabe, tal vez el amigo de tu mamá también esté locamente enamorado de ti y por eso te contrató”.

A pesar de la punzada de dolor que siento en el corazón, pongo los ojos en blanco. Karla sabe mejor que nadie lo duro que he trabajado para llegar hasta aquí, incluso antes de que

Reed apareciera en escena, lo que hace que su traición sea aún más cruel. —Lo que sea que te ayude a dormir mejor por la noche, Karla. No voy a perder más tiempo contigo.

—Lo soy —interviene Mariah—. Porque todavía tengo preguntas, en concreto, cómo planeabas explicarte si alguna vez nos enterábamos. ¿De verdad creías que no lo haríamos? "No se suponía que lo hicieras", argumenta ella.

No puedo evitarlo y digo: "Entonces, ¿ibas a fingir ser mi amigo preocupado y comprensivo mientras mi vida se desmoronaba por *tu culpa*?"

—Necesitas ayuda urgentemente. —Mariah niega con la cabeza cuando Karla se encoge de hombros—. Este no es un comportamiento normal, Karla. Estás mal de la cabeza.

“¿Y qué vas a hacer al respecto?”

—Te echaré, por ejemplo —dice Mariah con naturalidad—. Este es el apartamento de mi tío, así que puedes hacer las maletas y marcharte antes de que acabe el día, o yo misma tiraré tus cosas a la calle.

"No te atreverías", dice furiosa.

"No me pongas a prueba, psicópata."

—Como sea. No necesito a ninguno de los dos. —Entra furiosa a su habitación y cierra la puerta de un portazo antes de empezar a hablar. por teléfono con alguien (o tal vez está fingiendo hacerlo; no me sorprendería que lo hiciera) diciendo lo loca que está su compañera de cuarto y que necesita mudarse inmediatamente y presentar una orden de restricción.

Mariah pone los ojos en blanco. "Sus padres ricos la malcrían, estará bien. No es como si la estuviera echando a la calle".

Me froto los ojos cansados con las palmas de las manos y trato de respirar profundamente, pero se vuelve una tarea casi imposible.

Pasó otra vez. Igual que en la escuela, otro amigo me traicionó por algo que yo *no* hice. ¿Qué estoy haciendo mal? ¿En quién se supone que debo convertirme para que esto no vuelva a suceder?

—Su confesión no cambia nada —murmuro, sin querer que Karla me escuche—. El decano ya sabe que Reed y yo nos involucramos en algún momento. Lo admitimos. Mi carrera sigue arruinada.

Mariah me acaricia el brazo para consolarme. —Dijo que tenía que hablar con la junta, ¿no? Y Reed es como una celebridad en el campus, por lo que me has contado. Su investigación genera un montón de dinero. Al menos lo escucharán por esa razón: te protegerá.

Sus palabras no me hacen sentir mejor. Sigo atrapada en mi círculo autodestructivo. "Esto no debería haber sucedido. Debería estar graduándome este mes".

—Sí, pero... —Mariah duda—. Vale, quizá no sea el momento adecuado para sacar el tema, pero permíteme hacer de abogado del diablo por un segundo. Está claro que sientes algo por Reed y estoy bastante segura de que él siente lo mismo por ti. Todo ya está arruinado, como dices, y vas a tener que pagar el precio de estar juntos. Así que, ¿por qué no... están juntos? Si no pasa nada, al menos el amor ganará.

Pero sacudo la cabeza antes de que termine. —El amor *no puede* ganar, Mariah. No esta vez. Entrar en una relación destruiría aún más mi reputación y la de él. La gente habla, especialmente cuando se trata de algo ilícito.

Ilícito. La palabra me sabe amarga en la boca, *equivocada*, porque nunca me he sentido más yo misma que cuando estaba con Reed.

Pero nada de eso importa ahora.

La voz aguda de Karla se filtra a través de la puerta de su dormitorio mientras sigue gritándole a la pobre alma del otro lado de la línea.

—Está bien. Entiendo lo que quieres decir. Voy a comprar las entradas para la bolera, ¿vale? Vamos a distraerte —le ofrece Mariah con dulzura.

—Te amo, Riah. Estoy muy agradecida por tenerte ahora mismo, pero quiero estar sola. — La envuelvo con mis brazos y le doy un abrazo de despedida a mi mejor amiga—. Te enviaré un mensaje de texto más tarde. Dime si necesitas ayuda con todo este lío.
"¿Adónde vas?"

La palabra se me queda atascada en la garganta: "Hogar".

Aunque ver a mis padres es lo último que quiero ahora, necesito su seguridad y comodidad. Y si quieren echarme después de lo que he hecho... bueno, Mariah ahora tiene una habitación vacía.

El trayecto hasta mi casa pasa demasiado rápido. Ya casi es la hora de cenar, así que sé que mis padres me estarán esperando dentro.

Esta tarde por sí sola ha parecido mil vidas. Su peso me pesa en los hombros mientras tomo mis llaves y me limpio los restos de lágrimas, preparándome mentalmente para convertirme en la mayor decepción de mis padres.

Entonces mi teléfono vibra y cometo el error de comprobar quién es.

Reed: Lo siento mucho, Lila. Voy a solucionar esto. Te graduarás este mes. Cueste lo que cueste, lo haré. Lo prometo.

No contesto.

En lugar de eso, uso el poco coraje que me queda y entro.

Mis padres están preparando la cena en la cocina, riéndose unos de otros, y odio estar a punto de aplastar su felicidad.

Lo he arruinado todo.

Se me resbala el bolso y se me cae al suelo. Las lágrimas corren libremente. El sonido resuena por toda la casa y todos se vuelven alarmados hacia mí.

—Lila —jadea mi madre—. Cariño, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras?

Dile adiós a tu antigua vida, Lila.

"Yo... tengo que decirte algo."

CAPÍTULO 34

Lila

"¡Voy a matarlo, *joder*!".

No puedo sostener la mirada de mi padre porque la decepción en ella me destruirá por completo; la de su voz ya está empezando a hacerlo.

Tampoco puedo mirar a mi madre, pero sé que está de pie junto a él. Apenas ha dicho una palabra desde que le confesé todo, lo que para mí es mucho peor que el arrebato de mi padre.

Mis manos no han dejado de temblar desde que me senté en el sofá hace lo que parece que han sido horas, pero probablemente no han pasado más de veinte minutos. Las lágrimas han parado, pero no estoy segura de que se mantengan a raya.

"Iré a su maldita casa ahora mismo y lo destriparé vivo".

—Cal... —le advierte mi madre, la primera palabra que pronuncia en largos y agonizantes minutos.

"Te amo, cariño, lo sabes, pero no quiero escucharlo ahora. Nadie lastima a mi pequeña niña y vive. Por encima de mi maldito cadáver".

—Papá... —Me duele la garganta cuando hablo, mi voz no es más alta que un susurro. No los veo porque no me atrevo a mirarlos, pero siento que mis padres se dan vuelta en mi dirección—. Mi carrera está arruinada. Golpearlo no solucionará eso.

—Pero me hará sentir mucho mejor al respecto —argumenta antes de hacer una pausa y luego dejar escapar un suspiro cansado. Con cuidado, se sienta en el sofá a mi lado. "Está bien. Lo dejaré pasar por ahora. ¿Cómo te sientes?"

Me encojo de hombros. Mis emociones son tan confusas y contradictorias en este momento que no puedo expresarlas con palabras.

Todavía me da vueltas la cabeza por haberles confesado todo a mis padres. El dolor en sus rostros cuando les conté sobre Reed y mi pasantía fallida, y luego la ira, me perseguirán por siempre.

—No puedo graduarme —susurro con voz ronca, sintiendo que mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo—. Lo tiré todo por el desagüe. Lamento haberte decepcionado tanto.

—Oye —mi padre me rodea los hombros con un brazo y me acerca más—. Te *graduarás*. Lo peor que puede pasar es que tengas que repetir la pasantía, pero obtendrás tu maestría. El sofá se hunde bajo el peso de mi madre, que se sienta a mi otro lado y me toma la mano.

"Admito que todo lo que nos dijiste fue bastante impactante, pero papá y yo no estamos decepcionados de ti, cariño".

—¿Cómo es que no lo estás? —Sacudo la cabeza—. No te creo.

—Bueno, deberías hacerlo —dice ella—. Siempre has sido una buena hija, Li. Y todavía lo eres. Esto... no es lo ideal, pero tampoco es el fin del mundo.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunto agitada mientras me levanto del sofá. No puedo quedarme quieta. Respirando agitadamente, miro a mis padres como si me estuvieran gastando una broma elaborada—. ¿Cómo puedes decir que soy una buena hija cuando me involucré con un profesor, *tu amigo*, y reprobé mi pasantía por eso? *Sabía* las consecuencias y aun así lo hice. Sacrifiqué mi carrera y mi reputación por nada. Después de todo lo que pasaste con Maddie y su padre y todo lo demás, ¿cómo puedes decir que soy *buena* cuando tomo decisiones tan estúpidas?

El aire apenas llena mis pulmones. Me seco las lágrimas con el dorso de la manga y espero a que inevitablemente cambien de opinión y me digan que tengo razón, que no soy una buena hija después de todo.

Pero eso no es lo que sucede.

—Lila... —comienza mi madre, vacilante, como si estuviera hablando con un animal salvaje suelto—. ¿Qué es todo esto de Maddie?

Solté un suspiro tembloroso, sin querer andarme con rodeos. Bien podría darles otra razón para que vieran lo terrible que soy. “Tuviste que criarla, y luego su padre regresó y tuviste que lidiar con eso. Amo a Maddie, de verdad, pero yo...”

“¿Qué dices, pequeño rayo de sol?”, me anima mi padre cuando me detengo para respirar profundamente porque de repente no hay suficiente oxígeno en esta habitación para los tres.

Mis ojos se llenan de lágrimas nuevamente, y la presa que retiene las palabras dentro de mí finalmente se rompe.

—Me siento fatal por decir esto porque os quiero mucho a todos, y quiero a Maddie como a una hermana, y no quiero sonar egoísta, pero a mí también me afectó. Lo que pasó con ella —comienzo, con las manos temblando de nuevo—. Ya habías pasado por bastante, y yo quería hacerte las cosas más fáciles. Ser la niña fácil. Me esforcé tanto por comportarme siempre, por sacar buenas notas, por no decepcionarte nunca como hacen los adolescentes con sus padres, para que pudieras tener un respiro porque te lo merecías *tanto* después de todo. Pero lo acabo de hacer ahora, como una mujer adulta que debería haberlo sabido mejor, y ya no... ni siquiera sé quién soy. Me siento tan confundida y perdida.

—Oh, cariño. —Mi madre se pone de pie y me abraza fuerte.

Enterré mi cabeza en su hombro y dejé que las lágrimas cayeran. Y cuando mi papá también se puso de pie y nos abrazó a ambos contra su pecho, lloré más fuerte.

—Lamento mucho que te hayamos hecho sentir así —dice mi madre mientras me acaricia la parte superior del cabello—. Lamento mucho que no lo hayamos visto antes, Lila.

—No es tu culpa —digo, con la voz apagada, pero lo suficientemente alta para que me oigan—. Yo nunca dije nada.

—Deberíamos haberlo notado —dice mi padre, con la voz impregnada de emoción—. No fue justo para ti.

Me separo de nuestro abrazo para poder mirarlos y asegurarme de que sepan que hablo en serio. “Por favor, no se castiguen por eso. Los amo tanto y amo a Maddie. Nunca podría sentir resentimiento por nada cuando me dieron una infancia tan feliz. Son unos padres geniales y estoy muy orgullosa de ser su hija”.

Los ojos de mi padre no están completamente secos mientras me besa la frente. “Y te amamos, Lila. Hemos hecho todo lo posible para criarte lo mejor que pudimos y no podríamos estar más orgullosos de en quién te estás convirtiendo”.

—Pero yo...

—No nos decepcionaste —interviene mi madre, con los ojos vidriosos también, pero ahora sonrío suavemente—. Claro, rompiste algunas reglas, pero se puede arreglar, ¿no?

Me sorbo la nariz. “No lo sé”.

Hago una pausa y nuestra conversación va calando a medida que pasan los minutos. Y entonces recuerdo algo más que todavía no les he dicho. Así que, por el bien de la honestidad, digo: “Clavé un cuchillo en la rueda del coche de Oliver por engañarme”.

Parpadean, probablemente preguntándose si han oído bien. Y entonces mi padre echa la cabeza hacia atrás riéndose y mi madre empieza a reírse entre dientes.

Ahora soy yo quien parpadea confundido. “¿Tampoco estás enojado conmigo por eso? Básicamente soy un criminal”.

El apodo que Reed me pone me viene a la cabeza y mi corazón se hunde nuevamente en un pozo de agonía.

“¿Él sabe que fuiste tú?”, pregunta papá.

—Sí, pero no tiene pruebas, así que no puede hacer nada al respecto.

—Entonces que le jodan. Se lo merecía.

Mi mamá sonrío. “Estoy de acuerdo con tu papá en eso”.

Sacudo la cabeza, algo divertida por primera vez desde que entré aquí esta noche. Esa felicidad momentánea podría ser la razón por la que no pienso bien mis palabras y añado: “Reed me vio hacerlo”.

La cara de mi padre se pone seria. “¿Lo hizo?”

Trago saliva. —Guardó el secreto.

«Qué caballeroso de su parte», sus palabras están cargadas de ironía.

Mi madre nos mira antes de preguntar lo que he estado temiendo desde que le confesé todo: “¿Qué está pasando entre tú y Reed, cariño?”

Insegura, miro a mi padre, que niega con la cabeza. —No diré ni una palabra. Lo prometo.

Dejé escapar un profundo suspiro que no hizo nada para borrar mi ansiedad.

—Nada. —Esa palabra me golpea como una bala que apunta al corazón—. Sea lo que fuere, ya se acabó.

“Pero *había* algo”, dice mi mamá. No es una pregunta.

Asiento con la cabeza mientras se me hunde el estómago. Nunca debimos tener un final feliz. Tengo que olvidarme de él y seguir adelante.

“Nosotros... teníamos sentimientos el uno por el otro. No desde el principio, pero en algún momento del camino simplemente... Las líneas se fueron difuminando, poco a poco. No sé cómo sucedió”.

El suspiro de mi padre me hace volver a fijarme en él. —Dime la palabra y acabaré con él, Lila. Lo digo en serio.

Me resisto a poner los ojos en blanco porque lo adoro, incluso cuando se pone dramático.

No podría tener más suerte de tener un padre que me protegerá pase lo que pase.

—No le hagas nada, papá, por favor —le digo—. Ni siquiera estoy enojada con él. No exactamente. Siempre fue consensual entre nosotros. Intentamos luchar, pero...

No puedo seguir adelante, revivir una historia que nunca continuará.

“Debería haberlo detenido”, concluyo. “No soy una niña. Sabía lo que estaba en riesgo, pero lo hice de todos modos. Es mi culpa”.

—Debería haberlo detenido también —dice mi padre, con la ira aumentando en su voz.

—Está bien. Esta noche ha sido intensa para todos nosotros —me interrumpe mi madre, poniéndome una mano tranquilizadora en el brazo—.

No te preocupes por tu pasantía porque estoy segura de que no tendrás que esperar mucho para graduarte. De todos modos, no tiene sentido preocuparse por lo que no puedes controlar, así que sube las escaleras y trata de distraer tu mente. ¿Qué tal un baño relajante antes de dormir?

Seguiremos hablando por la mañana, ¿de acuerdo?

Cuando asiento, me atrae hacia sus brazos y me besa la mejilla. “Papá y yo solo queremos verte feliz, cariño. Siempre hemos confiado en que tomarás las decisiones correctas y eso no ha cambiado”.

Mi padre nos abraza fuerte otra vez. “Siempre te amaremos, ya sea que te gradúes más tarde de lo que querías o que le pinches las llantas a alguien. Todos pasamos por momentos difíciles, pero lo que cuenta es cómo los enfrentamos. Y no podríamos estar más orgullosos de la increíble mujer en la que te estás convirtiendo, Lila”.

Sus palabras me acompañan toda la noche mientras doy vueltas en la cama horas después. Me siento aliviada de que todavía tengo su apoyo después de que todo lo demás se haya ido al traste, pero mi corazón todavía no late como antes.

No creo que vuelva a suceder nunca más.

CAPÍTULO 35

Caña

YOlla no me devuelve los mensajes. Después de lo que pasó en la oficina del decano, sabía que no lo haría.

La parte de mí que ella alimentó y sobre la que arrojó su luz esperaba que pudiéramos hablar de esto, pero ahora me he dado cuenta de lo tonta que fui al pensar que teníamos un futuro. Al pensar que podía cuidarla. Al pensar que no la lastimaría al final.

Mis padres siempre tenían razón: soy destructivo. Lo único que lamento es haberla arruinado en el camino.

Lila no vuelve al centro juvenil después de las vacaciones de Navidad. Haniyah me dijo que había hecho una videollamada con los niños, pero yo no estaba allí para escucharla. No me permití estar allí.

No mucho después, Han finalmente me dijo la verdad: cómo me enamoré de la única mujer de la que no debía haberme enamorado y cómo arruiné la relación entre ambos.

"No puedes controlar lo que quiere el corazón", dijo. "Si está destinado a ser así, volverán el uno al otro".

Por primera vez en tres décadas, no le creí.

La única pizca de esperanza llega en forma de un correo electrónico en mi primer día de regreso al laboratorio de investigación en enero.

Doctor Abner,

Espero que tus vacaciones de Navidad hayan sido relajantes.

Como supervisor de la pasantía de Lila Callaghan, me complace informarle que un comité externo revisó todos los materiales proporcionados durante su pasantía y consideró que sus resultados eran satisfactorios. La junta decidió hacer una excepción debido a estas circunstancias sin precedentes y permitir que la señorita Callaghan se gradúe este mes, según su sugerencia.

En cuanto a su relación con la señorita Callaghan, después de revisarlo más a fondo, he considerado que los rumores son falsos, ya que no hay pruebas sólidas de una relación romántica en las fotografías que me enviaron.

La Universidad de Warlington espera que continúe colaborando con nosotros en el futuro.

Mejor,

Kelly Russo

Decano de Psicología

Tres minutos después llamo a la puerta de su oficina.

—Doctor Abner —me saluda sorprendida—. ¿Recibió mi correo electrónico?

"Hice."

"Bien. ¿Tienes alguna pregunta?"

"Estoy aquí para dimitir".

Su oficina se vuelve tan silenciosa que se podría oír caer un alfiler. "¿Disculpe?"

Ese pensamiento ha estado en mi mente desde ese día, y parece que es lo único correcto que puedo hacer. Lo único que puedo hacer para proteger a Lila. Si no lo he hecho antes, es porque necesitaba atar todos los cabos sueltos antes de dar un paso atrás en mi papel, sin importar cuánto me duela pensar en lo que estoy a punto de dejar atrás.

“Estoy aquí para renunciar”, repito. “Estoy en conversaciones con uno de mis colegas de Stanford que estaría encantado de hacerse cargo de mi laboratorio hasta que la investigación concluya en mayo”.

Yo sé lo que esto significa. *Ella* sabe lo que significa.

Mi reputación, mi nombre, ya no estarán ligados al proyecto al que he dedicado cada parte de mi alma durante los últimos tres años.

Dejé que mi corazón, *el amor*, me guiara y es hora de afrontar las consecuencias.

—Reed —empieza. El uso de mi nombre de pila delata claramente sus nervios—. Piénsalo bien. Nos encantaría que te quedaras hasta que el proyecto haya concluido esta primavera.

—Que un profesor y un alumno se involucren va en contra de la política de esta universidad —le recuerdo porque, por alguna razón, parece haberlo olvidado—. Mi decisión de renunciar a mi puesto es definitiva.

Kelly me lanza una mirada larga e indescifrable. “Lo entiendo, pero tómate un tiempo para considerar tu renuncia. No tenemos planes de despedirte por este... incidente”.

Es curioso, pienso, que al principio no entendía por qué Lila tenía tanto miedo de aceptar la pasantía porque no quería recibir un trato especial de mi parte. Ahora veo claramente su razonamiento, cuando estoy frente a alguien que se supone que debe respetar las reglas, pero que en cambio pasa por alto mis errores. Y sé por qué: gracias a la generosa financiación que aportó a esta institución a través de mi investigación.

Pero, al igual que Lila, no es eso lo que me interesa.

“Aprecio todo lo que has hecho por mí en los últimos tres años”, concluyo. “Pero mañana entregaré mi renuncia con dos semanas de antelación”.

Dos días después, empiezan los rumores. Los escucho porque es imposible no hacerlo, cuando es lo único de lo que hablan los estudiantes en el campus.

“Escuché que una vez se juntaron en un aula”.

“Él es como veinte años mayor que ella. Eso es repugnante”.

“Al parecer dejó embarazada a Lila y por eso tuvo que graduarse antes de tiempo”.

“¿Acostarse con un profesor? ¿En serio? No me extraña que sacara tan buenas notas”.

Después del circo mediático que se armó cuando arrestaron a mis padres, esto no es nada. Como sé que mis días como investigadora aquí también están contados, ignoro los susurros que me rodean y agradezco al universo que Lila no esté aquí para escucharlos. Ese es mi único consuelo.

Es finales de febrero, dos meses después de la última vez que la vi, cuando Haniyah toca a la puerta de mi oficina en el centro juvenil una tarde nevada. “Reed, querido”, comienza suavemente.

Si no fuera por ella, Liam y Warren, me habría vuelto loca estos últimos meses. Y Ginny, esa perra, me ha robado el corazón y se niega a devolvérmelo.

—Sí, Han.

Ella duda: “Hay alguien aquí que quiere verte”.

“Caña.”

Esa voz.

Se me cae el corazón al estómago cuando Grace aparece detrás de Haniyah. No la he visto desde aquella cena en su casa y casi me convengo de que nunca volveré a ver a mi amiga. Aunque no estoy segura de que ella me considere una amiga todavía.

Trago saliva, tengo la boca seca. —Grace.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar —comienza con voz tranquila, sin revelar sus verdaderas emociones, y eso me pone aún más ansiosa.

Haniyah me lanza una mirada preocupada antes de darnos algo de privacidad.

—Por supuesto. Siéntate, por favor —le ofrezco.

La madre de Lila se sienta en la silla frente a la mía. “Creo que sabes por qué estoy aquí”.

Asiento con firmeza. “Lo siento, Grace”.

“¿Para qué parte?”

Mierda.

“Lamento haberle hecho daño”. No puedo pedir disculpas por mis sentimientos. No me parece correcto. “Lamento no haberlo detenido antes de que fuera demasiado lejos”.

En todos los años que la conozco, el rostro de Grace nunca había sido tan ilegible. Hace una pausa y entrelaza los dedos sobre su regazo, como si no supiera cómo decir sus próximas palabras. Teniendo en cuenta que es escritora, me preocupa. Esto no acabará bien para mí y me mereceré cada parte de mí que destruya.

“Lila nos contó todo”, dice. Mi corazón se acelera con solo escuchar su nombre.

“Aparentemente, fue una de sus amigas quien envió las fotos. Ahora está difundiendo rumores en el campus, según he oído”.

—Hablaré con el decano —le ofrezco inmediatamente—. Sólo deme un nombre.

Pero Grace me ignora. —Nos contó lo que le hizo a la llanta de su exnovio, cómo se sintió presionada para demostrarnos su valor. —La tristeza en su voz me parte el pecho—. Nos dijo que había algo entre ustedes dos.

“Gracia-”

“Sólo tengo una pregunta.”

Aguanto la respiración.

—De todas las mujeres del mundo, Reed, ¿por qué mi hija?

“Porque ella es la única mujer en el mundo para mí”.

El silencio que sigue a mi confesión es ensordecedor.

—Reed... —Su expresión cambia a una de preocupación—. Ya hemos hablado de tu pasado. Lo que te hizo.

No digo nada. No puedo.

Compartir mi pasado con ella no estaba en mis planes, pero cuando me contó sobre su agresión sexual, algo en mí cambió. Por primera vez, me sentí lo suficientemente segura como para hablar de ello. Como si ella pudiera entender por lo que había pasado. Nuestra amistad comenzó después de eso, y nunca miré hacia atrás con arrepentimiento.

—Sé que has evitado las relaciones porque no te sientes digna de amor —dice con total naturalidad, es verdad. Cada palabra—. Pero siempre te has visto diferente cuando estás con Lila. Más suave. Más liviana. Como si el peso de todo lo que has soportado no fuera pesado en absoluto. Te estaría animando si fuera cualquier otra persona, pero esto... Esto no terminará bien.

“No me importa si no termina bien para mí. ¿Cómo está ella?”

Ella busca en mi mirada algo que no estoy segura de que encuentre. “Ella está aguantando”.

Su respuesta es vaga, probablemente porque no quiere que sepa más de lo necesario.

Normalmente captaría esas señales y las respetaría, pero la sola idea de no saber cómo está realmente Lila me mata.

Por eso le pregunto a su mamá: “¿Se graduó?”

—Sí, lo hizo —confirma—. Me enteré de que dimitiste.

“Fue lo correcto”, le digo. “Sé que Lila es una adulta responsable, pero yo soy mayor y estaba en una posición de poder; se supone que debería saber más. No me detuve cuando tuve la oportunidad. Afrontar las consecuencias es lo mínimo que puedo hacer”.

Ella duda y aparta la mirada. —Seré sincera contigo, Reed. No estoy... *enojada* contigo.

Quiero estarlo. *Debería* estarlo, pero te conozco. No eres un mal hombre.

Ella está mintiendo. Sabía cómo iba a terminar y aún así lo hice por egoísmo.

“Y, francamente, esto lo vi venir”.

Eso hace que mis pensamientos autocríticos se detengan. “¿Qué quieres decir?”

“Esa noche, cuando viniste a cenar a nuestra casa, pude ver algo entre ustedes dos”, admite.

“Cal me dijo que solo estaba viendo cosas, pero el instinto de una madre nunca miente”.

Me paso la mano por la mandíbula. “Lo siento”.

“No me corresponde aceptar tus disculpas”.

Es de Lila. ¿Pero cómo lo hará si dudo que vuelva a verla?

Sin embargo, no importa cuántas veces me disculpe o cuán sincero sea mi perdón, ella puede elegir no perdonarme. Tiene todo el derecho a hacerlo después de todo lo que le hice pasar y todavía le hago pasar. No he hecho nada para merecer su perdón.

—Todo esto habría sucedido sin importar lo que hicieras —dice Grace, con la mirada llena de tristeza—. Claro, tal vez lo de Lila y tú nunca debieron haber sucedido en primer lugar. Pero el hecho de que tú fueras profesor y ella estudiante en la misma universidad al mismo tiempo te habría perseguido para siempre, sin importar si se hubieran juntado un mes o un año después de la graduación. A la gente le encanta chismorrear sobre esas cosas porque suenan escandalosas.

Sé que tiene razón, pero aún así digo: “Nunca debería haber sucedido”.

—No hay nada que puedas hacer al respecto ahora. —La emoción en su voz suena muy parecida a la lástima.

Hago una pausa antes de hacer la temida pregunta: “¿Qué piensa Cal?”

Me sorprende que no me haya perseguido todavía.

—Él... —Vacila de nuevo—. Necesita tiempo. Espacio también.

No es la respuesta que quería, pero seguramente es la que merezco.

—¿Estamos bien, Grace? —pregunto, sin estar segura de estar lista para escuchar la respuesta.

—Como dije, no creo que seas un mal hombre —comienza—, pero también necesito algo de tiempo. Espero que lo entiendas.

Le doy un firme asentimiento.

Se pone de pie, con expresión indescifrable una vez más. —Cuídate, Reed. Lo digo en serio.

Ella está a punto de salir de mi oficina cuando la detengo.

“¿Lila regresará?”

Se da vuelta lentamente. “¿Al centro juvenil?”

Asiento. “Los niños la extrañan”.

La extraño.

Esas palabras no salen de mi boca, pero puedo decir que ella las ha captado de todos modos.

—Ella no está aquí, Reed.

Se me cae el estómago. “¿Qué quieres decir?”

“Ella no está en Warlington. Se fue”.

“¿Dónde?”, pregunto, como si tuviera derecho a saberlo.

Por un momento, creo que no va a responder. Pero finalmente, dice: “A Norcastle. No sé si quiere volver”.

Norcastle es una ciudad grande, mucho más poblada y peligrosa que nuestra pequeña ciudad universitaria. Está a horas de distancia.

Ella se fue por mi culpa. Se fue y puede que nunca regrese.

—Está bien —concedo, controlando mis rasgos para que ella no vea la devastación en mi rostro—. Gracias por pasar por aquí. Significa mucho para mí.

Ella asiente. “Cuidate”.

El silencio invade la habitación cuando cierra la puerta tras ella. A pesar de la luminosidad de mi despacho, mi corazón nunca se ha sentido tan oscuro.

La he perdido

Perdí a Lila, la única mujer que he amado, todo porque pensé que merecía su luz. Pero solo la extinguí.

¿Qué pasa si ella nunca vuelve a brillar?

La idea de volar a Norcastle cruza mi mente antes de decirme que ya he arruinado su vida lo suficiente.

Lila nunca será mía, aunque mi corazón solo lata por ella.

CAPÍTULO 36

Lila

YO El fuerte olor a café se adhiere a mi ropa mientras me la quito en el baño, el vapor de la ducha se suma a las capas de sudor de mi vestido. Se me pone la piel de gallina mientras camino bajo la cascada, dejando que el agua tibia ahogue mis fuertes pensamientos.

Han pasado cinco largos meses desde que lo vi, pero la huella de sus manos en mi piel, de sus palabras en mi corazón, del dolor en mi alma aún persisten.

Olvídate de él. Ya está hecho.

Busco el champú y tarareo la melodía de una canción pop para intentar distraerme, como cada vez que me descubro pensando en el único hombre del que nunca debí enamorarme. El hombre por el que sacrifiqué mi carrera.

Piensa en pensamientos felices.

Cierto. Pensamientos felices. Una niña muy linda pasó por la cafetería hoy y pidió una taza extra de crema batida, que con gusto le di. Llevaba puestas unas botas de lluvia con forma de rana muy lindas, que me recordaron a los niños del centro juvenil.

Se me encoge el corazón al pensar en Melody, Cameron, Ike, Vera y todos los demás. ¿Qué están haciendo hoy? ¿Cómo van las clases de boxeo?

Hasta aquí llegan los pensamientos felices.

Decidir dejarlos atrás para venir a Norcastle fue una de las decisiones más difíciles que he tenido que tomar, y trato de no pensar muy a menudo en el día en que me despedí, a menos que tenga ganas de llorar a mares.

Sigo diciéndome a mí mismo que dejar atrás mi antigua vida fue lo correcto, pero eso no me quita el peso de encima.

—¡No puedes atraparme! —grita una vocecita familiar justo afuera de la puerta, lo suficientemente fuerte para que la escuche, seguida de una risa malvada.

—Dylan, no voy a repetirme. Ponte la camiseta o te vas a resfriar —grita mi tía detrás de él. El sonido de sus pasos resuena en el pasillo, afuera del baño de invitados, ahora lleno de mis productos de belleza. Cierro el agua y me envuelvo una toalla esponjosa alrededor del cuerpo, secándome rápidamente. Después de ponerme el pijama, abro la puerta del baño y encuentro a mi primo empujando carritos de juguete por las escaleras. Tiene puesta su camisa, así que al menos eso es todo.

—Oh, oh. Alguien se meterá en problemas cuando mamá y papá se enteren.

Me hace callar poniéndose un dedo en los labios. “No se lo digas”.

Resulta que no tengo por qué hacerlo. Maddie sale de su habitación al final del pasillo justo a tiempo para ver el camión de bomberos bajando las escaleras. Ella gruñe. “¿Estás bromeando?”

Me río. “Lo tengo bajo control”.

Es lo mínimo que puedo hacer después de que me permitieron quedarme en su habitación libre sin pagar alquiler.

Fácilmente tomo a Dylan de debajo de sus axilas, haciéndolo reír mientras lo llevo escaleras abajo. “No es gracioso, pequeño. Tienes que cuidar tus juguetes, o Santa no te traerá más”.

Me mira con el ceño fruncido por encima del hombro. “¿No lo hará?”

—Te vio empujándolos por las escaleras, amigo. Uno más y te habrían incluido en su lista de malos. No quieres eso, ¿verdad?

"¡No!"

Lo bajo al suelo. "Estoy bastante segura de que pasará esto por alto si recoges todos tus juguetes y los llevas de vuelta a tu habitación".

Él asiente rápidamente. "Lo haré. No quiero estar en la lista de los malos".

"Estoy de acuerdo, no es un lugar divertido para estar".

Mi primo se apresura a recoger los tres coches de juguete que empujó por las escaleras y los lleva a su habitación. Lo sigo, asegurándome de que no se tropiece en las escaleras. Justo cuando llegamos al segundo piso, mi tío sale del dormitorio de la pequeña Alice.

—Uno dormido, otro por irse —suspira, levantando a Dylan, que se ríe, con un brazo y poniéndoselo sobre el hombro como si fuera un saco de patatas—. ¿Qué oí sobre unos coches de juguete que estaban empujando por las escaleras?

Mi primo sacude la cabeza rápidamente. "Nada, papá. Li me está ayudando a ordenar, ¿no?"

—Bien —intercambio una mirada divertida con mi tío—. Buenas noches, Dyl. No dejes que te piquen las chinches.

—Nunca. Soy más fuerte que ellos —dice con voz resoplando.

Bajo las escaleras mientras Maddie y James lo ponen a dormir. Todavía estoy buscando algo para comer en el refrigerador cuando entran a la cocina.

—Ve a sentarte en el sofá con Maddie —me dice mi tío—. Yo me encargo de la cena esta noche.

"Se siente generoso", interviene ella, sonriendo.

—Me encantaría —bostezo, arrastrando los pies por la cocina hasta llegar a la sala de estar.

Me dejo caer en el sofá, mi tía se suma a mí un momento después, y ponemos un reality show mientras James prepara la cena. Una hora después, nuestros burritos y ensalada verde ya se han acabado, aunque el reality show sigue en la televisión. Se sientan en el sofá, los pies de Maddie sobre el regazo de James, mientras yo tomo una taza de té de manzanilla caliente en el sillón en una taza rosa que preparé el mes pasado.

"¿Cómo estuvo el trabajo hoy?", me pregunta.

—Estuvo bien. —Tomo un pequeño sorbo; todavía está demasiado caliente—. Sin incidentes.

Trabajar en un café no es el trabajo más emocionante del mundo, pero es tranquilo, y eso es exactamente lo que vine a buscar aquí.

"¿Todavía te están enviando trabajo desde esa agencia?", pregunta James.

Se refiere al sitio web para el que he estado escribiendo artículos. "Sí, pero estoy pensando en dejarlo después del verano. Aún no lo sé".

Intercambian una mirada rápida antes de que Maddie diga lo que hemos estado evitando desde que llegué aquí hace tres meses.

—Li, creo que deberíamos hablar de lo que pasó en diciembre.

De repente, no puedo soportar más té. "Estoy bien".

—No, no creo que lo seas.

Me muevo en el sillón, pensando en cientos de formas en las que podría huir de esta conversación.

—Deja de huir, sabelotodo —me advierte James. Por desgracia para mí, mi tío también es un lector de mentes. Qué divertido—. Mental y físicamente. Sabes que nos encanta tenerte

aquí, pero tenemos la sensación de que te quedas no porque ames a Norcastle, sino porque estás evitando a Warlington.

Me rodeo con los brazos (¿cuándo ha hecho tanto frío aquí?) y hago todo lo posible por parecer despreocupada. “Me gusta estar aquí. Me gusta vivir lejos de mamá y papá”.

—Y eso es bueno —me asegura Maddie—. Aquí te has vuelto más independiente. Incluso has hecho algunos amigos en el trabajo y en esa clase de cerámica, ¿no?

Asiento. Ann, mi compañera de trabajo, y Kim y Selena, de mi clase de cerámica, se han convertido en mis aliadas inesperadas.

Cuando me mudé aquí después de graduarme, lo primero que hice fue buscar trabajo.

Escribir artículos me mantendría en casa todo el día (cosa que *no* quería), así que presenté solicitudes para todo tipo de trabajos. Incluía una tienda de ropa y un restaurante en el centro comercial. Me llamaron desde el café al día siguiente; fui a la entrevista y me contrataron en el acto.

Así fue como conocí a Ann, que me tomó bajo su protección y me presentó a su grupo de amigas, un grupo de chicas encantadoras con las que he salido varias veces. Mariah dice que está orgullosa.

Conocí a Kim y Selena poco después, cuando una mañana, de camino al trabajo, pasé por un taller de cerámica y vi que había plazas libres para una clase. Nunca había pensado en la cerámica, pero después de mi primera lección, me convertí en una fanática devota: me ayuda a mantener la mente tranquila y no hay nada mejor que hacer algo hermoso con tus propias manos.

Norcastle me ha dado tanto en los últimos tres meses, ¿por qué todavía siento que falta algo?

“Creo que estar aquí te ha ayudado de muchas maneras”, añade Maddie. “Pero también creo que estás evitando el gran problema que hay en la habitación”.

Mi silencio es suficientemente fuerte.

—¿Sabes en qué estaba pensando hoy? —comienza mi tío mirándome fijamente—. La primera vez que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

Ese día fue uno de los más difíciles de la vida de Maddie, ya que se trataba del funeral de su padre, y James viajó hasta nuestra ciudad natal para estar con ella. Fue entonces cuando lo conocí.

“Me preguntaste si tenía juegos en mi teléfono”, recuerda, “y solo me aceptaste en la familia cuando dije que sí”.

Sacudo la cabeza con diversión, recordando mi vergonzosa obsesión con los juegos de teléfono. “Tenía claras mis prioridades”.

—Entonces, ¿por qué ya no lo haces?

Esa pregunta acaba con mi efímera alegría.

Maddie se sienta con las piernas cruzadas en el sofá y me mira con atención. —Está bien, lo diré, ya que nadie más quiere hacerlo: ¿qué pasa contigo y ese tal Reed? ¿Has hablado con él desde diciembre?

Mi corazón da un vuelco al oír su nombre. Hace meses que no me permito pronunciarlo en voz alta, aunque lo pienso al menos mil veces al día.

¿Por qué carajo no puedo sacarlo de mi cabeza?

—No. —Siento la boca demasiado seca—. No lo he hecho.

“¿No sabes qué está tramando? ¿Algo?”

Sí, lo sé. Sé algunas cosas, pero no porque las haya preguntado. Mi madre a veces lo menciona cuando hablamos por teléfono, aunque es mucho menos frecuente que antes. Probablemente ella piensa que quiero saber sobre él, pero tengo demasiado miedo de preguntar.

Ella no estaría equivocada.

—Sé que ya no trabaja en la universidad —les digo, repitiendo las palabras de mamá—. Eso es todo.

“¿Lo despidieron?”, pregunta James.

“Mamá dijo que renunció”.

—¿Y los rumores? —Mi estómago se hunde ante la pregunta de mi tía—. ¿Cómo te hace sentir eso?

Estoy enfermo. Me han estado enfermado durante los últimos cuatro meses.

Eva, la actual novia de Mariah, me dijo que alguien, concretamente Karla, había estado por el campus difundiendo todo tipo de tonterías sobre Reed y yo. Cómo tuvimos sexo en un aula, cómo tuve que graduarme antes de tiempo porque estaba embarazada... Me duele la cabeza de tanto marearme solo de pensarlo.

Eva me aseguró que no todo el mundo lo cree, pero el hecho de que *algunos* sí lo hagan me persigue.

—No es gran cosa —lo admito.

—¿Es por eso que no quieres volver a casa? —pregunta James.

Miro fijamente a mi tío, alguien que me ama como si fuera su propia hija, y me encuentro incapaz de mentirle. Tampoco puedo mentirle a Maddie, a quien amo más que a mi vida. Y no puedo mentirme a mí mismo.

“Yo... yo no me siento lo suficientemente fuerte para regresar.”

La expresión de Maddie se suaviza. “Oh, Li”.

“¿Por qué no?”, pregunta mi tío.

Aprieto las rodillas contra el pecho. “No quiero que los rumores me persigan ni que sienta que todo el mundo me señala y me juzga cada vez que intento establecer contactos. Mis profesores seguramente saben de los rumores y tienen muchos contactos en el campo. Tal vez estoy exagerando, pero tengo mucho miedo”.

Mi tía deja su lugar en el sofá y se sienta en el suelo, justo a mis pies. Me toma la mano en un gesto reconfortante. “Entiendo lo injusto que es todo esto, Li. De verdad que lo entiendo. Pero no puedes dejar que esta gente controle tu vida. Si no quieres volver a Warlington, está bien. Pero toma esa decisión porque *quieres*, no porque tengas miedo de lo que dirá la gente”.

Me muerdo el labio inferior. —No lo entiendes, Maddsy. Lo *intenté* ... Me dejé llevar por mi corazón, bloqueando todos los pensamientos intrusivos sobre lo que pensarían los demás, y así fue como lo arruiné todo. Si me hubiera preocupado por las opiniones de los demás, no habría cruzado ningún límite con Reed.

—Pero aún así te habrías enamorado de él.

Las palabras *ya no estoy enamorada de él* están en la punta de mi lengua.

Pero no puedo decirlas.

“No puedes evitar de quién te enamoras”, dice James.

—¿Crees que hubiera elegido enamorarme de mi fisioterapeuta, un imbécil mucho mayor que yo, si hubiera tenido la opción? —pregunta Maddie con voz juguetona. —Claro que sí.

“Pero ustedes son diferentes. Querían *enamorarse* . Estaban abiertos a ello”.

James resopla. “No quería enamorarme de ella”.

“¡Ey!”

“Ya sabes a qué me refiero, amor”, le dice a mi tía. “Cuando conocí a Maddie, yo también había renunciado a las mujeres. No quería tener nada que ver con las relaciones”.

No lo sabía. “¿Por qué?”

“Porque cuando estaba en la universidad, encontré a mi hermano en la cama de mi entonces novia”, confiesa, sorprendiéndome profundamente. *¿Qué demonios?* “Eso tiende a traumatizarte un poco”.

Yo sabía que James tenía un hermano mayor, y también sabía que no se hablaban; nunca imaginé *que esa* era la razón.

—Eso es... horrible. —Parpadeo para quitarme la sorpresa—. *¿Cómo te las arreglaste para lidiar con eso?*

—No lo hice. Evité el problema, igual que tú lo estás haciendo ahora. *¿Te engañan?* La respuesta es cerrarte y no volver a darle una oportunidad al amor, obviamente.

“A Sammy también le engañaron cuando era más joven”, añade Maddie.

“*¿Qué?*”, jadeo. “¿A mi padre lo engañaron? ¿Cuándo? ¿Cómo no lo supe?”

—Creo que fue antes de que yo naciera, o poco después. —Maddie frunce los labios, pensando—. Fue hace mucho tiempo, antes de que conociera a tu madre. Pero eso no le impidió encontrar el amor de nuevo; tú eres la prueba de ello.

Dejé que mis hombros tensos se relajaran y solté la mano de Maddie para frotarme los ojos.

“¿Qué le pasa a la gente?”

—Hay muchas cosas, por eso no deberías dejar que dicten tu vida. Dime esto, Li: si los rumores dejaran de circular, *¿volverías a Warlington ahora mismo?* —pregunta mi tía.

—Tal vez —admito en voz baja.

—¿Y tú irías a buscar a Reed?

Mi corazón salta. “¿Para qué?”

“Para empezar a vivir la vida que quieres de una vez por todas.”

—Es mi antiguo supervisor de prácticas —argumento, quedándome sin excusas—. Y doce años mayor que yo. Eso no es exactamente lo ideal.

—Tu madre me dijo una vez que las relaciones con diferencias de edad significativas *pueden* ser saludables si ambos luchan por lograrlo —ofrece Maddie. No sabía que mi madre tuviera esas opiniones; nunca habíamos hablado de las diferencias de edad porque mi único novio tenía mi edad—. Tus padres tienen una diferencia de edad, y nosotros también. Puede que no sea ideal, pero está lejos de ser el fin del mundo. En cuanto a que Reed sea tu ex supervisor... Li, no será fácil, pero puedes hacer que valga la pena. —Vuelve a mirar a James con una suave sonrisa—. Lo hemos hecho.

Me permito, solo por un momento, imaginar cómo sería ser tan valiente, tomar las riendas de mi propia vida. *¿Qué haría?*

Regresa al centro juvenil.

Poner fin a este año sabático sin sentido y obtener mi licencia para convertirme en consejero juvenil como siempre he soñado.

Encuentra a Reed y dile que él nunca fue un error. Que él es el indicado para mí. Que nunca ha habido nadie más y nunca lo habrá.

La niebla en mi cerebro se aclara cuando suena el monitor de bebé de Alice y sus llantos indican que está despierta.

—Iré a buscarla —ofrece James, levantándose del sofá. Antes de irse, me aprieta el hombro con cariño—. Vivir una vida falsa no vale la pena. Recuérdalo.

Y lo hago.

Durante las próximas semanas, pienso en mi conversación con mi tía y mi tío una y otra vez: en el café, en el taller de cerámica, mientras trabajo desde casa, mientras juego con mis primos, cuando mis padres me controlan, durante mis videollamadas semanales con Mariah.

Y cuando llega mayo, algo dentro de mí se ilumina.

CAPÍTULO 37

Caña

In la primera semana de mayo, encuentro el coraje para hacer algo que debía haber hecho hace casi tres décadas. Algo que nunca sentí la necesidad de hacer hasta que la conocí.

Las tumbas de mis padres están una al lado de la otra en tierra revuelta. Frías, sucias, inmóviles. Tal vez un árbol con ramas largas haría más justicia a este rincón sombrío, pero incluso muertos, ellos no merecen tanta amabilidad.

Una vez leí que los cementerios son lugares a los que la gente va para encontrar paz y tranquilidad, donde se sienten más cerca de sus seres queridos que han fallecido y el velo es más fino. Pero al mirar los nombres de mis padres, grabados para siempre en la roca, no siento ninguna de esas cosas.

Antes de llegar aquí, pensaba que al ver sus tumbas me invadiría el rencor, el odio o incluso la tristeza. Pero, de pie frente al lugar donde descansan mis padres (espero que no estén haciendo mucho de eso), no siento nada.

Ya no merecen mis emociones.

Ginny husmea alrededor de mis pies y se recuesta en un trozo de césped cuando no encuentra nada interesante con qué jugar.

El plan era ver sus tumbas y marcharme. Eso era todo. No tenía pensado abrir la boca y hablarle a la nada que tenía delante.

—Conocí a alguien —comienzo, sin saber muy bien qué estoy haciendo. Pero, por una vez, no le temo cuando mi corazón toma las riendas—. Es una mujer increíble. Tan inteligente. Tan generosa. Tan hermosa que me deja sin aliento. Nunca me había enamorado antes de ella.

El silencio me saluda.

“Y lo tiré todo por la borda”, concluyo. “Por tu culpa”.

Tampoco espero que mis palabras parezcan una mentira.

No le frunzo el ceño a nadie, porque aquí no hay nadie más que Ginny y yo. Por extraño que parezca, siento la necesidad de explicarme.

“Me arruinaste”, acuso a un par de fantasmas que no están aquí para escuchar. “Abusaste de mí, me pusiste en peligro y me marcaste para siempre de innumerables y crueles maneras”.

Ambos eran abusadores sin corazón. Me enseñaron que el amor es algo peligroso, que yo era el culpable del dolor de todos.

—Dijiste que nunca podría cuidar de nadie —continué—. Pero eso no es verdad. Me cuidé mejor que tú. Y ahora la estoy cuidando a ella.

Miro a Ginny, que me mira con la lengua fuera de la boca. Esta cosita peluda me ha demostrado un amor incondicional de una manera que nunca pensé que volvería a experimentar de una mascota. Porque, después de lo que le pasó a Daisy, después de lo que mis padres me convencieron de que le había hecho, no pensé que alguna vez lo mereciera. Ginny es la salvadora que nunca vi venir. Cuidarla y amarla me da un propósito cada día. Así que tal vez mis padres estuvieron equivocados todo el tiempo.

—Estoy aquí. —Me trago el inesperado nudo que tengo en la garganta—. Incluso después de todo lo que me hiciste, sigo en pie. He forjado mi propia vida, una de la que estoy orgullosa. Tú no me defines.

Una ráfaga de viento frío me golpea la cara. Sigo hablando.

“Siempre te odiaré por lo que me hiciste, pero me niego a dejar que ocupes más espacio en mi vida”, le digo al oído. Nada. “Pensé que me habías roto, pero Lila me mostró que mi verdadero yo estaba encerrado. No dejaré que me mates mientras aún respire. Sobreviví a ti una vez y seguiré haciéndolo”.

Ginny gime, mirándome a mí y a las lápidas. Me agacho para rascarle el lugar que le gusta detrás de las orejas y me descubro sonriendo mientras ella me lame la mano.

—Te amo, pequeña. ¿Lo sabes? —le digo mientras el cachorro sigue lamiendo—. Espero ser un buen padre para ti.

Su cola empieza a menearse, lo que tomo como una confirmación. La levanto con cuidado y la acuno contra mi camiseta mientras echo una última mirada a las lápidas de mis padres. Ya sé que nunca volveré.

A mi corazón le ha costado treinta años entender que nunca fue mi culpa. Un niño nunca es responsable de los errores de sus padres ni de las cosas malas que les pasan. Y a ese niño que aún vive dentro de mí le debo perdón y paciencia.

Mientras subo a Ginny al auto y conduzco de regreso a casa, mis pensamientos se dirigen a la mujer que no he podido olvidar en los últimos seis meses. Porque nada de esto cambia el hecho de que perdí a Lila y nunca la recuperaré.

Y duele. Duele como nunca antes había sentido, perder a la única persona que quería que fuera mía para siempre.

Porque Lila es mía. No en un sentido posesivo, sino en el sentido de que ella es mi todo. Debería haber sabido que no debía cruzar tantos límites cuando era consciente de las consecuencias. Lo último que necesita es que vuelva y complique aún más las cosas. Ella merece brillar de nuevo y no lo hará a mi lado.

Una segunda revelación me golpea cuando detengo el auto en la entrada de mi casa: nunca más volveré a amar a nadie. No de la forma eterna y apasionada en que la amo a ella.

Tal vez debería enojarme, hacerme sentir miedo de que ahora que finalmente descubrí que mi corazón no está roto, no pueda usarlo nuevamente. Pero solo pensar en amar a alguien que no sea Lila me enferma tanto que lo descarto de inmediato.

Ginny sale del coche con sus tres patitas y me sigue hasta casa. Cuando cierro la puerta detrás de nosotros, suena mi teléfono.

Esperando que sea un correo electrónico de trabajo, lo ignoro y reviso los cuencos de comida y agua de Ginny.

Mis horas en el centro juvenil han aumentado significativamente en los últimos meses después de que dejé mi trabajo como investigadora. De todos modos, ya era hora de que terminara. No voy a mentir: me hubiera gustado llevar a cabo el proyecto. Ese era el plan desde el principio, pero tampoco puedo arrepentirme de mis decisiones.

No cuando mi elección era Lila.

Lo que importa es que el proyecto siga adelante sin mí y que esos niños reciban la financiación que merecen. En cuanto a mí, me he cansado de ir de un laboratorio de investigación a otro cuando mi vocación es trabajar directamente con niños. Así que, en cierto modo, este fue el empujón que necesitaba para reconsiderar el futuro de mi carrera.

Y aunque nunca pude arrepentirme de mis decisiones, finalmente reconocí que me involucré en tantos proyectos y traté de abordar demasiados trabajos a la vez, porque estaba tratando de llenar un vacío. Si siempre estaba en movimiento, ocupada y solicitada, no tenía tiempo para pensar en todo lo que faltaba en mi vida.

Ahora he despejado bastante mi agenda y priorizo pasar tiempo con Ginny, Liam y Warren, o con Haniyah. Revisar mi correo electrónico del trabajo cuando no tengo que hacerlo ya no es algo que haga con prisas.

Pero después de una ducha rápida, cuando decido revisar mis notificaciones, veo que nunca fue eso.

Mi corazón se detiene y me pregunto por un momento si me golpeé la cabeza y solo estoy viendo cosas. Primero hablé con mis padres muertos en el cementerio, ¿y ahora esto?

El texto sigue ahí cuando parpadeo y no desaparece minutos después.

Es real.

Lila: Hola. ¿Cómo está Ginny?

CAPÍTULO 38

7 de mayo a las 19:55

Lila: Hola. ¿Cómo está Ginny?

Reed: Hola. Está bien. Acaba de regresar de dar un paseo. *Foto adjunta*

Lila: Gracias por responder. No pensé que lo harías. Se ve tan linda.

12 de mayo a las 11:03 am

Reed: Espero no estar molestando. Pensé que te gustaría esta foto de Ginny con un sombrero de cumpleaños. Ayer celebraron una fiesta en la guardería de perros.

Foto adjunta

Lila: Dios mío, es adorable.

15 de mayo a las 18:27

Lila: ¿Cómo van las cosas en el centro juvenil?

Reed: Acabo de salir de una sesión con Cameron. Me manda saludos. Las lecciones de boxeo están dando sus frutos para todos. Melody ahora puede lanzar un puñetazo.

Lila: Por favor, diles que los extraño y que me alegro de que estén bien. ¡Vamos, Melody! :)

19 de mayo a las 21:48

Reed: ¿Cómo estás?

20 de mayo a las 00:19

Lila: He estado mejor. ¿Y tú?

Reed: Yo también he estado mejor.

28 de mayo a las 20:01

Reed: Ginny hizo algo gracioso hoy. Y cuando digo gracioso, me refiero a que fue gracioso para ella, no para mí. *foto adjunta*

Lila: ¿Ella... se comió ese cojín?

Reed: Solo le faltó un poco el respeto. Me pasé los últimos veinte minutos recogiendo poliéster del suelo.

Lila: Pero mira qué cara tan bonita.

Reed: Ella sabe cómo usarlo.

4 de junio a las 20:25

Lila: ¿Cómo estás?

Reed: Estoy cansado del trabajo. Ir al gimnasio probablemente no ayudó a aliviar mi cansancio. ¿Cómo estás?

Lila: Acabo de regresar de una clase de cerámica.

Reed: ¿Cerámica?

Lila: Es un nuevo hobby. He estado haciendo muchas tazas.

Reed: ¿Puedo ver?

Lila: Esta es mi más reciente. *foto adjunta*

Reed: Los corazoncitos lucen geniales. Te sienta bien crear cosas hermosas.

6 de junio a las 13 h 54 min

Reed: Hola. Solo quería disculparme por mi último mensaje. Fue un poco extraño.

Lila: No es raro si me hizo sonreír.

Reed: Me alegro de haberte hecho sonreír.

6 de junio a las 20:16

Lila: Yo también quería hacerte sonreír. *foto adjunta*

Lila: Espero no haberte hecho sentir mal.

Reed: Nunca pensé que me enviarías un chiste sobre el mundo académico.

Lila: ¿Pero te hizo sonreír?

Reed: Estoy sonriendo ahora mismo.

8 de junio a las 15:14

Lila: Solo quería felicitarte por tu proyecto. Leí que fue aprobado la semana pasada. Cambiará la vida de los niños.

Reed: Gracias, Lila. Me alegro de que haya salido bien.

Lila: Pero no vi tu nombre. ¿Me lo perdí?

Reed: No pude quedarme en el proyecto después de dejar mi puesto de investigación. Política de la universidad.

Lila: Oh, no lo sabía.

Reed: Está bien. Lo que importa es que hará un cambio real.

Lila: ¿Sabéis cuándo recibirán los hogares de acogida y los centros juveniles la nueva financiación?

Reed: Con suerte en octubre.

Lila: Es increíble. Ya sea que tu nombre esté asociado a ello o no, todo fue obra tuya. Te mereces este éxito.

Reed: Gracias, Lila.

10 de junio a las 16 h 58 min

Lila: ¿Algún plan emocionante para el verano?

Reed: En realidad no. Me quedo en Warlington, me presento a algunos trabajos y salgo con Ginny, Liam y Warren.

Lila: ¿A qué te refieres con postular a algunos trabajos?

Reed: Quiero trabajar con niños, no en un laboratorio. Hace un par de años que lo pienso, pero nunca me atreví.

Lila: Tiene sentido. ¿Alguna oferta hasta ahora?

Reed: Todavía no he presentado mi solicitud formalmente en ningún sitio. Quería tomarme un breve descanso y centrarme en el centro juvenil. ¿Qué hay de tus planes para el verano?

Lila: Viajaré con Mariah durante unas semanas. Iremos a Bannport, un pueblo junto a un lago en Maine. Mi tía y mi tío tienen una cabaña allí.

Reed: Suena genial. Estoy seguro de que te divertirás.

12 de junio a las 21:32

Reed: Perdón, tengo que preguntar. ¿Obtuviste tu licencia de consejero juvenil? No tienes que responder. No quiero pasarme del tema.

Lila: Um, todavía no.

Reed: ¿Ya no está en tus planes?

Lila: Sí, lo es. No sé si lo sabes, pero me permitieron graduarme en enero. Después de eso, me fui a Norcastle con mi tía y mi tío. Trabajé en un café, hice cerámica y ese tipo de cosas.

Reed: Necesitabas un descanso.

Lila: Sí.

Reed: ¿Cómo te sientes ahora?

Lila: Mejor. Necesitaba encontrarme a mí misma. Conocer quién soy fuera de la escuela y la academia.

Reed: ¿Y lo hiciste?

Lila: Ya casi estoy ahí.

16 de junio a las 17:02 horas

Lila: Taza nueva *foto adjunta*

Reed: No sabía que el naranja y el rosa combinaban. Se ve bien.

17 de junio a las 20:30 horas

Reed: Ginny hizo una nueva amiga en el parque. *foto adjunta*

Lila: Awww. ¿Es ese su novio? ¿Novia? Mira cómo están sus narices juntas.

Reed: No se le permite tener novios ni novias. Ella es mi bebé.

Lila: ¿Muy protectora?

Reed: Maldita sea, claro que sí.

20 de junio a las 18:24

Lila: Acabo de llegar a Maine con Mariah. ¿No es muy bonito el lago? *foto adjunta*

Reed: Así es. Diviértete y mantente a salvo.

Lila: Gracias :)

23 de junio a las 3:23 am

Lila: Acabo de tener una pesadilla y no puedo volver a dormirme. No sé por qué te estoy enviando un mensaje.

Reed: ¿Estás bien?

Lila: ¿Por qué estás despierta?

Lila: No pensé que responderías.

Reed: Es una de esas noches de insomnio. Contéstame.

Lila: Mandona, solo fue una pesadilla. ¿Por qué no puedes dormir?

Reed: Tengo demasiadas cosas en la mente.

Lila: ¿Como en...?

Reed: Como en ti.

Reed: Lo siento. No debería haber dicho eso.

Lila: Está bien.

Lila: Estás en mi mente también.

Reed: ¿Sí?

Lila: Todo el tiempo.

23 de junio a las 8:05 am

Reed: Buenos días. ¿Te volviste a dormir anoche?

Lila: Sí, pero no dormí muy bien. ¿Y tú?

Reed: Dormí unas dos horas más o menos.

Lila: ¡Uf!

Reed: Lo sé. Y por cierto.

Lila: ¿Sí?

Reed: Tú también estás en mi mente todo el tiempo.

25 de junio a las 19:26

Lila: Acabo de regresar a casa de Bannport. Es hora de empezar a estudiar a fondo para obtener esa licencia. ¿Algún consejo?

Reed: No muchos. Te enviaré por correo electrónico algunos exámenes de prueba.

Lila: Gracias :)

Reed: Buena suerte, lo lograrás.

30 de junio a las 23:09

Lila: Pregunta.

Reed: Dispara.

Lila: ¿Me extrañas?

Reed: Todo el tiempo.

1 de julio a las 22:14

Reed: Pregunta.

Lila: ¿Sí?

Reed: ¿Por qué un café?

Lila: ¿Qué?

Reed: ¿Por qué trabajaste en un café en Norcastle?

Lila: Fue el primer lugar que me llamó de nuevo. Quería un trabajo que no tuviera nada que ver con la academia ni con mi maestría. No es que no me guste trabajar con niños, porque me encanta, pero necesitaba algo diferente.

Reed: ¿Ese trabajo te ayudó a encontrarte a ti mismo?

Lila: De una manera extraña, sí. Me ayudó a ver mi valor más allá de mis calificaciones. Como si tuviera otras partes de mí para ofrecer. No tenía experiencia como barista y fui una pésima durante las primeras semanas, pero estuvo bien. No me sentí como una fracasada ni me lo tomé como algo personal. Lo siento, estoy divagando.

Reed: No hace falta que te disculpes. Podría leer tus mensajes durante horas.

Lila: Me estoy sonrojando.

Reed: Bien.

Reed: Tengo otra pregunta.

Lila: Adelante.

Reed: ¿Me extrañas?

Lila: Todo el tiempo.

3 de julio a las 16:12

Lila: Es oficial. Mi papá se jubila el mes que viene. No sé cómo sentirme al respecto.

Reed: Siéntete libre de desahogarte.

Lila: Oh, lo voy a hacer.

Lila: Creo que es solo que se está haciendo mayor. Ha sido tatuador toda su vida, mucho antes de que yo naciera. Es parte de su identidad. Es extraño que ya no trabaje allí.

Reed: Los cambios pueden ser aterradores. Lo que estás sintiendo es normal. ¿Has hablado con tu padre al respecto?

Lila: Sí. Está emocionado por jubilarse. Dice que ahora él y mi mamá pueden viajar más y hacer más cosas juntos.

Reed: Entonces la jubilación no será algo malo.

Lila: Supongo que no. Sólo necesito superarlo.

Reed: Está bien no haberlo superado. Solo escíbeme cuando quieras hablar. Estoy aquí.

Lila: Gracias. Yo también estoy aquí.

5 de julio a las 7:39 am

Reed: Feliz cumpleaños número 25, pequeño criminal.

Lila: No pensé que te acordarías. Gracias :)

Reed: Nunca podría olvidarlo.

Lila: No puedo creer que mi cerebro esté completamente desarrollado ahora. Honestamente, siento lo mismo.

Reed: ¿Tienes algún plan importante para hoy? Disfruta del nuevo cerebro.

Lila: Voy a salir con Mariah y unos amigos.

Reed: Diviértete entonces. Y ten cuidado.

Lila: Gracias :)

Lila: Además, extrañaba ese apodo.

Reed: Yo también.

7 de julio a las 22:25

Lila: Hola.

Reed: Hola.

Lila: Necesito decirte algo.

Reed: Estoy escuchando.

Lila: Me divertí en mi fiesta de cumpleaños, pero no podía dejar de pensar en que no estabas allí.

Reed: ¿Querías que estuviera allí?

Lila: Sí.

Reed: Habría estado allí si me lo hubieras pedido.

Lila: No confío en mí misma cuando estoy cerca de ti.

Reed: Yo tampoco confío en mí mismo cuando estoy cerca de ti.

9 de julio a las 22:01

Lila: Junco.

Caña: Lila.

Lila: ¿Estás en casa?

Reed: Sí. ¿Por qué?

Lila: ¿Estás libre?

Reed: Sí.

Lila: ¿Puedo llamarte?

CAPÍTULO 39

Lila

YO El tenue resplandor que sale de mi teléfono es la única luz en mi habitación. No puedo apartar la vista de los tres puntos que bailan en la pantalla hasta que llega su respuesta.

Reed: Por supuesto.

Respiro profundamente por la nariz, ignoro los latidos de mi corazón y me digo a mí misma que todo va a estar bien. Esto es lo que quiero. En lo que he estado pensando desde aquella conversación a altas horas de la noche con mi tía y mi tío hace meses. Incluso desde hace más tiempo, para ser honesta.

Me envuelvo los hombros con mi manta más suave y me siento contra la cabecera.

Los últimos siete meses sin Reed me han abierto los ojos de maneras muy necesarias pero dolorosas. La última vez que nos vimos, pensé que nunca más lo querría en mi vida. No estaba enojada con él, en realidad no; estaba enojada conmigo misma por haber bajado la guardia después de haber prometido que mi carrera siempre sería lo primero.

Graduarme en enero fue algo que no esperaba. Pero una vez que obtuve mi diploma, no me sentí bien. No era como si me hubiera desenamorado de mi sueño de convertirme en consejera juvenil, pero después de todo lo que había sucedido, no me sentía como si fuera el momento adecuado. El momento adecuado. Obtener un título de maestría en asesoramiento no cambió el hecho de que todavía no sabía quién era yo. De que no veía ningún valor en mí misma fuera del ámbito académico.

Los meses que pasé lejos de los chismes, de mi zona de confort, *de él*, empezaron a cambiar lentamente mi perspectiva. Y cuando me di cuenta de que no podía dejar de pensar en la tranquilidad que sentiría mi corazón con Reed, en la tranquilidad con la que respiraría con él, simplemente no luché contra ello.

No tenía ningún plan cuando le envié ese primer mensaje de texto en mayo. En todo caso, los últimos meses me han enseñado que los planes no siempre se hacen realidad, por mucho que uno los desee. He aprendido que está bien dejarse llevar por la corriente y que soy lo suficientemente capaz de surfear cualquier ola.

Ahora, tampoco tengo ningún plan mientras mi dedo se desliza sobre el botón de llamada. Todo lo que sé es que he pasado suficiente tiempo lejos de todo y de todos como para decidir lo que realmente quiero y lo que no quiero.

Y yo lo quiero.

Presiono el botón y aguanto la respiración.

"Ey."

El sonido de su voz, tan profunda, tan familiar, hace que mis rodillas se doblen y mi corazón se acelere.

El mío solo sale como un susurro: "Hola".

Oigo su suave respiración de fondo y eso me tranquiliza. *Está aquí. Conmigo.*

"No esperaba que mi noche fuera así", admite, con una leve sonrisa en su voz.

Dios, extraño esa sonrisa. Extraño cuando estaba dirigida a mí.

"¿Alguna queja?", pregunto en voz baja.

"Ninguna. ¿Cómo estuvo tu día?"

Aprieto las rodillas contra el pecho. —Fui a una clase de cerámica.

"¿Hay alguna taza nueva en proceso?"

—Ahora mismo me estoy volviendo loca con los tazones de cereales —le digo, y la timidez desaparece de mi voz con cada interacción—. También he buscado clases de español para adultos. Creo que también será bueno para socializar.

—Eso suena increíble, Lila.

La forma en que dice mi nombre me hace temblar la espalda. Me abrazo más fuerte a la manta y deseo estar en sus brazos. —¿Cómo te fue hoy?

"Esta mañana recibí una respuesta de una agencia de acogida sobre el trabajo".

Me incorporo, emocionada. "¿Cómo te fue? Te quieren, ¿no?"

Su risa me hace apretar las piernas. *Basta*. "Seguro que sí".

—Lo sabía —respondo sonriendo—. Apuesto a que ni siquiera leyeron tu nombre en la solicitud. Quiero decir, ¿quién no conoce a Reed Abner?

"Qué buena forma de acariciar mi ego, pequeño criminal".

Mi estómago se revuelve un poco al oír el apodo. "Solo digo la verdad. ¿Vas a decir que sí? ¿O estás esperando más ofertas?"

"Sinceramente, diría que sí a esta pregunta".

"¿Oh?"

—Es... eh... —Se aclara la garganta, vacilante—. La agencia de acogida. Es la misma que se ocupó de mi caso cuando era niño.

Se me encoge el pecho. "Hablando de algo que estaba destinado a suceder".

"Sí, supongo que sí."

Se hace el silencio, pero no es incómodo. Lo siento tan cerca, como si estuviera en la habitación conmigo. *Ojalá estuviera allí*.

—Lila —comienza suavemente.

"¿Sí?"

"¿Puedes seguir hablándome? Extraño oír tu voz".

El órgano en mi pecho se derrite y dejo que suceda.

—Yo también extraño tu voz —admito en voz baja.

"¿Sí?"

Asiento aunque no puede verme.

—¿Qué más extrañas? —pregunta a continuación, sonando casi tímido.

Tomo una respiración temblorosa, mi corazón late tan fuerte que tengo miedo de que lo escuche desde el otro lado de la línea.

"Extraño..." *Todo*. "Extraño a Ginny. Mucho."

"Ella también te extraña."

Genial. Ahora estoy a punto de empezar a sollozar.

"Extraño el centro juvenil", continuo. "Extraño realizar talleres con ustedes, ayudar a los niños con las tareas... simplemente estar allí con todos ustedes. Extraño a Haniyah y a todos los voluntarios. Extraño..."

Te extraño.

—Lila —dije mi nombre y solté un profundo suspiro—. Lo siento muchísimo. Lo siento muchísimo por haber sido tan descuidada. No sé qué he hecho para merecer que me vuelvas a hablar.

Estamos haciendo esto.

Por fin hablamos de lo que pasó en diciembre.

Todavía tengo miedo porque esta nueva yo no está acostumbrada a dar saltos de fe. Lo hice una vez y terminé en lágrimas. ¿Qué pasará si abro mi corazón ahora?

—Yo también lo siento —susurro en la noche, con las manos húmedas por los nervios.

“No tienes que disculparte...”

—Lo hago —lo interrumpí.

—Lila, no lo harás —insiste—. Yo soy el mayor. Debería haberlo detenido cuando tuve la oportunidad.

—Déjame... Déjame decirte esto. —Trago saliva—. Por favor.

“Está bien”, admite.

Toda mi vida he estado demasiado preocupado por la idea que los demás tienen de mí como para desarrollar mi verdadero sentido de identidad, y no culpo a nadie más que a mí mismo por ello.

Todos esos meses en Norcastle, donde me sentí libre de seguir mi propio camino sin preocuparme por las expectativas de nadie, me hicieron darme cuenta de algo: he sido prisionera de mi propia ansiedad y de mis pensamientos excesivos todo este tiempo, sujeta a expectativas que no existían.

Fui libre de ser yo misma todo este tiempo y no podía verlo. Pero finalmente me he convertido en una mujer que se niega a traicionar su corazón nunca más.

—Nunca fuimos un error —le digo a Reed en voz baja, sintiendo el peso del arrepentimiento abandonar mis hombros con cada palabra—. No arruinaste mi carrera. En todo caso, *la* arruiné yo misma, pero no está... No está realmente arruinada. Los rumores pueden seguirme por siempre, pero ambos sabemos que no son ciertos. Y sí, rompimos algunas reglas, pero mi valor como consejera juvenil no tiene nada que ver con mis relaciones en primer lugar. Sé lo que valgo ahora, y sé que me he ganado todo lo que tengo a través del trabajo duro.

—Lamento haber dicho que estar contigo fue un error, Reed, porque eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Una pausa. Luego un susurro áspero: “Di mi nombre otra vez”.

—Reed —susurro y mis labios se curvan en una sonrisa.

—Joder. Me perdí eso —susurra—. *Eres lo mejor que me ha pasado en la vida*, Lila. Te mereces todas las cosas buenas que te pasan porque has trabajado muy duro para conseguirlas. Pero eso no cambia el hecho de que nunca me perdonaré por hacerte daño.

“Nos hacemos daño mutuamente y nos hacemos daño a nosotros mismos”, digo. “Lo hecho, hecho está”.

“¿Y ahora qué pasa?”

Echo la cabeza hacia atrás, con los ojos perdidos en el techo.

—No lo sé —admito en voz baja—. Todo es complicado.

Según Eva, los rumores en el campus han estado ocurriendo durante todo el año, incluso después de que Reed se fue, y eso solo los empeoró. Karla empezó a seguirme por siempre, pero eso no significa que tenga que ser un mártir.

—Lo entiendo. —Su voz suena tan ronca que me hace estremecer hasta el fondo—. Quizá me convierta en un bastardo egoísta, pero no quiero perderte. No otra vez.

—No me perderás —le aseguro—. Yo tampoco quiero perderte a ti.

“No lo harás.”

—¿Somos amigos, Reed?

“Seré lo que quieras que sea mientras pueda permanecer en tu vida, ángel”.
Es su apodo para mí lo que llena mis ojos de lágrimas de alivio y contenidas.
—Quiero volver a llamarte mañana —confieso—. ¿Podemos hacerlo?
—Claro que podemos —dice en voz baja—. Siempre que quieras, estaré aquí.

"Bueno."

"Bueno."

Un paso a la vez. Puedo hacerlo.

—Buenas noches, Reed —murmuro con un brillo de esperanza en el pecho.

Duerme bien, Lila. Hablamos mañana.

Cuando cuelgo, miro alrededor de mi habitación oscura y me doy cuenta de algo: me siento más liviano, y también el mundo que me rodea.

CAPÍTULO 40

Caña

yoIla y yo hablamos por teléfono todas las noches de julio.

Con Ginny durmiendo en mi regazo, disfruto del sonido de su voz tranquilizadora mientras me cuenta sobre su día, sus amigos y sus clases de cerámica.

Ella se burla de mí porque la mayor parte del tiempo me quedo callada y la dejo hablar, y yo le digo que simplemente extraño demasiado su voz. Que nunca me cansaré de oírla hablar con tanta pasión sobre las cosas que ama.

Sólo el hecho de poder hablar con ella todas las noches es suficiente para ayudarme a pasar el día.

Le envío una foto de Ginny cada dos días y ella me envía de vez en cuando una foto de una taza en proceso de elaboración. Le digo que puede enviarme un mensaje de texto en cualquier momento si alguna vez me necesita y ella me dice que haga lo mismo.

Durante una de nuestras llamadas nocturnas, confieso que visité las tumbas de mis padres en mayo.

“¿Por qué lo hiciste?” Suena curiosa, no crítica.

Mis dedos se enredan con el pelaje corto de Ginny, que ronca plácidamente en mi regazo bajo el tenue resplandor de la lámpara que ilumina la sala de estar.

“Me debía a mí mismo cerrar ese capítulo”, digo.

“¿Y tú lo hiciste?”

Reflexiono sobre su pregunta y llego a la conclusión de que no, no del todo.

“Ya casi estoy ahí”, le digo, reflejando sus palabras cuando le pregunté si se había encontrado a sí misma.

Un silencio confortable se extiende entre nosotros. Lo hacemos mucho durante nuestras llamadas, simplemente sentándonos en silencio. Saber que ella está al otro lado de la línea, respirando, tan cerca de mí y a la vez tan lejos, me brinda una sensación de comodidad que nunca antes había experimentado.

Hasta que, en la última semana de julio, dice: “¿Reed?”

“¿Sí?”

“Quiero verte.”

Su voz sale como un susurro inseguro.

Mi corazón empieza a latir más rápido. “¿Ahora?”

Ella se ríe. *Esa risa* ... “Quiero decir... si quieres. Estoy en Warlington”.

Mi cuerpo y mi alma me piden que diga que sí, que me suba al coche y conduzca hasta su casa si eso significa que podré volver a respirarla. Pero no puedo ignorar el sentimiento de arrepentimiento que me tira del estómago y sé que tengo que hacer una última cosa antes de volver a verla.

Entonces se lo digo. Ella dice que lo entiende, aunque el ligero matiz de decepción en su voz me atraviesa el corazón.

A la mañana siguiente le envié un mensaje de texto.

Yo: Hola. ¿Puedo pasar por la tienda hoy a la hora de cierre?

Tardó dos horas en responder.

Cal: No hagas que me arrepienta.

La campana suena sobre mi cabeza cuando entro al salón de tatuajes y veo una figura solitaria en la parte trasera del local: un hombre al que no he visto en mucho tiempo.

—Oye —grité con las manos en los bolsillos de mis pantalones.

No parece que me esté volviendo loco, aunque eso es lo único que sucede al otro lado de mi fachada relajada.

Cal se da la vuelta y mira hacia la estación que está limpiando. "Un momento".

Su voz suena neutral, lo que aumenta mis niveles de ansiedad. Cal es un buen amigo, nunca suena neutral conmigo.

Era mi buen amigo antes de lastimar a su hija . Ahora, tendré suerte si no me convierto en su objetivo.

No muevo un músculo mientras lo espero en la entrada. Se toma su tiempo para limpiar todo, o tal vez yo estoy nerviosa. De cualquier manera, no respiro con demasiada normalidad durante los siguientes cinco minutos.

Seguro que no me siento mejor cuando finalmente se dirige hacia mí, con una expresión seria en su rostro, y lo primero que dice es: "Probablemente debería matarte".

Me trago la tensión que me sube por la garganta. —Probablemente deberías.

Se cruza de brazos y frunce el ceño. Es la expresión más defensiva y enojada que he visto en él. "Dime por qué no debería hacerlo".

Soy sincero cuando digo: "No se me ocurre ninguna razón".

Nos miramos el uno al otro durante lo que parece una eternidad tortuosa antes de que sus hombros se hundan con un profundo suspiro. "¿Por qué estás aquí?"

—Quiero disculparme con ustedes —les digo sin andarme con rodeos—. Lo último que quería era lastimarlos a ustedes y nunca podría arrepentirme lo suficiente.

Me mira como si no me creyera o no quisiera creerme. Y yo preferiría estar en cualquier otro lugar que bajo la mirada de uno de los hombres más intimidantes que he conocido, pero estoy haciendo esto por Lila.

—Lila nos dijo que estaba hablando contigo otra vez. —Sus palabras suenan como una acusación.

Al oír su nombre se me parte el pecho. "¿Lo hizo?"

Asiente con la cabeza lentamente, con mesura. Por un momento, no habla.

"He tenido ocho largos meses para pensar en toda esta situación", dice finalmente. "Pero aún no estoy seguro de cómo me siento al respecto".

"Entiendo—"

"¿Mi hija , Abner? ¿Estás bromeando?"

"California—"

A partir de ahora será *señor* ."

Le lanzo una mirada inexpresiva. "Estás bromeando".

"¿Parece que estoy bromeando?"

Parece que está a un segundo de derribarme al suelo. Así que no, *juguetón* no es un adjetivo que utilizaría para referirme a él en este momento.

—Está bien, *señor* . —¿Soy yo o sus labios tiemblan? —Vine a disculparme. Grace me dijo que necesitabas tiempo, pero si no ha sido suficiente, me iré. Entenderé si no quieres volver a ver mi rostro nunca más.

—No nos pongamos dramáticos —me sorprende al decir—. ¿Quiero matarte por lastimar a mi hija? Absolutamente. ¿Pienso que eres escoria de la tierra? No. He conocido a gente real.

"Eres una escoria de la tierra antes, y no mereces ser puesto en esa misma caja, no importa lo enojado que esté contigo ahora mismo".

No sé qué decir ante eso porque no creo merecer este nivel de comprensión, así que permanezco en silencio.

—¿Cuáles son tus intenciones? —me pregunta con voz seria—. Aparte de disculparte, ¿qué quieres? Porque sé que quieres algo y no estoy seguro de que me guste.

"Lila quiere verme y no puedo prometerle que no volveré a verla a menos que ella me lo pida".

Cal me mira con los ojos entrecerrados. —¿Me estás pidiendo permiso para salir con mi hija, Abner?

—No —le digo—. Te digo que lo haré.

Un silencio ensordecedor cae sobre la tienda de tatuajes.

No puedo leer su rostro. El mío permanece en blanco.

Yo no me muevo. Él tampoco.

"Tienes agallas para decirme que no te importa una mierda lo que yo piense mientras Lila sea feliz, te lo concedo".

Trago saliva. "No quiero faltarte el respeto".

No agregó "señor" porque podría matarme de verdad esta vez.

Suspira y sacude la cabeza. "Mira, hombre. Todo lo que sé es que lastimaste a mi hija y que ella pasó por un infierno por eso. Pero también sé que necesitaba una llamada de atención".

Frunzo el ceño. "¿A qué te refieres?"

—Lo que digo es que lo que pasó, pasó, y lo que importa es que saliste de esto. Y Lila ahora está más feliz, es más ella misma. Ahora que han pasado ocho meses, puedo ver lo poco bueno de esta situación. Hablar con Lila también ha ayudado. Ya no está perdida. —Su mirada es dura hacia mí—. Eres un buen hombre que la cagó. No significa que me emocione verte con mi hija, pero no guardaré rencor si ella te perdona.

"¿Qué haría falta para ganarme tu perdón?", pregunto. "¿Para ganarme el de Grace?"

—Grace y yo hemos hablado de esto. Con Lila también. Siempre he confiado en ti y una parte de mí todavía lo hace. Tal vez no debería, pero los instintos nunca me mienten. Necesito algo de tiempo para acostumbrarme a... a todo esto, pero Lila es inteligente, más ahora que finalmente vive para sí misma. Si se eligen mutuamente, su madre y yo no tenemos nada que decir al respecto. Pero si alguna vez vuelves a hacerle daño, Abner, considérate muerto.

—Nunca volveré a hacerle daño, Cal. Preferiría hacerme daño mil veces antes de dejar que ella sienta un segundo de dolor.

Su rostro permanece estoico, pero la aprobación brilla en sus ojos. "Más te vale".

—Quiero empezar de nuevo —le digo—. Haré todo lo que tenga que hacer para recuperar tu confianza y la de Grace.

Me mira durante un momento demasiado largo. "Está bien. Hablaremos de esto en otro momento. Ahora, si me disculpas, quiero cerrar e irme a casa con mi esposa. Ha sido un día infernal".

"Una última cosa."

No sé qué me invade cuando abro la boca y digo las siguientes palabras. Lo único que sé es que siento como si la última pieza del rompecabezas acabara de encajar en su lugar.

CAPÍTULO 41

Lila

METRO Mi pierna rebota con ansiedad mientras miro alrededor de la tienda de tatuajes de mi papá.

No es la última vez que vengo aquí, pero lo parece. Porque puede que haya encontrado mi autoestima en los últimos ocho meses, pero mis tendencias dramáticas siempre serán parte de mí.

Intento dejar ir estos sentimientos, pero basta con mirar a mi alrededor para deprimirme de nuevo. Le echo la culpa a ese cartel que dice “*¡Feliz jubilación, Cal y Trey!*” que cuelga en la parte trasera de la tienda.

A pesar de lo mucho que he intentado ignorarlo, el día de la jubilación de mi padre llega de todos modos. En este soleado día de agosto, se me parte un poco el corazón al ver a mi familia, amigos y clientes de toda la vida de mi padre celebrar una carrera llena de éxitos. Un legado.

Como si pudiera sentir que estoy a punto de echarme a llorar, mi madre se separa del grupo con el que está hablando y se sienta a mi lado en la silla de tatuajes. Me rodea los hombros con un brazo y me besa la cabeza.

-¿Por qué estás aquí sola? -pregunta ella.

Otra cosa que he aprendido durante mi tiempo fuera es ser generosa con mis sentimientos y no ocultarlos para la comodidad de los demás. Tal vez hubiera fingido que todo estaba bien por el bien de mi padre si hubiéramos estado teniendo esta conversación el año pasado. Pero la nueva Lila ya no quiere ocultarse más.

“Me entristece que papá se jubile”, confieso. “No sé qué vendrá después”.

—Te diré lo que viene después. —Mi madre me abraza más fuerte—. Primero, los tres vamos a hacer ese crucero que quiere tu padre. Lo reservé como una sorpresa y él aún no lo sabe, así que cállate.

Eso me hace sonreír. “Se va a poner histérico”.

“Ese es el objetivo. Luego, cuando regresemos, pasará por la tienda para ver cómo están las cosas porque no puede evitarlo, y tendré que regañarlo por eso un millón de veces”.

Mi sonrisa se hace más grande. “Un millón de veces no será suficiente”.

—¿Verdad? —se ríe—. Y luego hará lo que quiera porque se merece un descanso. Lleva meses hablando de renovar el patio. Quizá descubra su nueva pasión.

No puedo evitarlo, mi pecho se hunde. “No quiero que las cosas cambien”, admito en voz baja.

“¿Porque da miedo?”

Asiento. “¿Y si lo que viene a continuación es malo?”

Mi madre se aparta y nos miramos. Lo que sea que esté buscando en mi mirada, lo encuentra un momento después.

—Has pasado por muchos cambios este último año —comienza con voz suave—. Es normal tener miedo. Pero sé sincera conmigo, cariño. ¿Preferirías ser quien eres ahora o quien eras en diciembre pasado, antes de que todo ocurriera?

No es una respuesta difícil.

“Preferiría ser quien soy hoy”, admito.

“¿Por qué?”

Ella sabe la razón, pero aún así le digo: “Porque finalmente me siento yo mismo”.

Soy consciente de que todavía estoy en proceso de desarrollo y de que los malos hábitos no se pueden eliminar de la noche a la mañana, pero ya no siento esa ansiosa necesidad de ocultar mi malestar, de complacer a todos menos a mí, de ignorar lo que Lo quiero porque tengo miedo de que los demás piensen que no es propio de mí.

Y de una manera muy jodida, todo es por lo que Karla me hizo. A *nosotros*. Si ella no hubiera enviado esas fotos, si no hubiera difundido los rumores, si yo no hubiera sido catapultada fuera de mi zona de confort tan brutalmente y obligada a enfrentarme a mi peor pesadilla, no habría encontrado esta nueva versión de mí que tanto amo.

Ahora sé que, incluso si sucede lo peor, tengo lo necesario para resurgir de las cenizas. “Tuviste que pasar por cambios muy incómodos para ser quien eres hoy”, continúa mi madre. “Pero eso demuestra que no todos los cambios son malos. Mírate, nunca has brillado más. Siempre estaremos orgullosos de ti, pase lo que pase, Lila”.

Ella me besa el costado de la cara otra vez. “¿Sabías que papá me tatuó en esta misma silla?”

“¿Qué? ¿Es *éste*?”

¿Cómo no sabía esto?

Ella tararea, sonriendo. “¿Observas cómo todas las demás sillas son diferentes? Es porque se negó a deshacerse de ésta cuando renovaron los muebles hace años. Generalmente la guarda en la parte de atrás y no deja que sus clientes la usen”.

Me descubro sonriendo también. “Suena totalmente como algo que papá haría”.

He escuchado la historia de cómo se conocieron mis padres un millón de veces, pero nunca me canso de escucharla. Cómo mi madre quería hacerse un tatuaje para reflejar su fuerza, pero se asustó en el último segundo. Cómo mi padre la vio dudar justo afuera de la tienda, sin entender por qué su corazón había comenzado a latir de nuevo cuando nunca antes había conocido a esa chica.

Entonces se vuelve hacia nosotros y rápidamente se disculpa con el grupo con el que está hablando.

—¿De qué están hablando mis hijas? —pregunta antes de besarme la frente y luego los labios de mi madre.

“Le estaba contando a Lila sobre nuestra silla”, dice.

Toca la tela desgastada. “Tengo esta cosa desde hace más de treinta años. Es un milagro que todavía siga en pie”.

De repente se me forma un nudo en la garganta. “¿Qué va a pasar con la silla ahora? ¿La vas a dejar aquí?”

—De ninguna manera —dice inmediatamente—. Esto es una reliquia. La llevaré conmigo a casa.

¿Por qué una silla me va a hacer llorar?

Papá me alborota el pelo. “¿Estás bien, pequeña estrella?”

No sé qué me pasa. Quizá sea el apodo que me ha puesto o quizá sea que por fin me estoy permitiendo ser abiertamente vulnerable. Lo único que sé es que una lágrima me resbala por la mejilla, y luego otra, y no puedo detenerlas.

Mi papá me toma en sus brazos. “Está bien, Li”.

Mi mamá comienza a frotarme la espalda con círculos reconfortantes.

—Lo sé —digo entre sollozos—. Me alegro por ti, papá.

—Gracias —me besa la cabeza—. Esto solo significa que tendré más tiempo libre para molestarte.

Me río contra su camiseta. "No puedo esperar".

Y lo digo de todo corazón.

La fiesta de jubilación se prolongó hasta bien entrada la noche, en la que se derramaron más lágrimas. Esta vez, de mi mejor amiga.

En los últimos meses, papá había vuelto a hablarme del futuro de la tienda, así que le dije lo que había estado a punto de decirle cuando hablamos por primera vez de su jubilación.

—Nadie merece más que Mariah tener el estudio —le dije, sintiendo cada palabra en mi corazón—. Lleva el tatuaje en las venas y tiene mucho talento. También es muy inteligente; dale un curso de negocios de dos meses y manejará el lugar como ninguna otra.

Mi padre confesó que él y Trey habían considerado a Mariah antes, pero querían asegurarse de que yo estuviera de acuerdo con ello.

"Te contrato como copropietario porque Inkjection es mi legado y quiero que seas parte de él", dijo. "Si estás de acuerdo".

Mi respuesta fue sincera: "Sería un honor, papá".

Acordamos que Mariah se haría cargo del lugar cuando llegara el momento y que tendría que consultarme sobre cualquier cambio importante, como por ejemplo si alguna vez quería vender la tienda. Una vez que el tío Trey estuvo de acuerdo (sabía que Mariah se pondría histérica de la mejor manera), decidimos darle la noticia en su fiesta de jubilación. Tal como lo habíamos predicho, ella comienza a llorar lágrimas de alegría tan pronto como se lo decimos.

"No te arrepentirás", dice ella, con la emoción obstruyéndole la garganta.

Me río mientras la abrazo fuerte, no porque piense que sus lágrimas sean divertidas, sino porque el hecho de que ella me abrace primero, incluso antes de abrazar a su padre, seguro que lo es.

"Nadie lo merece más que tú", le digo. "Vas a hacer un trabajo increíble. Y si alguna vez necesitas ayuda, sabes que estoy aquí".

Me da un sonoro beso en la mejilla. "Te amo, Li. Hermanas por siempre".

"Hermanas para siempre", repito.

El salón de tatuajes se vacía un rato después, pero mis padres y yo nos quedamos para ordenar.

Ellos se quedan atrás mientras yo me encargo de la parte delantera, enderezando los cojines del sofá de cuero y barriendo los pisos.

Cierro los ojos y respiro profundamente, disfrutando del momento. Lejos de sentirme triste, ahora un nuevo sentido de propósito llena mis venas. Porque solo pensar que este lugar que significa tanto para mí ahora pertenece a mi mejor amiga y a mí es algo tan especial, tan *destinado a existir*, que no puedo encontrar palabras para describirlo.

Me imagino cruzando la puerta el año que viene, en cinco, en veinte, y solo me siento tranquilo sabiendo que el legado de mi padre seguirá vivo.

Nos aseguraremos de ello.

Cuando abro los ojos, no espero verlo al otro lado de las ventanas.

Parpadeo, por si acaso todas las fuertes emociones de hoy me están haciendo ver cosas.

Pero Reed sigue de pie fuera de la tienda de mi padre, con las manos en los bolsillos de sus pantalones, sus ojos puestos en mí.

El mundo se detiene a nuestro alrededor.

Me doy cuenta de que no nos hemos visto en persona desde diciembre. Me pregunto qué piensa cuando me mira. Si puede ver los cambios que hay en mi interior que se reflejan en el exterior.

Esta vez, cada parte de mi ser está segura mientras abro la puerta principal.

“Estás aquí” son mis primeras palabras dirigidas a su rostro después de ocho largos y muy necesarios meses de obligarme a escuchar a mi corazón.

—Y te ves aún más hermosa que la última vez que te vi —dice Reed.

Mi corazón da un vuelco. “¿Quieres entrar?”

Él asiente sin apartar la mirada de mí.

Cierro la puerta detrás de nosotros. Ocupa tanto espacio que había olvidado lo imponente que es. Sin embargo, lejos de hacerme sentir nervios, su presencia me tranquiliza.

Mi corazón reconoce a su guardián.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, mientras mi cuerpo gravita hacia él.

“Tu papá me dijo que podía pasar por aquí”.

Mis ojos se abren de par en par. “¿Lo hizo?”

Papá me contó su conversación con Reed, pero no reveló mucho, así que no sé qué pasó ese día. Reed no tiene un ojo morado en este momento, lo cual tomaré como una buena señal.

Él baja la barbilla. “Sí.”

“¿Por qué?”

—Estás aquí —escucho la voz de papá desde algún lugar detrás de mí. Cuando miro hacia atrás, él y mamá están en la parte delantera de la tienda—. Tú debes ser Reed Abner.

Espera. *¿Qué?*

—¿Te has golpeado la cabeza? —Fruncí el ceño en dirección a mi padre—. Papá, tú lo *conoces*.

Pero Reed no parece inmutarse. Y a juzgar por la sonrisa burlona en el rostro de mi madre, definitivamente me estoy perdiendo algo.

Da un paso adelante y le tiende la mano a mi padre. “Es un placer conocerlo, señor”.

¿Señor?

—¿Por qué te comportas tan raro ahora? —Me descontrolo un poco cuando mi padre le estrecha la mano a Reed—. *¿Qué pasa?*

Mi madre se ríe entre dientes y la alegría baila en sus ojos. Oficialmente no entiendo nada.

“El placer es mío”, dice papá. “Mi hija me ha hablado mucho de ti. Me enteré de que estás a punto de empezar un nuevo puesto como consejera en un hogar de acogida local”.

—Está bien. Basta. —Me coloco entre ellos y empujo suavemente a Reed hacia atrás con una mano en su torso. Mi mirada se mueve entre los dos hombres locos que me rodean—.

Dejen de avergonzarme. Si ninguno de ustedes me dice qué está pasando ahora mismo, voy a gritar.

Es Reed quien toma la iniciativa. “Le dije a tu padre que quería empezar de nuevo cuando hablé con él la semana pasada. Estuvo de acuerdo”.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? ¿Fingir que nos conocemos por primera vez?

Papá se encoge de hombros. “Tiene que convencerme”.

Cuando mamá se ríe, me vuelvo hacia ella y le pregunto: “¿También es la primera vez que conoces a Reed o eres una persona normal?”.

Ella sonríe. “No te preocupes, cariño. Aún no lo he perdido”.

—Entonces... —Papá nos ignora, se cruza de brazos y vuelve a mirar a Reed—. ¿Cuáles son tus intenciones con nuestra hija?

Mátame ahora.

—Me rindo —murmuro, escondiendo la cara entre las manos—. He terminado con los dos.

—Por ahora me gustaría invitarla a una cita —dice Reed como si yo no estuviera allí.

Y a pesar de que la situación es ridícula, mi corazón se derrite de todos modos ante sus palabras.

“¿Me estás pidiendo permiso?”, pregunta papá.

—Te voy a decir lo que voy a hacer —dice Reed con valentía, deslizando su mirada hacia mí

—. Si ella dice que sí.

No echo de menos la sonrisa en el rostro de mi padre, como si acabaran de compartir una especie de broma interna de la que no estoy al tanto. Y, sinceramente, me da demasiado miedo preguntar.

—¿Qué dices, ángel? —pregunta Reed, con toda su atención puesta en mí—. ¿Te gustaría tener una cita conmigo esta noche?

Ni siquiera me importa que me haya llamado ángel delante de mis padres. No me importa lo que piensen de él, de nosotros, de todo esto. Ya no.

Reed y yo somos los únicos que importamos en este momento.

Y entonces le digo: “Me encantaría”.

CAPÍTULO 42

Lila

Reed me recoge en la casa de mis padres un par de horas después.

Las luces de la ciudad se difuminan ante nosotros, pero no puedo apartar la vista del hombre que está detrás del volante. El hombre que he echado de menos con todo mi corazón y al que me niego a dejar ir nunca más.

—Deja de mirarme así —me advierte con un tono juguetón en la voz mientras mantiene la mirada fija hacia adelante.

“¿O qué?”, bromeo.

Su mano se desliza hasta mi muslo desnudo y sube por el dobladillo de mi vestido de verano. —O me detendré y te llevaré en el asiento trasero, lo cual no es lo ideal porque quiero hablar contigo primero.

Mi pulso se acelera. —¿Pero me llevarás en el asiento trasero de tu coche en otro momento?

“Estaba pensando en algún lugar más romántico, pero si eso es lo que quieres, entonces seguro”.

"Me mimas demasiado."

“¿Qué puedo decir? Mimarte me pone duro”.

Él mantiene su mano en mi pierna desnuda durante el resto de nuestro viaje y solo se aleja cuando nos detenemos en su entrada.

—Sé que probablemente este no sea el lugar para la cita que esperabas —comienza, sonando tan nervioso que resulta adorable—. Pero quería que tuviéramos un lugar privado para hablar. Podemos ir a otro lugar si quieres.

Le dedico una sonrisa sincera: “Esto está más que bien”.

Y todo mejora cuando Ginny corre por el pasillo en el momento en que abre la puerta principal, y viene directo hacia mí.

—Hola, cariño —la arrullo, agachándome para rascarle detrás de la oreja. Sigue siendo su lugar favorito—. Te extrañé mucho. Te ves mucho más grande que el año pasado.

—Sí que ha crecido un poco —confirma Reed—. ¿Vas a llorar?

Me río entre dientes, con los ojos vidriosos. “Tal vez”.

¿Cómo puede saberlo cuando no lo estoy mirando?

Con delicadeza, me ayuda a ponerme de pie y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. “¿Por qué vas a llorar?”

—Porque la extrañé mucho —le digo, sin dejar de mirarla—. ¿Se portó bien contigo?

¿Conoció nuevos amigos? ¿La llevaste al veterinario?

Su mano descansa en la parte baja de mi espalda. “Te contaré todo durante la cena, ¿de acuerdo? Pero ella está bien y también te extrañó, así que está feliz ahora que estás aquí. Los dos lo estamos”.

Dirijo mi mirada hacia él, hacia la vulnerabilidad en sus ojos. Estoy a punto de decirle que también estoy feliz de estar aquí, cuando el olor me golpea. “¿Por qué huele tan bien?”

—Ah, puede que haya preparado algo para esta noche —admite, con las mejillas enrojecidas.

“¿Puedo ver?” Sonrío radiante.

Con su mano todavía en mi espalda, me guía a través del pasillo, a través de la cocina. Aquí huele aún mejor, pero está impecable, no delata nada.

Hasta que el jardín aparece ante mis ojos y se me corta la respiración.

—No es mucho, pero espero que te guste —dice, todavía con esa voz tímida.

Las palabras se quedan atrapadas en mi garganta mientras contemplo la pequeña mesa con dos sillas, adornada con flores, velas y luces de colores.

“¿Tú hiciste esto?”, pregunto en voz baja.

—Quizás le haya pedido un poco de ayuda a Haniyah, pero sí —confiesa—. Lo que estás oliendo es la cena que preparé antes. Está en el horno. Espero que te guste el bistec.

—Sí, lo hago. —Lo miro con el pulso acelerado—. Esto es lo más romántico que alguien haya hecho por mí.

Él niega con la cabeza. “Mereces algo mejor. Y tengo mejores cosas planeadas, pero esta noche quería que habláramos en privado y esto es todo lo que se me ocurrió”.

—Es perfecto. —Me pongo de puntillas y le doy un suave beso en la mejilla—. No quiero sonar desesperada, pero me muero de hambre.

Se ríe. Su rubor es adorable. “Entonces, comamos”.

Durante la cena, bañada por las suaves luces y el resplandor de las velas, con Ginny pidiendo algo de comer a nuestros pies, tengo la reconfortante sensación de que podría acostumbrarme a esto. A hacer esto con él, estar rodeada de su presencia reconfortante todo el tiempo. Quiero *hacerlo*.

Mientras él me cuenta sobre su verano y yo le cuento sobre mis meses en Norcastle, me doy cuenta de que nada más importa que estar aquí, ahora mismo.

Su voz es un sonido familiar que quiero escuchar para siempre. No quiero perder nunca más su toque, su calor, *a él*. No quiero que el recuerdo de lo que podríamos haber sido me persiga para siempre. Quiero que él sea mi pasado, mi presente, mi futuro.

Porque he intentado dejar atrás a Reed, pero estoy cansado de luchar contra los instintos de mi corazón.

“¿Qué te pareció la cena?”, pregunta cuando terminamos con el postre.

“Fue perfecto”, le digo con una sonrisa. “Todo es perfecto”.

Se sienta de nuevo en su silla. “Ven aquí”.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras me acerco a él. El calor de sus manos en mis caderas se filtra a través de mi piel y contengo la respiración mientras me baja con cuidado a su regazo.

El sonido reconfortante de los grillos invade su jardín. Es como si sólo nosotros existiéramos en este momento.

Su voz es tranquila mientras coloca un mechón de cabello suelto detrás de mi oreja. “Podría mirarte por siempre”.

Mis dedos juegan con los pelos de su nuca. —Yo también podría mirarte para siempre —admito.

“Tal vez deberíamos hacer algo al respecto”.

“Tal vez.”

Entierra su cara en mi cuello y respira profundamente. “Lo siento, Lila. Lamento mucho haberte hecho pasar por un infierno. Lamento mucho no haber podido protegerte del dolor. Nunca me lo perdonaré”.

—Oye. —Le acaricio la mejilla con suavidad hasta que me mira. La devastación en sus ojos es algo que no quiero volver a ver nunca más—. Yo también te hice daño y lo siento. Pero no me arrepiento, Reed. Ni un solo momento. Estos últimos meses han cambiado mi vida. Incómodos, sí, pero necesarios. No me habría encontrado a mí misma sin el dolor.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, inclinándose hacia mi toque.

“Cada palabra.”

El silencio cae sobre nosotros, los sonidos de la noche hablan por nosotros. Reed me abraza más fuerte en su regazo y yo envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, deseando no soltarlo nunca.

—Una vez me preguntaste qué podrías enseñarme que yo no supiera ya —comienza, rompiendo el silencio con ese profundo estruendo.

Su corazón late más rápido cuando pongo mi mano sobre su pecho.

—Lo recuerdo —susurro.

Cuando yo no creía en mí misma, no realmente. Cuando él me dio las herramientas para... Un escalofrío me recorre la espalda cuando me da un beso suave en el hombro desnudo, luego en el costado del cuello y después detrás de la oreja. Me agarra con más fuerza y me derrito en él.

“Te dije que me enseñaste muchas cosas y no me creíste”, dice. “Pero me enseñaste lo más importante de todo, Lila. Me enseñaste a amar”.

Mis manos empiezan a temblar. No por miedo ni por frío, sino por una emoción completamente desconocida que nunca antes había sentido.

“Mis padres me hicieron creer que el amor era algo condicional y doloroso”, añade. “Dejé que me definieran durante mucho tiempo, convencido de que tenían razón. Pero entonces llegaste tú y destrozaste todas mis inhibiciones sin siquiera quererlo. Es como si hubiera estado durmiendo toda mi vida y ahora te miro y veo lo bueno de la vida por primera vez”.

Mis ojos se ponen vidriosos.

“Lamento haberte hecho pasar por todo lo que sucedía en diciembre pasado y todos los días desde entonces. Traté de luchar contra ello, traté de convencerme de que mis sentimientos eran erróneos, de que estaba mal de la cabeza, de que tú nunca sentirías lo mismo. Y tal vez no lo sientas en absoluto, pero aun así quiero decirte esto”.

—Reed... —susurro, los latidos de mi corazón coinciden con los suyos.

“Te amo, ángel. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y quiero cuidarte por el resto de mi vida. Si me quieres, soy tuya”.

Su confesión me abre el pecho de la manera más hermosa e indolora. Sangra en mi corazón, lo acuna, lo acaricia.

Por fin estoy aquí. Estoy en casa.

Escondiendo mi rostro en el hueco de su cuello, respirando su familiar aroma, agradezco en silencio a mi destino por permitirme vivir esta vida. Por permitirme tenerlo.

Y cuando me aparto, el amor crudo que veo en sus ojos me deja sin aliento.

—No me arrepiento de nada de lo que pasó porque eso me llevó a ti —le digo—. Eres mi sueño hecho realidad, Reed. Te amo. Te amo con todo lo que tengo.

Él ahueca mi mejilla, guiando mis labios hacia los suyos.

Hogar. Me siento en casa en este beso, acunada en sus brazos.

La pasión se enciende en mi estómago, quemándome de la manera más deliciosa. Mi pecho se agita con una necesidad que él nota de inmediato porque es *Reed*. Reed, que interrumpe

el beso solo para besarme los labios una y otra vez. Reed, que me levanta como si fuera una novia para llevarme dentro de la casa.

En su dormitorio, me baja hasta el colchón y me besa de nuevo. Al principio dulcemente, luego con más urgencia. Lo acerco más a mí agarrándolo por el cuello de su camisa y envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas, instando a nuestros cuerpos a convertirse en uno solo.

—Maldita sea —gruñe mientras me agarra el culo y me empuja más hacia su cama—. Esto se está saliendo.

Me río entre dientes. “¿Mi vestido?”

“Tu vestido. Tu ropa interior. Todo”.

Le muerdo el labio inferior y vuelvo a tirar del cuello de su camisa. —Entonces esto también lo es.

“Lo que quieras, ángel.”

Él cierra la distancia entre nosotros otra vez, devorando mi boca. Pero entonces una pregunta repentina cruza mi mente, una que llevo meses preguntándome.

“¿Caña?”

“Mmm...?”

“¿Por qué me llamas ángel?”

Se toma su tiempo para responder. Como si no pudiera mantenerse alejado, deposita una línea de besos en mi cuello, luego en mi mejilla y, finalmente, un suave beso en mis labios.

—No soy una persona muy espiritual, Lila, pero creo que fuiste enviada a este mundo para sanar mi alma —dice—. Y no solo la mía, por mucho que quiera tenerte para mí. Eres un regalo para este mundo. Haces que la vida de todos sea mejor con solo estar cerca de ellos. Amas incondicionalmente y te admiro muchísimo por eso. Eres un ángel que camina entre los mortales y tengo mucha suerte de poder llamarte mía.

“¿Cómo es que eres real?”, suspiro.

—Yo también podría preguntarte lo mismo. —Me besa la frente—. Te quiero mucho.

—Yo también te amo —susurro, mis labios rozando los suyos.

Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas un poco más fuerte, acercándolo más. Él levanta mi cuerpo con un brazo hasta que mi cabeza queda enterrada en su almohada.

Huele tanto a él, tan deliciosamente familiar que podría acostumbrarme a dormir aquí.

—¿Quieres saber un pequeño secreto? —me susurra al oído con voz juguetona—. Esta vez tengo condones.

Cuando toma un nuevo paquete de su mesita de noche, trato de no sonreír, pero no logro hacerlo. Porque el hecho de que los haya comprado específicamente para usarlos conmigo *hace* que mi deseo arda aún más.

Él me deja empujarlo sobre la cama hasta que estoy sentada encima de él.

—Me gusta hacia dónde va esto —dice arrastrando las palabras, mientras sus manos prenden fuego a mi piel.

Sonriendo, saco su camisa de sus pantalones y empiezo a subirla por su torso. No puedo evitarlo, me inclino sobre él y beso su pecho hasta llegar al botón de sus pantalones.

Él gruñe. “¿Estás tratando de matarme?”

Mi única respuesta es desabrocharle el botón. Está duro como una piedra detrás de sus calzoncillos, así que lo acaricio a través de la tela, poniéndolo aún más duro para mí.

—Lila —dice entre dientes.

—¿Sí, doctor Abner?

—Joder —se tapa los ojos con el brazo—. No me llames así mientras tengas la mano alrededor de mi polla.

—¿Por qué? —Sigo acariciándolo—. ¿Tienes miedo de que te guste demasiado?

Tomo su gemido como un sí, lo que sólo me hace mojarme más.

En un solo movimiento lo libero de sus boxers y lo llevo a mi boca, tal como me muero por volver a hacer desde entonces. Noche en el hotel. Hay algo en poner de rodillas a un hombre tan poderoso que me produce un placer inconmensurable.

—Ve más despacio, nena, o voy a venirme —gruñe, pero sigue guiando mi cabeza hacia arriba y hacia abajo por su eje.

Lo suelto con un chasquido y me saca el vestido por la cabeza. El vestido cae en algún lugar del suelo de su habitación, al igual que mi sujetador unos segundos después.

Sin quitarme las bragas, vuelvo a subirme encima de él y me froto contra él, provocándonos a ambos cada vez que su cabeza hinchada presiona contra la tela.

—Lila —gruñe, agarrándome las caderas con fuerza y posesividad—. Tengo muchísimas ganas de estar dentro de ti.

El plan era provocarlo un poco más, pero la verdad es que estoy tan caliente que no *podría* soportarlo ni aunque lo intentara. Entonces, agarro su miembro duro con una mano y hago a un lado mis bragas con la otra, demasiado cegada por la lujuria para quitármelas por completo.

—El condón —gruñe justo cuando la punta roza mi humedad.

—Más tarde —susurro, acariciando mi raja con su longitud—. Quiero sentirte desnuda.

Él maldice en voz baja, y yo también lo hago cuando lo siento por primera vez dentro de mí. Es tan grande que llena cada centímetro de mí, estirándome hasta que no puedo soportarlo, tanto que necesito un momento para volver a aprender a respirar.

—Cabalga despacio —me ordena en voz baja—. Te tengo, nena. Eso es todo.

Encuentro un ritmo lento que me llena de placer hasta que mi cuerpo exige más y acelero el paso. Él agarra mis caderas y encuentra un ritmo, diciéndome lo bien que me siento, lo apretada, lo mojada, cuánto tiempo ha estado esperando para complacerme así. Me apoyo sobre su estómago mientras reboto sobre su polla, usándolo como me place, y él me lo permite porque le encanta cuando tomo el control.

La sensación de su dureza deslizándose hacia adentro y hacia afuera es casi insoportable. Sus ojos permanecen fijos en el lugar donde nuestros cuerpos se encuentran, desnudos. de cualquier barrera, y me maldigo a mí misma por no haberlo hecho antes. Se siente como en el paraíso.

Esas manos fuertes me levantan sin esfuerzo, me mueven hacia arriba y hacia abajo más rápido y más profundo, y me dificultan la respiración. Una vez más, él toma el control; no me quejo porque se siente *tan jodidamente bien*.

—Condón —dice entre dientes cuando mis paredes empiezan a latir a su alrededor.

Me muerdo el labio cuando él intenta cogerlo y sigo moviéndome hasta que me aparta suavemente de él para ponérmelo. No pierdo tiempo y vuelvo a subirme encima de él cuando termina, acariciándolo una, dos, tres veces antes de guiar su miembro hacia mi interior.

No duramos mucho después de eso. Con nuestros pechos apretados y sus labios sobre los míos, bajamos del subidón como uno solo, mis gemidos y sus gruñidos llenando el silencio de su casa.

—Te amo —susurra, todavía latiendo dentro de mí—. Te amo, Lila. Te amo tanto.

—Te amo más —susurro contra sus labios, disfrutando de las últimas oleadas de mi orgasmo—. Dios, no veo la hora de volver a hacerlo.

Él se ríe entre dientes. "Eres una cosita insaciable, ¿no?"

"Sólo cuando se trata de ti."

Me baja con cuidado al colchón y me besa la frente. —Tengo que enseñarte algo, pero primero tengo que limpiarme. Cierra los ojos.

—¿Ah, sí? —Sonrío, pero hago lo que me dice—. ¿Puedes darme una pista?

Lo siento levantarse de la cama y caminar por la habitación. "No. Toma, ponte esto. No quiero que te enfríes".

Me da una de sus sudaderas con capucha y me la pongo porque me encanta sentir su olor. Estoy demasiado cansada para levantarme, así que mantengo los ojos cerrados y lo escucho moverse. La familiaridad que me produce me brinda una sensación de comodidad que nunca antes había sentido y es como si una parte de mí supiera que esto es lo que necesito. Él es mi destino.

"Está bien, puedes abrir los ojos".

Hago lo que me dice, pero lo encuentro de pie al pie de la cama. Lleva un pantalón de chándal, pero tiene el pecho descubierto. Eso me hace levantar una ceja juguetona. "Si esto es lo que tenías que mostrarme, no me quejo, pero lo he visto antes".

Su tímida sonrisa me deja perplejo. " *Esto* es lo que quería mostrarte".

Mi respiración se detiene cuando él se da la vuelta, porque su cicatriz ya no es visible: en su lugar hay un tatuaje de unas hermosas alas de ángel hechas a medias de flores.

Me levanto de su cama y camino lentamente hacia él, como si las alas y las flores fueran a desaparecer si me apresurara. Pero siguen ahí cuando trazo con mis dedos las intrincadas líneas de cada pluma sobre su suave piel.

—Tu cicatriz —susurro—. No puedo verla.

"Aún está ahí", dice. "Pero ahora está cubierto por algo hermoso".

No se me escapa que tiene un par de angelitos alas tatuadas. "¿Esto es...?"

—Para ti. —Se da la vuelta y sus manos encuentran mi cintura. Apoya su frente con delicadeza contra la mía—. Espero que no te asuste. Pero cuando digo que eres mi ángel, Lila, lo digo en serio. Te quiero en mi piel para siempre.

—Es hermoso, Reed. —La emoción me ahoga—. Me encanta. Te amo.

Me da un beso corto y dulce antes de alejarse. "¿Quieres saber otro secreto?" Asiento. "Tu papá lo hizo".

No sé por qué me sorprende, pero así es. "¿El tatuaje?"

"Le pregunté si quería hacerlo cuando fui a hablar con él a principios de mes", confiesa. "Fui su última cita".

Mi corazón empieza a latir más rápido. "¿Cuál es su última cita ?"

"Sí."

"¿Le dijiste...?"

—Le conté todo. —Me aparta el pelo de la cara—. Le dije que te amo más que a nada en este mundo y que quiero que todos comencemos de nuevo. Le dije que quería tatuarte estas

alas de ángel porque me enseñaste a aprender del dolor. A liberarme de mis ataduras y volar.

Se me llenan los ojos de lágrimas. “Eso es... eso es lo más considerado y hermoso que alguien haya hecho por mí”.

Él las limpia con delicadeza. “Haría cualquier cosa por ti, Lila. Lo haré”.

Y cuando me besa de nuevo, puedo saborear la promesa de amor eterno en sus labios.

CAPÍTULO 43

Lila - Un año después

"Yo "Aquí es donde la encontramos", dice Melody.

"¿De ninguna manera! ¿Ella estaba allí abajo?"

Los tres adolescentes miran entre Ginny, que husmea por el parque, y el arbusto.

Cameron suena orgulloso cuando dice: "Sí, Lila la sacó".

Julián, uno de los nuevos chicos del centro juvenil, me mira boquiabierto. "¿Es por eso que solo tiene tres piernas?"

"Nos dijeron que nació así", le digo, "pero ella no tiene ninguna queja".

Efectivamente, Ginny mueve la cola mientras se dirige hacia los niños en su pequeña silla de ruedas. El año pasado, su veterinario nos recomendó que le compráramos una silla de ruedas para perros para que pudiera pasear con menos presión en las otras patas. Y Ginny, como es la dulce bebé que es, se acostumbró al instante.

—Ginny es la mejor —Melody se agacha para acariciarla detrás de las orejas—. Ahora es nuestra mascota.

Me río, sabiendo que es cierto. Desde que Reed la adoptó, ha estado en el centro juvenil todas las semanas y los niños la adoran. Tanto que, cada vez que se queda en la guardería para perros, se produce un colapso colectivo.

Mientras Melody sigue contándole a Julian sobre las aventuras de Ginny en el centro juvenil, pronto se le unen otros niños, busco a Reed en el parque.

Su imponente altura hace que sea imposible no verlo. Rodeado de los más pequeños, cada uno de ellos pidiendo su total atención, es paciente mientras los ayuda a subir al tobogán uno por uno. Ike, sin embargo, está feliz de quedarse a un lado y charlar sin parar.

Yo sonrío.

—Voy a buscar a Reed —les digo a los adolescentes que me rodean—. Pórtense bien, ¿de acuerdo? No salgan del parque.

—¿Puede quedarse Ginny? —pregunta Cameron con voz esperanzada.

Ha cambiado mucho en los últimos dos años: de un niño triste y enojado que no entendía sus sentimientos a un joven más compasivo y disciplinado. Reed dice que todavía le queda mucho camino por recorrer, pero el boxeo ha sido una bendición y no podríamos estar más orgullosos de él.

—Claro que puede, si quiere —le digo.

—Quédate con nosotros, Ginny-girl —dice Melody.

Saludo a Haniyah, que está a unos metros de distancia con otros voluntarios, mientras me dirijo hacia mi novio.

Novio. Esa palabra no es lo suficientemente fuerte. No cuando él es mucho más que eso. Cuando nuestras miradas se cruzan, él me guiña un ojo, haciendo que mi corazón se acelere.

—Hola, Lili —me saluda Ike primero—. Mira.

Abre la boca para mostrarme uno de los dientes delanteros que le faltan. "Vaya, vaya. ¿El Hada de los Dientes vino a tu casa?"

"Claro que sí", dice con orgullo. "Me dio una moneda de verdad y una de chocolate".

Eres un chico afortunado, Ikey.

La mano de Reed se desliza hasta la parte baja de mi espalda. "Oye".

—Hola, guapo —susurro, observando con deleite cómo sus mejillas se tiñen de un rosa muy claro.

Él me aprieta la cintura antes de volver a ayudar a los niños en el tobogán.

Cuando volví al centro juvenil el año pasado, acordamos mantener una relación profesional con todos los demás a pesar de que nuestra relación no era un secreto. Haniyah casi se puso a llorar cuando le dimos la noticia, diciendo que lo había visto venir desde lejos y que no podía pensar en una mejor pareja para Reed. Desde entonces, ha sido aún más acogedora conmigo y me ha invitado a cenar con ella en su casa. Haniyah y su marido tienen una vida muy activa en su comunidad y, como tratan a Reed como a un hijo, no tardaron en empezar a tratarme a mí como a una hija.

De todos modos, para evitar que los niños se burlaran de nosotros (y de todos modos, ellos no se burlan de nosotros a su antojo), decidimos mantener las demostraciones públicas de afecto al mínimo. Sin embargo, en momentos como este, cuando es tan paciente con los niños y se ve *así*, lo único que quiero es treparlo como a un árbol.

Y es como si su instinto le dijera cuando estoy de humor, porque sus suaves toques se vuelven más frecuentes y sus ojos sobre mí arden con más fuerza a lo largo del día.

Por suerte para mí, el autobús llega para llevar a los niños de regreso al centro juvenil una hora más tarde, lo que pone fin a nuestra excursión y es un comienzo muy necesario para lanzarme a los brazos del amor de mi vida.

—¿Qué te pasa? —Reed se ríe entre dientes mientras le lleno de besos el cuello, las mejillas y los labios una vez que estamos solos en el estacionamiento.

“Extrañé besarte.”

—Yo también extrañé besarte, ángel. —Me acerca más y me besa los labios—. Vamos. Vámonos a casa. Prometiste ayudarme con el libro, ¿recuerdas?

—Qué buena manera de matar el ambiente —digo, alejándome, pero sonriendo.

Reed ha estado trabajando en un nuevo libro durante los últimos meses. Sin embargo, se niega a decirme de qué trata, argumentando que quiere mi opinión sincera una vez que esté listo. Está trabajando en este libro solo, no con mi madre, lo que me genera aún más curiosidad.

La relación de mis padres con Reed ha vuelto a la normalidad durante el último año, aunque al principio fue un proceso lento. Él y mi madre siguen colaborando a veces, y él y mi padre son prácticamente inseparables. Cada vez que mi padre llama para decir que está renovando algo en la casa, Reed inmediatamente ofrece su ayuda.

También conoció a Maddie y James hace poco, junto con mis primos. A todos les cayó bien al instante, aunque James lo amenazó "por si acaso". Maddie me miró con los ojos en blanco mientras sucedía, mientras mi padre le dedicaba a James una sonrisa orgullosa. Ambos son payasos, pero los quiero demasiado como para que me importe.

Mientras nos lleva a casa, Ginny mira por la ventanilla del asiento trasero y yo hago una lista mental de todas las cosas que tengo que hacer el lunes. Hace unos meses empecé a trabajar en una escuela local, asesorando a estudiantes de secundaria, y es todo lo que siempre soñé y más.

Resulta que, lejos de que los rumores sobre Reed y yo afecten mi carrera, nunca ha estado mejor.

Una de las asistentes a la Youth Counseling Expo reconoció mi nombre entre los solicitantes de un puesto en su escuela y me contrató rápidamente después de la entrevista.

No mencionó a Reed ni una sola vez y no dejaba de repetirme la impresión duradera que le había causado después de mi presentación.

Ahora puedo despertar cada día al lado del hombre que amo, en una casa que hemos convertido en nuestro hogar, con nuestro dulce bebé de tres patas, e ir a trabajar en el trabajo de mis sueños que siento que *merezco* hacer.

No podría estar más orgulloso de mí mismo y de lo lejos que he llegado en los últimos tres años, y estoy igualmente orgulloso del hombre que está detrás del volante. Al igual que yo, él se despierta cada día y hace del mundo un lugar mejor. El destino lo trajo de vuelta a la agencia de acogida que se ocupó de su caso, y ahora está haciendo lo mismo por otros niños.

Y gracias a la investigación de Reed, el Centro Juvenil de Warlington, así como muchos otros, finalmente obtuvo más fondos para contratar profesionales de salud mental y planificar más actividades.

Si yo soy un ángel, él es un dios.

Cuando llegamos a casa, Ginny no pierde tiempo y corre a buscar su plato de comida.

—Iré a buscar el manuscrito —me dice Reed, dándome un beso en la sien antes de desaparecer escaleras arriba hacia su oficina.

Cuelgo mi abrigo y lo espero en el sofá, con una sonrisa dibujada en mi rostro cada vez que miro las fotografías de nosotros y nuestros seres queridos que llenan las estanterías. Reed me pidió que me fuera a vivir con él poco después de que empezáramos a salir y yo estaba más que ansiosa por aceptar.

Mi corazón se siente cálido y tranquilo, sólo pensando que este es *nuestro* hogar ahora.

Cuando reaparece en la sala de estar, con un montón de papeles en la mano, percibo de inmediato su nerviosismo.

Arqueo una ceja juguetonamente. "Ya he leído tus escritos antes".

—Sí, sí. Lo sé.

Cuando no añade nada más, le quito los papeles de la mano y me vuelvo a sentar en el sofá.

—¿Puedes leerlo en voz alta? —pregunta, con una voz que no suena del todo normal.

Tampoco se sienta, lo que no hace más que aumentar la extrañeza—. Sólo para saber que suena bien.

Todavía sin estar seguro de qué le pasa, me aclaro la garganta y comienzo a leer.

"Había una vez un niño que nació en las sombras", leí. "No sabía lo que era la felicidad, lo que se sentía el amor o el sabor de la libertad. En muchos sentidos, era un prisionero".

Lo miro de nuevo, pero sus ojos están en el suelo, así que sigo leyendo.

"Su vida era una pesadilla de la que no podía despertar. Hasta que un día, una luz dorada apareció en su dormitorio, haciendo que todo Las sombras desaparecieron. Pero no era una luz, sino una niña que le dijo que sería su mejor amiga. La niña tomó la mano del niño y lo llevó afuera, donde vio la luz del día por primera vez. Le enseñó a jugar a sus juegos favoritos, a sonreír y reír. Antes de que se diera cuenta, la pesadilla se había convertido en su mayor sueño. Fue entonces cuando el niño se dio cuenta de que la niña era mucho más que su amiga: era su ángel."

Mi corazón se detiene ante esa palabra.

Lo miro una vez más, pero él sigue evitando mi mirada.

"Con el paso del tiempo, el chico y la chica se enamoraron. Crecieron juntos y trataron de mantener alejadas las sombras. Cuando la oscuridad llegó sin previo aviso, se tomaron de la

mano y encontraron la luz nuevamente. Formaron un hogar, lleno de felicidad, amor, libertad y todas las cosas maravillosas que el chico nunca había sentido antes de conocerla.

“Y un día, cuando su amor se volvió más brillante que el universo entero, el niño decidió que quería ser el guardián de su ángel para siempre. Entonces, le hizo una pregunta ”.

Mi mirada está borrosa mientras veo a Reed arrodillado frente a mí, con una pequeña caja entre sus manos.

—Lila —comienza, su voz tan cruda por la emoción que me deja sin aliento—. Creo que supe en el momento en que te conocí que teníamos algo especial. Mi futuro siempre había sido oscuro para mí, incierto; nunca vi felicidad en él. Pero entonces me mostraste amor, amor *verdadero*, y todo comenzó a tomar forma. Imaginé cosas que nunca me permití, como tener hijos y envejecer con alguien. Eres mi vida, mi ángel, y quiero pasar el resto de mis días contigo.

—Te amo, Lila. Más de lo que jamás he amado a nada ni a nadie en este mundo. ¿Quieres casarte conmigo?

Mi corazón se llena de más amor del que jamás pensé que sería capaz de experimentar. No encuentro palabras fáciles en este momento, así que mi respuesta es arrojarme sobre él, abrazándolo fuerte hasta que apenas puedo. Respira. Me rodea con un brazo y enreda su otra mano en mi cabello.

“¿Eso es un sí?”, pregunta, visiblemente menos tenso que hace un momento. “¿O es un abrazo de ruptura?”.

Me río y las lágrimas corren libremente por mis mejillas. “Por supuesto que me casaré contigo, Reed. Te amo tanto. Tanto, tanto”.

—Yo también te amo, ángel. —Toma mi mano entre las suyas y desliza suavemente en mi dedo el anillo de diamantes más impresionante que jamás haya visto.

—Tu amor siempre ha valido cada pizca de dolor —susurra, presionando sus labios contra mi anillo. Sellando nuestra promesa de eternidad.

Mis ojos encuentran los suyos y me doy cuenta de lo cierto que es eso.

Porque Reed es mi vida y yo soy la suya, y nada jamás será lo suficientemente fuerte para separarnos otra vez.

EPÍLOGO

Lila

"Yo¿Aquí está mi amigo?

Papá entra a la cocina con una bolsa de regalo en la mano y sus ojos recorriendo toda la habitación.

Sonríó mientras cierro la nevera. "¿Qué te ha pasado? *Hola, querida hija. ¿Estás teniendo un buen día?*"

Mamá pone los ojos en blanco detrás de él y me mira con complicidad. —Lo que sea que le digas ahora no tiene sentido. Ya sabes cómo se pone.

—Hola, viejo. —Mi tía Maddie entra en la cocina, descalza y bebiendo el jugo de manzana que Dylan dejó abandonado. Señala la línea del cabello—. Tienes una cana recién salida aquí.

—Muestra un poco de respeto hacia tu hermano mayor —le dice mi padre fingiendo regañarla, esforzándose por no sonreír.

—Pero es más divertido si no lo hago —argumenta—. Hola, Gracie. Estás tan deslumbrante como siempre.

Mi mamá se ríe. "Tú también, cariño. ¿Dónde están Alice y Dylan?"

"Están molestando al paciente perro de Lila en el jardín", dice. "James los vigila. Y con eso quiero decir que está tomando fotografías como un loco porque insiste en que nunca tiene suficientes".

Papá se gira hacia mí, pero esta vez me da un beso en la cabeza. "¿Dónde está el cumpleaños?"

—Está arriba —le digo mientras le doy un beso a mamá en la mejilla—. Estará aquí en un minuto.

En ese momento, las escaleras crujen bajo el peso de Reed mientras baja. Y no puedo evitar sentir que mi corazón se derrite de nuevo cuando aparece en la cocina, con nuestro hijo subido a su cadera.

—Hola, Grace. Cal. No escuché la puerta principal.

Besa la mejilla de mi mamá, pero no logra estrechar la mano de mi papá porque en el momento en que ve a su nieto, tratar de llamar su atención es inútil.

"Ahí está mi amigo". La sonrisa de papá es la más grande que he visto en mi vida. Verlos juntos es una de mis mayores alegrías. "La abuela y yo te compramos los mejores regalos de cumpleaños. ¿Quieres verlos?"

Sam chilla y abraza a mi padre.

Cuando nos enteramos de que estaba embarazada tres años después de nuestra boda, fue una sorpresa. Reed y yo habíamos hablado de tener hijos, pero no teníamos prisa por formar una familia. Y cuando nos dijeron que íbamos a tener un niño, a los dos nos pareció adecuado ponerle el nombre de mi padre.

"De todos modos, nadie te llama Samuel", le dije a papá el día que nació Sam, con lágrimas en los ojos mientras sostenía a mi hijo por primera vez. "Podríamos darle una segunda oportunidad al nombre".

Sam y mi padre han sido inseparables desde entonces, como dos almas afines que se han encontrado después de vidas separadas.

Así que hoy, en su fiesta de primer cumpleaños, no me sorprende que mis padres hayan decidido mimarlo con *ocho* regalos, cada uno más grande que el anterior.

Reed me sienta en su regazo mientras todos nos sentamos en la sala de estar un rato después, mirando a nuestro hijo abrir el papel de regalo con la ayuda de mi padre, así como de Dylan y Alice.

—¿Te estás divirtiendo, ángel? —susurra, depositando un suave beso en mi cuello.

Me muevo en su regazo. —Sí, y parece que le encantan sus regalos.

Sam grita mientras Dylan lo ayuda a desenvolver un nuevo juguete de bombero.

Últimamente le gustan mucho esos juguetes.

—Lo amo tanto —susurra Reed con una sonrisa en el rostro. Me da un suave beso en el hombro—. Los amo tanto a ambos.

Al principio, Reed se resistía a aceptar la idea de convertirse en padre. No porque no quisiera, sino porque tenía miedo de arruinar las cosas. Pero después de incontables conversaciones conmigo y con mi padre, pidiéndole consejos, finalmente se sintió lo suficientemente preparado.

Resulta que no tenía de qué preocuparse. En cuanto nació Sam, Reed asumió el papel como si hubiera nacido para ello. Ama a nuestro hijo con todo su ser, lo protege y se asegura de que tenga la infancia feliz que él nunca tuvo.

Pensé que no podía amar más a Reed, ni encontrarlo más atractivo, pero luego se convirtió en el mejor padre del mundo y me demostró que estaba equivocado.

Nuestro hijo tiene a Mariah, Haniyah y a todos los demás miembros de nuestra familia alrededor de su dedo meñique, y nadie lo cambiaría por nada del mundo.

Apoyo mi cabeza en el hombro de mi marido y miro alrededor de la habitación, tan llena de felicidad y amor. Y disfruto del momento.

Los gritos de felicidad de Sam. La cola de Ginny meneando. La emoción de mi papá. La sonrisa de mi mamá. Las bromas de mi tía. La risa de mi tío. Las peleas de mis primos. Los brazos de mi esposo rodeándome.

Y me doy cuenta de que no hay nada, absolutamente nada, que hubiera hecho de manera diferente. Porque cada lección dolorosa me trajo hasta aquí, a esta vida que siento tan completa.

A la luz más brillante.

EL FIN

EXPRESIONES DE GRATITUD

Y con esto, la serie La Luz Más Brillante ha llegado a su fin.

Decir que el último año y medio ha sido una locura sería quedarse muy corto. Si eres nuevo aquí y no tienes ni idea de lo que estoy hablando, no hay problema: gracias por elegir este libro y (con suerte) apoyar a Lila y Reed tanto como yo lo hice mientras escribía su historia. Pero si has estado aquí desde el principio, entonces probablemente hayas leído mi debut, el primer libro de esta serie, *The Brightest Light of Sunshine*, y te hayas enamorado de mi dúo favorito de tatuador y profesor de ballet. Ese libro cambió mi vida de demasiadas maneras para enumerarlas aquí, y todo es gracias a ti. Nunca habrá palabras suficientes para agradecerte por gritar sobre mis libros en todas partes, por tus reseñas, por tus ediciones, por tus amables palabras. Escribir un libro no es una tarea fácil, y mucho menos cuando eres una bola de ansiedad y dudas constantemente, así que gracias por preocuparte por las historias que necesito contar y por ser paciente conmigo mientras ganaba confianza en mi voz de autor. Este es el trabajo de mis sueños y todavía lo seguiría haciendo si no fuera un trabajo, pero todos ustedes lo hacen infinitamente más gratificante.

Para mi difunto perro de la familia, B. Tu recuerdo siempre vivirá con nosotros. Te amamos y esperamos que seas feliz, saludable y mimado donde sea que estés. Ginny está contigo.

Para Alejandri. Oh, mira, otro libro que no puedes leer hasta que tengas dieciocho años. Ya no queda mucho, así que ten paciencia. Eres la mejor (y más divertida) prima que podría haber pedido y estoy infinitamente orgullosa de ti. Te quiero más que a la vida misma. (Por cierto, estoy deseando que me den esos billetes de avión gratis cuando te conviertas en piloto).

A mi tía : gracias por ser mi constante apoyo en todo lo que siento que debo hacer. Eres una inspiración para mí en muchos sentidos y estoy muy orgullosa de ser tu sobrina. Te quiero.

A Alexis. Gracias por tu infinita paciencia, por compartir ideas conmigo cuando me quedé estancada y por creer en mí cuando no lo hacía (es decir, más a menudo de lo que me gustaría admitir). Te quiero muchísimo.

Para mamá y papá. Todavía me quedan unas pocas sesiones con la psicóloga para que os deje leer mis libros. Paciencia, porfaplis. Menos mal que me queréis y no me lo tenéis en cuenta. Os quiero mucho.

A Fátima. Gracias por escuchar mis interminables notas de voz y responder a mis mil preguntas sobre el mundo académico. También tienes el mejor chisme, que ayuda en los días más difíciles. Te quiero y me encanta ser tu amiga.

A mi editora, Solange Jazayeri, por ser siempre increíblemente inspiradora. Sus consejos y conocimientos durante el último año me han convertido en una mejor escritora. Gracias por permitirme aprender de usted.

A Meredith Wild y a todo el equipo de Page & Vine, quienes hicieron posible este lanzamiento (y lo lograron con esta hermosa portada). Gracias por darle un hogar a esta serie y por tratarme a mí y a mis personajes con tanto cariño.

A mi agente, Savannah Greenwell. Gracias por tu constante y arduo trabajo. Espero que ya sepas lo increíble que eres, pero si no lo sabes, ¡aquí tienes un recordatorio! Me encanta tenerte en mi equipo.

A Keeley Catarineau de Hot Tree Editing. Tienes un talento increíble y significa todo para mí que ames tanto a mis personajes. Gracias por ser un placer trabajar contigo.

A Aurora, Alex, Zarin, Aleish y Mahbuba. Gracias por sus valiosos comentarios y sus desquiciados comentarios sobre esta historia. No sé cómo tuve tanta suerte de tener a estas cinco chicas brillantes, extraordinariamente divertidas y que me apoyan en mi vida. Espero poder darles a todas un abrazo que rompa los huesos algún día.

A Ellie de Love Notes PR: Gracias por ser una administradora de redes sociales tan talentosa. Tu arduo trabajo es la razón por la que puedo concentrarme en escribir sin sentirme culpable, y eso no tiene precio. Soy tu mayor fan.

A S, mi terapeuta. Este libro no existiría sin ti porque me habría rendido hace mucho. Gracias por ser una estrella de rock. No te librarás de mí todavía.

Para Tata y Abue, siempre.

LA SERIE LA LUZ MÁS BRILLANTE

Una serie de novelas independientes de desarrollo lento y con diferencias de edad.

La luz más brillante del sol

The Brightest Light of Sunshine sigue a Grace y Cal. Es un romance emocional con diferencia de edad entre un tatuador que interviene para cuidar de su hermana menor y la profesora de ballet de su hermana, que está lista para comenzar a sanar de su pasado. Perfecto para lectores que aman las amistades que lentamente se convierten en personajes principales más identificables y finales felices.

El rincón más oscuro del corazón

The Darkest Corner of the Heart sigue la historia de Maddie (la hermana de Cal) y James. Su historia es un romance prohibido entre una bailarina herida y su malhumorado fisioterapeuta, que cree que está demasiado destrozado como para merecerla. Es perfecta para los lectores que disfrutan de historias de ritmo lento con tensión abrasadora, diferencias de edad y finales felices.

El extremo más profundo del amor

The Deepest End of Love sigue a Lila (la hija de Grace y Cal) y Reed. Se trata de un romance de desarrollo lento entre una estudiante de maestría y su supervisor de prácticas, que también es un Amigo de la familia. Perfecto para lectores que aman las diferencias de edad, los papás cachorros accidentales y la angustia con un final feliz.

ACERCA DEL AUTOR

Conejo Lisina

Lisina Coney es una autora de romances de gran éxito internacional de veintitantos años.

Le encantan las historias de ritmo lento con finales felices y personajes principales que ayudan a los lectores a sentirse menos solos en sus viajes.

Cuando no está leyendo o escribiendo, se puede encontrar a Lisina peleándose por la última papa frita, pasando demasiado tiempo en las redes sociales (los hábitos de la Generación Z son difíciles de erradicar) y molestando a sus dos gatos muy pacientes.